
Sheryl Thomas
Un
COWBOY
para SANAR
Una historia de Fort Creek

Un COWBOY para SANAR

Sheryl Thomas

Copyright © 2026 Sheryl Thomas

Todos los derechos reservados.

Imagen de portada:Sacre Bleu en Unsplash.

DEDICATORIA

A todas las personas que batallan guerras internas, que han sufrido injusticias, que han pensado en rendirse... Confiad.

ÍNDICE

Dedicatoria

Índice

Advertencia

Lista de reproducción

Capítulo uno

Wade

Wade

Capítulo dos

Jo

Wade

Capítulo tres

Jo

Wade

Capítulo cuatro

Jo

Jo

Capítulo cinco

Wade

Jo

Wade

Jo

Capítulo seis

Jo

Capítulo siete

Jo
Jo
Capítulo ocho
Wade
Wade
Capítulo nueve
Jo
Capítulo diez
Wade
Jo
Capítulo once
Jo
Wade
Capítulo doce
Jo
Wade
Jo
Capítulo trece
Jo
Wade
Capítulo catorce
Wade
Jo
Capítulo quince
Jo
Wade

Jo
Capítulo dieciséis
Jo
Wade
Jo
Capítulo diecisiete
Jo
Jo
Capítulo dieciocho
Wade
Wade
Capítulo diecinueve
Jo
Jo
Capítulo veinte
Wade
Wade
Capítulo veintiuno
Wade
Wade
Jo
Capítulo veintidós
Jo
Jo
Wade
Capítulo veintitrés

Jo
Capítulo veinticuatro
Wade
Jo
Epílogo
Jo
Nota de la autora

ADVERTENCIA

La historia que estás a punto de leer incluye referencias a trastornos de la conducta alimentaria (TCA), abuso sexual (no descrito), trauma y procesos de sanación.

Estos temas se tratan con seriedad y respeto, pero pueden activar recuerdos o emociones intensas. Te invito a leer con cuidado, escucharte y detenerte si lo necesitas. **Tu bienestar es más importante que cualquier libro.**

LISTA DE REPRODUCCIÓN

Como sabéis, la música siempre me rodea durante el proceso creativo. Os dejo mi lista de reproducción para que os acompañe mientras leéis.

«Burnin' it down» - Jason Aldean
«Wait in the Truck» - HARDY (feat. Lainey Wilson)
«Beautiful Crazy» - Luke Combs
«My Best Friend» - Tim McGraw
«On My Way to You» - Cody Johnson
«Cowboys and Angels» - Dustin Lynch
«'Til You Can't» - Cody Johnson
«The Bones» - Maren Morris
«Next Thing You Know» - Jordan Davis

CAPÍTULO UNO

Wade

¡Joder! No puedo volver a meterme en otro escándalo. Los brazos de la modelo me rodean, si es que se le puede llamar así, puesto que intenta apoyarse en mis hombros con muy poca fuerza.

—¿Qué has tomado?

Sus pupilas se dilatan y apenas puede articular una palabra. Unos minutos antes, la había visto eufórica, bailando junto a la piscina, bebiendo y riendo sin control. Sea lo que sea lo que ha tomado, es un estimulante: ¿cocaína, éxtasis?

—Anda, Davenport —me dice Aaron Lauder—, yo me encargo de ella, ¿vale?

Ha cruzado la piscina para acercarse a nosotros. Del agua sube vapor, porque, aunque han encendido la calefacción exterior y la piscina está climatizada, hace un frío de mil demonios. Su sonrisa de político no me transmite confianza; no sé por qué me sucede, pero cuando veo unos dientes con carillas demasiado blancas, se me activan las alarmas como antes de una tormenta. La modelo... joder, ¿cómo se llama?, no tiene fuerzas ni para responder ni para tomar una decisión. Sé que ha llegado con Lauder, al igual que las otras dos chicas que lo acompañan; al menos él sabrá su nombre, ¿verdad?

Sin embargo, al intentar quitar los brazos extremadamente delgados de la muchacha de mis hombros, siento el impulso de abrazarla como si fuera una niña. ¿Qué me pasa? Claro que no es una niña, tendría que estar babeando por esta rubia de infarto. Algo que no ocurre.

—No te preocupes —le sonrío mostrando todos mis dientes. Es un gesto más amenazador que simpático, que uso cuando quiero ser firme en los negocios. Yo la llevo a casa. Sigue divirtiéndote, Lauder.

—Venga, tío, que aún no hemos hablado de negocios... —intenta cogerla. Empiezo a cabrearme, no solo por la insistencia de él, sino porque la muchacha no responde. Una adulta que parece un saco de patatas apoyado en mi hombro. Sus ojos desenfocados me buscan y maldigo entre dientes: ¡Necesita ayuda!

La música aturde, las conversaciones se mantienen a gritos. Las luces golpean las lentejuelas y la pedrería de los vestidos femeninos. Los hombres

vestimos traje, pero no es ni por asomo una celebración formal.¿En qué coño me he metido?

—Pues tenlo en cuenta la próxima vez que organices una reunión con modelos, piscinas y drogas.

—No hay drogas aquí, Davenport. Pero este es un país libre y no registro a mis invitadas. —Sus ojos se vuelven de hielo. Por supuesto, él necesita un escándalo mucho menos que yo; es Lauder quien se lanza a la carrera para ser senador de Nebraska.

—Vale, dejémoslo en piscinas y modelos. No es el sitio para hacer negocios. Si no te importa...

Calzo a la modelo contra mi cintura; sus tacones apenas rozan el suelo. Sus brazos caen inertes; en un último intento, uno de sus dedos se apoya en el bolsillo delantero de mi chaqueta y ese es todo el sostén que consigue.

—Esperaba que el ambiente te relajara...

—Esperabas mal. Si quieres hablar de negocios, contáctame en el rancho Davenport o en mis oficinas de Omaha. Te saludaría, pero tengo las manos ocupadas. —Sin más, me doy la vuelta y la arrastro conmigo.

En el guardarropa, pido el mío y el de ella. Cuando me entregan el de la muchacha, vuelvo a maldecir. La cubro con el mío mientras la cargo en un brazo como un saco de huesos; en el otro llevo un abrigo de Chanel diseñado para el otoño parisino, no para el crudo invierno de Nebraska.

Debo cogerla en brazos como a una niña para subirla al asiento del acompañante y hasta moverle las piernas. Ella se deja caer, su vista se pierde en el techo y yo le coloco el cinturón de seguridad antes de ocupar mi lugar en la camioneta.

—Dime que recuerdas dónde vives —le pregunto; no contesta. Sus ojos deberían ser azules, las pupilas dilatadas los vuelven negros. Tiene la boca abierta y apenas puede tragar saliva—. ¡Joder!

Enciendo la camioneta y piso el acelerador. Esta mujer necesita ayuda urgente. ¿Qué cojones le sucede a Lauder? ¿Cómo se le ocurre que un evento así sea bueno para su reputación? ¡La prensa se lo comerá crudo si se entera de que la vieja estrella del fútbol americano y actual candidato a senador se codea con modelos al borde de la sobredosis! Y, sobre todo, ¿cómo cojones pensó que una fiesta así sería buena para hacer negocios?

—¡Lo último que necesito es otro escándalo! —murmuro. El hielo cubre la carretera; es peligroso acelerar demasiado y maldigo cada kilómetro que recorro. A mi acompañante le cuesta respirar—. Aguanta, joder, aguanta…

Con la vista en la carretera, en las luces altas de los otros coches que intentan romper la noche y que se reflejan en la blancura de la nieve

acumulada en los bordes, los problemas políticos y empresariales pasan a un segundo plano. No pienso en ello ahora, ya lo analizaré después; solo me invade la desesperación por perder una vida.

De una completa extraña. De una mujer que no tiene nada que ver conmigo. De alguien a quien he rescatado de una fiesta a la que no debería haber ido.

—Tú puedes —la animo, sin saber qué decir—. Eres fuerte, ¿vale? Seguro que has pasado cosas peores que esta. Tú puedes, muñeca. Lo vas a lograr. ¿Cuántas cosas has conseguido ya en la vida?

No lo sé, no sé si es una modelo exitosa o una completa fracasada. No sé si ha sufrido o si es una niña mimada. Lo único que sé es que nadie merece morir cogida de la mano de un hombre que ni siquiera sabe su nombre.

Además, todos hemos conseguido algo en la vida, aunque solo sea sobrevivir un día tras otro.

—Uno más. Por mí... por ti... hazlo por ti. Sobrevive un día más —le ruego. Aparco frente al Memorial Hospital de Blair, el más cercano según Google Maps. La bajo en brazos y corro hacia la recepción. Una enfermera me intercepta; sus ojos se clavan en mi atuendo elegante y en el vestido escotado y demasiado liviano de ella. Se hace una idea general, equivocada, pero suficiente para ponerse en acción.

—¿Qué tenemos?

—Creo que sobredosis. No sé qué ha tomado, solo que la puso eufórica al principio, antes de que…

Me señala una camilla, y lo siguiente ocurre a gran velocidad. La modelo comienza a convulsionar; los médicos me apartan de un empujón y corren con ella hacia… ¿dónde?, ¿un quirófano?, ¿una sala de emergencias? No lo sé, porque se pierden detrás de una de esas puertas esmeriladas que se abren y cierran con sensor. Permanezco de pie en medio del corredor sin saber qué coño hacer. Me vuelvo y…

—Señor, tendré que hacerle un par de preguntas. —Un oficial de policía está a mis espaldas.

¡Joder! No puedo estar envuelto en otro escándalo.

Wade

El oficial de uniforme palidece al reconocerme, se mantiene firme y reconozco su valor. Contengo el impulso de sacar a relucir mis contactos, de

aprovecharme de su inseguridad. En cambio, extiendo la mano y presiono la del muchacho con firmeza.

—¿Le importa si tomamos un café? Lo necesito.

Caminamos juntos hasta la máquina expendedora. En la zona de urgencias no hay demasiada gente, aunque es un hospital de distrito, no es como los que salen en las series de televisión. Hay un par de familias con niños con fiebre o que han tenido pequeños accidentes. Yo ni siquiera conozco el nombre de la modelo para poder registrarla. Pasamos de largo la zona de ingresos y llegamos a unas sillas fijadas al suelo. Nos sentamos uno enfrente del otro. Apoyo los codos sobre las rodillas y sostengo el vaso de cartón, que empieza a quemar, entre las manos. Asiento con la cabeza.

—Empecemos.

El oficial coge una tablet; atrás quedaron los tiempos de los anotadores de papel.

—¿Nombre?

—Wade Davenport.

Me pide los datos de contacto y, sin más dilación, va al grano.

—¿Cómo se llama la mujer?

—No lo sé.

No se lo cree, arquea las cejas, pero no dice más.

—¿Sabe qué ha tomado?

—No, cuando la vi, ya estaba colocada. Ni siquiera pudo decirme su nombre ni a quién contactar.

—Señor Davenport… —suelta el oficial, de manera condescendiente. Yo todavía no pedí un abogado ni le dije que hablaríamos en la comisaría, así que opta por seguir jugando al poli bueno—. ¿Dónde la ha conocido?

—En una fiesta privada, a unas veinte millas de aquí. En el barrio residencial de Lago Hill.

El oficial aprieta el boli digital, es uno de esos barrios con personas influyentes.

—¿Tiene usted una residencia allí?

—No. Creo que era la residencia de Aaron Lauder, pero no puedo saber si era suya, la alquilaba o de un amigo que hacía la fiesta y él invitó a los suyos. Solo sé que yo estaba allí por Aaron.

—¿Había droga en la fiesta?

—Había drogados en la fiesta, pero drogas, con mis ojos, no vi —reconozco.

—¿Cuánto tiempo ha estado?

—Menos de una hora.

Vuelve a mirarme con suspicacia, yo maldigo para mis adentros. Vale, me he hecho una fama, lo reconozco. Soy el hermano ligón, el que siempre está con modelos hermosas, en fiestas pijas y rodeado de hombres ricos como yo. Roman es similar, pero la jugó de hombre de familia por un tiempo y eso le ha dado otro perfil. Yo soy el difícil de casar… y cazar. Y me he valido de esa imagen para los negocios, por eso no la desmiento. Sin embargo, hoy me ha jugado una mala pasada.

—¿Ese tiempo le bastó para rescatar una damisela?, vaya, qué eficaz —suelta el oficial, sin poder contener el sarcasmo. Yo solo consigo sonreír, pero de mi mala suerte. Tiene razón en sospechar, en mostrarse hostil, mi situación no es nada halagüeña.

—Lo sé, esto se ve horrible. No intentaré jugar al niño bueno, solo pregúntese, ¿por qué me presentaría en el hospital con una coartada tan horrible si no fuera cierta? Es lo único que puedo decir en mi defensa, además de que me comerán los paparazis entre dos panes.

—Por eso me sorprende que haya corrido el riesgo por una mujer que no conoce.

—No soy tan capullo.

—¿Tan? —Sonríe a medias. Yo lo hago completamente.

—Sí, tan…

—No vaya a ningún lado, Davenport —ordena el oficial, poniéndose de pie —. Ya veremos si seguimos aquí o si se tiene que pasar por la comisaría, ¿vale?

Asiento y bebo este horrible café. Sigue estando caliente porque esas malditas máquinas expendedoras hierven el agua y queman el grano. El líquido amargo parece hacerme un agujero en el estómago. Mantengo la mirada en el oficial, que se dirige a la recepción esperando noticias de la mujer. A mí no me comunicarán nada, porque no he declarado ser amigo ni familiar suyo. No sabemos quién narices es. Luego, el oficial se comunica a través de la radio que lleva enganchada al chaleco antibalas. Su rostro se transforma, vuelve a mi lado y le cuesta mantener la compostura.

—Me ha dicho que la fiesta era de… —indaga sin sentarse.

—Aaron Lauder, o al menos él me ha invitado —insisto, porque no sé la verdad. Al llegar y ver a las modelos y el ambiente de la fiesta, sospeché que fuera idea de él. Después de todo, Aaron insiste en dar el salto de exfutbolista a senador. Es hora de que deje las modelos y las piscinas, y se centre en las recaudaciones benéficas y los tés en los clubes de golf.

El oficial mira hacia ambos lados del corredor, su mandíbula se aprieta y sus dientes rechinan. Ya me cae bien, así que no dudo en preguntarle:

—¿Cuál es tu nombre?

—Oficial Morris, a sus servicios. Disculpe que no me haya presentado antes. —Se lo ve incómodo, y más que eso, cabreado—. Ahora soy yo quien necesita un café.

Me deja a solas sin advertirme siquiera que no me mueva. Mientras espero, suena mi móvil. En la pantalla se lee el nombre de mi padre. Joder, espero que no le hayan ido con el cuento. Nebraska es un estado inmenso, pero a menudo se comporta como un pequeño pueblo de mil habitantes.

—Viejo…

—Wade, ¿dónde cojones estás?

—He tenido una emergencia, nada grave, ¿por qué? —respondo evasivo. Desde el escándalo con Robert Tate, su examigo y anterior asesor financiero, cuidamos el corazón de mi padre como si fuera la rosa de La Bella y la Bestia. Descubrir que alguien tan cercano había matado a nuestra madre e intentado estafarlo dos veces fue un golpe letal. Nuestros nombres fueron portada en todos los periódicos; comunicarle que puedo estar envuelto en otro escándalo lo hará trinar.

Joder, joder, joder.

—Porque grave es la tormenta que se avecina. ¿Pon las noticias, muchacho? Eso de enterarse todo por X no es muy inteligente.

—Si fuera grave… —empiezo a decir y cierro la boca. La alerta meteorológica salta en mi móvil por encima de la llamada—. Vale, no he dicho nada.

—Ni lo digas, deja lo que estés haciendo y ve urgente a tu casa. ¡Y espero que tengas reservas! Porque esa tormenta de nieve nos cubrirá a todos varios días.

Mi cabeza empieza a procesar la información a toda velocidad. A cuántas millas estoy de Omaha, a cuántas del rancho, la cantidad de reservas que tengo en las despensas y la nevera... Y concluyo que, si no me doy prisa, todo será en vano. Pasaré la emergencia climática aislado en un hospital.

Bebiendo este horrible café.

Me pongo de pie. El oficial regresa.

—¿Ha oído lo de la emergencia? —le pregunto. La resignación en su mirada dice todo. O la pasa en el hospital o en la comisaría, como sea, le esperan unos días infernales. Si es que el infierno puede estar cubierto de nieve.

—Sí, tengo órdenes de dejarlo ir. Yo…

Un policía de civil se acerca a nosotros. Por los gestos de Morris, adivino que hay hostilidad. La sonrisa del recién llegado me recuerda a la de Lauder:

amplia, de dientes blancos... Uno de esos que quieren hacer carrera en la policía, aparecer en las ruedas de prensa.

—Señor Davenport, disculpe los inconvenientes…

—No hubo ningún inconveniente —respondo—, el oficial Morris hizo su trabajo.

—Exacto. Eso hizo. —Le apretó el hombro con demasiada fuerza—. Pero todo ha sido aclarado. Usted ha obrado como un buen ciudadano, no hay razones para molestarlo.

—Ha hablado con Lauder —concluyo, ruedo los ojos.

—Él confirma lo que usted dice, señor Davenport. Ha estado en la fiesta solo unos quince minutos y la señorita Hayworth ya había tomado lo que fuera que la dejó en este estado. —Otra de sus sonrisas. Al fin he descubierto el nombre de la muchacha.

Miro al oficial Morris, entiendo su cabreo. Lauder ha hecho lo que yo no me atreví: usar sus influencias para limpiar su buen nombre. Empiezo a pensar que es su modus operandi; de lo contrario, no se habría arriesgado a estar envuelto en una fiesta así. Por desgracia, tiene toda la pinta de que ganará las internas del partido y será el candidato definitivo; de ser así, nuestros caminos se seguirán cruzando por muchos años.

Como mi móvil no deja de titilar por la alarma climatológica, no ahondaré en la corrupción del recién llegado.

—Gracias, detective…

El hombre cree que mi agradecimiento es real, así que suelta su nombre esperando que yo le rinda pleitesía.

—Detective Bergman. —Le estrecho la mano y me vuelvo hacia Morris.

—Cualquier otra pregunta que necesitéis hacerme, tenéis mis datos —digo en dirección al poli bueno.

Estoy listo para irme, tiro el vaso vacío en el cesto y me alejo de allí, pero antes de que las puertas del hospital se abran y el frío helado del exterior me azote, vuelvo sobre mis pasos y regreso junto a Morris.

—¿Puedo preguntarle cómo está la señorita Hayworth?

—Estable, en unas horas se podrá ir a casa. —Arqueo las cejas, Morris responde al gesto—. O pasará la tormenta aquí. Pero el servicio anuncia que será en unas cinco horas la nevada, tiempo suficiente si… —Duda en compartir información— si vienen a recogerla. Nos comunicamos con su padre, a pedido de ella, pero el hombre vive en Carolina del Norte.

—¿No tiene nadie más por aquí?

—Parece que sí, pero no sabemos por qué se niega decirnos. No se preocupe, señor Davenport, como dijo mi colega —suelta entre dientes—, ya

ha hecho todo lo que le corresponde como un buen ciudadano.

—Entiendo el recelo, no soy imbécil. Lauder ha llamado por aquí y por allí y arreglado el escándalo. Piensa que soy igual y me lo merezco. Pero le repito, no soy tan capullo.

—Le creo, igualmente no hay nada más por hacer.

Dudo, miro el cielo que empieza a ennegrecerse, la sala de espera de la guardia médica que se vacía…

—Es mayor de edad, ¿verdad? —indago.

—¿La señorita Hayworth? Sí, claro.

—En tal caso, podrá irse por sus medios. Aguardaré hasta que la vengan a buscar o la llevaré yo mismo donde diga. Usted siga buscando el segundo contacto de emergencia, tenemos cinco horas, ¿verdad?

—Cinco horas… —repite el oficial y se pone en marcha.

No tengo nada mejor que hacer que sentarme a beber más café quemado. Sé por qué lo hago, sé por qué me quedo. Los Davenport hemos sufrido una gran injusticia recientemente, eso nos ha marcado. Quizá no puedo cambiar el mundo, pero hoy puedo ayudar a la señorita Hayworth y con eso me basta.

CAPÍTULO DOS

Jo

—Señorita Hayworth, ¿le ha llegado la alarma? —Donald asoma su nariz por la puerta de mi oficina. Alzo la vista de mi ordenador y la clavo en él con culpa.

—Joder, ¿qué hora es? —Miro mi móvil antes de que me responda, la alerta meteorológica sigue brillando en la pantalla. Junto con algo mucho más aterrador: llamada perdida de mi padre.

—Las diez… de la noche —agrega con un carraspeo. Me pongo de pie como si me impulsara un resorte en el culo, comienzo a coger mis bártulos.

—Lo siento, Donald. Dime que no te he hecho quedar una noche de tormenta.

—No, señorita. —Me sonríe amablemente—. Mi turno termina a medianoche.

—De todos modos, si yo no estuviera aquí, por seguro tu jefe te dejaría ir a casa con este clima. —Por desgracia, necesito volver a sentarme. Caigo en cuenta de que, si la tormenta de nieve es tal y como la anuncian, no regresaré a la oficina mañana… ni el día después, ni el siguiente… Vaya, habrá que ver qué nos depara. Pero como mujer precavida vale por dos, abro mi correo electrónico y adjunto tantos archivos como soy capaz.

—Mi jefe no es de los que piensan en esas cosas —responde Donald. Se queda a mi lado, supongo que más por pena que para darme prisas. Cuando termino de enviarme los archivos, vuelvo a recoger mis cosas. Los zapatos de tacón son la guinda del pastel. ¿Cómo pienso volver a calzarlos con los pies inflamados como los tengo? ¡A la fuerza! Como suelo hacer todo, con determinación y forzándolo.

He escuchado muchas veces que no hay que forzar las cosas; que tanto en las relaciones como en las prendas, si hay que forzarlas, no son para ti. Pues eso lo dirá alguien delgado, porque cuando tienes sobrepeso, como yo, desde la faja que llevo debajo de la ropa hasta el calzado, entran tras vencer una batalla campal cada mañana.

—No necesita correr —se apiada Donald de mí, el guardia de seguridad me cae bien, pero en estos momentos su mirada de pena empieza a irritarme. No es su culpa, soy yo quien vive a la defensiva—. Todavía tenemos unas tres horas según el servicio para que la tormenta llegue a Omaha.

—Mejor no arriesgarse, un cambio de viento y la tenemos sobre nuestras cabezas —respondo. Es hora de coger mis zapatos. El primero entra sin mucho esfuerzo, con solo encoger un poco los dedos y olvidar que duele mi empeine, calza a la perfección. El segundo…

A veces me pregunto cómo pueden dos Jo convivir bajo la misma piel. La Jo doctora en biotecnología, accionista de su propia empresa de investigación, experta convocada para hablar de la materia en la Universidad de Omaha y… y la de hoy, que no puede ponerse un simple zapato, que es incapaz de reconocer la sensación de saciedad cuando come, que se olvida de leer el móvil, del mundo, del riesgo que corre al exponerse a una tormenta de nieve en Nebraska. Una Jo que se ve reflejada en los ojos de Donald y que, en lugar de leer su sincera amabilidad, piensa que el hombre la juzga por solitaria, adicta al trabajo, patética gorda que se queda hasta medianoche en la oficina y ni se puede poner un zapato.

Si me ofrece ayuda, lloraré. Lloraré y me refugiaré en casa a comer hasta que se me pase la angustia. O las reservas, me recuerdo, porque lo más probable es que estemos aislados por días.

Eso me pone en acción, y con un empuje violento de pie consigo calzar mi tacón.

—¿Crees que encuentre algo abierto? ¡Demonios! No sé cuánta comida tengo en casa, soy bastante desordenada con las compras.

—Pues, tal vez si se apresura, encuentre el Walmart aún abierto.

—Esta es la única razón por la que alguien va al Walmart —digo, cruzando la correa de mi bolso en el hombro. Mis ojos miran a través de la ventana, el cielo ya está amenazadoramente gris, la luna no atraviesa los nubarrones, solo los convierte en plomizos. Pesados. Dispuestos a descargar su furia sobre nosotros—, cuando las opciones son Walmart o morir de hambre. Gracias, Donald. ¿Cierras detrás de mí?

—Sí, señorita.

—Entonces, aunque quiera achacárselo a su jefe, acepte mis disculpas —le digo—, podrías estar ya en casa, disfrutando de un inesperado descanso. —Cojo mi abrigo en la recepción; está colgado junto al del guardia de seguridad. Me lo pongo y lo cierro como un escudo antes de acercarme a la puerta. Donald tiene que accionarla desde el control; durante el día se abre y se cierra sola, lo cual, pese a ser práctico, con este clima es inhumano para el pobre hombre.

El frío me golpea en cuanto doy un paso en dirección al aparcamiento. Mis zapatos repiquetean sobre el cemento y las farolas proyectan su tétrica luz

amarillenta sobre mí. Aún no hay hielo, pero lo habrá. De momento, el ambiente está cargado de esa humedad suspendida y se sienten esos pocos grados de más que anuncian la nevada. Miro una vez más al cielo: las nubes parecen caer sobre la tierra y devorarnos. No va a ser agradable.

Pero son mil veces preferibles en comparación con los tornados. Puedes refugiarte en casa y, en general, no se cortan los servicios ni hay grandes rupturas. Solo hay que prepararse para una cantidad de nieve que te atrapa en casa por días.

Antes de subir a mi camioneta e ir sin demora a probar suerte en el Walmart, suena mi móvil. En general, no me alteraría, mi móvil suena todo el día, pero es de noche. Es de noche y veo que tengo una llamada perdida de mi padre. Me da un vuelco el estómago y soy consciente de lo mucho que me aprieta la maldita faja.

Me subo frente al volante antes de coger la llamada. Ni siquiera un hola.

—Al fin —dice la voz ronca de mi padre—, seguro estabas sola, en la oficina, demasiado ocupada en trabajar como para preocuparte por algo más.

—De hecho… Sí, eso era exactamente lo que hacía —respondo. Empieza a dolerme la mandíbula de apretar tanto los dientes. La relación con mi padre es todo menos buena. Lo peor es que sé por qué me detesta: porque soy igual que mi madre. O al menos eso es lo que él piensa. Yo también quisiera ser más parecida a ella. De serlo, no le habría cogido la llamada y habría desaparecido del mapa para siempre, como hizo ella.

Además, sería delgada, añade mi mente cruel. Da igual lo buena que sea en los demás aspectos, la idea de ser gorda consume el ochenta por ciento de mi tiempo libre. Razón por la cual me aseguro de no tener tiempo libre.

Lo que significa que tampoco cuento con demasiado margen para pasar por el Walmart; tendré que refugiarme en casa a comer la pasta seca, el arroz y las galletas sin sal que compré en uno de mis intentos de hacer dieta. ¡Fantástico!

—No sé ni por qué lo intento contigo —me suelta mi padre.

—Yo tampoco. Si eso era todo, te dejo… debo apresurarme a pasar por el Walmart antes de que nos caiga una tormenta en la cabeza…

—Sí, eso. Mejor ve… — Pero no termina la llamada, está esperando a que pique el anzuelo. Quiere decirme algo, quiere herirme de algún modo. En general, no lo consigue; ya he desarrollado anticuerpos. Es imposible que alguien te hiera cuando tú te haces más daño que nadie. Nada de lo que me diga puede ser más despiadado ni cruel que lo que yo misma me digo.

Suspiro. Cuento mentalmente hasta diez para no caer en la trampa. Uno, dos, tres...

—Tu hermana al menos pasará la tormenta a buen resguardo, si es que te importa —dice antes de que pueda rearmar mi coraza.

—¿Cathy? ¿Está en Nebraska?

¡Mierda!

—Sí, esperaba que tú pudieras ayudarla, pero es evidente que estará mejor sin ti.

—¿Dónde coño está, George? —lo increpo por su nombre, sé que lo detesta.

—De momento, en un hospital. —Mis manos empiezan a temblar.

—¿En cuál?

No me responde, mi hermana y yo le importamos un pimiento. Sus hijas somos solo un instrumento, una tarjeta de presentación en la sociedad de Carolina del Norte. ¡El padre del siglo! El gran señor Hayworth que, solo y sin ayuda, crió a dos hijas maravillosas. Una es modelo y la otra doctora en biotecnología. Si supieran cómo nos trata en realidad, cómo vuelca en nosotras todo el rencor que no se atrevió a lanzarle a mi madre a la cara.

—Blair, pero no llegarás… — Miro la hora en el coche y pienso en cuán rápido puedo conducir. Activo el manos libres y me quito los tacones, que tanto me costó ponerme. Para pisar el acelerador necesito un calzado más adecuado, así que estiro el brazo hasta coger las botas de suela ancha que siempre llevo en el asiento trasero, junto con otras cosas como el bolso del gimnasio, baterías de repuesto para mi portátil… y mis pies lo agradecen.

—Llegaré. —Fuerza, determinación, terquedad… Así tenga que desafiar al clima, llegaré. Tengo dos horas y media, una hora hasta Blair, la recojo en cinco minutos, otra hora de regreso y… comeremos juntas esas malditas pastas secas.

—El hombre que estaba con ella se ofreció a darle hospedaje —dice mi padre—, Cathy sí sabe conocer caballeros, no los espanta como tú.

Voy a vomitar. Y eso no ayudará a mi misión. Trago mi amarga bilis con fuerza.

—¿Con quién demonios está, George?, ¿qué le ha pasado? ¡No puedo creer que Cathy esté en el hospital y a ti lo único que te importe es usarlo para restregármelo por la cara! Joder… —gruño. Pongo en marcha mi camioneta, mi móvil queda en el asiento del acompañante y es como viajar con mi padre al lado. Una puñetera mierda.

—Se pasó de alcohol en una fiesta, nada grave… —Mi hermana tiene problemas con las drogas, mi padre llama *borrachera* a ir colada hasta las narices —. Consiguió pescar a uno grande, Wade Davenport está con ella.

Claro que sé quién es Wade Davenport, un ranchero millonario y famoso en Nebraska. Famoso por ser despiadado en los negocios y por ser… un maldito ligón. Siempre con una modelo colgada de su brazo, con mujeres premio que pasea por los grandes eventos para impresionar a capullos como él.

Mis dientes rechinan de tanto que los aprieto, y como si eso no fuera suficiente, mi padre agrega un nombre más.

—Estaba en la fiesta de Aaron Lauder, pero supo irse con el indicado. Es la clase de vida que Cathy merece…

La clase de vida que yo le quise dar a vuestra madre y ella echó a perder… ese es el mensaje detrás de sus palabras. El gran George Hayworth, terrateniente de Carolina del Norte, fue despreciado por su mujer miss América y dejado de plantón con dos niñas.

Pero yo no puedo pensar en otra cosa más que en Aaron Lauder, en Davenport, en la jodida fiesta y en mi hermana. Vulnerable, herida…

Termino la llamada de un manotazo, me pongo en marcha camino al hospital sin perder un minuto más. Rogando como nunca llegar a tiempo, incluso quedarme varada allí, con el café quemado de las salas de espera y las barritas de cereales, pero junto a Cathy. ¿Por qué demonios no me llamó a mí?, ¿por qué se contactaron con mi padre en Carolina del Norte cuando saben que no podrá hacer nada?

Intento llamarla, pero no me coge el teléfono. Los tonos siguen una y otra vez hasta que salta el buzón.

—Soy yo, Jo, por favor, coge el teléfono… —dejo grabado en la contestadora, aunque sé que no lo oirá—. ¿En qué estás pensando, Cathy? —agrego, cuando corto la llamada. Mis dedos se ponen blanco en torno al volante—. Siri, busca el número de contacto de Wade Davenport.

El número de contacto de Wade Davenport es privado. Wade Davenport es un exitoso empresario de Nebraska, cuya fortuna proviene de los ranch…

—Ya calla, Siri —le gruño al aparato—, busca el contacto de Wade Davenport en la lista privada de Biofuture —indico, dándole el nombre de mi compañía. Allí debemos tenerlo, estoy segura, aunque jamás haya trabajado con él, todos en Nebraska tenemos relación con los Davenport.

Siri esta vez lo halla y, como buena asistenta, se ofrece a llamarlo.

—Claro que sí, Siri, llama al maldito… —Mientras mi móvil hace su magia, yo solo puedo ver que hacia el norte la tormenta es peor. Mi cálculo es erróneo, no tengo tres horas… allá tocará antes… Estoy yendo directamente al ojo de tormenta.

Wade

El viento helado se clava en mi piel como cuchillos. Mi chaqueta cubre el cuerpo de Catherine y sus zapatos de tacón poco hacen para aferrarse al suelo. No sé si es por caballerosidad o porque mi paciencia está al límite, pero la cojo en brazos y la cargo hasta mi camioneta.

El interior está frío, me monto rápido y la enciendo. El aire de la calefacción sale helado durante unos segundos y me estremezco. ¿Qué estoy haciendo? Miro a mi acompañante, pálida, con el maquillaje a medio derretir, vulnerable y suspiro. Hago lo que debo hacer, me digo con firmeza.

Su móvil vuelve a sonar, he notado que ignora la llamada. Intento no cabrearme, es en vano; aunque algún familiar se ponga en contacto con ella, ya no sirve de nada. La tormenta es inminente y tiene solo dos opciones: venir conmigo o quedarse en el hospital. Y quién sabe por qué arrebato de buen samaritano decidí ser su caballero de brillante armadura, por qué no la dejé allí, comiendo gelatina y puré de calabaza. Sabe Dios que le vendría bien para recapacitar sobre cómo coño llegó a estar en esa situación.

Suspiro. El aire de la calefacción empieza a salir caliente y los cristales no tardan en empañarse. Termino de poner en marcha el motor y salgo del aparcamiento. Catherine apenas habla, no me ha preguntado ni mi nombre; supongo que lo sabe. Las personas que van a las fiestas de Lauder saben con qué bueyes aran, son conscientes de las personas de su círculo. Espero que su silencio no sea por resignación y sí por saberme distinto, por entender que intento ayudarla y no aprovecharme.

Se ovilla en el asiento y mira por la ventanilla. No nos hemos dicho gran cosa, le ofrecí darle hospedaje y ella accedió. Fin de la conversación. Ni siquiera nos presentamos oficialmente. Como ya es mayor de edad, firmó su alta y se marchó con un completo desconocido sin dar explicaciones. Yo.

Mi móvil empieza a sonar, no reconozco el número; corto la comunicación, pero en menos de un segundo vuelve a sonar.

—¿Puedes colocar el móvil en el soporte? —le pido a Catherine. Ella me mira como si no entendiese bien la orden. Sus ojos celestes se ven enormes en su rostro pequeño, algo demacrado—. Está allí, en el espacio para los vasos, pero no puedo coger la llamada… —explico.

Ella asiente, coge mi móvil, que suena insistente, y lo coloca en el soporte. Entonces, veo su primera reacción. Lee el número que llama, su rostro se transmuta y corta la comunicación con un simple movimiento de dedo.

—¿Qué haces? —Intento no sonar megacabreado—. ¿Quién está llamando?

Antes de que pueda responder, quien quiera que sea que está al otro lado vuelve a llamar, no está dispuesto a rendirse, y Catherine se apresura con la misma determinación; consigo detener el intento de cortar la comunicación.

—Wade Davenport, ¿con quién tengo el gusto? —digo al coger la llamada.

—¿Mi hermana está contigo? —dice una voz femenina al otro lado. Es increpante, firme, me pone a la defensiva.

—Si no me dices quién eres, no sabré si estoy con tu hermana. —Miro a Catherine, el color le ha vuelto al rostro; no soy adivino, no sé qué emoción es la que le tiñe las mejillas y las orejas. Podría ser enfado, pero también vergüenza. Tampoco puedo adivinar si, en el caso de ser vergüenza, es propia o ajena.

—Josephine Hayworth, ¿está Cathy contigo? —La voz mantiene la firmeza, el temblor es apenas perceptible. Si no trabajase en negocios y supiera el modo en que los grandes empresarios esconden el miedo, no me hubiera percatado. Observo a Catherine antes de responder.

—Sí…

—¿Dónde la llevas? En el hospital me han dicho que firmó el alta, ¿dónde llevas a mi hermana? ¡Joder! —su maldición no se dirige a mí, entiendo que los dos conducimos en el medio de la tormenta. Un claxon resuena de fondo.

—Déjalo ya, Jo. ¡Le dije a George que no te llamara! —interviene Cathy.

—¿Por qué demonios? ¡Estoy en Nebraska! Soy la única en Nebraska… Cathy, qué coño… ¡Mierda! —La última maldición va dirigida al tránsito, evidentemente.

—Mira, ¿Jo, verdad?

—Josephine —corrige.

—Josephine… Nos dirigimos al rancho Davenport, ¿vale? La tormenta es inminente, ¿por qué no vuelves a casa y te pones al resguardo?

Catherine coge el móvil, *mi* móvil, deshabilita el manos libres y habla con su hermana. No puedo explicar lo mucho que me cabrea que haga eso, no estoy acostumbrado a tanta invasión de mi privacidad. Pero la mujer parece hacer lo que le apetece, no seguir ninguna norma y no es a mí al único que eso pone de los pelos. Escucho la voz del otro lado soltar más juramentos.

—Llamé a George porque sabía que tú te pondrías así… ¡No me estás cuidando!, te estás metiendo en mi vida. ¿Y qué tal si quiero pasar la tormenta follando con un desconocido? ¡No. Es. Tu. Puto. Asunto! —espeta. No oigo los reclamos al otro lado, pero algo que dice Cathy en respuesta me hiela la sangre—. ¿Si se sobrepasa conmigo?, ¡de verdad, Jo, siempre piensas lo peor! ¿Por qué debes ser tan fatalista?

Le corta la comunicación y regresa el móvil al posavasos. Yo solo arqueo las cejas. Entiendo muy bien lo que es tener problemas entre hermanos, mi hermano mayor, Roman, es un absoluto capullo. Pero aquí me cuesta discernir quién de las dos tiene razón. Por un lado, Cathy es adulta y tiene razón, puede irse de ligue si quiere sin que su hermana la cuide. Por otro, la angustia de Jo es comprensible, su hermana acaba de pasarse de drogas y alcohol y se va con un extraño a un rancho a estar incomunicada por días. ¿Cómo coño puede asegurarse de que yo no le haré daño?, ¿o que recibirá atención en caso de llevar en ese diminuto bolso otra dosis extra de éxtasis que la conduzca al borde de la muerte?

Cuando vuelve a entrar la llamada, la cojo normal, reduzco la velocidad tanto como puedo para no provocar un accidente por hablar mientras conduzco.

—Estará bien —le digo a Jo—. Lo prometo, no soy un capullo.

—Eso lo veré yo —amenaza, al parecer ha decidido que yo seré el chivo expiatorio de su discusión con la hermana—. Estoy en camino…

—¿En camino a dónde?

—Al rancho Davenport, y si no estáis allí cuando llego, si me habéis mentido, te meteré una denuncia, ¿lo entiendes? ¡No le tengo miedo a un jodido apellido! —y antes de que pueda siquiera procesar cómo llegué a estar en el sentido más literal en el ojo de la tormenta, corta la comunicación. Cathy solo me mira de soslayo, con una expresión de suficiencia suelta:

—Te dije que no cogieras la llamada.

Ya no es necesaria la calefacción, el cabreo que lleva calienta el ambiente mejor que un hogar a leña.

CAPÍTULO TRES

Jo

El miedo me atenaza la garganta. Sé que estoy exagerando con Cathy... o quizá no. No lo sé; a veces me invaden los pensamientos fatalistas. Lo que sí tengo claro es que ya no me puedo echar atrás. La tormenta se desató y regresar sobre mis pasos requiere el mismo esfuerzo que seguir adelante.

Bueno, tal vez sea muy filosófico por mi parte, pero ¿no es así la vida siempre? Mirar atrás es en vano, salvo que lo hagamos para aprender del camino andado o para darnos cuenta de cuánto hemos avanzado. Por lo demás, es una pérdida de tiempo. Y en mi caso, tanto figurado como literal. Debo avanzar a ciegas, mirando el punto del GPS. La tormenta de nieve está sobre mí. Soy la única en la carretera. Tengo los faros altos, se abren camino en la penumbra. Debo conducir a unas cuarenta millas por hora; ir más deprisa sería suicida. A cada palmo, las señales se dejan ver por un instante, indicando una curva, una rotonda o una salida.

Tomo la que indica el navegador. El corazón retumba en la cabina de mi camioneta. No he encendido la radio; no solo no quiero ninguna distracción, sino que las malas noticias alimentarían mi miedo.

Pienso en Cathy, intento concentrarme en ella. En que, si no llego, se quedará varada en la nieve con un desconocido. Y no uno cualquiera, sino uno de esos millonarios acostumbrados a hacer lo que les sale de las narices. Sé que estoy siendo prejuiciosa, pero ¿sabéis qué? A veces los prejuicios están justificados. Conozco a los de su calaña, me los cruzo a diario en el trabajo. Hombres que no aceptan un «no» por respuesta y que, encima, creen que eso es un atributo encomiable. «Es que soy ambicioso, es que tengo mente de tiburón». Menuda patraña. Son unos capullos que están acostumbrados desde la cuna a que con chillar les basta para conseguir lo que quieren. ¿Y si Cathy dice que no le apetece? No podrá huir por la tormenta, no podrá resistirse a la fuerza...

Estoy al límite de perder los estribos. Debo dejar de imaginar escenarios fatídicos.

—Piensa mejor en qué harás si de verdad se ponen a follar, Jo… —me digo, para animarte—. ¿Qué harás tú?, ¿encender las velas?, ¿preparar la tina? Sobrar… eso harás… sobrar.

Cambiar de perspectiva me ayuda a serenarme respecto a Cathy. No me molesta *sobrar*, ni hacer el ridículo, ni arruinarles el fin de semana romántico y convertirme en la hermana pesada, desubicada, que no invitarán a la boda.

—¡Por la anécdota! —me animo, cuando el camino se hace más estrecho. Ya no voy por una interestatal, sino por una carretera secundaria, de esas que conectan los ranchos los unos con los otros.

No, no me incomoda el qué dirán. En absoluto. Prefiero que me tomen por loca a correr ciertos riesgos. Soy esa amiga que finge hablar con su novio policía cuando coge un Uber. Incluso he llamado a mi amigo Fred para contarle la increíble anécdota de cómo descubrí que mi pareja era en realidad un sicario del narcotráfico, solo para que me oyera un conductor que me daba mala espina. Sí, antes loca que en el maletero de un coche. Soy de las que leen las cifras de abusos y feminicidios, que cargan con un espray de pimienta en el bolso, enredan las llaves en el puño al abrir el portal, llevan un botón antipánico y han hecho cursos de defensa personal, jiu-jitsu y krav maga. La única razón por la que no llevo una pistola es porque... sí, también esa estadística resuena en mi cabeza: es más probable que el agresor se haga con el arma y se produzca un desenlace fatal, que consigas defenderte con ella. Los demás métodos son más efectivos.

Así que lo siento, Davenport, si esta era tu tormenta de suerte, la loca sin miedo al ridículo va hacia allí.

—Si llego…

El navegador me indica que estoy cerca. El punto de destino y lo que supongo que es mi coche están cada vez más cerca. La cortina de nieve me impide ver bien, he notado que, milla a milla, me cuesta cada vez más controlar el volante. Las ráfagas de viento son fortísimas, sacuden cuanto se cruza en su camino.

Por fin, mis faros iluminan una valla de metal; a la izquierda hay una garita de seguridad vacía. Busco con desesperación cómo pasar, qué debo hacer, cómo abrir esa valla, aunque suponga invadir la propiedad privada. Por fin veo una luz verde tenue a través de la nieve. Bajo la ventanilla, el frío entra despiadado en la cabina. Asomo medio cuerpo para alcanzar esa luz, la nieve parece convertirse en cuchillas que rasgan mi piel. Solo cuando mi mano se acerca a la luz, noto el botón junto a ella. Es de un intercomunicador. Lo presiono y espero, con el cuerpo de nuevo adentro, pero la ventana aún baja.

Al otro lado, una voz femenina responde.

—Pase, pase, por Dios… —Ni siquiera pregunta quién es. La valla se abre a distancia y el camino se extiende todo lo que alcanza la luz. Pongo en marcha el coche de nuevo y me adentro en, lo que espero, sean las tierras Davenport.

Debo reconocer que la voz femenina me ha calmado en parte. Me he lanzado a esta aventura sin pensar en las consecuencias, solo con la determinación de cuidar de mi hermana. ¿De qué?, me pregunto, ¿de Davenport?, y la respuesta es que de sí misma.

Sigo avanzando por el sendero hasta que llego a una bifurcación sin marcar.

—¡Mierda!

Claro que no está señalizado el interior del rancho, ¿para qué? Sus dueños saben muy bien adónde ir. Yo, en cambio, lanzo una moneda al aire y elijo un camino. Se me encoge el pecho; no sé cómo haré para regresar si me he equivocado. Por fortuna, unos cinco minutos después —que se me hicieron eternos—, mis faros iluminan una casa descomunalmente bella.

Y eso que soy de Carolina del Norte; hay que impresionar a alguien como yo. Pero no es lo grande o lo ostentoso lo que me deslumbra, sino lo acorde con el paisaje. Madera, líneas firmes que siguen el trazado de la naturaleza, algo de piedra y vegetación. Los cristales reflejan la noche, parecen fundirse con ella.

No sé dónde aparcar, aunque, a estas alturas, no me importaría dejar la camioneta cubierta de nieve. Estoy al límite de la supervivencia. Consejo: escuchen siempre al servicio meteorológico; esos profesionales no bromean en Nebraska. A veces me admiro del valor de los primeros habitantes: ¿cómo demonios sobrevivieron en estas tierras sin las prestaciones modernas? Pues lo vamos a averiguar, porque la naturaleza suele cargarse algunas de esas prestaciones.

Antes de que la camioneta se detenga por completo, veo una luz a mi derecha. Es una linterna que se mueve frenéticamente en medio de la tormenta. Conduzco hasta allí sin prestar atención más que a las inclemencias y consigo meterme en el garaje con bastante precisión a pesar de la baja luminosidad.

No sé qué esperaba encontrar al bajar; tal vez a la mujer que atendió el intercomunicador o, quizá, a mi hermana en persona, que me abrazara y me diera las gracias por estar allí. Alerta de spoiler: eso no va a suceder.

Pero lo que me da la bienvenida es un tipo de metro noventa, vaquero, con los ojos como dos chispas, que suelta una frase aparentemente amable, pero en el fondo hostil:

—Buenas noches, señorita Hayworth… me alegro de que haya llegado sana y salva, nos tenía a todos preocupados.

Wade

¡Vaya primera impresión!

Sé por Catherine que su hermana se llama Josephine y, por lo poco que ha contado sobre ella, me la había imaginado completamente distinta. Bueno, lo de que tiene un carácter que te cagas ya lo había deducido de su amenaza, y ahora lo confirmo con su porte firme.

Josephine Hayworth sabe cómo imponer su presencia. Su camioneta forma parte de su aura, nada de coche sedán o pequeño. No, señor, conduce un todoterreno que haría ver el mío pequeño. Baja con bastante agilidad, pese a que tiene que dar un pequeño salto. Sus pies, enfundados en botas camperas, tocan el cemento del garaje, y mientras me distraigo con ese detalle, ella ya tiene el mentón en alto y me mira como si mi altura no fuera un impedimento para que nuestros ojos se encuentren.

—Buenas noches, señor Davenport… —termina la frase como si quisiera decir algo más, soltar una apreciación personal. Sus labios se sellan, hacen un pequeño frunce, contiene entre ellos cualquier palabra que no deba ser dicha… aún…

Me da la sensación de que no es de las que callan sus opiniones.

Lo que más me sorprende es que su actitud no cuadra con su apariencia, aunque reconozco que esto es un prejuicio por mi parte. Es que tiene un porte como el de Meryl Streep en El diablo viste de Prada, pero su apariencia es como la de Marilyn Monroe en Los hombres las prefieren rubias. Mi cerebro hace cortocircuito al tratar de hacer coincidir ambas imágenes.

Sin contar con que ni Meryl ni Marilyn bajarían de un todoterreno cargando con una bolsa del Walmart repleta de bragas de algodón, nachos y guacamole. ¿De dónde ha salido Josephine Hayworth?

—Lamento que haya tenido que conducir, a estas horas, por estas carreteras y con este clima… —digo y la invito a avanzar. Ella duda, mira hacia la puerta del garaje. Observa la puerta que comunica este espacio con la casa principal y vuelve a elevar el mentón.

Si no hubiera trabajado con tantos empresarios y hombres de negocios no hubiera notado ese leve nerviosismo, es el mismo que denotan los socios cuando están ante una encerrona comercial. No les queda más que seguir, ya no se puede echar atrás.

En general, con las mujeres no soy un capullo despiadado. Guardo esa faceta para los negocios. Pero hay algo en Josephine que me empuja a desafiarla, a tratarla de ese modo, sin mostrar mis cartas y esperando que ella haga algo que delate las suyas.

¿Por qué? Supongo que porque estoy cabreado. Y supongo que esa es la mentira más grande que jamás he dicho.

Josephine junta valor y avanza hacia la puerta. Claro que debe detenerse antes de entrar, yo me acerco por detrás para abrirle como un buen caballero y ella… se estremece. Se yergue más aún, no me regala ni media mirada y entra a *mi territorio* como si ahora ella fuese la reina y señora.

El espacio que nos recibe no es el vestíbulo, como si empleáramos la puerta principal, sino el salón. El hogar crepita repleto de leños, mi padre lee en su sillón de cuero, Catherine juega en su móvil y junto a ella se ve el hueco que ha dejado mi trasero en el sofá. Frente a ese espacio vacío están mi ordenador portátil, mi móvil, una taza de café ya fría, una agenda, un boli, una tablet y un bloc de notas.

—Catherine… —Josephine suelta el nombre de su hermana casi como una exhalación aliviada. Yo la estudio fascinado, esta mujer me resulta demasiado llamativa, como diseccionar una rana o algo así, entre espanto y encanto.

Catherine solo alza la mirada hacia su hermana. Espero ver cabreo en ella; así me sentiría yo si se metieran en mis asuntos. De hecho, así es como me siento en este preciso momento. He pasado de querer ser el caballero de brillante armadura a estar atrapado en una tormenta con dos mujeres que hacen lo que les da la gana y que invaden mi guarida.

Vale... La de mi padre. Pero es aquí donde me siento de verdad como en casa. Josephine aparta la mirada de su hermana, no sin antes hacer un par de gestos que solo los hermanos entienden: un lenguaje mudo de «después hablamos», y se vuelve hacia mi padre.

Le brinda la sonrisa más hermosa del universo, tanto que parece que la tormenta se hubiera disipado y el sol entrase por la ventana.

—Señor Davenport. —Extiende su mano con firmeza—. Lamento las condiciones en las que nos conocemos. Espero que no haya sacrificado su sueño por mí.

Mi padre se la coje y la presiona con la misma fuerza. Le devuelve la sonrisa.

—En lo absoluto. Soy viejo, mi forma de dormir es de a ratos. Y con esta tormenta no podía pegar un ojo. Es un gusto tenerla aquí, señorita Hayworth.

—No sé si un gusto… —bromea ella—, o una condena. Pero dada las condiciones, espero que su hospitalidad me soporte.

Mi padre se echa a reír.

—Pensé que pasaría la tormenta solo con Marie, jugando dominó. El cambio es más que bienvenido. —Marie es nuestra *todo*. ¿Existen las amas de llaves en el siglo XXI? Si es así, ese es el rol de ella.

Que le obsequie a mi padre un trato tan gentil cuando a mí prácticamente me trató de depredador sexual me cabrea de un modo pocas veces visto. No puedo contener el comentario mordaz:

—¿Pretendía sobrevivir a la tormenta con nachos y guacamole? —le pregunto, con los ojos puestos en la bolsa de Walmart. Mi padre ladea la cabeza, es la forma de advertir: la próxima te reprendo como a un niño frente a las visitas.

Pero Josephine me mira y sonríe. La sonrisa que me suelta no es amable ni luminosa, sino sardónica. Sus ojos chispean.

—No, esto era en caso de quedarme atrapada en la nieve. Si he de morir, que sea con nachos con guacamoles y bragas limpias.

Mi padre contiene la carcajada, que suena como si se sonara la nariz. Catherine baja la mirada, algo avergonzada de la respuesta de su hermana. Yo… yo la encuentro graciosa, pero no voy a admitirlo.

—Pues póngase cómoda, señorita Hayworth…

—Jo —dice Catherine, los tres nos volvemos hacia ella—. Todo el mundo le dice Jo. Si la llamas señorita Hayworth se seguirá comportando como la CEO de Biofuture.

—Cathy… —amenaza Jo. Su hermana la obligó a bajar una barrera, lo entiendo. Yo también soy un hombre escindido. El señor Davenport es en los negocios, en casa soy solo Wade.

—Jo, ¿por el personaje mujercitas? —pregunta mi padre. Josephine asiente —. Era uno de los libros preferidos de mi Caroline.

—También uno de los preferidos de mi madre —dice Cathy, antes de que Jo pueda responder—. Por eso le puso ese nombre a su hija predilecta.

¿La tormenta está fuera o dentro de casa?, la atmósfera es pesada, densa.

—No fui la predilecta, fui la primera, Cathy. Y tú te llamas así por Cumbres Borrascosas, que, a mi parecer, es mucho mejor libro. Sin ofender a la señora Davenport ni a mi madre…

Le lanza una mirada de disculpas a mi padre, no por *ofender* al libro predilecto de mi madre, sino por la hostilidad entre hermanas. Quizá porque estoy cansado y quiero dar por zanjado el asunto, digo sin más:

—No os preocupéis por nosotros, discutid libremente. Que aquí, en eso de soltarnos cualquier reproche en cualquier momento, somos expertos. Ahora, si no os importa… tengo trabajo que terminar.

—Wade… —masculla mi padre.

—Podemos estar todos incómodos o todos cómodos, ellas deciden. —Me encojo de hombros y vuelvo a mi lugar. Jo me mira, por un momento siento que la animadversión abandonó sus ojos, que eso de jugar con la incomodad

ajena se le da muy bien. Es otra de las cualidades de un buen negociador… ¿Biofuture dijo Catherine? Me suena… esa empresa me suena. Mis dedos pican por el deseo de Googlear, de conocer a mi inesperada adversaria.

—Prefiero la comodidad, gracias —responde. Y, como si sus palabras fueran ley, Marie llega con más café y unos panecillos de canela recién horneados. —Si no os importa, ¿podría ir a por mi portátil? Yo también he dejado mil cosas pendientes...

Se escucha el bufido de Cathy.

—Claro —responde mi padre—, compañía para trabajar no te faltará... —remata, con la mirada puesta en mí. Arquea las cejas y yo hago como si no entendiera la mirada. Cree que Jo y yo nos parecemos. ¡Claro que no! Yo no invadiría un rancho en medio de una tormenta para rescatar a mi hermano de un peligro que solo imagino...

Yo no soy tan protector...

¡Menos con mi hermano pequeño!

Eso es distinto; Blaze ha sufrido mucho y tiene problemas, ¡pero no haría eso por Roman, mi hermano mayor!

Vale, quizá sí lo haría, solo para arrastrarlo de las narices y soltarle un sermón.

Suspiro y bajo la mirada. Me pierdo la sonrisa satisfecha de mi padre, que se está riendo a mi costa.

CAPÍTULO CUATRO

Jo

El silencio se apodera del salón. Wade y yo dejamos de teclear. Hasta ese momento, eso es lo que habíamos estado haciendo. Trabajábamos como si el mundo no se fuera a venir abajo al otro lado de las paredes del rancho Davenport. Ya no podemos fingir más. La razón por la que Ryan Davenport y mi hermana siguen en pie es porque esperan el parte meteorológico. La sentencia final.

Un frente frío proviene del este y se dirige hacia aquí; chocará con la nevada que baja del polo y que ya ha causado estragos en Canadá. El epicentro se encuentra, por supuesto, en Nebraska. Ya ha descargado parte de su furia en Minnesota, pero allí no se ha unido a los vientos, como sucederá aquí. El resultado: caos. Una montaña de nieve que no se derretirá con la siguiente ola de frío. Los vientos con ráfagas veloces levantarán ese hielo y lo convertirán en cuchillas en el aire. En sí, la tormenta no durará mucho, pero sus consecuencias nos acompañarán varios días. El reportero termina el informe alertando a la población de que no haga gilipolleces. Aunque no usa esa palabra, claro.

No puedo evitar darme cuenta de que Wade tiene la misma expresión de incredulidad que yo ante los consejos que emiten en la radio. ¿Quién puede ser tan imbécil? Al parecer, la mayoría de la población.

—No lanzar agua hirviendo para probar cuánto tarda en congelarse… —repite Wade, con hastío.

—No exponerse a la intemperie para bajar de peso… — Es la increíble recomendación que resuena en mi cabeza: «¿De verdad?». Y eso que yo lo he intentado todo, pero sumergirme en la nieve... no, gracias. Al parecer, está de moda provocarse una hipotermia porque el cuerpo quema calorías. ¡La gente está loca!

Los consejos habituales son: no salir en el momento de la tormenta y, luego, solo si es inevitable. Tener velas y linternas cargadas por posibles apagones. Contar con reservas. Y, sobre todo, mantener la calma.

En Nebraska estamos acostumbrados a las inclemencias del tiempo, especialmente en temporada de tornados. No hay casa que no cuente con un kit de primeros auxilios y artículos básicos de supervivencia. No nos pasará

nada, salvo por el hecho de que, en lugar de estar en casa comiendo nachos con guacamole y leyendo alguna novela indie, que tanto me gustan, estoy aquí, atrapada por mis propios medios, en un rancho con desconocidos.

Yo solita me la busqué, me reprendo. Cathy no parece molesta por la situación ni por ser la artífice de esta. Al contrario, se despereza, se endereza en el sillón y dice muy campante:

—Si estas son las noticias, entonces me iré a dormir…

Clavo mis ojos en ella, abro la boca para replicar algo, pero Ryan Davenport se me adelanta.

—Yo haré lo mismo —Se pone de pie—. Señoritas Hayworth, sentiros como en casa. —Con una leve reverencia, gentil, se marcha dispuesto a descansar. Al fin de cuentas, no hay mucho más por hacer.

—¿Dónde piensas dormir? —vocalizo en dirección a mi hermana sin emitir sonido, con la esperanza de que Cathy lea mis labios. Pero el que tiene sus ojos puestos en ellos es Wade.

—En la tina, le pondremos una manta —responde. Yo me vuelvo, su sentido del humor sardónico empieza a irritarme. Él no sonríe, eso haría al chiste una broma de cuñado, pesada y fuera de lugar; en cambio, extiende el silencio, busca que sea yo quien cede con una risita tonta. ¡No lo pienso hacer!

—En cuanto llegué me ofrecieron una habitación, Jo… —Cathy rueda los ojos, con ese gesto de hermanita menor sabelotodo.

—Y ya está lista la suya, para cuando lo desee, señorita Hayworth. —Marie reaparece cargando unas mullidas toallas y un gesto amable. Cathy se marcha sin decir más.

—Oh, lo siento. Realmente no quería molestar. Llámeme Jo, por favor. Y puedo mantenerme de pie toda la noche, lo prometo. Usted me dice dónde está la cafetera y yo me convierto en una máquina que convierte café en documentos aburridos.

Marie ríe, pero en su risa hay una clara advertencia de tono maternal: «Ni se crea que le dejaré pasar la noche en vela».

—Le dejaré las toallas en la habitación, Wade le señalará el camino cuando decida irse a la cama. Buenas noches… —saluda y nos deja a solas. Caigo en la cuenta de que he venido a impedir que mi hermana quede a merced de quien, en mi mente maquinadora, es un potencial abusador por ser rico y poderoso. Ahora soy yo quien está a su merced. Mi mente busca desesperadamente las salidas, se pregunta si me oirán si grito, si podré valerme de una taza de cerámica para defenderme. Busco a tientas mi bolso, en el que guardé el portátil, y palpo desesperada hasta alcanzar el gas pimienta.

Wade, ajeno a mi desesperación y más ocupado en molestarme, aprovecha nuestra soledad para mofarse de mí sin que nadie lo reprenda:

—¿Realmente piensas quedarte de pie lo que dure la tormenta? ¿No has oído lo que nos espera? Mañana no terminará esta pesadilla, sino que será peor. Y no sabemos cuánto tiempo más se necesitará para que las carreteras vuelvan a estar transitables.

—Puedo soportar una noche sin dormir —replico, en un intento de dejar en claro mi fortaleza física y mental. Recién entonces caigo en cuenta de su provocación.

—Yo igual, pero no a base de café y trabajo, de ser posible. —Mis mejillas se encienden de inmediato, pero ya no necesito aferrar el gas con todas mis fuerzas. En el mundo de Wade Davenport soy una tía mona a la que tomarle el pelo. Otra se sentiría insultada por eso, yo… yo me siento aliviada—. Soy *gamer*, puedo pasar horas en juegos en red, también se me dan bien las maratones de Netflix… —agrega solo para regodearse en el camino oscuro que tomaron mis pensamientos.

Sorteo su anzuelo, ¿se cree muy especial? Ya veremos.

—¿*Gamer*, eh? Lo tendré en cuenta, si veo que el café y el trabajo no me bastan, cuento con encontrarte en una sesión de Call of Duty.

Sus cejas se arquean por la sorpresa. ¡Vaya tío prejuicioso! ¿Cree que porque soy mujer no juego en red? Por fin me doy por satisfecha, vuelvo la atención a mi ordenador. Internet empieza a fallar, hay microcortes, y termino frustrándome un poco. Cuando me rindo y acepto que no me bastará con el café —soy una completa millennial, sin internet no existo—, me recuesto en el sofá y siento sus ojos en mí. Su mirada es menos hostil y más curiosa; me observa con detenimiento. Me siento como un estudio de laboratorio, una ratita a la que sueltan en una caja de cristal para analizar sus movimientos.

Al fin lo ha conseguido: Wade Davenport me ha incomodado. De pronto, me siento la loca exagerada que ha conducido en la tormenta por nada, la invitada no esperada en el rancho a la que deben dar cobijo, la hermana insoportable que interviene en el ligue de la menor por envidiosa, resentida, solterona y fea.

Siento que sus ojos me recorren y, como lupas, magnifican todos mis defectos. ¿O no?, ¿o esa mirada puede significar otra cosa? No quiero pensar, no quiero *darme cuenta* de que Wade Davenport es apuesto hasta el absurdo, ni que sus ojos güisqui son enigmáticos, ni que su aroma a madera es cautivador… no quiero tomar conciencia de su tamaño, de lo fuerte y musculoso es, de lo poco que le costaría someterme… de lo mucho que me gustaría no temerle. No ponerme a temblar.

—Como Internet funciona mal —digo, la voz me tiembla un poco al principio— y no podré ni trabajar ni probarte mis dotes en el Call of Duty… y como de seguro estás viendo Dulces Magnolias y yo ya la vi… —suelto la broma para alivianar mis nervios—, le haré caso a Marie y me iré a dormir.

Meincorporo y noto que me tiemblan las piernas, aunque no tanto como empiezan a hacerlo cuando él me imita. Hasta ahora no lo había tenido tan cerca, había conseguido mantener la distancia física. Ya no. Su metro noventa —como mínimo— ocupa todo el espacio delante de mí; siento que me absorbe el aire. Retrocedo, mis pantorrillas golpean la mesa de café y tropiezo. Me coge para que no caiga. No hay nada de malo en su agarre: no es ni muy fuerte ni íntimo, es solo funcional, pero basta para que tenga que ahogar un chillido.

—Tengo que indicarte el camino —dice casi a modo de disculpa.

—Claro… —Sonrío. Es peor; su mirada me quema ahora, parece ver todos mis miedos. Mi sonrisa es de esas nerviosas, las que una le suelta a un extraño para generar empatía y que no te robe el bolso, o la charla banal que compartes con el taxista cuando piensas que está a punto de secuestrarte.

No dice más, hace lo mejor que puede hacer: alejarse de mí y darme la espalda. Simula, y me deja simular, que no ha pasado nada. Lo sigo por el salón hasta el pasillo y, desde allí, hasta las escaleras de madera. En la segunda planta se detiene y, desde el descansillo, me señala el camino.

—La tercera puerta contando desde el final del corredor. La de al lado es la de tu hermana, ¿vale?

—Vale… Gracias.

Asiente y se va en la otra dirección. Las piernas dejan de temblarme, puedo volver a respirar. Trago saliva y lo detengo solo un segundo:

—Davenport… —Se vuelve y me mira—. De verdad, gracias, por sacar a mi hermana del hospital y por la generosidad.

—No es nada… —Se lleva la mano a un sombrero invisible a modo de saludo y sigue camino. Recién cuando lo pierdo de vista, entro en la habitación.

Jo

Duermo poco y mal. He visto muchas tormentas en mi vida, sobre todo desde que dejé Carolina del Norte y decidí probar suerte aquí, en Nebraska. En este caso, mi experiencia solo me sirve para reconocer que estoy ante una tormenta importante, pues no hay más que hacer que refugiarse, esperar y rezar. La

habitación es cálida, las ventanas, herméticas y la construcción, resistente, aun así, se puede sentir cómo el viento azota el edificio, cómo se acumula la nieve en el alféizar y el sol no consigue atravesar la espesura gris cuando asoma por el horizonte.

Conseguí dormir unas dos horas; ahora estoy despierta, mirando el techo y preguntándome cuándo podré marcharme. Aparto las mantas y observo las pocas cosas que traigo: las bragas que cogí como medida desesperada en el Walmart, las mallas y el sujetador deportivo que siempre llevo en el coche para hacer ejercicio en el espacio común de mi complejo de pisos en Omaha, y una camiseta interior térmica de repuesto, porque las uso debajo de los trajes y, como la calefacción de la oficina suele estar muy alta, las sudo y debo cambiarlas. Con esto, ¿cuántos días me valdré? ¿Y mi hermana?

El alivio de ver a Cathy bien me impidió pensar en otras cosas, como, por ejemplo, de dónde sacó las prendas que llevaba anoche. Si Davenport la encontró en una fiesta, la llevó al hospital y de allí la trajo aquí, ¿cómo es que tiene ropa?

Dado que no hay nada mejor que hacer, lo mejor será averiguar qué ha pasado en realidad y, ya que no hay nada mejor que hacer, por qué no hacerlo ya. Aparto mi traje de lana (no pienso enfrentarme al día con una faja, medias térmicas y tacones) y opto por las mallas de deporte, la camiseta interior y los calcetines de algodón que uso con las deportivas. No tengo otro abrigo que la chaqueta de oficina.

—Pues la elegancia tendrá que esperar —digo con determinación, cubriéndome con ella. No solo me queda fatal, sino que además la chaqueta resulta incómoda para andar por casa. Sin pensarlo más, abandono mi habitación y llamo a la de al lado.

—Sé que eres tú —responde mi hermana sin abrir—, si vienes a soltarme un sermón, espera a que tenga un café en el estómago.

—No vengo a soltarte un sermón —Entro y la encuentro en la cama, con el móvil en la mano, jugando al mismo juego que anoche—, quiero hablar contigo para saber qué ha pasado.

—Nada ha pasado. Conocí a Davenport en una fiesta y se ofreció a llevarme…

—¿Al hospital? —Arqueo las cejas. Cathy no aparta la mirada de su móvil.

—Me sentía descompuesta…

—Cathy… —Me siento sobre el colchón, a su lado, manteniendo cierta distancia.

—Dijiste que no me soltarías un sermón.

—¿Y acaso eso hago? —Mi hermana sella los labios en un mohín—. ¿De dónde has sacado la ropa?

—De la cuñada de Wade, él avisó al rancho que veníamos para aquí y su hermano consiguió traer algo de ropa antes de que se desatara la tormenta. —Al ver que no entiendo del todo la situación, señala la ventana—. Aquella otra casa es de su hermano.

—Ah, vale. — Miro las prendas y contengo una amarga carcajada: no me entrarían ni en el dedo pequeño del pie. Cathy y yo somos parecidas, pero yo soy la versión plus size. Ambas tenemos los ojos azules y el cabello rubio, aunque el de ella luce reflejos que lo hacen parecer más claro. También compartimos la altura, superamos el metro setenta, algo que le abrió las puertas de las pasarelas a Cathy. En mi caso, uso la altura, sumada a mi complexión robusta, como medio para imponer mi presencia en las negociaciones. En un mundo de hombres, ser menuda y bonita puede significar ser subestimada, menospreciada e, incluso, propasada. En cambio, ¿quién se atrevería a tratar de seducir a una mujer que podría quebrarte los dientes de un golpe?

—No todos los hombres son papá —dice, levantando apenas la mirada de su móvil para clavarla en la mía.

—Algunos son peores —respondo, Cathy sonríe y vuelve la atención a la pantalla.

—Crees que estás siendo realista, Jo, pero eres solo cínica. Puedes saber muchas cosas, eres la más lista de las dos, eso sin duda…

—Cathy…

—No lo digo como celos, remarco lo evidente. Eres la más lista de las dos, pero de hombres no sabes nada. Davenport no me llevó a su piso, no estamos a solas y no ha hecho ningún intento siquiera de *cobrarse* el favor. Y sabía que así sería.

—Estaba en la fiesta de Lauder —remarco la evidencia a mi favor.

—Yo también, ¿recuerdas? A veces uno termina en un mal lugar en un peor momento.

Ni que lo digas, pienso. Ella dice que soy la más lista, solo habla de mis títulos. En la vida real, es más inteligente que yo. Por eso no me convence lo que ha pasado; sé que hay algo más, aunque Davenport no sea quien está detrás de todo esto.

—¿Eso te pasó a ti?, ¿estabas en un mal lugar en un peor momento? —le pregunto, Cathy asiente sin mirarme. Yo dejo ir una risita sin humor—. Venga ya… De los cincuenta estados del país, te encontrabas en el único que habito

yo. —Se encoje de hombros y sigo—: Tu trabajo de modelo te lleva a Nueva York, a San Francisco o Los Ángeles. De aquí las modelos huyen, lo más alto que pueden llegar en Nebraska es a Miss Pienso de Vaca. —Es su turno de reír —. Has venido porque sabías que yo estaba aquí, esperabas que te pudiera recoger si te metías en problemas y, cuando lo has hecho, decidiste no llamarme… Preferiste confiar en un extraño, ¿por qué?

—Dijiste que no me ibas a soltar un sermón.

—Y no lo estoy haciendo…

—Tuve una recaída —dice, en alusión a las drogas y el alcohol—, ¿vale? Y me dio vergüenza llamarte. —Clava sus ojos en mí, puedo leer en ellos la mentira. Es verdad la parte de la recaída, por eso terminó en el hospital, pero que viniese a Nebraska es un grito de auxilio, no una casualidad. Sé que no debo presionarla, me cuesta horrores no hacerlo.

—Vale… —acepto mi derrota temporal—, ¿puedo abrazarte al menos?

—¡Ni de coña! —carcajea—. No somos esas clases de hermanas.

—Podríamos empezar a serlo… —Arquea las cejas por respuesta. Yo elevo las manos en un gesto de rendición—. Bien, bien. Y deja el cabreo conmigo, esta casa es tan grande que podrías follar con Davenport y no se enteraría nadie.

Cathy se ríe y dice algo que me deja pasmada:

—No es a mí a quien mira Davenport, ¿sabes? Quizá sea yo quien te diga que te des el gusto. —Mis mejillas arden de inmediato, ella suelta una risotada —. ¡Por Dios, Jo!, ¿cómo puedes ser tan mojigata? Ya te dije, Wade es de los buenos, tengo ojo con los tíos, sé reconocer a los capullos y a los que valen la pena. El problema es que no siempre escapo de los capullos… —agrega en voz baja, la oigo igualmente.

—Dejaremos esta conversación aquí… —digo, me pongo de pie.

—Cobarde —se mofa. No pico en la pulla. Cuando llego a la puerta y giro el pomo, caigo en cuenta de parte de lo que Cathy no me estaba contando.

—Por eso llamaste a George —Ella le puede decir papá, yo hace años que soy incapaz—, porque Davenport es de los buenos, ¿verdad?, querías hacerle creer que… —La voz se me quiebra.

—Jo… Yo no soy tan fuerte, yo no puedo decepcionar a papá.

Yo sí, es la parte amputada de la oración, yo sí puedo y, de hecho, lo hice: lo he decepcionado. Soy como mi madre en lugar de ser una mujer tradicional, casada con un millonario. Trago saliva.

—Lo siento, Cathy, pero George está decepcionado con la vida, nada de lo que hagas será suficiente. Mientras antes lo aceptes, antes dejarás de sufrir. —*De hacerte daño con las drogas*, agrego mentalmente.

—Me prometiste nada de sermones —pide una última vez—. Además, Davenport no picó… al menos no con la Hayworth que esperaría papá. —Sonríe para quitar el hierro caliente a la conversación, acepto la tregua:

—Has visto mal, ese hombre me odia. Y si no me odia completamente ya, lo hará antes de que termine la tormenta. Nadie me aguanta veinticuatro horas y sigue pensando que soy maja.

—¡Nadie piensa que eres maja en primer lugar! —se ríe.

—Y le sumaré mi atuendo —me señalo las mallas con chaqueta.

Abro la puerta y salgo al corredor, apenas escucho la réplica de mi hermana:

—Por eso sabrás que es sincero.

Supongo que aún le duran los efectos de las drogas y el alcohol, de otra manera no se explica que crea que un hombre como Davenport, acostumbrado a modelos hermosas como ella, pueda mirarme a mí con algo más que desprecio o malestar.

Cuando regreso a la habitación que me han dado, Marie está allí. Supongo que habrá llamado y, al no oír respuesta, asumió que no estaba. Ha hecho la cama y está dejando algo de ropa sobre ella.

—Si son prendas de la famosa cuñada, desde ya le digo que no me entrarán —le digo, Marie se vuelve hacia mí con esa gentil sonrisa que la caracteriza—. No se preocupe, tenía algunas cosas en el coche y bragas no me faltarán.

—No es problema, señorita. Son algunas prendas de abrigo que le irán. Nada lujoso, pero para pasar el frío le servirán.

—Gracias.

Marie mira las toallas y ve que no las he usado, así que recoge las que ha traído. Me saluda con un asentimiento de cabeza y, antes de marcharse, me dice:

—El desayuno ya está preparado, si lo prefiere le puedo traer una bandeja.

—Oh, no… no se moleste. Bajaré yo misma. Gracias de nuevo.

Me deja a solas y yo me acerco con curiosidad a la ropa que ha traído. ¿De quién será? ¿Me entrará? Hay una camiseta de algodón de manga larga, dos camisas (una de ellas de franela) y un jersey de punto. No hay nada para la parte inferior, pero es lo de menos; con mis mallas y mi pantalón de vestir me valdré muy bien. Cojo la camisa y me da un vuelco el estómago: es una reconocida línea masculina. No es de ninguna cuñada, amante o empleada plus size, sino del mismísimo Wade Davenport.

No puedo evitar que la vergüenza le gane al agradecimiento; me imagino a Davenport pensando en mi enorme talla y mis mejillas se encienden de pudor. Me cuesta un par de minutos centrarme, volver a la racionalidad y recordar que

lo más probable es que Davenport haya adoptado una actitud práctica al respecto.

—No piensa ni bien ni mal en tu cuerpo, Jo, simplemente no piensa en él. Déjalo ya… —me digo en voz alta, para serenarme—. Debes ser igual de práctica que él, vestirte cómoda, sobrevivir al día de tormenta.

Más serena, cojo una de las toallas y voy al baño en suite. Una ducha y a enfrentar el día.

CAPÍTULO CINCO

Wade

Mis ojos se clavan en Josephine. O, mejor dicho, en su escote. Joooder. Fuera nieva como no lo hacía desde hace años y dentro hay un incendio forestal. Lleva puesta una de mis camisas, la reconozco enseguida, una de mis preferidas. Casi puedo sentir la suavidad de la tela en mi piel... en la suya. Sé que es cómoda, cálida, perfecta... y le queda mejor a ella que a mí. No sé cuándo la ha cogido Marie —por supuesto que ha sido ella—, y se lo agradezco. Porque sí, no caí en que a Jo no le valdría la ropa de mi cuñada, Maddie, y porque me ha brindado la mejor vista en años.

Jo saluda a todos, se sirve una taza de café —lo toma negro y sin leche ni azúcar— y se sienta en una silla vacía de la mesa del comedor. Entabla una conversación casual con mi padre, lo típico en estas circunstancias: el tiempo. Se vuelve hacia mí, que finjo leer un informe en el móvil, y me dice:

—Gracias por las prendas, me vinieron bien. —Sus mejillas se sonrojan un par de tonos, pero mantiene el temple con bastante éxito.

—No hay de qué, me alegra que te hayan venido bien. —Mi voz suena algo ronca; disimulo un carraspeo. También me centro más en mi trabajo. Cathy se suma a la velada, no conversa mucho. No me ha dicho nada sobre cómo llegó a la fiesta de Lauder, qué consumió ni por qué, estando su hermana en Nebraska, no la llamó para que la recogiera. Se vale de mi hospitalidad y yo me recuerdo a mí mismo que, si le pongo condiciones, deja de ser hospitalidad. Pero, joder, qué ganas tengo de interrogarla, de que deje de actuar como si todo esto fuera normal. No sé qué me cabrea más, si que se aproveche de mí o que permita que su hermana siga teniendo una versión distorsionada de lo sucedido y, más concretamente, de mi participación en el asunto.

Es evidente que Jo piensa lo peor de mí; no lo dice, pero lo deja claro en su forma de actuar. Habla con mi padre, con Marie —quien ahora se ha sentado a mi lado a disfrutar de su merecido desayuno— e incluso intenta sonsacar información a su hermana, pero, en lo que a mí respecta, me trata como si tuviera alguna enfermedad contagiosa. Es considerada, claro, al fin y al cabo se aloja en mi casa, no obstante, ha construido un muro de hielo entre nosotros y creo que me cabrea más que la actitud de su hermana.

—Al parecer nos espera otro día de encierro —dice mi padre.

—Y su correspondiente noche.

Jo palidece, intenta mantener la templanza.

—Seguro pronto aminorará la tormenta y podremos regresar. ¿No dijo el hombre de la radio que cedieron las ráfagas de viento?

—Lo que hará que se acumule la nieve —intervengo.

—Por suerte, solo será nieve. De eso estamos acostumbrados en Nebraska. Y también en Nueva York —dice en dirección a su hermana, quien asumo, vive allí—, para que te sientas como en casa.

Cathy alza la vista del móvil, se encoge de hombros y vuelve a concentrarse en la pantalla. Jo no contiene el gesto en esta ocasión: adopta una expresión aniñada, con los labios y el entrecejo fruncido y las manos en garra, como si contuviese el deseo de ahorcarla. A mí se me escapa una risa ahogada. Me mira sin decir nada al respecto.

—Sí, estamos acostumbrados, y por eso sé que no recogerán la nieve de la carretera hasta mañana. Primero despejarán las arterias principales, el rancho tendrá que esperar —explica mi padre.

—Ahora es cuando le regresa el deseo de ahorcar —bromeo en dirección a Jo.

—Los tendré que reprimir, si algo me han enseñado las novelas de Agatha Christie es que, en los crímenes en espacios cerrados, siempre cogen al culpable.

Es el turno de mi padre de reír.

—Pues hay una colección de novelas de misterio en la biblioteca y tiempo de sobra para leerlas, estoy seguro de que podrá construir el crimen perfecto con esas herramientas —sugiere mi padre, en tono divertido.

—Empiezo a sospechar que no soy la única en querer eliminar a Davenport… a Wade —se apresura a corregir, dado que aquí somos dos Davenport, necesita ser específica.

—Eliminar lo que se dice eliminar, no… Ya me he encariñado —ríe—, pero un poco de desafío forja carácter.

—¿Te parece que me faltan desafíos, padre?

—Siempre hablas de negocios, Wade, de esos desafíos. Yo me refiero a otra cosa.

—¿A qué? —insisto. Miro de soslayo a Jo, no quiero perderme su reacción. Sé lo que mi padre piensa sobre que yo sea tan dado a las mujeres. No le gusta nada, y no solo porque es un hombre que cree en el amor (amó a mi madre hasta la médula) sino porque es consciente de que mi recelo se debe precisamente a eso: a haberlo visto desmoronarse tras la muerte de ella. Sabe que temo verme así de vulnerable, que debí fortalecerme cuando él intentaba

reponerse por el bien de Blaze, quien terminó en el hospital. Entiende que él es el culpable de mi recelo hacia las relaciones, la razón de mi miedo al compromiso...

Y, a diferencia de Blaze, yo no piso la consulta de un psicoanalista ni bajo amenaza.

—A desafíos naturales —esquiva la pregunta—, tormenta, encierro… ¿Qué harás si hay un apagón?

—Encenderé el generador.

Mi padre carcajea.

—¿Qué clase de vaquero he criado? —dice con dramatismo, en dirección a Jo—. Uno que prende el fuego con una resistencia eléctrica y le pregunta los pasos a Chat GPT.

Jo se ríe con él.

—No se preocupe, señor Davenport, si nos vemos en esa situación, sé prender fuego… con cerillas. Tampoco soy tan amañada.

—Sabiendo que estamos en sus manos, señorita Hayworth, iré a relajarme con un buen libro. Está invitada. —Se pone de pie y rodea la mesa por mi lado.

—Le agradezco, pero mientras la tecnología nos acompañe, adelantaré algo de trabajo.

—Ya sabía yo que diría eso… —murmura mi padre para que solo yo pueda escucharlo. Espero que la tormenta remita en breve, un día más bajo el mismo techo y el que empleará las enseñanzas de Agatha Christie seré yo.

Cathy es una presencia silenciosa; para ser sinceros, desde que mi padre se retiró, todos lo somos. Jo se marcha y regresa con su ordenador portátil; yo tengo el mío a mano. Las pantallas se alzan como una barrera inquebrantable entre nosotros. En unos segundos, Marie recoge algunas cosas y regresa a la cocina. Cathy sigue con su móvil, absorta como un zombi, y el único sonido que hacemos tanto Jo como yo es el de los teclados al escribir.

Alzo la vista un segundo, clavo mi mirada en ella. Sus ojos azules están fijos en la pantalla, sus pestañas forman largas medialunas sobre sus mejillas. Mi experiencia con las mujeres me basta para saber que no son postizas ni extensiones, pero sí se ha hecho la permanente. Están demasiado peinadas y arqueadas, un pequeño gesto de vanidad. Se esmera más en su apariencia de lo que se puede deducir a primera vista; ahora, vestida con mis prendas sin combinar, sin maquillaje —se lo ha tenido que quitar con lo que lleva en el bolso, sin usar productos de cuidado facial—, me percato de la diferencia.

Sigue siendo una belleza. No puedo evitar apreciarlo. Cathy también lo es, pero no es ella quien capta mi atención, sino su hermana.

Al apartar la mirada, me doy cuenta de que Cathy ha notado cómo miraba a Jo. No dice nada, solo arquea una ceja de un modo que no logro descifrar. No es escepticismo ni celos, sino más bien desafío, incluso defensa. Es como si los papeles se hubieran cambiado y fuera Catherine quien protegiera a Jo de mí.

Empieza a cabrearme que me consideren una amenaza constante.

En cualquier caso, no pienso ahondar en ello. Las hermanas Hayworth pueden ser preciosas si quieren, pero ahora mismo son un verdadero quebradero de cabeza. Vuelvo a centrarme en los informes: en invierno, el trabajo del rancho disminuye, no así el administrativo. Justamente por la falta de ocupaciones urgentes es por lo que se analizan las modificaciones importantes: Si debemos cambiar algún proveedor, es ahora, no cuando necesitemos los productos en nuestros almacenes. Si vamos a realizar inversiones fuera del rancho, es el momento, no cuando las finanzas se centren en la producción.

Leo los informes, pero mis ojos se saltan líneas. Solo tengo una cosa en mente. Vuelvo a alzar la mirada, esta vez para cerciorarme de que no me pillarán in fraganti, y mis dedos vuelan sobre el teclado escribiendo: «Biofuture».

Aparece ante mí la página de bienvenida de la empresa. Lo primero que se ve son los proyectos en curso y una sección de noticias en la que la compañía es el tema central. Debo pinchar en «Acerca de nosotros» para hallar lo que busco, pero ni siquiera así lo encuentro. La foto principal es de la fachada del edificio; luego hay otra, muy pequeña, en la que aparecen unas veinte personas, entre las que por fin encuentro a mi inesperada huésped. Sin embargo, no puede esconderse tanto como quisiera. En el texto, su nombre aparece en negrita más de una vez, acompañado de palabras como «fundadora», «premiada», «innovadora» y «especializada».

Su trabajo me deja pasmado. En mi cabeza resuena mi conciencia con una voz nueva, la de mi sobrino Ryan, el hijo de Roman —sí, comparte nombre con mi padre—: «¡Estás *stalkeando*, tío, qué *cringe*!». Necesito hacer un esfuerzo para no reírme y, desde luego, para no admitir que sí, que lo hago y que fue él quien me enseñó este fino arte de saberlo todo del otro gracias a Internet. Empiezo a sentirme viejo, y eso que apenas supero los treinta. Me sumerjo en toda la información que encuentro; soy un espía industrial improvisado. Averiguo sobre su gran carrera, su paso por el MIT, su decisión de instalar la sede en Nebraska a pesar de ser de Carolina del Norte y cómo ella consiguió algo que yo no: separarse de la idea de ser una nepobaby, como nos llaman a quienes hicimos nuestra carrera y fortuna por ser «hijos de...».

—Allí solo conocerás el escudo, no a ella —dice Cathy y me mira con picardía. Yo arqueo las cejas, ella se ríe. Mis pecas consiguen esconder el imprevisto sonrojo.

Jo mira a su hermana sin entender; Cathy no explica nada. Solo se encoge de hombros y vuelve su atención al móvil.

¿Qué le pasa a esta mujer? Parece mi sobrino adolescente con las redes sociales. Jo no indaga y yo suelto el aire aliviado. En cambio, coge una llamada y se disculpa con un gesto. Se pone de pie y se aleja para no molestar, pero regresa a los pocos segundos, pues debe comprobar algo en su ordenador.

Cierro la página y ahora me llaman a mí. Nuestras voces se entrelazan mientras conversamos sobre temas de trabajo, de vez en cuando nos alejamos para encontrar un poco de intimidad y luego regresamos cuando es necesario utilizar el ordenador.

—Sí, claro —dice ella y pasa por la puerta, al mismo tiempo que yo. Nuestros cuerpos se atascan en el marco y nos golpeamos los hombros con él —. Mierda…

Empujamos, no hacemos más que atascarnos más.

—Pase usted… —decimos a coro—. No, usted…

Los dos extendemos la mano en señal de invitación. Cuando pienso que ya le he dado suficiente tiempo, decido pasar. Al parecer, ella pensó lo mismo, porque volvemos a quedarnos atascados en la puerta.

—¡Joder!

Jo me otea, no dice nada, aunque su expresión deja claro lo que piensa: que soy un capullo, que lo hice adrede. O al menos eso creo yo, porque es evidente que estamos los dos muy a la defensiva. Cathy, en cambio, contiene la risa. Vuelvo a cederle el paso y, esta vez, Jo se adelanta. Alice, mi secretaria con quien hablo, me pregunta dónde estoy.

—En el rancho, con mi padre y… —¿Cómo llamarlas?, ¿invitadas?, ¿forasteras?, ¿invasoras?

—Vale… compañía —completa en tono confidente. Yo estoy a punto de replicar, pero la voz de Jo me desconcentra:

—Es que las pruebas están en beta, no pueden salir al mercado —comenta con quien sea que esté al otro lado de la línea. Como está demasiado cerca de mí, mi secretaria la escucha y pregunta:

—¿Qué pruebas?

—Ninguna prueba, es mi invitada… — Esto es una conversación de locos. Me meso el cabello. Suelo trabajar solo, ya sea en mi gran despacho de Omaha o en el de mi padre aquí. No sé por qué no lo he cogido ahora, es una

pregunta para la que no pienso hallar respuesta. Me digo que era porque estaba desayunando muy a gusto y no pienso ceder a estas molestas invitadas, pero esa sería la mentira del año.

—¡No escuches a nadie más que a mí! —reprende Jo a su interlocutor, al parecer también escucha mi voz—. Esa es la voz de Davenport, no tiene nada que ver con el negocio. —Se vuelve a alejar, consigo escuchar—. Claro que no le estoy vendiendo nada, yo no soy de ventas.

—Esto es una conversación demente —me quejo con mi secretaria—. Sí, recibí el informe, pero es demasiado especulativo. ¿No tenemos datos reales? — En mi ordenador aparece una ventana emergente que me advierte de que me estoy quedando sin batería. Busco el cargador. Jo regresa y conecta su ordenador. Se marcha de nuevo y yo encuentro el cable. Sigo hablando mientras busco un tomacorriente libre...

Por supuesto, no lo hay. La casa principal se construyó en los años ochenta, cuando no había tantos ordenadores, móviles ni aparatos eléctricos. No se necesitaban tantas tomas de corriente. ¡Eso sí!, tenéis que ver la cantidad de conexiones telefónicas fijas que hay. Como mi ordenador se ha quedado sin batería, desenchufo el de Jo y pongo el mío. Sigo conversando y, cuando ella regresa, ve que su ordenador se queja de falta de carga, mira la toma de corriente con el ceño fruncido.

—Disculpa… —me dice—, solo un segundo. —Se inclina para cambiar los conectores.

—Lo siento, mi batería está muriendo —respondo.

—La mía también.

Se endereza. Los dos estamos con los móviles pegados en las orejas, la mano libre sobre los enchufes y manteniendo dos conversaciones a la vez. Nos miramos, nos desafiamos como dos niños pequeños.

—No hablo contigo —decimos a coro—. Sí, contigo sí —aclaramos en dirección el uno del otro—. ¡Que no contigo!

Parecemos dos esgrimistas, cuyos floretes son cables de alimentación. ¿Por qué no puedo ceder? ¡Joder, con Josephine! Me hace comportar como un capullo.

—Solo un segundo —pido.

—Perderé la prueba —se queja ella—. Por favor…

—Y yo perderé el informe…

Las dos voces al otro lado dicen algo evidente y casi parecen ponerse de acuerdo: puede esperar.

Somos nosotros los que no podemos esperar. Porque, si no trabajamos, ¿qué haremos? Algo nos une a Jo y a mí: el terror a quedarnos a solas con nuestros pensamientos. Tapamos con trabajo algo más; yo sé muy bien qué: la idea de ser reemplazable, el miedo a que los demás tengan razón y no valga más que el apellido de mi padre, la horrible sensación de que me han dado este sitio solo porque mi padre se peleó con mi hermano Román, el pánico a que, si no soy imprescindible, dejaré de ser visible y mis afectos pasarán de mí.

Un millar de miedos que se abrieron paso en mi pecho el día que me dijeron que mi madre había muerto, que mi hermano Blaze luchaba por su vida en un hospital y que debía quedarme con Marie en el rancho, aislado, mientras el mundo exterior se desvanecía para mí. No tenía madre y, temporalmente, tampoco padre. Sí, lo entiendo, yo haría lo mismo por un hijo: permanecer junto a su cama de terapia intensiva hasta que despierte. Pero eso es lo peor, porque no puedo expresar mis emociones sin sentirme además una basura por tenerlas. ¿Acaso no entiendes la gravedad? Y, cuando descubrimos que, además, mi madre había sido asesinada y que mi hermano podría haber compartido el mismo final, la culpa fue in crescendo hasta agobiarme.

Necesito trabajar. Necesito mantenerme ocupado para superar esto. Necesito reconocer que por eso traje a Cathy aquí, por eso la saqué del hospital: la ayuda es mutua y no soy tan altruista después de todo.

Veo el mismo pánico en la mirada de Jo, pero desconozco sus fantasmas y los míos se vuelven crueles, se comen mi empatía, mi solidaridad...

Jo me mira, se rinde, no porque quiera, sino porque soy el anfitrión. Me siento aún peor, en su rendición hay un reconocimiento de mi poder sobre ella en estos momentos que me resulta sucio, desagradable.

Entonces, Cathy interviene, no la hemos visto ir ni venir, la observamos ahora con una regleta en la mano.

—Parecéis dos críos —suelta, la conecta y calza los dos cargadores—. Listo, un ingeniero se ha quemado las pestañas para que vosotros podáis trabajar. Ahora, volved a vuestros importantes negocios, que no pueden esperar. Haced vuestros millones, que América quebrará sin vosotros. —Rueda los ojos y vuelve a su sitio. Nosotros la miramos, luego hacemos contacto visual.

Y sí, no hay pecas que disimulen mi sonrojo ni nieve que enfríe el se Jo. Nos estamos comportando como dos críos. Volvemos a nuestros sitios, pero antes de que retomemos... ¡el tan temido apagón!

Los ordenadores vuelven a mostrar ventanas emergentes de alerta de batería baja. ¿Internet? Ja, ja. También se caen las llamadas, y aunque se reconectan al pasar a datos móviles, es en vano seguir. Bajamos las pantallas en

un movimiento coordinado que no nos habría salido mejor aunque lo hubiéramos practicado durante meses, y nuestras miradas se cruzan.

Oh-oh. Ahora sí que ha pasado lo peor. Ahora sí que estamos solos, aislados con nuestros fantasmas y con la temida compañía mutua. Es Josephine quien reacciona primero: empieza a reír. Una risa algo nerviosa, incómoda.

—Supongo que llegó la hora de demostrar mis habilidades con las cerillas… —dice, se muerde el labio para contener esa risa inquieta. Está asustada, casi puedo oler su miedo, y todas las pullas se desvanecen.

—Aún tengo datos móviles, puedo preguntarle a ChatGPT. —Jo deja ir esa risa más aliviada, pero me desvía la mirada, no quiere que lea su miedo. No le quiere mostrar temor al depredador y yo no sé qué coño hacer para asegurarle que no le haré daño.

¡Jamás!

Esa palabra resuena en mi cabeza e impacta en mi interior. La tormenta sigue golpeando fuera, otra muy distinta se desata dentro de mí.

Jo

Un zumbido y la luz regresa. No completamente, nuestros ordenadores siguen apagados y nuestros móviles, con datos.

—Ya está funcionando el generador —dice Marie, reapareciendo en ese instante. Se dirige a Cathy y a mí, porque lo que tiene para decir es de conocimiento de Wade—. El generador está conectado solo a una fase, la que incluye la cocina, para que no se eche a perder la comida. Pero el resto de la casa permanecerá en las sombras hasta que pase el apagón.

—¿Tienes alguna batería portátil? —pregunta Wade, se pone de pie.

—Sí, en mi coche.

—Vale, las pondré a cargar en la cocina.

Me pongo de pie y voy a por ella, al regresar, me encuentro a Wade junto a la encimera. Está inclinado, con los codos sobre el mármol, una taza de café entre las manos y la mirada perdida en la cortina blanca de nieve al otro lado de la ventana.

—Es solo una tormenta, ¿verdad? —digo y le extiendo mi batería, él la pone a cargar de inmediato—. ¿En qué momento nos volvimos tan dependientes de la tecnología? Solo serán unas horas.

—Sí, tienes razón. — Me sonríe y doy un paso atrás. En esta ocasión no es el miedo, sino el impacto de su sonrisa. Él cambia de expresión, ya no es amigable, sino... ¿triste? Clava en mí sus ojos güisquis y siento que me desnuda, no el cuerpo, sino el alma. Me doy la vuelta para servirme una taza de café; necesito escapar de su mirada. Estoy acostumbrada a las de desprecio, a las que ven mi cuerpo gordo y desagradable o, incluso, a las que buscan «el potencial» de este, como si pensaran: «Sería bella si no tuviera sobrepeso». Como si la gordura y la belleza fueran rutas paralelas que jamás se cruzan.

No es así como me mira Wade; aún no sé bien cómo lo hace, no consigo descifrarlo. Pero sí sé diferenciarlo. A veces está enfadado, otras interesado y otras... así, como ahora.

La radio tenía razón, ya no hay viento; la nieve cae sin piedad y se acumula en enormes montones. Ya no se ve ni una zona verde; los árboles, desnudos, cargan en sus ramas el peso de la nieve, y podemos adivinar la cantidad que ha precipitado al ver, borrosa, la nave central. Me inclino sobre la encimera, a su lado, y nos quedamos los dos con la vista puesta en la blancura.

—Jugaremos algo —dice Marie a nuestras espaldas. Los dos damos un respingo, volcamos el café y nos volvemos asustados. Marie se echa a reír—. Vaya, si sabía que la tormenta estaba tan interesante, no proponía jugar una partida de naipes, y nos veníamos todos aquí a ver la nieve caer.

—Cartas, ¿eh?, como los viejos tiempos —responde Wade, al tiempo que busca alcanzar el paño de cocina. Yo pensé lo mismo, y nuestras manos se tocan. Yo intento huir del contacto, pero él hace lo contrario, se aferra con más fuerza—. Permíteme, eres la visita —aclara con voz ronca. Yo suelto el paño sin discutir, luego me lamento.

¿Será que se ha dado cuenta de mis reacciones y las está midiendo?, pienso; busco una razón para volver a cabrearme con él, para volver a elevarlo al lugar del villano de una historia. Porque si no… si no… empieza a caerme bien Wade Davenport y eso es algo que no me puedo permitir.

¿No podíamos quedarnos varadas con Blaze Davenport?, no, claro que no. Tenía que ser con el seductor, con el hombre que toma lo que quiere, por quien las mujeres se derriten. Por el más amenazante de los tres hermanos.

—Tu padre ya ha bajado y propuso que jugáramos War —confirma Marie. Se acerca a coger la cafetera para llevarla a la sala, otra de las habitaciones conectadas a la fase alimentada por el generador. War o Guerra es un juego bastante infantil, pero también sumamente divertido.

—¿De verdad? —se burla Wade—, ¿tantas ganas de perder tiene? Sabe que soy invencible.

—Tal vez supone que alguien más pueda vencerte… —replico y él se vuelve hacía mí.

—¿Es un reto, señorita Hayworth?

—Es un hecho, señor Davenport. — Alzo el mentón, cojo mi taza y me dirijo al salón. Me contoneo un poco al andar, intento ser infantil en el desafío. Nada me prepara para la nueva forma en que me mira Wade. No es como las anteriores, que ya de por sí eran indescifrables; esta es clara... Es de deseo, casi puedo leer en su iris la palabra «mía».

Y ocurre algo inesperado. Por primera vez, no siento miedo, sino un impulso de responder: «Tuya».

Por suerte, ser sensual se me da fatal y tropiezo con el borde de la alfombra. No llego a caerme, apenas un traspié que me permite escapar de la situación y recordar que no, que yo no puedo estar con Wade Davenport. Yo no puedo estar con ningún hombre.

En la sala ya están los demás. Cathy parece haber apartado el móvil bajo la influencia de Ryan Davenport. No sé cómo lo consigue, a ella se le da mejor relacionarse con hombres intimidantes. Sin ir más lejos, sabe cómo tratar a nuestro padre, que es mil veces peor que el patriarca de este rancho. Se nota que Ryan es un hombre firme, de convicciones, con carácter... La clase de hombre a quien no quieres tocarle los cojones. Sin embargo, hasta ahí llegan las semejanzas con el patriarca Hayworth. Se adivina el cariño de Davenport hacia sus hijos; en cambio, a George es más fácil decepcionarlo que hervir agua en un calentador.

Aun así, cuando nos sumamos a la ronda, mi hermana se sienta a mi lado, hace causa común conmigo y le sonrío. Aunque nuestra relación esté marcada por los conflictos, nos queremos. Tal vez por eso el cariño que nos tenemos es tan profundo, incondicional. Otros hermanos se habrían distanciado por mucho menos. Ya me dirá por qué ha hecho lo que ha hecho, por qué, en lugar de llamarme a la primera, me empujó a quedarme atrapada en una tormenta con desconocidos. De momento, mi incondicionalidad está con ella. Y la de Cathy, conmigo. Al menos durante la partida de Guerra.

Wade se sienta frente a mí. Sonríe con tanta seguridad que me dan ganas de dejarle ganar solo para que siga sonriendo. Definitivamente, el encierro está afectando a mi estado psicológico. Por fortuna, no voy a perder; nunca pierdo.

—Explico rápido por si alguien no lo recuerda —dice Marie mientras reparte, ella se ha sentado en el sitio que abandonó Cathy, dejando en claro que su lealtad está con el patriarca—: todos tiramos una carta a la vez. La más

alta gana. En caso de empate: ¡guerra! —lanza un grito cómico y todos reímos. Wade me lanza una mirada rápida, divertida, que esquivo a medias.

Empiezo a darme cuenta de que estoy malinterpretando la situación. No hay alianzas a favor de nadie, sino que, al parecer, estamos todos contra Wade. Yo puedo entender mi animosidad; se debe a lo que pienso en general de los hombres como él. Pero no entiendo por qué su padre, tras haber demostrado afecto, conspira contra su hijo. La respuesta más evidente es que quieren darle un baño de humildad, y yo ansío ser el agua de ese baño... para recorrer su cuerpo, para humedecer cada rincón... ¡Para ponerlo en su sitio!

Me sonrojo por mis pensamientos. Escondo mi reacción tras el borde de la taza de café. Cathy me mira de soslayo, frunce el ceño; sabe que no soy de las que se cohíben. Todo lo contrario. Me brinda una media sonrisa y... se pone de pie para sentarse junto a Wade.

—Traidora… —le murmuro. Wade se ríe. Cathy le dice algo al oído, la risa de Wade se convierte en una media sonrisa y sus ojos se clavan en mí con picardía.

Así que esas tenemos. Los Davenport contra Wade, y la nueva alianza contra mí.

—Los enemigos de tu enemigo son tus amigos… al menos en la guerra —dice Ryan, justo antes de comenzar la partida. Me guiña el ojo y esa se convierte en la señal de partida.

Jugamos la primera ronda. Cathy tira un siete, Ryan un cinco, Marie un tres, yo un nueve. Wade lanza un rey. Me lanza una ceja levantada y se lleva el montón.

—Empezamos bien —dice con voz cantarina.

—Los soldados se ven en las guerras, no en los tiempos de suerte —replico.

Segunda ronda. Gano con un as. Frunzo los labios de manera burlona mientras recojo las cartas. Ryan se ríe al entregarme la suya, no busca ganar. Estoy seguro de que, si fuera así, no tendríamos oportunidad contra el patriarca.

La siguiente ronda se da Guerra entre Cathy y yo. Ponemos tres cartas boca abajo, nos miramos y sonreímos como cuando éramos niñas. Tratamos de generar tensión. Al voltear, gano yo y recojo los naipes.

—Te vengaré, dulce doncella —promete Wade a mi hermana. Cathy ríe de manera relajada, yo sonrío al verla divertirse. No está coqueteando con Wade, simplemente se siente cómoda junto a un hombre rico, poderoso y seductor. Es algo completamente nuevo en ella y no sé si es Cathy quien ha cambiado o si es Wade quien ha provocado ese cambio. Si es lo primero, genial. La relación

de mi hermana con los hombres es muy conflictiva y el problema de base de ese problema es mi padre y la relación que tenemos con él.

Freud entra en escena.

Pero, si es Wade quien genera ese cambio, entonces me he equivocado con él y es un tipo de fiar. Y yo nunca me equivoco, ¿o sí?, y le debo una disculpa, ¿o no?

Mierda.

—Te dije que te vengaría —dice Wade, al llevarse las cartas de otra ronda, una en que me vence apenas por uno. Yo tenía un ocho y él, un nueve.

Seguimos varias rondas más. Se da guerra entre Marie y Ryan, y luego entre Wade y yo.

—¡Guerra!

Ponemos las tres cartas bocabajo, revelamos y…

—¡Mías! —clamo, vencedora. Ryan y Marie se ríen, Wade exagera su aflicción.

—Pues creo que ha quedado claro quién es la nueva potencia mundial —dice Ryan—, yo, en lo particular, me rindo. —Entrega sus cartas al maso. Marie lo imita.

—Yo también me retiro, iré a preparar unos deliciosos bocadillos que es lo único que podemos cocinar sin electricidad. Se lo he dicho, señor Davenport, las cocinas a inducción son muy bonitas, pero nada como una a gas para tiempos de crisis.

—Sobreviviremos con unos bocadillos.

—Yo también me retiro —dice Cathy—, me han tratado de traidora —bromea—, pero no lo soy. Como sería competencia desleal, prefiero abandonar la guerra.

—¿Usted también abandona, señorita Hayworth? —pregunta Wade, arqueando las cejas. Estoy a punto de dejar los naipes cuando susurra—. No la hacía tan cobarde. —Regreso el montículo a mi lado.

— No lo hacía tan inconsciente, señor Davenport. Si esto fuera una guerra de verdad, tendría las tropas reducidas.

—Por eso soy ranchero y no presidente —se mofa y coje el mazo para barajar.

La sala se queda en silencio, entonces comprendemos que su retirada iba más allá del juego: nos han dejado a solas. No se trataba de una traición, ni por parte de Ryan ni por parte de Cathy. No se trataba de un baño de humildad ni de una broma pueril. Ambos equipos jugaron siempre para el aliado correcto, pero en una batalla secreta. El objetivo final era enfrentarnos, probarnos...

¿Qué? ¿Que nos parecemos más de lo que admitimos? ¿Que nuestra rivalidad no tiene fundamento? ¿Que hablando se entiende la gente? No lo sé. Lo único de lo que estoy segura ahora es de que estoy frente a frente con Wade y no le temo. Que me estoy divirtiendo con un hombre, incluso cuando estoy a *merced* de él, aislada, sin poder pedir ayuda. La ausencia de miedo no es sinónimo de confianza, me falta mucho para *confiar* en alguien del sexo opuesto, pero sí entiendo que la ausencia de miedo *es el camino* a la confianza y eso es lo más lejos que he llegado jamás con alguien en años.

Al parecer Wade no solo ha provocado un cambio en la forma en que Cathy se relaciona con los hombres, sino también en el modo en el que yo lo hago.

Solo el sonido del fuego crepitando y la nieve en los cristales acompaña el juego ahora. Wade recoge las cartas, baraja con habilidad y me las ofrece para cortar. Lo hago sin mirarlo.

Gano la mano. Y otra. Su pila empieza a encogerse.

—Vaya. Te estás quedando sin ejército —comento.

—A veces perder la guerra tiene sus ventajas —responde, y esa frase cuelga en el aire.

Una ronda más. Rey contra rey.

—¡Guerra! —exclamamos a la vez, riendo.

Ponemos tres cartas boca abajo. La tensión sube. Las luces parpadean con el generador. Ambos levantamos la carta.

Yo: as. Él: reina.

—Oh, vamos —se queja.

—Debí advertirte, nunca pierdo. Solo pierde quien se rinde.

Él se queda mirándome. Lento, con una media sonrisa. Se inclina un poco hacia mí.

—¿Crees que me rindo? —Entrega su última carta. Y yo le sonrío, victoriosa, hasta que el pánico regresa a mí.

—No importa, es una batalla que no podrá ganar —respondo más desanimada de lo que creí jamás sonar. No quiero que se dé por vencido, quiero que insista. Por una vez, ansío que alguien lo intente un poquito más, sin violencia, sin demanda… con paciencia, que es distinto.

—Batalla no es guerra, Jo —agrega en voz baja, suena más gutural—. Y ya lo has dicho, solo pierde quien se rinde.

Coge el mazo y se marcha para regresarlo a su sitio. Yo sigo con la vista su espalda hasta que se pierde en el corredor.

Wade

Regreso a la sala y Jo no está. Tampoco está su taza de café. Me invade la decepción, porque sí, quería pasar más tiempo con ella. «Tendrás que trabajar duro por una vez, vaquero», susurró Cathy en la partida de guerra, como un desafío. Al parecer, estoy siendo muy evidente. No me molesta; jamás he sido de esos tíos que disimulan lo que quieren. Puede que esa actitud sea válida en los negocios, aunque no siempre. Ser enigmático no va con los vaqueros. Los hombres de rancho somos más rudos, más claros; los rodeos son para los toros. Aunque vistas a un vaquero con traje de Armani, vasero queda. De hecho, le debo a mi carácter franco el éxito con las mujeres.

Pero con Jo deberé trabajar duro. ¿Quiero hacerlo? La respuesta es sí. Lo que me preocupa es averiguar si lo que me seduce de Jo es el desafío, el hecho de que sea esquiva, o si se trata de algo más. Hay algo en ella que me atrae como la miel a las moscas: ese vestigio de vulnerabilidad que alimenta una hoguera de sobreprotección en mí, pero también su entereza. Es ese letrero en su mirada que grita: «Me valgo sola, vaquero, salva a otra doncella». A veces, la química consiste precisamente en eso, en encontrar dos elementos que reaccionen entre sí; desde un punto de vista científico, podría decir que uno tiene el átomo que al otro le falta para formar un nuevo elemento. ¿Es eso lo que me pasa con Jo?, ¿la tentación de dejar una parte de mí para formar algo mejor?

En cuanto la veo junto a la ventana, casi puedo sentir la respuesta a mi pregunta. Es mi piel la que quiere separarse de mi cuerpo para rozar la suya. Apenas la conozco, lo sé, y eso lo hace mil veces más aterrador.

Está con la mirada en la ventana y la taza de café entre las manos. Me gustaría escuchar sus pensamientos. Viste mallas de gimnasia que dejan poco a la imaginación, una camiseta térmica y mi camisa. Su cuerpo forma un perfecto reloj de arena. Mis dedos ansían separarse del sistema nervioso central para ir por libre y aferrarse a las curvas de su cadera. Me seduce su cuerpo. Me pregunto si Jo es consciente de lo bella que es, de lo que provoca en los hombres o si el mundo del marketing ha hecho de las suyas y la ha convencido de que no puede gustar.

—¿Más café? —le pregunto ante la ausencia de una excusa inteligente para hablarle. Ella da un respingo y se vuelve hacia mí.

—No, gracias. Estoy a una taza de sufrir un infarto. —Sonríe, la sonrisa no llega a la mirada. Me acerco a ella, ya no reacciona tan a la defensiva ante mi presencia. Al menos hasta que me paro junto a ella y Jo toma conciencia de mi

tamaño. Le llevo una cabeza y soy bastante más ancho, musculoso. Respira hondo y yo me atraganto con el deseo de tranquilizarla. Sé que no lo tomará bien—. ¿Las vacas?

—Disculpa… —digo sin entender.

—Las vacas —repite, regresando la mirada a la ventana—, ¿dónde están con la nevada?

—Ah. —Sacudo la cabeza, trato de poner mi mente en el asunto—. ¿Eso te tenía con la vista perdida en la nieve?

—Sí. A veces estamos tan absortos en nuestros problemas que olvidamos que no estamos solos en el mundo.

Frunzo el ceño, la miro de soslayo. Ella sigue con la vista clavada en la blancura del paisaje, con la nariz algo respingona en alto y las mejillas llenas que, estoy seguro, hacen hoyuelos cuando ríe de verdad. Algo que no ha sucedido desde que está aquí.

—Las vacas, claro —No habla de ellas—, pues están en los corrales.

—¿Todas?

—Todas.

—¿Hay corrales suficientes para tantas vacas? Tengo entendido que sois un rancho industrializado, que se administran a gran escala y…

—Hay corrales suficientes.

—¿Quién lleva a cabo la tarea? Porque tal vez creas que es así, pero hay vacas fuera en este momento y…

Contengo la risa.

—La tarea la lleva a cabo mi hermano, Blaze, junto con varios capataces y empleados. Créeme, no ha quedado ni una vaca fuera con esta tormenta.

—¿Y quién las alimenta? —Se vuelve hacia mí. En ese momento veo que no bromea, que realmente está preocupada… ¿por las vacas?

—Cuando se espera una tormenta así, se las alimenta con pienso en lugar de pastoreo —explico, con voz calma—, se les deja el pienso y también tienen un sistema de agua… —Me adelanto cuando abre la boca—: que no se congela. Al menos por un par de días, si no aminora, pues… Ahí sí, juntaremos valor y trajes de nieve e iremos en persona a asegurarnos de poner más pienso y reactivar el sistema anti-congelamiento de los suministros de agua. ¿Vale? Las vacas estarán bien. —Ella asiente, se muerde el labio, contiene el leve temblor e intenta mostrarse fuerte, recomponer la fachada. No sé por qué lo hago, si busco que se abra a mí o si, simplemente, estoy intentando ser un amigo. Me repito que no la conozco de nada, que apenas hemos pasado… miro mi reloj… dieciocho horas bajo el mismo techo. Y, sin embargo, separo los labios y suelo—: y tu hermana también, Jo.

Porque sí, hablaba de ella. En el fondo, todo gira en torno a Cathy; es imposible no atar cabos. Se ha arriesgado a salir en mitad de una tormenta, a quedarse varada con desconocidos —cuando es evidente que le aterra— e incluso a alzar una bandera blanca de rendición temporal ante mí, a quien considera el epítome de todos los granujas del mundo... Por su hermana. Por Cathy. Así que no, no estamos hablando de las puñeteras vacas.

La veo tambalearse; la rodeó con los brazos por la cintura. Mis dedos claman victoria al aferrarse a sus caderas, aunque lo hagan sin la fuerza que quisieran. Solo la contengo para que no acabe en el suelo. Se coge de mi antebrazo un segundo porque, de verdad, estaba a punto de caerse. Luego intenta recomponerse, alejarse de mí.

—Basta de café por hoy —dice—, me ha dado un bajón de tensión. —Deja la taza en una de las mesas auxiliares que abundan en esta habitación, por fin les hallo una utilidad que no sea decorativa, y busca dónde sentarse. Intenta de nuevo zafarse de mí.

—Solo hasta que te sientes, Jo, luego te dejo ir, ¿vale? —le digo para calmarla—. Siento haber sacado el tema a colación. No sé por qué coño no puedo mantener mi boca cerrada contigo. Lo sé, lo sé, soy un capullo; pero eso tú ya lo sabías. Supongo que necesitaba confirmártelo —bromeo. Jo se sienta en una de esas sillas de piel de vaca y patas de acero que tienen la estabilidad del mercado en los años '30, pero consigue sostenerla. Yo me siento en otra y casi me voy de trasero al suelo. Al menos consigo que Jo se ría.

—No eres tan capullo como creía —responde y se siente como ganar la lotería—. Tal vez sesenta-cuarenta.

—¿Sesenta por ciento capullo o cuarenta por ciento capullo?

—Sesenta por ciento capullo, sin dudas. Pero puedes mejorar, Davenport. Tienes potencial, quizá con trabajo duro puedas llegar a ser cincuenta-cincuenta.

Me echo a reír.

—Me tienes confianza, ¿eh?

Jo ríe conmigo. Tras lo cual, vuelve su expresión nostálgica y me dice:

—Gracias.

—Ya me has agradecido, anoche. ¿Recuerdas?

—Además de eso. Gracias por prometerme que mi hermana estará bien. Sé que no puedes estar seguro, pero a veces una mentira piadosa es mejor que una verdad cruel.

Me quedo sin palabras. Lo único que se me viene a la mente es «si lo sabré yo», a veces es más fácil vivir una mentira. Por ejemplo, crecer pensando que tu madre murió en una tormenta y no a manos de un hijo de puta. O que tu

hermano sufría un trastorno psicológico y no que era torturado mentalmente por la mujer que decía amarlo. Sí, mil veces preferiría una mentira piadosa a esta verdad cruel.

Pero la verdad es la verdad y siempre sale a la luz. Así que aferrarse a una ilusión, por bonita que sea, es en vano.

—Tal vez sea una mentira piadosa, pero, a diferencia de otras, puede volverse verdad. No sé qué le sucede a Cathy, puedo adivinarlo, y si es lo que pienso, te juro, Jo, con la ayuda correcta tiene solución.

—Adicción a las drogas, sí —confirma—. Creí que lo había superado, llevaba meses bien. Sigo su vida por los medios y por mensajes escuetos que nos enviamos cada tanto. Cathy no me deja formar parte de su vida, salvo…

—Salvo cuando su vida se cae a pedazos —completo por ella. Jo asiente—. ¿Sabes?, puede sonar a premio consuelo, a frase de galleta de la fortuna, pero ser la persona a la que recurren cuando todo lo demás falla no es un insulto, un desprecio… es un halago. Habla muy bien de ti, Josephine.

Sus ojos se cristalizan, pestañea varias veces para espantar las lágrimas. No, por supuesto. Claro que no me dejará verla llorar, no Josephine Hayworth.

Tras un silencio prolongado, pregunta:

—¿Eso eres tú, el Davenport al que recurren cuando los demás fallan?

—A veces —reconozco. Fui el Davenport que cogió el timón cuando Roman se marchó, cuando mi padre debió permanecer junto a Blaze. Sí, y me enorgullezco de haberlo hecho. Con errores, con tropiezos, pero también con amor a mi familia que se desmoronaba.

—Ni siquiera sé cuándo ha empezado a consumir —confiesa, sin apenas mirarme—. Yo ya no estaba en casa, me había ido a la Universidad y elegí la más lejana a mi hogar que hallé. Me dije que la elegía por su prestigio, todos saben que el MIT es la mejor. Me dije que me marchaba por mi futuro, pero solo estaba huyendo. Huyendo como hizo mi madre. La culpa y la responsabilidad se parecen mucho, ¿verdad?

No espera una respuesta de mi parte, así que, por una vez, hago lo que corresponde. Cierro el pico.

—Tienes razón —agrega tras otro minuto de silencio. Prueba ponerse de pie, se asegura de no desmayarse—, vino a mí cuando su mundo se desmoronaba y eso es algo bueno. Y yo estaré con ella, y con eso estará bien. Se pondrá bien. Ya no como una mentira piadosa, sino como una verdad posible.

—Eso está mucho mejor —la animo.

—Tendrías que dar charlas TED, ¿te lo has pensado? —se mofa de mí. Me río.

—Diez cosas que me han enseñado las vacas que no aprendes en Harvard, por Wade Davenport.

—Suena bien. Yo lo vería. —Ya incorporada se vuelve de mí—. Pues bien… al parecer esta será mi palabra estos días: Gracias. Gracias, vaquero.

—De nada, guerrera.

Me sonríe, logro vislumbrar un pequeño hoyuelo. ¡Lo he conseguido! Esa sonrisa sabe a triunfo. Cuando la veo marcharse, los sentimientos altruistas me abandonan y regresan los terrenales. Mis ojos se fijan en su trasero y me reprendo: «Concéntrate, vaquero, que no será así como la consigas».

Porque sí, dieciocho horas son suficientes para darte cuenta de que quieres algo en la vida y yo quiero una oportunidad para conocer de verdad a Josephine Hayworth.

Jo

Solo queda esperar. La copiosa nevada afectó a las antenas y los datos móviles empezaron a funcionar mal. Más que un par de amigos, a quienes ya puse al corriente, no tengo a nadie por quien preocuparme ni a quien preocupar. Mi hermana está conmigo. Puedo decir que todo está en orden gracias a, ni más ni menos, que Wade Davenport.

Los nervios que sentí la víspera se disipan, mi cuerpo se relaja y, por supuesto, un hambre voraz se apodera de mí. Lo contengo, sé cómo manejarlo, pero también sé que este monstruo atacará cuando me quede a solas. Y se cobrará la osadía de desatenderlo cuando rugió. Los bocadillos que preparó Marie eran suculentos, nada frugales; de hecho, eran acordes a estómagos como los de dos vaqueros de metro noventa de estatura y que trabajan duro en los campos. Sin embargo, parece que cayeron en un agujero negro cuando alcanzaron mi estómago. Y sí, no lo niego, estoy llena; el hambre que me asola no tiene nada que ver con la química de mi cuerpo, sino con la psicología de mi mente.

Y es tan voraz que no me deja dormir. Sé que si me quedo en la cama solo podré pensar en comida. Comida, comida, comida... hasta que pierda la razón y asalte la nevera de mis anfitriones. ¡Eso no va a pasar! Me levanto, me visto de nuevo y me dispongo a caminar de forma compulsiva por la casa hasta que los síntomas remitan. Ya veré cómo lo gestiono cuando esté en mi piso de Omaha.

Lo primero que hago es ir a por más café; así le engañaré unas horas. Mañana podré salir de aquí ilesa. Me dirijo a la cocina tratando de no hacer

ruido. La casa es enorme, así que es posible que no moleste a nadie, aunque también tiene mucha madera y es probable que en algún lugar cruja. Me pregunto si, como nos pasaba a Cathy y a mí en nuestro hogar de la niñez, los hermanos Davenport tienen estudiado qué escalón cruje, cuál puerta chirría, de tanto escabullirse para hacer travesuras.

Nosotras lo teníamos todo bajo control; éramos capaces de desaparecer de la gran casona de Carolina del Norte sin llamar la atención ni siquiera de los criados. Así, a escondidas, haciendo travesuras, nos enteramos de que nuestra madre nos había abandonado. Se suponía que estaba de viaje, dando una conferencia sobre no sé qué. Oímos a George decirle al abogado que Dorothy no volvería, que lo había dejado y le había pedido el divorcio.

No vimos a nuestra madre en meses; estaba demasiado ocupada con su carrera profesional como para luchar contra las trabas que mi padre le puso en el juicio de divorcio. George nos utilizó como arma para someter a nuestra madre y nuestra madre cedió sin luchar la tenencia de sus hijas.

Llego a la cocina con el estómago rugiendo. Paso junto a la nevera con toda la fuerza de voluntad que me queda y me lanzo a la cafetera casi con desesperación. Me sirvo una taza de café frío, amargo y quemado de tanto tiempo en la cafetera. El amargor es mi castigo. Mientras bebo este líquido que parece barro mezclado con petróleo, preparo una jarra nueva.

—Pensé que habías renunciado al café por hoy. —Doy un respingo al oír la voz de Wade. Me vuelvo y… santo remedio. Mi estómago ya no ruge de hambre psicológico, ahora da un vuelco que casi me hace vomitar.

¿Por qué no puedo ser normal, maldición? Nadie tendría náuseas ante esa visión de Wade Davenport en pijamas. Porque sí, está en pijamas. De esos de pantalones a cuadros y camiseta blanca, lisa, pegada al pecho. ¡Si hasta lleva pantuflas de corderito! Si tuvieran orejitas sería la visión más sexi-enternecedora-hogareña-fantasiosa que hubiese presenciado en mi vida.

—Ya casi es el otro día —digo en mi defensa, mirando la hora en el reloj. Faltan treinta minutos para la medianoche.

—¿Y no piensas dormir? —Se acerca a mí y… ¡me arrebata la taza!—. ¡Esto está helado! —Sin esperar mi respuesta, lanza la bebida en el fregadero.

—¡Ey! —me quejo—. Pongamos reglas tú y yo, porque es claro que eres de los que gustan mandar. ¿Y sabes qué?, yo no soy de las que gustan acatar. —Recojo la taza y la lavo—. Primero… Espacio personal —enumero y lo empujo suavemente para que dé un paso atrás. Mala elección de movimiento, Wade mira mi mano sobre su pecho, yo me doy cuenta de que solo la fina tela de su camiseta de dormir separa mi palma de su piel. Alejo la mano rápidamente.

—Puedes dejarla ahí —bromea—, no me molesta que invadas mi espacio personal.

—Menos mal, porque eso fue exactamente lo que hice durante las ya veinticuatro horas de tormenta.

—No me refiero a ese espacio personal… —dice con suavidad.

—Segunda regla: no sacar ventaja de la situación —enumero alzando un segundo dedo.

—Oh, qué aburrida. —Me sonríe y me alcanza una nueva taza de café, esta vez caliente y con buen aroma. Como corresponde—. ¿Hay más reglas?

—Nada de dar por sentada cosas. Tal vez a mí me gustaba el café tal como estaba…

Me arrebata la nueva taza.

—Entonces no te ofenderé con un buen café, puedes esperar a que ese se queme —Señala con el mentón a la cafetera— para tu próxima taza.

Pongo los ojos en blanco.

—¿Por qué será que te agrada tanto discutir? —pregunto sin esperar respuesta. Cojo otra taza y me sirvo, ya he conseguido dominar a la bestia, o, tal vez, fue Wade quien lo logró. Como sea, no necesito lanzar a mi estómago cualquier cosa para saciarlo.

Sé que contraatacará, pero no hoy, no ahora, y eso me basta.

—¿A mí?, quien decidió poner reglas fuiste tú.

—Porque has decidido por mí si quería o no beber ese horrible café.

—Al menos admites que era horrible…

—Señor Davenport…

—Oh, no. Nada de señor Davenport ahora… —Me alejo de él con mi taza y es su turno de poner los ojos en blanco—. Reglas, muros, distancia… Ahí tienes tu respuesta.

—No entiendo.

—La respuesta a por qué me gusta discutir… —Se vuelve hacia mí antes de agregar—: contigo. Y es que cuando discutes rompes las reglas, acortas las distancias y saltas los muros. Con tal de vencer, te olvidas de que me temes.

—N-no te temo.

Ladea la cabeza, incrédulo, pero deja el tema ahí.

—Bien, ya que estamos despiertos y bebiendo café, lo que se traducirá a estar en vela… ¿qué hacemos? ¿Otra partida de Guerra?, debo tener el Monopoly guardado en algún armario…

—Créeme, no quieres que nos batamos a Monopoly. —Acepto su tregua, porque para rebatir a su acusación tendría que admitir que ya no le temo; que lo hice, en un principio, porque le tengo miedo a todos los hombres

poderosos, esos que se salen siempre con la suya, pero ya no. Y que ahora me aterra por algo muy distinto.

—¿Yo? ¡Tú no quieres! Sabes que perderás.

—Oh, por favor, ya es hora de que admitas que nació quien te venza en todo. Serás más feliz si aceptas el segundo puesto… Segundo no está tan mal —digo en tono de falso consuelo.

—¿Quién gusta de pelear ahora?

—Tú, que no te rindes.

—Tienes razón… —responde acercándose a mí lo suficiente como para «no invadir mi espacio personal»—, no me rindo. Solo rearmo mi ejército. Durante la tregua, ¿te apetece mirar una película?

—¿Hay electricidad suficiente?

—¡Pues claro! —Coge una de las baterías que puso a cargar más temprano y su móvil—. Ven —me invita.

Abandonamos la cocina y la oscuridad de la casa parece devorarnos. Avanzamos guiados por el tenue resplandor de esa única luz y por la de su móvil. Llegamos a la sala, pero no prendemos la luz, aunque esté conectada a la fase del generador. Wade coloca su móvil en un soporte de escritorio, queda algo inclinado y se marcha dejándome sola.

—¿Wade? —lo llamo en un susurro, para no despertar a los demás.

—No me extrañes tanto —bromea al regresar—. Ya lo has dicho, que el fin del mundo nos coja con bragas limpias y nachos con guacamole.

Pone delante de mí la bolsa del Walmart, que, al parecer, Marie había guardado en la nevera. En lugar de café, trae consigo dos botellines de cerveza.

—¿Y qué veremos? Los datos móviles fallan y…

—Pues antes de eso, descargué sin conexión una serie de Netflix que me han recomendado.

Lo mismo me vale; lo que sea para no pensar, ni en la comida ni en la cercanía de Wade Davenport. Coge su móvil y pone la serie sin conexión que ha descargado.

—¿Dulces Magnolias? —Me río, pero mi risa se corta al entender que lo hizo luego de mi desafío.

—Sé que ya la has visto, pero es mejor que nada, ¿verdad?

Es mejor que todo, me nace responder. Callo. Comemos nachos con guacamole, bebemos cerveza y vemos Dulces Magnolias hasta que, no sé cómo, me duermo a su lado.

CAPÍTULO SEIS

Jo

—Jo, despierta… — La mano de mi hermana me mece desde el hombro. Tardo en entender dónde estoy. No recuerdo cuándo me dormí anoche ni, mucho menos, cómo terminé en el estado en el que estoy: con una almohada bajo la cabeza y dos mantas de lana sobre mí. Ya no hay botellines de cerveza ni restos de nachos con guacamole. En la mesa de centro, reposa vacío el soporte del móvil. Me vuelvo hacia Cathy.

—¿Qué ha pasado?

—Ya pasó la tormenta, informaron que la ruta principal está despejada.

Me desperezo e incorporo. He dormido mejor de lo que esperaba, teniendo en cuenta que estoy en un sofá y todavía vestida. Bueno, del todo no. Me ha quitado los zapatos. Están a mi lado. Cuando caigo en la cuenta de que he estado tan vulnerable como para no percatarme de lo sucedido, me tenso de repente. Estoy al borde de un ataque de pánico, empiezo a respirar por la boca y a buscar señales de agresión.

—Jo. Jo… —Me zamarrear Cathy—, solo te has quedado dormida en el sofá. No es el fin del mundo.

Yo no estoy tan segura. Recorro con la mente cada rincón de mi cuerpo y trato de reconstruir los recuerdos. No me duele nada, lo que significa que no ha pasado nada. Mi ropa está en su sitio, apenas más arrugada que anoche. Mi mente trae al presente la comida, la serie, el botellín de cerveza y el cansancio. Los párpados me pesan, me rellano en el sofá. A Wade trayendo una manta...

Estarás más cómoda sin esas botas. Él lo sugirió, fui yo quien se las quitó. Luego subí los pies, los tenía fríos, me puse en posición fetal con la vista en el móvil y en la serie que ya había visto. Wade apoyó la planta de mis pies en su pierna, siento el calor a través de los calcetines.

Soy incapaz de dormirme con los pies fríos, así que en algún momento su tibieza cumplió la función y me dormí.

—No, no es el fin del mundo —logro articular al comprender que no me ha pasado nada. El alivio hace que se me llenen los ojos de lágrimas y necesito coger aire para no romper en llanto nervioso.

—Joder, Jo —se enfada Cathy. O tal vez no, porque me abraza—. No sé qué coño te ha pasado con los tíos, pero Davenport no es de esos, ¿vale?

Claro que no sabe qué me ha pasado con los tíos, nadie lo sabe. De todos modos, respondo con el mantra que he aprendido:

—Eso no lo sabes, nunca puedes estar completamente segura al respecto.

—No, al cien por cien no. Pero sí hay señales, y luego… bueno, luego está la confianza.

—Estás muy sabia últimamente —le suelto en un tono irritado. Me lamento ni bien sale de mi boca. Con lo que le cuesta a Cathy abrirse, mi actitud no ayuda.

O sí. Porque mi hermana rueda los ojos sin verdadero malestar.

—Lo siento —le digo—, soy una idiota cuando me pongo así.

—Lo prefiero —me responde y me mira de soslayo.

—¿Te agrada que me comporte como una imbécil?

—Me agrada que te comportes como un ser humano, Jo. A veces eres insoportable, con tu perfección, tu carrera intachable, tus másteres y la compañía… Todos parecemos unos idiotas a tu lado. Es bueno recordar que sigues siendo humana, que sigues siendo mi hermana.

—Cathy…

—Sí —reconoce—, en cuanto me di cuenta de que tuve una recaída con las drogas vine a Nebraska, necesitaba saber que estabas cerca, que podría llamarte si algo sucedía.

—Pero no lo hiciste, llamaste a Davenport.

Suelta una risita.

—No lo llamé, estaba allí. De hecho, se estaba yendo y me aferré a su brazo para que me sacara de esa fiesta. Y lo hizo. Incluso enfrentó a Lauder para sacarme de allí. —Me brinda una media sonrisa de Mona Lisa.

—No conseguirás redimirlo —le advierto.

—Eso ya lo consiguió él solito, ¿verdad?

Da en el clavo, por lo que cambio el foco de la conversación.

—¿Por qué no me llamaste en el hospital?, ¿por qué llamaste a George?

—Nunca me acostumbro de que llames a nuestro padre por su nombre. —Me encojo de hombros por respuesta—. Llamé a *George* —remarca— porque quería que él creyera que había pescado a Davenport.

—¿Para qué?

—Para que me dejase en paz —suelta con un suspiro derrotado—, para que por una vez se enorgulleciera de mí. Es lo que él quiere para nosotras…

—Que seamos las esposas trofeos y tradicionales de un millonario… que seamos lo que Dorothy no fue con él.

—¿Dorothy? Ahora ella también recibe el trato distante, nada de madre o mamá.

—No ha hecho mucho para recibir ese título, ¿verdad? —Nos quedamos en silencio—. Cathy… no tenemos por qué pagar sus pecados. No tenemos por qué complacer a George, ni ocupar el lugar de Dorothy. ¡Dios! Que vayan a terapia; al final una termina en el diván porque sus padres no lo hicieron.

—Para ti es fácil decirlo, tú eres la hermana genio, a quien le da la cabeza para montar una empresa. Yo solo tengo… esto. —Se señala—. Mi apariencia. Si no consigo un marido rico, en cuanto termine mi carrera de modelo, seré el epítome de fracaso.

—¡Cathy, claro que no! Primero, tienes mucho más que tu apariencia, y además, dudo que la pierdas con los años. Serás una de esas mujeres radiantes que una mira y no puede creer la edad que tiene. De eso no caben dudas. Y, además, serás tan exitosa que darás envidia.

—Solo una hermana puede mentir así.

Es mi turno de rodar los ojos. La cubro con la manta y nos acurrucamos un poco más cerca la una de la otra. Cathy apoya su cabeza en mi hombro.

—Me enamoré de un fotógrafo —confiesa en un susurro—. Hunter Emhoff. —Aguardo en silencio, le acaricio el cabello y sonrío; yo estoy hecha un desastre, pero ella sigue hermosa y radiante como si no hubiéramos pasado una noche inesperada en la casa de extraños durante una tormenta—. Padre se enteró, discutimos. Me dijo que un fotógrafo nunca podría darme la vida que merecía, que seguramente se follaba a todas las modelos… —Aprieto los puños, el deseo de abofetear a mi progenitor, porque padre le queda grande, me invade de manera casi incontrolable—. Intenté mantenerme firme, Jo. Intenté ser como tú…

—Yo no soy fuerte, Cathy. Si lo fuera, habría tenido el coraje de quedarme en Carolina del Norte. Hui, la única forma que hallé de lidiar con el veneno de George fue poniendo distancia física de él y no cogiéndole las llamadas.

—Empecé a tener celos enfermizos, a revisarle el móvil. Claro que tenía mensajes de modelos, ¡es fotógrafo!, pero no hallé nada comprometedor. Sin embargo, la paranoia me ganó. Lo acusé de borrar los mensajes de sus amantes, discutimos, y como me sentía tan mal… —Coge aire con dificultad —. Mientras estuve con Hunter no consumí drogas. Él ni siquiera bebe, es abstemio. Su único vicio son las hamburguesas de In-N-Out, por eso bromea de que jamás podrá vivir en otro estado que no sea en California. —Se le escapa una suave risa—. Pero cuando me alejé de él, el dolor y el vacío me resultaron insoportables. Me dije que sería una vez, luego que sería durante el duelo de ruptura… y cuando me di cuenta, ya no lo podía dejar.

Siendo el ardor de las lágrimas en mis ojos. Cathy eleva el rostro, busca mi mirada y, tras comprobar que su historia me conmueve, que no está hablando

en vano, prosigue.

—Sí, Jo. Vine a Nebraska por ti, vine a que tú me digas lo que me dirás ahora, vine sabiendo que serías capaz de atravesar una tormenta por mí. Sé que está mal, sé que estoy siendo egoísta. Joder, lo sé, Jo. Pero no sé cómo pedir ayuda.

—Siempre voy a escuchar cuando pidas auxilio, aún sea con estos métodos… mmm… poco ortodoxos, ¿vale? Y sí, te diré lo que viniste a escuchar: George se puede ir a la tomar por culo… —Siento que el cuerpo de Cathy se sacude por la risa—, ¿qué vida quiere que tengas?, ¿qué es una buena vida para ti?, ¿cambiar la cocaína por antidepresivos de mujer de los suburbios? ¡Por favor! Es un hipócrita, como hipócritas son esa panda de millonarios amigos de George. Si aún quieres a Hunter, pues lo llamas y le explicas lo sucedido, y ven si juntos pueden rearmar lo que se rompió. Y si no, pues sí, tendrás que pasar un duelo y yo te acompañaré; no necesitarás drogas para atravesarlo, bastará un poco de comida chatarra y muchas películas románticas de navidad. ¿Vale?

—Vale.

—Y sí tienes futuro, Cathy —agrego, abrazándola con más fuerza—, todos tenemos futuro, de eso se trata, nada está escrito en piedra. Descubrirás qué forma quieres darle al tuyo cuando te liberes de las pretensiones que ha puesto George en nosotras y de los miedos que ha sembrado Dorothy sin siquiera estar presente. Ya verás que, sin esas sombras, escuchándote a ti y solo a ti, sabrás qué quieres. —Me pongo de pie y tiro de ella—. Lo único en lo que no tendrás elección es en la belleza, esa no te abandonará jamás. —Finjo dramatismo—. Estás condenada a ser hermosa… —Pongo el revés de la mano en la frente y lanzo la cabeza hacia atrás, como en una actuación barata de Shakespeare. Cathy suelta una risotada.

—Eso lo dices porque somos parecidas.

Es mi turno de reír.

—Claro, yo soy doblemente bella. —Señalo el ancho de mi cuerpo. Antes de que pueda expresar alguna de esas frases hechas que nos dicen a las gordas para animarnos, me adelanto—. Venga, salgamos de aquí.

—¿Por qué tanto apuro? Ya sabes que entre Davenport y yo no ha pasado nada y que, en realidad, me ha salvado en aquella fiesta. ¿Por qué quieres huir de él?

—Porque se nos han terminado los nachos, por supuesto —bromeo y esquivo el dardo. Doblamos las mantas y vamos a por la primera taza de café del día.

Salir no es tarea fácil. La carretera principal ha sido despejada, pero la del rancho aún requiere de trabajo. Blaze y Wade cogen las barredoras; los demás empleados que estaban en el rancho, que no eran muchos, cogen las palas. Cathy y yo nos sumamos. El trabajo es duro, pero entretenido. El sol brilla y, aunque el frío hiela las mejillas, el cambio frente a los días anteriores nos anima.

En unas seis horas de trabajo interrumpido solo para beber más café y comer estofado caliente —la electricidad ha regresado— tenemos el asunto finalizado. El rancho Davenport se pone de pie.

—Muchas gracias —le digo a Ryan y a Marie, que están en el porche de la casa—, no me alcanzarán las palabras para agradecer la hospitalidad.

Mi hermana los saluda con un abrazo, la muchacha hosca, conectada a su móvil que apenas habla, ha quedado atrás. Vuelve a ser ella, la carismática mujer que pone de rodillas a diseñadores, fotógrafos y marcas de lujo. Cargamos las magras pertenencias en mi todoterreno y Cathy coordina el modo de regresar las prendas de la cuñada de Wade.

Yo lo busco a él con la mirada, no lo encuentro. Está ocupado con el rancho, han despejado el camino principal, pero aún quedan muchos más. Cuando estoy por rendirme, e intento ahogar el sentimiento de decepción, lo veo llegar corriendo.

—Jo… —suelta con un vaho de aliento en el frío—, pensé que no llegaba a despedirme.

—Eso sería una tragedia —intento bromear.

—Sí, lo sería —responde con seriedad—. Ven… —Tira de mí. Tiene las manos sin guantes, la piel fría, y yo sin pensarlo las froto para darle calor. Él mira el punto en que nos tocamos y luego a mí, primero con sorpresa, luego con agrado. Atino para soltarlo, pero él me lo impide—. Las vacas… —Me hace volverme y enfrentar el paisaje. Han sacado las vacas a caminar un poco y para limpiar los corrales, aunque tengan que seguir pastando dentro durante el invierno—. Te dije que estarían bien.

Tres perros raza border collie las arrean, se aseguran de que ninguna se desoriente en el paisaje blanco de Nebraska.

—Tu hermana también estará bien —agrega cerca de mi oído y me corta la respiración.

—Jo… Ups —se lamenta Cathy al vernos, alza las manos en gesto de rendición y va en dirección a la todoterreno. Wade la saluda con un toque en el ala de su sombrero.

—Debo marcharme, antes de que otra nevada decida dejarnos aislados.

—¿Tan malo sería?

—¿Cuántas temporadas más de Dulces Magnolias crees ser capaz de soportar, vaquero? —Me alejo en dirección al coche, él me detiene una vez más.

—Una cita —suelta—, en Omaha, un restaurante, nada de nachos y series de Netflix.

La propuesta me toma por sorpresa. No creo ser la clase de mujer con la que queda un Davenport; por eso supongo que bromea o que es otra de sus facetas de vaquero gentil.

—Te saldré costosa —bromeo.

—Valdrá cada dólar.

—Seguro hallarás una mejor cita que yo, vaquero. Créeme, sé lo que te digo. —Niego e intento sonreír, me sale una mueca. Su hermano lo llama para que vuelva al trabajo, les esperan jornadas atenuantes.

—Eso déjame decidirlo a mí, ¿no eran así tus reglas?

Me subo al todoterreno, sé que estoy huyendo sin dar una respuesta concisa. Él no puede insistir, demasiados testigos, demasiadas cosas por hacer. Pongo en marcha el motor e ignoro a Cathy que me mira con suspicacia. Me alejo un par de metros y, cuando miro por el espejo retrovisor, lamento mi cobardía. Wade sigue en el mismo sitio, con su vestimenta de vaquero y las vacas pastando a sus espaldas. Si mi vida fuera otra, podría definirlo como el sueño húmedo de una mujer como yo.

Pero yo no tengo sueños. Mucho menos, húmedos.

Un último suspiro y a regresar a la realidad.

CAPÍTULO SIETE

Jo

—¡Deja ya lo que estás haciendo! —Cathy irrumpe en mi oficina como un vendaval. Han pasado unas tres semanas desde la tormenta y está bastante mejor. No ha vuelto a consumir drogas, ha conseguido un contrato para una gran empresa de perfumes y ha vuelto a hablar con Hunter. Es hora de que extienda sus alas y regrese al vuelo.

—Te he dicho que sí —le respondo.

—Pues mueve el trasero o perderemos la reserva. ¿Acaso no quieres despedir a tu hermana que regresa a California?

—Claro, has sido un enorme grano en el trasero —bromeo. Reviso con rapidez mi bandeja de entrada para ver si queda algo urgente y cierro la sesión del programa del laboratorio. Entonces me pongo de pie y busco los zapatos. Mis dedos parecen quejarse cuando los fuerzo dentro de unos Jimmy Choo. Porque, sí, pueden costar una fortuna, pero a mis pobres pies les da igual.

—Me adoras —dice Cathy y se lanza la cabellera rubia hacia atrás.

—Sí, lo hago. Pero eso no quita que seas un grano en el trasero. —Suelto un último quejido y me pongo de pie. La voy a extrañar; me agradó tener a alguien en casa al regresar. Sé que yo decidí venir a Nebraska y montar una empresa sola, pero a veces esa soledad pesa.

—Pues este grano en el trasero se va mañana. Comunícale a tu rostro que estás feliz.

—Lo estoy… por ti. Permíteme unos minutos de autocompasión, ¿vale?

Cojo mi abrigo y abandonamos juntas la oficina. Donald nos saluda y yo niego con la cabeza: se ha saltado algunas normas de seguridad al dejar pasar a mi hermana sin tarjeta de invitada. Puedo imaginar la escena: Cathy haciendo pucheros y Donald accediendo a su petición con tal de que sean «solo cinco minutos». Si quien quiera robarnos los datos es tan encantadora como Cathy, Biofuture estará en peligro.

—Pues no —me dice una vez fuera del edificio, nos encaminamos a mi todoterreno—, no te permito tu autocompasión. Estás sola porque quieres, Jo.

—Cathy…

—¡Venga! ¿Por qué no le has cogido las llamadas a Davenport? Os oí, te pidió una cita y tú no dijiste que no. Huiste cobardemente y ahora…

—No sabes si quiere insistir en la cita… tal vez pretende hablar de otra cosa.

—Para saberlo tendrías que coger la llamada, ¿verdad? Si no crees que sea para una cita, ¿por qué no lo haces? —Hace una mueca con la boca antes de subirse y que nos pongamos en marcha.

—Deja el tema, ¿vale?, que si lo dices frente a Fred y Ginny no me dejarán en paz.

—De haber sabido se los contaba antes —amenaza Cathy.

El bar que hemos elegido para la despedida se encuentra en el centro de Omaha. Tiene un diseño algo industrial, con vigas de metal y paredes de ladrillo. La luz es cálida y el ambiente ideal para estar con amigos. Tengo alma de vieja, lo reconozco; detesto los lugares en que la música está tan fuerte que apenas puedes hablar. La vida laboral de Fred y Ginny es tan ajetreada como la mía, apenas podemos reunirnos una vez al mes, si los astros se alinean. Por

eso, cuando lo hacemos, elegimos sitios en los que podamos conversar y ponernos al día.

Wine & Cheese es ideal. En verano, el jardín es maravilloso. En invierno, encienden un enorme hogar y es sumamente acogedor. Hoy no pudimos reservar junto al hogar, por lo que nos conformaremos con unas mesas junto a la ventana.

Fred nos hace señas ni bien atravesamos la puerta, hay bastante gente y se oyen las conversaciones elevadas. Hay quienes solo pasan por una copa tras el trabajo y no reservan mesas. Permanecen de pie, con sus copas. También es un lindo sitio para ligar, si se me diera bien el asunto.

—¡Fred! —Lo estrujo en brazos. Genny tiene que hacer malabares para saludarme, nos damos un abrazo incómodo y unos besos torcidos. Tras lo cual, me siento y Fred me alcanza la carta.

—Cathy, ¿cómo te preparas para el viaje? —pregunta Genny, y las dos se ponen a conversar. Le preguntan por Hunter, por el nuevo trabajo y por los planes a futuro. Todos amenazamos con ir a California de *visita* e instalarnos en su casa, ansiosos de escapar del clima de Nebraska. Ella insiste en que somos bienvenidos.

—Lo de siempre, ¿verdad? —pregunto yo al grupo cuando se acerca el camarero. Asienten y ordeno. Cathy no sabe qué es lo de *siempre*, pero no le importa. Aquí venimos a pasar un buen momento. El menú es una degustación de quesos y una de vinos, que combina y ordena el sommelier. Es casi imposible irse a casa sin querer comprar el vino de degustación.

—Es una pena que no hayamos conseguido sitio junto al hogar —se lamenta Ginny—. Hubiese sido perfecto como despedida, así no olvidarás el frío de Nebraska jamás.

—Dudo olvidarlo —bromea Cathy.

—Nos ha ganado de mano Davenport. Tú no eres de aquí —agrega Fred en confidencia—, pero nadie vence a Davenport en Nebraska. Lo quiere, lo consigue.

Yo palidezco. Cathy alza el trasero buscando el hogar.

—¿Qué sucede? —pregunta Fred, yo tiro de Cathy para que vuelva el trasero a su sitio.

—Sucede que tal vez Davenport no consigue todo lo que quiere —suelta mi hermana enigmática y se echa a reír.

—Cathy… —amenazo. Fred y Genny palidecen—. ¿Qué…?

—¿Por qué la silencias? —dice una voz a mis espaldas, una voz gutural, profunda, que llegué a conocer muy bien después de veinticuatro horas de encierro—. Tiene razón, no he conseguido una cita contigo.

Los rostros de mis amigos son para inmortalizar en una fotografía. Yo me vuelvo hacia el inesperado intruso.

—Señor Davenport…

—Wade —corrige. Alguien le hace señas desde el sitio que nos ha robado, él solo eleva la vista para que el hombre en cuestión sienta que ha cometido un pecado mortal al importunarlo. Eso me hace rodar los ojos y romper cualquier hechizo.

—Señor Davenport —insisto—. Ya conoce a Cathy, ellos son Fred y Genny. —Wade extiende la mano y saluda a cada uno—. Estamos despidiendo a mi hermana que regresa a California —agrego, tajante.

—Ya sin mí de por medio, tendrá más tiempo para citas —interviene ella. Yo la piso con mis Jimmy Choo, aunque mis dedos me lo reclamen.

—Oh, era eso, estabas muy ocupada, Jo. Llegué a pensar que no te apetecía una cita conmigo —Se inclina sobre mi respaldo—, pero me decía… ¡Imposible! Si hemos hecho tan buenas migas. —Me sonríe, consigue que me eche a reír.

—Sin dudas, además fue instantáneo. Puro chispazo.

—Chispazo hubo —dice mi hermana, incapaz de cerrar la boca.

—Toma, prueba el queso —Le tiendo un pincho—, así mantienes tu bocaza cerrada.

—También en eso tiene razón —insiste Davenport.

—Sus socios deben estar esperando por usted.

—Que esperen, lo bueno se hace esperar.

—Eso aplica a mí también, señor Davenport. Lo bueno se hace esperar. —Cojo la copa de vino que trajo el camarero, bebo para silenciarme. ¡¿Por qué demonios coqueteo con él?! Sin embargo, el vino es tan bueno que se me escapa un sonido de deleite. La mirada de Wade se enciende al mirarme.

—Van a arruinar la temperatura del vino —bromea Ginny. Yo consigo mantener la compostura.

—¿Cuál es? —pregunta Wade, lee la etiqueta y sonríe—. Veo, Merlot… —Vuelven a hacerle señas y noto que se resigna—. Vale, os dejo disfrutando de la velada —dice en dirección a mis amigos—, os envidio por la compañía. —Se endereza y me mira—. Jo… —Hace una pausa—, para mandarme de paseo tienes que coger las llamadas. Sé aceptar un no por respuesta. —Se acerca más a mí—. Pero no es lo que he recibido, ¿verdad? —Espera un segundo más y sonríe—. Tampoco ahora me dices que no. Te llamo luego… O puedes llamarme tú, no soy tan conservador —bromea. Saluda con un asentimiento de cabeza y se marcha de regreso con sus socios.

—¡¿Qué ha sido eso?! —claman Fred y Ginny cuando Wade ya no puede oírlos. Mi hermana bebe de su copa con una radiante expresión de satisfacción.

—Eso… —dice, encantada—, ha sido el gran Davenport, que consigue lo que quiere, rogando. ¿No es encantador?

—Cathy —la reprendo—. Además, no ruega. Será algún juego retorcido o una especie de desafío infantil. ¿No creerás en serio que quiere una cita conmigo?

Tres pares de ojos se fijan en mí.

—¡Joder, Jo! Claro que quiere una cita contigo —me reprende Freddy—. Ni que hubiera sido críptico al respecto…

Ginny, en cambio, me mira con más seriedad.

—Mira, Jo. Al demonio con lo que quiera Davenport…

—Al fin una de mi lado —murmuro.

—Lo que importa es lo que quieres tú. —Clava sus ojos en mí—. ¡Y ese tío te pone!

—¡Ginny!

—Vengaaaa, te conozco desde el máster en biotecnología ambiental, y es la primera vez que te veo coquetear.

—Yo no coqueteé —digo en mi defensa. Los tres ladean la cabeza—. Vale, un poco de coqueteo…

—Además está de infarto —insiste Cathy.

—Y tiene dinero —agrega Fred. Me echo a reír. Fred insiste en que es *funcional*, siempre bromea que no es lo mismo un corazón roto en un yate que en una caravana.

—Dejemos el tema, ¿sí? Hoy hemos venido a despedir a Cathy. No soy yo el centro.

—Nunca eres el centro, Jo —me reprende mi hermana, pero deja el tema estar.

—¿Sabes? —dice Ginny antes de abandonar por completo el asunto—. Davenport tiene razón. No dices «No», y eso significa mucho. Tampoco con nosotros. En ningún momento has aclarado que el tío no te gusta o que ni loca tienes una cita con él… interesante…

—Para una sesión de terapia, no para una noche de copas —zanjo—. Ahora sí, ¿qué sigue?

—Un tempranillo… —dice Fred y regresamos a nuestras conversaciones habituales: los hijos de Ginny, las inversiones de Fred y los nuevos trabajos de Cathy. El asunto Davenport puede esperar.

Jo

Después de despedir a mi hermana en el aeropuerto y esperar, como buena maniática del control, hasta que el vuelo despegara para asegurarme de que el tiempo no le jugara una mala pasada, regreso a mi piso. La soledad me golpea al entrar; solo la taza de desayuno de Cathy me recuerda su presencia, y la lavo con la mirada perdida.

Sé que su camino no será fácil, sé también que estará bien. Podrá con ello. Cathy ha confirmado lo que necesitaba saber: pase lo que pase, puede contar conmigo. Pero es hora de que regrese a su vida, a sus sesiones de fotos, al glamour de las pasarelas y los eventos. Es hora de que vuelva a brillar como solo ella sabe.

Y lo mismo me pasa a mí. Es hora de regresar a mi laboratorio, a la profesión que amo, a mis días de trabajo extenuante, de investigaciones y estudios.

—Yo elegí Nebraska —me repito. No conocer a nadie, empezar de cero, eso que ahora me pesa fue lo que me hizo elegir este estado en primer lugar. Eso y que hay mucho trabajo de biotecnóloga, por supuesto.

Sé lo que se avecina. Lo siento en el estómago. Pongo una olla con agua a calentar para la pasta, corto la cebolla para hacer una salsa y...

Me como el queso gruyère a mordiscos. Me lamento de no haber dejado ni una pizca para la pasta, pero me digo que tengo mozzarella. La saco de la nevera y me la como sin siquiera pensar. Luego hago lo mismo con el pan y, cuando se termina, busco galletas. Echo la pasta en la olla y sofrío el tomate con las cebollas, mientras me llevo otro tomate fresco a la boca.

Lo trago sin siquiera pensar. Nada sacia este hambre. La tripa empieza a doler, pero mi cerebro parece bloquear esa sensación, igual que corta la señal de saciedad. Tengo en la cabeza al niño de Charlie y la fábrica de chocolate, pidiendo más, más, más...

Me sirvo la pasta y ni siquiera la llevo a la mesa, la como apoyada en la encimera. Me termino las galletas, rebañando la salsa y busco más. Pero no quedan saladas, así que cojo las galletas dulces. El paquete desaparece antes de que sea capaz de analizar lo que hago; rebusco en la nevera. La «Jo sana» ha hecho las compras; la «Jo» que soy cuando soy feliz y tengo mis atracones bajo control.

Solo hay fruta. No importa, las naranjas una a una; las mandarinas, una a una; las bananas, una a una... ¿Refresco azucarado? Por supuesto. Todo lo que se cruza en mi camino termina en mi estómago. No me detengo a cocinar una

nueva ración de pasta, eso implicaría pensar, y eso supondría hacer una pausa y reconectar con el hambre real. No hay tiempo. No, el monstruo no puede esperar.

Comer, comer y comer hasta que no encuentro nada más que comer. Los sabores se mezclan en mi boca hasta asquearme, aun así soy incapaz de vomitar. Retengo cada alimento en mi interior...

Porque ha llegado la hora del castigo.

Es inmediato: en el mismo instante en que ya no encuentro nada más que lanzar a las fosas de mi estómago, el monstruo ataca el cerebro y da comienzo a «La hora de la culpa».

Mi cabeza se llena de pensamientos intrusivos, crueles. De cosas que ni siquiera le dirías a tu peor enemigo.

Gorda, claro. Eso es lo primero. Perezosa, débil, inútil, inservible... Eres gorda porque no tienes autocontrol. Eres incapaz de hacer algo que todo el mundo hace: comer. Hasta los niños saben comer y tú no. No sirves para nada. ¿Qué pensarían tus amigos si te vieran así?

Y, claro, voy al baño a mirarme al espejo. Tengo salsa en la camisa, migas de galletas... ¡Mi aspecto es deplorable! Me quito la ropa con rabia, empiezo a llorar y mi rostro se inflama aún más. Tengo el vientre hinchado de comer sin parar y los ojos rojos y la boca inflamada.

Me odio. Odio mi cuerpo, odio mi mente, que no puede con él. Siento un impulso casi incontrolable de hacerme daño, de coger unas tijeras y cortar la grasa de mi cintura, los montículos de mi cadera y mi papada.

Entro en la ducha y me quito la suciedad, frotándome con ira hasta enrojecerme. Luego me visto con la ropa de deporte: las mallas que cuestan subir y el maldito sujetador deportivo que me aprisiona como un embutido. Voy sin escalas al gimnasio.

Sí, la etapa de compensación.

Conozco cada una de ellas, las he pasado mil veces y, sin embargo, no puedo escapar del ciclo. Atracón, odio, compensación. Atracón, odio, compensación.

Le llaman TCA. Trastorno de la conducta alimentaria. El mío es el trastorno por atracón. A veces viene acompañado de bulimia, cuando te provocas el vómito después de comer. Otras veces viene acompañado de anorexia, cuando la compensación se lleva a cabo mediante ayunos extremos. En mi caso, lo que hago es ir al gimnasio.

Muchas personas me han preguntado cómo puedo seguir siendo gorda con la cantidad de deporte que hago. Esas personas solo ven lo que yo muestro de mí; nadie ha presenciado uno de mis ataques. La vergüenza es el sentimiento

más abrumador del trastorno, mucho más que la culpa. La vergüenza es la que consigue que te controles en público, que no hables de lo que te sucede y que no le cuentes a nadie que eres capaz de comerte una bolsa de espinacas crudas.

Es normal pensar que los atracones se dan con alimentos sabrosos, como helado y chocolate. Con chucherías y patatas fritas. Pero no, el monstruo no hace distinción. Cuando acecha, le da igual si es un Twix o una lechuga, siempre y cuando tragues.

Tragues, tragues, tragues.

—Señorita Hayworth… — me saluda la chica de recepción. Le devuelvo el saludo y paso sin mirarla casi. Un vistazo a su cuerpo escultural bastaría para matarme. Empiezo con el calentamiento en la bicicleta estática, y lo hago con rabia. La cantidad de calorías consumidas me pasa factura; sudo como una cerda. Luego voy a hacer fuerza, levanto peso hasta casi romper mis músculos y tendones. Los entrenadores dicen que hay que llegar al fallo, pues habrá que ver lo que es capaz de hacer una mujer que se detesta. De allí, sin escalas, al escalador.

Hago números con cada paso: ¿cuántas calorías consumí en el atracón?, ¿cuántas debo quemar? Es imposible igualarlas; veo cómo mi reloj lentamente aumenta la cifra y cómo necesito horas y horas para quemar lo que ingerí en minutos.

Vuelve el odio, vuelve el impulso.

Pero mi estómago está lleno, me he excedido, es demasiado. Por fin llega el castigo...

Necesito correr, también tengo práctica en eso. Consigo entrar en el baño a tiempo, me inclino y mi estómago se acalambra.

No me purgo, no es bulimia. Es mi cuerpo diciendo basta. Al final, vomito por el esfuerzo; me baja la tensión. Resisto. Vuelvo a llorar.

Suena mi móvil, veo el nombre de Davenport en la pantalla. Lo pongo boca abajo.

Wade tiene razón, no le he dicho que no, pero tampoco puedo decirle que sí. Es lo mejor para él, me digo.

—¿Y para mí? —me pregunto en voz alta. No lo sé, ya no sé qué es lo mejor para mí.

CAPÍTULO OCHO

Wade

No me ha cogido el teléfono. Vale, eso cuenta como rechazo. Lo tengo que aceptar. Soy un hombre adulto, me han dicho que no antes. Puedo manejarlo, claro que sí.

Por eso estoy aquí, haciendo lo que cualquiera en mi lugar: pasando un buen rato con colegas y en compañía de mujeres hermosas. Mujeres que están más que dispuestas a tener una cita conmigo; es más, están dispuestas a que nos saltemos la cita y vayamos al grano.

Bebo un sorbo de mi güisqui, ¿de qué hablan? Intento concentrarme en las conversaciones a mi alrededor.

—Era un mundo de gente —dice Stephan Gallagham, una modelo está sentada a su lado. Sus piernas cruzadas impiden que sus bragas sean visibles, porque lo que es su falda… A mi lado se encuentra Tess, ella juguetea con el pico que mi cabello forma en la nuca. Lo hace cuando está aburrida, y si no fuese porque la conozco, no me daría cuenta de ello. Su expresión afable no demuestra hastío.

Es demasiado educada para eso. La miro de soslayo: cabello castaño, maquillaje sutil, cuerpo de infarto. Desearía no estar comparándola con Josephine Hayworth.

—El croupier lanza la bolilla —sigue Gallagham. La anécdota es conocida por todos, pero le seguimos la corriente. No es a nosotros a quien quiere impresionar.

Tess acerca su boca a mi oído: —Y sale el cero —susurra. Le sonrío.

—¡Y sale el cero! —finaliza Stephan. La mujer a su lado da palmas ante el éxito del hombre. Ya sabemos lo que sigue, una demostración de dinero. Contará cómo salió de allí con su fortuna y, al ser inesperada, la gastó casi completamente en una noche.

—Te preguntaría si te apetece que vayamos a fumar a la terraza —murmura Tess—, pero imagino que dirás que no.

—No estoy siendo la mejor compañía esta noche, ¿verdad?

Tess se encoge de hombros. Con ella tenemos un trato de no encariñarnos; proviene de una familia adinerada, pero más aristócrata que la mía. De esas que poseen un enorme árbol genealógico que finaliza con los fundadores de

Estados Unidos. Supongo que pensó que algún día me daría cuenta de que era la indicada para mí; sin embargo, terminó siendo ella quien se dio cuenta de que yo no era el príncipe que esperaba. Tampoco lo son los demás.

—Buscas en el lugar equivocado —le digo y le tiendo la mano para ir a la terraza. Salimos juntos, los colegas hablan ahora del viaje que harán a Francia, donde se correrá el Fórmula uno.

—Busco en el único sitio que conozco, Wade. ¿Por qué, dónde la has hallado tú?

—¿Disculpa?

—Venga, hace mucho que sé que no seremos más que *amigos con derechos*. No es que me hiciera demasiadas ilusiones, al fin de cuentas, no eres de los que viaja a Europa a ver la Fórmula uno.

—Solo si coincide con el último congreso sobre estiércol vacuno —bromeo. Tess ríe conmigo.

— En cualquier caso, no me pondrás un anillo en el dedo, pero hasta ahora nunca te has negado a un buen polvo. Y sé que me prefieres. Te gustan las mujeres pijas, no las modelos que aguantan a un imbécil como Gallagher a cambio de contactos de negocios.

—No siempre pagar por sexo implica abrir la cartera —reconozco.

—Así que debes haber hallado a otra que de momento te caliente la cama sin pedirte nada a cambio.

¡Vaya opinión tiene de mí!: Cruel. Hasta hace unas semanas, certera… Ahora, completamente equivocada. Se me escapa una risotada.

—Te sorprendería lo fría que está mi cama.

—Oh… Entonces, es peor de lo que pensé. *Karma is a bitch* —se mofa de mí, le sonrío.

—Te permitiré burlarte de mí un poco más, me lo merezco.

—No tanto, se lo merecen más algunos de tus colegas y lo sabes. —Al fin se prende el puro que vino a fumar. Yo no fumo, salvo algún habano para congraciar a algún socio—. Algunos valen la pena, pero tienes razón, no hallaré aquí lo que busco.

—Tienes que cambiar de ambiente.

—Tú también, Wade. No encajas aquí, no tienes nada en común con Gallagham, o el hijo del gobernador, o Lauder… —La mención de Lauder me remueve sentimientos. Allí conocí a Cathy, allí iniciaron mis nuevos y deliciosos problemas llamados Josephine Hayworth—. No sé por qué te empeñas en dar la imagen de frívolo niño rico…

—Porque es buena para los negocios, Tess. La gente te subestima, piensa que podrá manejarte… Les dejo creer que llevan los hilos.

—Pero la vida no es solo negocios, Wade.

No, no lo es. Dejo que el frío de la terraza golpee mi rostro. Esa imagen es precisamente la que inquieta a Jo, y quizá sea la razón por la que no me coge el teléfono. Dime con quién andas y te diré quién eres, reza el refrán. Lo que es bueno para los negocios no siempre lo es para los afectos.

—Necesito que me vea en otro ambiente —sentencio. Tess se sonríe.

—Así que piensa que eres un capullo, ¿eh? No sé quién será, pero ya me cae bien. —Apaga el cigarro y se marcha sin esperarme. La veo a través del cristal, recoge su abrigo, su bolso y se va de aquí.

Yo tengo que hacer lo mismo. Entre mis colegas los hay buenos, ni siquiera soy muy original en eso; no soy el único que se relaciona con gente solo porque *los negocios* lo piden. Otros, en cambio… pues mejor perderlos que encontrarlos. Lo reconozco, jamás me importó lo que pensaran de mí: si soy un niñato rico que nunca se esforzó, si soy un mujeriego, si el lugar que ocupo en la gestión del rancho se debe a la pelea de mi padre con mi hermano Roman…

Hasta ahora. Hasta que Jo fue quien me miró con desprecio y miedo. ¿Cómo explicarle que no soy así si me ve con esas juntas en cada reunión?, ¿si frecuento los mismos lugares, las mismas amistades?

Separar la paja del trigo no es algo que deba hacer Jo, no le corresponde a ella hacer el trabajo de averiguar que soy distinto. Me corresponde a mí demostrarlo. Puede que veinticuatro horas basten para darme cuenta de que me gusta, de que hay chispa entre nosotros, pero no alcanzan para conocerse de verdad. No bastan para probarle a Jo que no soy lo que aparento.

Necesito presentarle al verdadero Wade Davenport… si me lo permite.

Wade

—Necesito que me ayudes a hacer algo estúpido pareciendo inteligente —suelto. Mi hermano se quita el sombrero con lentitud, me mira y se deja caer en el sofá que se encuentra en el despacho de mi padre. Suelo emplearlo cuando trabajo desde el rancho; lo que sucede cada vez con más frecuencia.

—¿Tiene algo que ver con las invitadas en el día de tormenta? —No respondo, él suspira—. Sí, padre me ha dicho que tarde o temprano harías algo estúpido al respecto.

—¡Vaya!, gracias por la confianza.

—La confianza es plena, confiamos plenamente en que harás algo estúpido con o sin nuestra ayuda. —Sonríe—. Así que suéltalo.

—¿Cómo pueden estar tan seguros? —En lugar de ir al grano, me enfoco en el hecho de que mi *hermanito* y mi padre hayan complotado en mi contra.

—Porque eres igual que nuestro padre, Wade. De modo que él solo debe pensar: ¿qué haría yo si tuviese treinta años y estuviera soltero? Y listo, ya adivina tu siguiente movimiento. Siempre lo dice, sois iguales.

—No sé si es un halago o una ofensa.

—Depende. En los negocios es un halago… —Blaze hace una pausa—. Y si preguntas mi opinión, en la vida personal también. El único problema que tenéis los dos es la terquedad. Pero venga, no me llamaste para recibir halagos, en tal caso hubieras telefoneado a una de tus *chicas*. —Pongo los ojos en blanco. Doy un rodeo en el escritorio y apoyo el trasero en el borde. Miro a mi hermano que está muy relajado, jugueteando con su sombrero y sé que diga lo que diga, él ya estará dos pasos delante de mí.

Es el más listo de los tres. De pequeño sufrió un accidente, el mismo que le quitó la vida a mi madre y que resultó ser un asesinato. Blaze consiguió sobrevivir, pero con fuertes secuelas. Las físicas implicaron varias cirugías. Las emocionales, años de terapia. Eso lo aisló, hasta el día de hoy padece de ansiedad social, aunque ya consigue enfrentar algún que otro evento sin sufrir crisis. Por otro lado, le trajo aparejado una gran conciencia sobre sus emociones. Mientras cualquier ranchero ahoga los sentimientos en alcohol, se niega a hablar de lo que le pasa y prefiere cortarse una pierna antes de admitir que tiene emociones… él las enfrenta.

Es mucho más valiente que Roman y que yo.

Cojo la carpeta que dejé separada sobre el escritorio y se la lanzo.

—Necesito que encuentres una manera de contratar Biofuture para el rancho.

Blaze ni siquiera abre la condenada carpeta.

—Probióticos en la alimentación vacuna —dice sin más.

—¿No piensas leer a qué se dedican ni cómo…?

—Tú no conocías a Josephine Hayworth, Wade. Fue una novedad para ti. Pero para mí… —Se echa a reír—, por poco cruzo la tormenta para pedirle un autógrafo. Y si no hubiera sido porque las vacas necesitaban atención luego, hubiera dejado esa tarea para hablar con ella. —Vuelve a carcajear ante mi expresión, que supongo denota mi malestar.

—No es justo.

—Claro que es justo. Tú te dedicas a la administración; yo, a los animales. —Deja la carpeta a un lado, lo mismo hace con su sombrero, ya no juguetea

con él, lo cual es mala señal—. Encantado trabajo con Biofuture. Y si debo hacerlo codo a codo con la señorita Hayworth será un honor. Pero no es por eso por lo que estoy aquí, ¿verdad?

—Es exactamente por eso por lo que estás aquí. Coordinaremos una cita de negocios con Biofuture, seré muy específico con que deseo que la especialista esté presente y tú… y tú te encargarás de que la reunión tenga un fin comercial y yo no quede como un gilipollas. Perfecto. ¿Cuándo puedes?

—Detente ahí, no es tan sencillo.

—¿Por qué no? —insisto.

—Porque yo no soy sencillo, Wade. No te dejaré hacer el tonto sin siquiera saber por qué cojones necesitas hacer el tonto.

—No me dejarás hacer el tonto porque estarás allí para hacer las preguntas inteligentes. Es más, puedes enviarme un informe sobre las ventajas de los probióticos en la alimentación vacuna y yo…

—Wade… —Blaze suspira muy a su modo—, ya sé que no eres imbécil. Sabes cuidar el rancho, por supuesto que entenderás cada tecnicismo de un acuerdo con Biofuture. Es más, si accedo a hacerlo… —Alza la mano para detener mi intento de irme con la victoria de su «sí»—, si accedo… —repite —, me presentaré con Gabrielle —alude a la veterinaria del rancho—. ¿O crees que yo sí entiendo tanto de biología?

—Vale, no hay problema. Gabrielle presente.

—¡Deja de interrumpir! Lo que necesito saber es por qué coño montas un trato comercial para acercarte a una mujer, cuando alcanza con coger el teléfono y llamarla y…

—No me coge las llamadas, Blaze. ¿Crees que no lo pensé?

—¿Llamaste a su oficina?

—No…

—¿Te presentaste en su oficina?

—No.

—¿Intentaste otros medios de comunicación, como correo electrónico, carta convencional, telegrama, señales de humo?

—No.

Blaze asiente.

—¿Y por qué no?

—Porque sería de acosador.

—¿Inventar una reunión de negocios y exigir con el peso de tu apellido que ella esté presente no se vería acosador? —Abro la boca para replicar—. Era una pregunta retórica, Wade —suelta con un suspiro—. Como dije, en lo que os parecéis nuestro padre y tú es en la terquedad. Por eso ni me gastaré en

esperar que comprendas por tus propios medios por qué me pides este absurdo.

—Pero acabas de decir que sería bueno para el rancho, que le pedirías un autógrafo y no sé qué chorradas más.

—Wade, ¿por qué en lugar de hacer algo estúpido y parecer inteligente no pruebas con hacer algo inteligente y parecer estúpido?

—¿Como qué?

—Como decirle lo que sientes. No lo que piensas, lo que sientes. Puede ser por escrito, ¿sabes? —ironiza—, el correo electrónico te permite configurar un modo que te avisa si la otra persona ha leído el correo. Le escribes y aguardas, si no te responde, cosa que dudo, la llamas. Verás cómo sí te coge el teléfono, y habláis como dos adultos sobre sus emociones y llegáis a un acuerdo.

¡Sabía que esto pasaría! Blaze y su inteligencia emocional es imposible. En ocasiones parece el hermano mayor.

—No, eso no sucederá.

—¿Por qué? —insiste. ¡Me está psicoanalizando el muy maldito!, si no fuese porque lo necesito para la puñetera reunión lo mandaría a palear estiércol de nuevo. Y si no fuese porque sé que prefiere esa actividad antes que oír mis gilipolleces.

—¡Porque no tengo ni idea de qué siento! Solo sé que estoy cabreado de que no me coja las llamadas, de que piense que soy un imbécil como mis socios, de que… de que… —Aprieto la mandíbula y los puños.

—De que la primera vez que alguien te interesa de verdad te dice que no. —Blaze se echa a reír, su carcajada es divertida. Me invade un deseo de ponerle un puñetazo, de esos que solo se pueden dar dos hermanos—. Luego te quejas si dicen que somos unos niñatos mimados. Joder… ¡Es la primera vez que una mujer te evita y montas un berrinche!

—Vete a tomar por culo.

Por supuesto, vuelve a reír. Se la está pasando pipa a mi costa.

—¿Eso hiciste con Maddie? —intento golpear en vano—. ¿Le hablaste de emociones? Porque, si mal no recuerdo, la contrataste en el rancho para tenerla cerca.

—Sí, la contraté. Claro. Luego de hablarle de emociones.

—¡No jodas!

—Wade… ¿por qué debes complicarla? Te prometo que, si eres sincero y frontal con Josephine, ella aceptará tener una cita contigo. No pretendo soltar cumplidos, ya te dije, para eso llama a tus chicas. Pero no soy idiota, sé que todas mueren por estar contigo. Eres guapo, eres rico y no eres un completo capullo…

—Jo piensa que soy un completo capullo, Blaze. Ese es el maldito punto aquí. Y lo único que le probará que no lo soy es si ve al verdadero Wade.

—Exacto.

—Y el verdadero Wade es este, el que trabaja en el rancho, así que…

—¿Eso crees? —me interrumpe—. ¿Crees que *el verdadero* es el del trabajo? Va a resultar que sí eres medio gilipollas, hermano.

—Vete a la mierda. ¡Lo sabes! Mi imagen de niño rico es para mantenerme en la sociedad, con los otros tíos con dinero, con los de Wall Street que solo ansían un yate y modelos. Pero cuando necesito la confianza de los inversores, los traigo aquí, les presento al verdadero Wade, y les aseguro que no le tengo miedo al trabajo duro, a los riesgos…

—Eso es en negocios, Wade. ¡Joder! No tienes que probarle a una mujer que *eres una buena inversión*.

—Sí a Jo, a ella le tengo que demostrar que soy de fiar. —Pone los ojos en blanco. Suspira. Niega con la cabeza. Se mesa el cabello.

—¿Sabes qué? Vale, lo haré; lo haré solo para probarte de que te equivocas de cabo a rabo y de que te podrías haber ahorrado todo este tiempo si solo le escribías un correo electrónico diciéndole la verdad.

—¿La verdad?

—Que sientes cosas por ella, Wade.

—¡Apenas la conozco, Blaze! —suelto su nombre con el mismo tonito de sabelotodo que emplea él—. Ni siquiera sé qué sabor de helado le gusta.

—Para *apenas conocerla*, bastante empeño pones. Por eso te digo, habla de lo que sientes, no de lo que piensas. —Al ver que soy yo quien esta vez pongo los ojos en blanco, se explaya—. No sabes qué sabor de helado le gusta, pero sí sabes que es capaz de cruzar una tormenta por su hermana. ¿No es eso más revelador que un puñetero helado? —Deja la pregunta en el aire, coge su sombrero y la carpeta. Supongo que será para Gabrielle—. Y ella sabe que ayudaste a su hermana en la fiesta de Lauder, probablemente sea muy consciente de que la salvaste de algo terrible, porque los dos estamos al tanto de qué clase de mierda son las fiestas de Lauder… —Se calza el sombrero y me mira por última vez—. Puedes saber muchas cosas de una persona, de una mujer en este caso, hasta el tipo de bragas que usa, y no amarla. O puedes no saber ni una jodida cosa y sentir en las tripas que es ella. Créeme, estuve años en una relación sin amor y me bastó un encuentro con Maddie para sentirlo.

—¿Y si lo siento yo y no ella? —pregunto por lo bajo.

Blaze vuelve a sonreír con humor, ya se le pasó el cabreo. Es la persona que menos se enoja en el mundo entero.

—En el fondo eres un llorica, Wade. Esa es la verdadera razón por la que no le escribes un correo; no quieres conocerla, no lo necesitas; no harás esto para *descubrir* si es la indicada. Lo haces para estar seguro de que no eres el único que arriesga. —Se detiene justo bajo el umbral—. Esto no son negocios, mientras antes lo entiendas, antes dejarás de hacer el tonto.

Busco algo para lanzarle por la cabeza; cuando consigo alcanzar el lapicero, ya se ha marchado.

CAPÍTULO NUEVE

Jo

—Ya están aquí —anuncia Sophie, mi secretaria. Lleva consigo la carpeta con el informe; tras ella, Louis asoma su nariz:

—Te quieren a ti —dice en ese tono de «no tienes escapatoria» que ha empleado estas últimas semanas. Aunque aquí los dos pertenecemos a la dirección y mi nombre aporta el prestigio técnico, sin Louis no sería posible el éxito de Biofuture. Es él quien se reúne con los clientes, cierra negocios, se comunica con el departamento de marketing, quien consigue que la empresa aparezca en las principales revistas científicas y económicas...

—Y aún no entiendo por qué —miento. Me incorporo y empieza el acto de siempre, inclinarme con una faja que me ahoga y tratar de calzar mis zapatos de tacón en unos pies que piden clemencia.

—Lo que Davenport pide, Davenport recibe —repite casi como un mantra. Yo ruedo los ojos al tiempo que me sonrojo. Mi reacción pasa desapercibida ante el esfuerzo de ponerme los zapatos.

—Está todo preparado —dice Sophie y se acerca con la carpeta. Me la entrega para que la revise antes de la reunión. Confío en ella, por lo que solo paso las páginas a modo de repaso mental.

—No entiendo qué esperan de mí, si contratan Biofuture es porque yo estaré en el laboratorio, no en las reuniones directivas.

Eso es un hecho. Los clientes que acuden a nosotros lo hacen porque saben que seré yo en persona quien se encargue del proyecto. Lo que nos hace diferentes de otras compañías de biotecnología es precisamente lo que nos hace exclusivos. Es como comprar un vestido de Valentino confeccionado por sus diseñadores o por el propio Valentino Garavani. Pero, hasta donde he podido avanzar en la ciencia, no he sido capaz de clonarme, así que o me tienen en el laboratorio o me ven en las reuniones.

—A veces hasta los mejores deben respeto al rey —bromea Louis.

—Creí que habíamos terminado con la monarquía y decapitado a los reyes.

—Solo en Francia, querida, solo en Francia.

Me río, ¿qué más puedo hacer? Ya... Mirar mi reflejo en la puerta acristalada y rogar por estar presentable. La idea de volver a estar frente a frente con

Wade Davenport después de mis cobardes e infantiles desplantes me produce un vuelco en el estómago.

No creáis que no soy consciente de que me he comportado como una niñata al no cogerle el teléfono; como una cobarde al no darle una respuesta tajante. Cathy me ha llamado todos los días desde que regresó a California y no ha habido uno en el que no haya sacado el tema a colación: el tío te gusta y ese es el motivo por el que eres incapaz de decirle que no.

Es cierto. Con cada eco sordo que provocan mis tacones sobre la alfombra que une mi oficina de la sala de reuniones, evoco la imagen de Wade Davenport y lo reconozco. Es el hombre más atractivo que conocí en mi vida y las reacciones físicas que despiertan en mí solo se asemejan a las que supe sentir en el instituto, frente al chico popular del equipo de fútbol americano. Desde entonces, creí que las mariposas habían muerto y que mi piel desconocía el arte de erizarse.

Eso cambió una noche de tormenta.

No soy original, me digo cuando Louis abre la puerta de la sala de reuniones y la sostiene para que entremos Sophie y yo. Mi secretaria me mira de soslayo, con esa complicidad femenina y esa malograda discreción que nos caracteriza a las mujeres cuando estamos ante un tío buenorro. En este caso, dos. Porque además de Wade, quien se pone de pie y, por acto reflejo, abrocha su chaqueta, se encuentra Blaze, el menor de los hermanos.

¿Quién en su sano juicio no reaccionaría a esa imagen? ¡Y eso que no lleva su sombrero!, porque seamos honestos, el sombrero de un vaquero eleva el atuendo a un diez siempre.

—Caballeros —saluda Louis—, aquí nuestra estrella, la señorita Hayworth —me presenta. Extiendo la mano, primero a una mujer que se presenta como Gabrielle Brie, la veterinaria del rancho. Luego a Blaze y, por último, conteniendo cualquier temblor y manteniendo una impostura encomiable, dejo que mis dedos se pierdan en la enorme mano de Wade.

—¿Empezamos? —digo yo sin rodeos; ocupo directo la cabecera de la mesa de reunión. Y si hablamos de miradas, la de Sophie no es nada en comparación a la que le echa Blaze a su hermano. Ya quisiera yo poder dilucidar lo que se dicen en ese cruce de gestos.

—Claro. —Louis no se amedrenta por la tensión en la sala, ha estado en situaciones peores que las de dos adultos comportándose como críos—. ¿Por qué no empezamos por las necesidades del rancho? —propone. Yo me siento y la faja decide descender por mi vientre y se enrolla a la altura de mi ombligo. ¡Perfecto!

Miro a Wade, espero a que tome la palabra, al fin de cuentas, sé que fue él el artífice de esta reunión; pero me sorprende Blaze pasando a la acción.

Lo subestimé, y algo en saber que se lo está currando hace que me guste más. Lo cual es demasiado peligroso para mí.

—P-pues bien —empieza el menor de los Davenport—, nos interesa implementar un proyecto de alimentación de ganado con levaduras vivas. S-sería e-en un principio con un grupo de control de aproximadamente dos mil cabezas y e-es fundamental que se comiencen las pruebas en invierno. Es decir, t-tenemos un año para diseñar e implementar el cambio de alimentación.

Noto el leve tartamudeo de Blaze y recuerdo los rumores sobre su salud mental, también el escándalo con el socio comercial.

—Dos mil cabezas… Son los proyectos que me gustan —reconozco ante el desafío. Olvido por completo mis pujas con Wade, porque esto saca lo mejor de mí—. Tras mi breve paso por el rancho —digo, Sophie y Louis me miran con asombro, no están al tanto de lo sucedido en la tormenta— puedo suponer que lo queréis hacer en invierno para no contaminar el experimento con pastaje natural.

—En efecto —coincide Blaze.

—En tal caso… —Empujo mi silla para permitir que la pantalla a mis espaldas se vea con claridad. Sophie ya ha instalado el ordenador al proyector y yo solo debo manipular el control para exponer los datos técnicos.

Gabrielle es quien hace la mayor cantidad de preguntas, como por ejemplo qué variedad de levadura utilizaremos, cómo debe dosificar los antibióticos durante el proceso, qué compuesto de pienso de base se emplea junto a las levaduras…

Una vez finalizada la presentación, es cuando entran los números en acción. Ese es el campo de especialización de Louis y, por lo visto, también de Wade. La contienda es fascinante: sueltan unos montos que dejarían pálido a Casper, el fantasma. Entiendo que Wade y Blaze trabajan como Louis y yo; se complementan. En conjunto, pueden hacer del rancho Davenport lo que es. No por eso el mayor de los hermanos desconoce los pormenores del trabajo físico; de hecho, justifica con solvencia por qué tal inversión o la necesidad de tal acuerdo de porcentajes en el negocio, y expone sin titubeos el funcionamiento interno del rancho.

—Para la gestión de dos mil cabezas de ganado separadas y alimentadas de manera especial, es necesaria la contratación de personal especializado. Parte del cual corre por nuestra cuenta, claro, son nuestros animales… pero también es vuestro proyecto.

Lo estudió. Maneja muy bien su lenguaje corporal, sabe cuándo utilizar su nombre con autoridad y cuándo poner un límite para no parecer un engreído por ser quien es. Avanza, cede, vuelve a avanzar... He visto a Louis negociar, es muy bueno. Pero ahora se enfrenta al mejor.

Wade Davenport es un maldito depredador en los negocios y yo... no debería encontrar eso tan endemoniadamente sexi.

Tras varios minutos más, Louis y Wade parecen llegar a un acuerdo y ambos rostros se vuelven en mi dirección.

—Cualquiera de nuestros equipos está supervisado, en última instancia, por la señorita Hayworth en persona —expone mi CEO.

—En última instancia… —repite Davenport, como si saboreara cada palabra—, sin embargo, la quiero en cada instancia. —La forma en que dice «la quiero» consigue ponerme la piel de gallina; no es romántica, es posesiva. Y yo, que en cualquier otra circunstancia ante una proclamación así hubiera puesto un límite firme, ¡hasta una orden de alejamiento!, me quedo de piedra, con el aire atrapado en mis pulmones.

—Ya hemos sido más que generosos con vosotros, Davenport —rebate Louis. Sé que solo está negociando mi *dote*, como una novia medieval que será vendida a cambio de tierras. En general no me molesta, de hecho, por esto es por lo que uno se hace un nombre profesional. Vender mi servicio personalizado es lo que hace a Biofuture lo que es. Pero no soy ingenua, Wade no está negociando un acuerdo comercial.

—¿Generosos? Lo dudo, señor. Yo lo definiría como justos. No pienso pagar más por el trabajo con las cabezas de ganado, en el cual los expertos somos nosotros, pero sí estoy dispuesto a pagar lo que vale cada minuto de la señorita Hayworth. En los negocios no hablamos de ahorro, sino de redistribución del capital.

—En tal caso, la señorita Hayworth hará un estimativo de sus horas en el proyecto y se sumará al contrato —dice Louis y comienza a recoger los papeles. Wade lo detiene y busca en su chaqueta una pluma. Blaze y Gabrielle ruedan los ojos, reparo en ello de soslayo, porque a quien no puedo quitarle la mirada de encima es a Wade, quien repasa las líneas del contrato y se dispone a firmar sin el monto final.

—Davenport… —intervengo, mi voz suena más fuerte que mi voluntad—, ya probó su punto.

—¿Le preocupa mi bolsillo, señorita Hayworth? —pregunta, con sus ojos clavados en mí y la punta de la pluma en el papel.

—Me preocupan sus abogados —replico. Sonríe, muestra su pareja dentadura blanca que contrasta con la piel algo bronceada.

—Testigos sobran. —Traza su firma en el papel y se vuelve hacia Louis—. Cuando esté listo el presupuesto de horas de la señorita Hayworth, envíelo a contaduría directamente. —Extiende el contrato firmado.

Louis mira el papel, luego a mí y después vuelve a mirar el papel. Sacude la cabeza como si quisiera despertar de una alucinación. Wade no es nada discreto, ha hecho toda una declaración de intenciones en esta reunión.

Blaze y Gabrielle se ponen de pie, apenas hablan, parece que se están guardando cada palabra para el cotilleo de camino al rancho. Sophie recoge el contrato, lo guarda en su carpeta como si se tratara de un tesoro invaluable. Tanto ella como Louis son conscientes de que acabamos de cerrar un negocio millonario.

Yo soy la única que no se entera. Tal vez por eso me quedo atrás, tal vez ese es el motivo por el que no muevo las piernas y tardo en recoger mis cosas...

Wade me sostiene la puerta, somos los últimos en salir de la sala de reuniones. Sin embargo, en lugar de apartarse para dejarme pasar, ocupa la mitad del umbral. Si quiero salir, debo rozar su cuerpo; una mujer más delgada podría escabullirse. Yo... no podría, y tampoco creo que quiera.

—Imagino que este negocio no es una muestra pueril de poder —le digo. Él sostiene la puerta con su espalda.

—No, claro que no. —Hace una pequeña pausa y sonríe—. Es una muestra pueril de interés. —Es mi turno de sonreír, al menos lo reconoce—. ¿Poder?, el poder lo tienes tú, Jo. ¿No es evidente? Puedes poner el precio a este negocio y puedes destrozarme con un simple «no» de tus labios.

Mis labios no se mueven, él suspira. Su sonrisa se vuelve algo derrotada, se aparta del umbral para dejarme ir. Yo veo mi escapatoria, el fin de una historia que apenas esbozó un prefacio. Una palabra viene a mi mente: «Anemoia», que significa esa nostalgia que podemos sentir por algo que no hemos vivido.

—Te decepcionarás —respondo, y su sonrisa vuelve a brillar—, pero al parecer eres de lo que aprende por las malas. —Me encojo de hombros e intento salir de la sala. Wade vuelve a ocupar parte del umbral.

—Yo seré juez de eso. ¿Cuándo?

—Oh, señor Davenport, usted solito se ha buscado la prórroga. Hasta que no esté mi presupuesto aprobado y en su departamento de contaduría, mantendremos una relación puramente profesional. Mi renombre está en juego… —Suelta una carcajada y se hace a un lado, al pasar junto a él, el roce es imperceptible, pero me alcanza como un rayo.

—Mi hermano me dijo que estaba siendo un gilipollas…

—Diría que tiene que escuchar a su hermano, pero de ser así no tendría un acuerdo millonario con uno de los ranchos más prestigiosos de Nebraska. —

Le extiendo la mano para cerrar el pacto. Él la coge con firmeza y la estrecha.

—Ya lo verá, señorita Hayworth, en este acuerdo ganaremos todos.

Lo acompaño hasta el elevador, su hermano y Gabrielle ya bajaron. Las puertas de acero se cierran, en el último instante, Wade se pone el sombrero y esa es la imagen que queda en mi retina. Un vaquero de traje que consigue lo que quiere.

Y por extraño que me resulte… me quiere a mí.

CAPÍTULO DIEZ

Wade

Estoy como un niño que aguarda ansioso la mañana de Navidad para abrir los regalos. Jo está a punto de llegar y va a ser un día muy ajetreado: tendrá que recoger las muestras del grupo de prueba, recopilar información sobre el alimento suministrado, el suelo del rancho, los pastizales y otros aspectos sobre los que sé muy poco. Es lo último que necesita para dar inicio al proyecto, por tanto, es la fecha límite de nuestra relación puramente profesional. Una vez conseguido esto, aunque Biofuture seguirá trabajando con el rancho Davenport durante al menos un año, ya no tendrá que hacerlo conmigo. La relación profesional puede pasar a ser personal.

Su camioneta no es la primera en llegar. Por el camino de entrada se acercan cuatro todoterrenos con el logotipo de la empresa Biofuture. Hace un frío de mil demonios; eso no me impide salir de la nave industrial desde la que se opera todo el rancho para darles la bienvenida en la puerta. Jo viene en la segunda camioneta. La conduce ella, en el asiento del copiloto va Sophie. En la parte trasera viajan dos técnicos que no conozco. De la primera baja un veterinario con su equipo y, deduzco, en la tercera viajan los encargados de recolectar muestras.

Mis ojos están fijos en Josephine. Lleva lentes polarizadas para evitar que la nieve que resta en el terreno le haga daño a la vista. Se las sube como si fueran una diadema al llegar al suelo y, con la vista despejada, busca la mía. En ese momento, entiendo todo lo que me ha dicho Blaze. No necesito saber qué helado le gusta o si prefiere las películas románticas a las de acción. Sé que Jo tiene el poder de llevarme al cielo o a terapia y que estoy dispuesto a todo para que sea lo primero.

—Señor Davenport —saluda. Toco mi sombrero a modo de respuesta, insiste en tratarme con esa distancia profesional que, más que mantener las formas, empieza a sonar como un juego privado.

—Señorita Hayworth…

Jo pasa a presentarme su equipo y, en grupo, avanzamos dentro de la nave industrial. Allí aguarda mi hermano y Gabrielle, listos para pasar a la acción. Jo explica a grandes rasgos en qué consistirá la jornada de hoy:

—Cogeremos al grupo de control inicial… —empieza y extiende la mano, donde mi hermano coloca el informe de los animales seleccionados. Lo hizo él

siguiendo las indicaciones de Josephine— y haremos: extracción de sangre y muestra de saliva y heces.

—¿Y-ya están en los corrales, en cuarentena desde hace una semana? —confirma Blaze. Jo asiente con una sonrisa. Su aspecto de chica vaquera me está volviendo loco. Lleva unos pantalones vaqueros de pierna ancha por los que asoman sus botas de trabajo. Una camisa blanca, un chaleco térmico impermeable y un abrigo que resistiría una tormenta de nieve en Alaska. Su rostro está limpio de maquillaje; lo único que usa es un bálsamo labial para evitar que el clima le reseque los labios. El cabello recogido me permite tener una visión perfecta de su fisionomía. Tiene el rostro redondo, aunque sus pómulos son muy marcados. Cuando sonríe, se le forman hoyuelos en las mejillas y sus labios carnosos se extienden, dejando ver una dentadura perfecta. La nariz es pequeña y respingona, con un tabique recto que impide que las gafas se mantengan en su sitio.

—Huge, nuestro veterinario, recogerá la información sobre vacunas, antibióticos y alimentación de nuestro grupo de control. Y yo me encargaré del suelo y los pastizales.

Al finalizar, sin necesidad de instrucciones, todos parecemos entender a qué grupo pertenecemos. Blaze se va con los animales, Gabrielle con el veterinario y yo acompaño a Jo a una de las todoterrenos del rancho para ir a recoger muestras de sustrato. Sophie nos acompaña con su teléfono satelital y su ordenador portátil; uno de los muchachos del laboratorio, que se presenta como Nick, sube a la parte trasera con un equipo de muestreo que parece sacado de una película de ciencia ficción.

Nos ponemos en marcha. Viajo de copiloto e le indico el camino hacia las parcelas de muestra. Están bastante lejos de la nave para que la contaminación por el trabajo humano del rancho afecte lo menos posible.

Durante el trayecto, la conversación versa sobre temas técnicos. Yo me he asegurado de ser un buen alumno: estudié tanto como pude.

—Siento nostalgia de un tiempo que no viví —digo con un suspiro cuando la conversación me excede. Jo me sonríe, me mira con el rabillo del ojo para no perder la atención en el camino—. Era más sencillo cuando solo se criaban vacas a campo abierto, tantas como pudieras proteger… ¿Me estaré volviendo un viejo cascarrabias con tan solo treinta y tres años?

—Pues seríamos dos viejos cascarrabias —responde Nick, desde detrás de mí. Sigue estudiando algo en su tablet, no llego a ver qué informe mira.

—Pensé que los científicos estaban del lado del progreso…

Los tres se ríen.

—Lo estamos —explica Jo—, pero no siempre el progreso es hacer las cosas más complicadas. Ahora estamos tratando de solucionar con *progreso* —pronuncia de manera sardónica— lo mismo que el progreso dañó. —Se encoje de hombros—. En algún momento la hemos liado, pero gracias a ello tengo trabajo, ¿verdad?

—Gracias a ello tendré una cita —le respondo en un murmullo apenas audible. Jo rueda los ojos, sin embargo, en su gesto no hay hastío, sino diversión.

—Como sea, le hemos arruinado la flora intestinal a las vacas y con ello, generado más gases de efecto invernadero de los normales. Ahora nos toca corregirlo y, además, venderlo como redituable… —Aparca al fin junto a la alambrada y apaga el motor—, no todos son tan generosos con la paga como el gran Davenport.

—Va a resultar que soy uno de esos ricos filántropos que quiere salvar el mundo… —Cojo mi sombrero y lo calzo en mi cabeza antes de bajar. Me poso sobre el techo de la camioneta para ver a Jo al otro lado—. Uno no termina nunca de conocerse.

—¿Me dices que no eres solo un playboy que busca su propio bien?

—Tal vez he descubierto que no se puede ser feliz en un mundo al borde de la extinción, que la verdadera felicidad es la dicha de la humanidad. —Sobreactúo mi respuesta, como si fuera una miss universo pidiendo la paz mundial antes de que le coloquen la corona. Jo se echa a reír, una risa sincera que se corta algo apenada ante la mirada extrañada de Sophie.

Debemos pasar por la valla; como buen caballero, sostengo la alambrada para que ella pueda atravesarla. No puedo ir tras Jo, porque mi caballerosidad me obliga a seguir en mi posición hasta que pase Nick y luego Sophie.

—No siempre ríe —me murmura la secretaria de la señorita Hayworth—, bien hecho, vaquero. —Guiña un ojo y me espera al otro lado.

La recolección es mucho más compleja de lo que esperaba. Qué iluso fui al creer que vendríamos con una cucharita a levantar tierra y marcharnos. Por suerte no hay nieve, se ha derretido y convertido en una capa blanca de hielo que mantiene verdes los pastizales; se asemejan a las espinacas congeladas con las que te apañas una comida cuando no tienes tiempo. Hay que escarbar un poco para llegar a la raíz y poder analizar los nutrientes. Además de almacenar las muestras, numerarlas y cargarlas en el sistema, Nick y Jo nos piden a Sophie y a mí que señalemos con pequeños banderines las zonas que hemos recolectado, indicando en cada uno el número de la muestra. De este modo, conforman un mapa visual de la distribución.

—Los ecosistemas se relacionan, asocian, nutren —me explica Jo, yo apenas puedo retener información, estoy fascinado por el cambio en ella cuando no está a la defensiva. Puede que Blaze tuviera razón en la parte de hablar sinceramente, pero no me arrepiento de este rebuscado plan si el resultado es verla tan… tan ella.

En eso también nos parecemos, hay una versión de nosotros mismos que solo sale a la luz en el trabajo. Porque lo amamos, claro está, Josephine ama la ciencia como yo amo el rancho, pero también porque es lo único que amamos y eso es jodidamente triste.

—Este es el equilibrio que nuestro malentendido progreso ha roto —sigue como una didáctica maestra—, las vacas, o cualquier animal en realidad, ingiere los alimentos de manera conjunta. Cuando arrancan el pastizal, se llevan con él tierra, lombrices, bacterias, minerales… Al alimentarlos en espacios asépticos, focalizando solo en el engorde, los animales fueron dañando y adaptando su sistema digestivo…

—Como la famosa vitamina B12 de los veganos —digo, mientras cavo un banderín en la última recolección.

—Exacto, antes la recibíamos de los animales de modo natural, hoy se complementa a los animales con esa vitamina para poder mantener el lobby ganadero… —Me mira y me brinda una media sonrisa.

—Vale —Alzo las manos en gesto de rendición—, has dado en el blanco.

Jo tiene razón: una de las razones por las que se defiende el consumo de animales es por los nutrientes que recibimos de ellos. Sin embargo, la cría irresponsable ha alterado esos nutrientes. ¿Cuál es la diferencia entre complementar a la vaca con una vitamina o que la persona se tome esa píldora directamente? La respuesta: millones de dólares de la industria ganadera. Para la industria farmacéutica, cuyo lobby es más fuerte que el nuestro, da igual, ya que lo que no se vende como medicina para humanos se vende como veterinaria. El negocio sigue, y los únicos que pierden somos los consumidores.

Estoy a punto de dar una respuesta en mi favor, de exponer que al contratarla a ella estamos haciendo las cosas mejor, ¿verdad?, pero Jo decide hundir la daga...

—¿Por eso estabas en la fiesta de Lauder? —pregunta sin mirarme, recoge la muestra y señala el lugar. Coloco el banderín y espero a que se vuelva a mí. No lo hace, solo agrega—: en la que conociste a mi hermana, drogada y ebria.

Mierda. El frío vuelve a sentirse, y no es el clima.

—Sí —reconozco. Hacer migas con un posible futuro senador tiene esa función, uno financia y luego espera que apoyen las leyes que lo benefician.

Estas son las ocasiones en las que ser el Davenport que se dedica a los negocios financieros y no al rancho sienta fatal.

Por fin Josephine me mira, sus ojos están más opacos; por lo demás, casi parece la misma. Casi…

—Y ahí tenemos la prueba de cuánto la puede cagar el ser humano cuando confunde progreso con rentabilidad… —Sin decir más, lleva la muestra a la caja de recolección y sigue en silencio.

Quiero decirle algo, responder, defenderme... No encuentro las palabras. Cualquier cosa que diga sonará a justificación y será peor, porque... ¡joder, tiene razón! No hace falta ser un genio para deducir que Aaron Lauder tiene una ética cuestionable. Así como yo puedo inferir para beneficiar a la industria ganadera, otro puede hacer lo mismo para las farmacéuticas que matan personas con el fentanilo o que venden recetas para adelgazar que arruinan la salud. Huelga decir el lobby de las armas, de la guerra... Lauder se venderá al mejor postor y, si yo apoyo su campaña solo por el dinero, también seré cómplice de que, una vez en el poder, sus decisiones afecten negativamente a otros sectores.

—Somos un ecosistema que se relaciona, asocia y nutre, también aquí la hemos cagado, ¿verdad?

Jo no responde, solo eleva los hombros y sonríe a medias.

—Todos hacemos nuestra parte…

Antes de que la conversación se vuelva un debate de ética empresarial o, vale, ética a secas, mi móvil suena. Es mi hermano y cojo la llamada. El modo en que dice mi nombre me pone en alerta: ¡Problemas!

Jo

Las cosquillas en mi estómago que me acompañan desde que llegué al rancho se intensifican al ver la expresión de Wade. Es la mezcla de ansiedad por estar cerca suyo y adrenalina por el trabajo en el campo.

—¿Qué sucede? —pregunto, moviendo los labios para no interrumpir la conversación. Él me hace un gesto de que aguarde con la mano. Repiqueteo los pies en el suelo, paciencia no es mi segundo nombre. Quiero que todo salga bien, porque es un contrato millonario, por supuesto… y porque al terminar debo una cita.

Terror, adrenalina, entusiasmo, estrés… de eso se conforman las mariposas que revolotean en mi estómago.

—Una vaca está pariendo —me dice, al terminar la llamada. Mira derredor —. Os dejo con esto y…

—Vamos, Nick y Sophie pueden con ello —lo interrumpo. Sophie acepta el cambio sin chistar, Nick en cambio me mira con sorpresa.

—Es un rancho, las vacas tienen crías todo el tiempo —dice, sin entender por qué eso ha cambiado su preciada rutina de trabajo.

—¡No! —contestamos Wade y yo a coro—. Las vacas se cruzan en tiempos específicos de modo que las crías nazcan en climas benignos y que podamos separar vaca y ternero para sus cuidados —explica Wade. Camina hacia la camioneta. Yo hago lo mismo, pero en mi caso bajo algunos artículos de muestreo. Les dejo las herramientas para que terminen el trabajo.

—¿Puedes enviar a alguien a por ellos?

—Claro. —Wade se pone al teléfono.

Nick sigue sin ver la gravedad del asunto. No pienso reprenderlo como a un niño, porque solo se puede entender la magnitud de lo que sucede si conoces a los Davenport. ¿Y yo los conozco?

Pues empiezo a hacerlo. Wade no es un niño pijo y mimado que solo disfruta de las mieles de un negocio familiar; es un ranchero de pura cepa que, por cosas de la vida, viste traje de tres piezas. Cuando los animales sufren, él sufre con ellos. Cuando la tierra lo necesita, se pone manos a la obra. La relación de un ranchero con su rancho no es meramente comercial, no se reduce al dinero... Es identitaria.

Es algo que no comprenden ni Wall Street ni los grandes científicos del MIT. Un vínculo mítico y económico, más parecido al de los pueblos nativos que al de los grandes empresarios.

—Ya están en camino, podemos marcharnos.

En respuesta, digo algo que jamás imaginé.

—Conduce tú… —y le lanzo las llaves de la camioneta. Sí, cedí el control. ¿Ya dije que las mariposas no dejan de revolotear? Aunque empiezo a pensar que son malditas avispas.

Wade se monta en la camioneta y dos movimientos le bastan para recolocar la posición de manejo, para cuando yo llego a la butaca del acompañante, el motor está en marcha. Conduce veloz, conociendo el camino, el destino y la determinación.

—¿Iremos a por la vaca con crías o…?

—Por las otras —especifica—. Seremos más útiles allí.

—Si lo necesitan, pueden usar a Huge, mi veterinario, estoy segura de que tiene las mismas cosquillas que yo en este momento —propongo.

—¿Cosquillas? —Wade me mira de soslayo con una sonrisa pícara.

—No las provocas tú, las provoca el trabajo, engreído —bromeo.

—¿Me dices que una vaca es más sexi que yo?

—Sí para esta chica.

—Entonces, lo confirmo… Tiene pasta de vaquera. —Hace una pausa que carga el ambiente de estática—. Lo que te convierte en la indicada para un vaquero.

¡Demonios! ¿Alguien ha subido la calefacción? Ha conseguido que me sonroje como una colegiala. No solo solté el control de la camioneta, eso ha sido simbólico: he dejado de controlarme cuando estoy con él. Bajé mis defensas, las fajas que me contienen, la ropa que disimula, la actitud que aleja... Empezó a desnudarme mucho antes de nuestra primera cita.

Y lo ha conseguido al desnudarse, comprendo. Al mostrarme parte del verdadero Wade: un vaquero que ama la tierra, sus animales y el trabajo duro. Al llegar junto a los animales, los hermanos ni siquiera se hablan. Se pasan las llaves como si fueran la posta de una carrera y cada uno sigue su camino.

Blaze irá con la vaca para tratar de salvar al animal y a su cría. Nosotros haremos el muestreo sin perder tiempo para que el ganado no tenga que estar en cuarentena más tiempo del necesario. Esa es la urgencia: que los animales no sufran.

Ya sé que al final terminarán en el matadero. Eso es cierto, y a veces hasta me entran ganas de ser vegana. Pero es la cadena alimentaria y, en el mundo no humano, también serían presas. Por eso mismo, los Davenport se destacan. Porque, pese a que sus animales terminarán muertos, mientras viven son cuidados. Puede que signifique poco para muchos, pero significa mucho para mí.

—Terminemos con esto así los animales pueden volver a su lote, ¿vale? —dice Wade. Ahora están en corrales bastante pequeños y, por supuesto, a dieta.

—Sabes de qué va el trabajo, ¿verdad? —Contengo la risa.

—¿De observarlas? —pregunta en tono de mofa, claro que sabe de qué va el trabajo.

—Claro que sí, de observarlas. —Nos echamos a reír y nos ponemos manos a la obra. Gabrielle y Blaze han marcado los corrales ya recolectados, a nosotros nos quedan más de cien, en el otro extremo Huge y su asistente hacen la misma labor. El día será largo… y hediondo.

—¡A por ello, vaquero!

—Esperaba que dijeras eso.

Guantes de látex, herramientas, frascos esterilizados y… ¡acción! Entramos al corral, juntamos las heces de la vaca y rotulamos. Wade me pasa el hisopo.

—Como buen caballero, te cedo el honor —se mofa, me río. Introduzco el hisopo en el ano de la vaca, como es pequeño el animal apenas lo siente. Lo coloco en la probeta y Wade lo rotula. Llega el punto de la extracción de sangre—. ¡Joder, la parte que menos me gusta!

—Venga, dámelo a mí —dice Wade. Coje la jeringuilla y busca la arteria del animal; palpa la zona, la encuentra, y por la poca reacción de la vaca comprendo que sabe lo que hace.

—No es tu primera vez, ¿verdad?

—En temporada, nunca alcanzan las manos. —Termina la extracción y también rotulamos. Vamos hacia la siguiente. Entre estiércol, hisopos y jeringas nos presentamos por primera vez.

Hola, soy Wade, un ranchero que viste de Armani porque mi hermano mayor la ha cagado y el menor sufre ansiedad, pero que sigue amando el trabajo en la tierra, las jornadas interminables, los animales mansos y las cervezas en el porche.

Hola, soy Josephine, adoro la ciencia y el trabajo duro. Pierdo la noción del tiempo cuando estudio algo en el laboratorio. Intento compensar la falta de una figura perfecta, como la de mi hermana, con mostrarme lista y decidida; pero a veces solo necesito una cerveza en el porche y alguien que me escuche de verdad.

Esas son las palabras no dichas pero que flotan entre nosotros, resuenan en las risas, en las pullas y en el gran trabajo en equipo que hacemos. Luego del quinto corral, ni siquiera tenemos que instruirnos. Él se encarga de la sangre, yo de los hisopos… y del estiércol, allí nos ensuciamos los dos.

Su móvil vuelve a sonar, él se vuelve apuntándome con su trasero.

—Cógelo —pide, porque tiene las manos en el estiércol. Yo me debo quitar los guantes para poder manipular la pantalla—. Estás en altavoz —dice Wade, a sabiendas de que es su hermano.

—Salvamos la vaca, pero no el… no el ternero —dice Blaze al otro lado.

—Mierda.

Me vuelvo a colocar los guantes, le quito las herramientas de muestreo de las manos y solo le murmuro:

—Ve, tu hermano te necesita.

Él asiente, sus ojos güisqui se fijan en mí un segundo que se extiende una eternidad. Luego solo murmura:

—No necesito saber qué sabor de helado es tu preferido, Jo, ya conozco lo que debo de ti…

Y con esas enigmáticas palabras, quedo de pie junto a una vaca que me mira con la misma expresión de ojos abiertos y desconcertados que tengo yo.

CAPÍTULO ONCE

Jo

He desarrollado un nuevo hábito. Mi cuerpo responde de manera natural. Es como cuando tienes costumbre de comer siempre a las doce y a las once y media ya empiezas a sentir hambre. O cuando siempre te vas a dormir a las diez y a las nueve comienzas a bostezar.

Miro el reloj y se me dibuja una sonrisa tonta en los labios. Sí, mi piel lo sabe. No necesito poner alarmas ni ser consciente del tiempo. Basta con detectar cómo se acelera mi corazón y cómo mi concentración, que siempre ha sido mi aliada, me traiciona. Me quito las gafas de protección y recuesto la espalda en el respaldo de mi silla de trabajo. Es uno de esos banquillos altos que se pueden subir o bajar dependiendo de las necesidades. Me crujen los huesos. Bajo de un salto; prefiero no cambiar de posición el banquillo porque sé que debo regresar con las muestras que reposan bajo el microscopio.

Dos minutos...

Voy hacia la nevera, busco el reactivo y regreso a la mesa de trabajo. Cogí la probeta de la muestra A814B, puse el reactivo y volví a guardar el producto en la nevera.

Un minuto...

Anoto la hora en la que puse el reactivo en la probeta. Me dirijo a la puerta del laboratorio, junto a la cual hay un cesto de residuos. Mi corazón ya late veloz; me tienta leer mi reloj inteligente para saber cuál es mi ritmo de pulsaciones. Me quito la mascarilla y los guantes, los lanzo al cesto. Busco mi tarjeta de acceso para abrir la puerta.

¡Ring!

Doy un brinco. Siempre doy un brinco. Presiono el botón del intercomunicador y oigo la voz de Sophie al otro lado:

—Davenport al teléfono, Jo. Dice que quiere repasar algo contigo…

Sonrío. Sonrío como una colegiala, como una adolescente hormonal a quien el chico guapo del instituto le ha pedido una cita.

—Gracias, Sophie, lo cogeré desde mi oficina, ¿puedes decirle que aguarde? Si no, le devuelvo la llamada…

—Venga ya… —dice mi secretaria, no veo su expresión pero puedo imaginarla. Cejas alzadas, ojos en blanco—. Te aguarda en línea.

Abro la puerta y, sin proponérmelo, acelero el paso. Repiqueteo los pies junto al ascensor porque tarda mucho en llegar. Pulso el botón de mi planta una, dos, tres veces, como si pudiera transmitirle mi ansiedad al aparato. Me muerdo el labio inferior, justo en la comisura, para contener esa sonrisa perenne que me delata.

Las puertas de acero se abren, mis tacones suenan ahogados en la alfombra del pasillo. Al llegar a mi despacho, veo que la luz roja del teléfono parpadea indicando que hay una llamada en espera. Cojo el auricular antes de sentarme en mi butaca, pulso el botón —los teléfonos sin pantalla digital tienen su encanto— y la luz pasa a verde. Del otro lado, lo sé, se corta la melodía monótona de espera. Antes de que pueda decir siquiera «hola», escucho su voz:

—¿Jo?

—Wade… —Su nombre escapa de mis labios en un tono ahogado, agitado. Me parece oír un gruñido del otro lado.

—Creo que tenemos un problema —dice, y sé que miente. Desde que empezamos el proyecto me llama cada mañana a las 10:15. Ni un minuto antes ni un minuto después. Una excusa, la más tonta que se le ocurre, por si acaso no me doy cuenta de que es falso. Juega conmigo, un juego que necesita de dos. Me recuerda nuestro pacto: el trato será profesional hasta que se termine el presupuesto y se firme. Hasta entonces, solo puede llamarme por cosas laborales. Y lo hace a diario, sumándome a la hermosa y excitante tortura de hacer marcas en la pared como los presos.

—Ah, ¿sí? Dime, ¿qué sucede?

—En el informe que has enviado, el gráfico señala en rojo el porcentaje de animales con bacterias buenas en la flora intestinal por debajo de lo esperado… Me temo que alguien daltónico podría confundirse.

Contengo la risa, me quito los zapatos y me recuesto en mi silla ergonómica. Subo las piernas al escritorio y, como si mi imagen no fuera ya lo bastante patética, llevo el boli a la boca y lo muerdo con desesperación.

—¡Cuánto lo siento, señor Davenport! Realmente en Biofuture nos interesamos por la inclusión. Lamento que alguien pueda sentirse excluido por los colores del gráfico. ¿Ha probado leer la descripción? Porque allí, independientemente de los colores, se explica qué significa cada porcentaje.

—Mmm, claro… ¿Cree usted que a un daltónico le bastará?

—Supongo que sí, pero de todos modos me encargaré de cambiar los colores y renviarlo. No queremos ofender a nadie, ¿verdad? Pero si es tan amable, ¿puede preguntarle a la persona afectada qué colores le vendrían mejor?

—Me temo que fue solo una apreciación mía, no tengo daltónicos en mi equipo… Que yo sepa.

—¡Vaya!, ahora el problema lo tiene usted. ¿No tendríamos que implementar un cupo de empleados con daltonismo?

—Tiene razón, señorita Hayworth, tiene razón. Para enmendar mi error, buscaré una organización para daltónicos y haré donaciones a su causa.

—Me parece una sabia decisión. Por mi parte, solucionaré el gráfico… ¿Algo más, señor Davenport? —Mi boli se ha echado a perder, mis dientes se clavan en él. Me duelen las mejillas de mantener esta sonrisa. Solo puedo pensar que, si alguien nos ve desde fuera, pensará que damos vergüenza ajena. Yo, en cambio, me siento en las nubes. Es la primera vez que tonteo con alguien en mi vida. Mis citas siempre son rígidas, alguien que conocí en una aplicación, un amigo de un amigo de una amiga… Sentarnos, conocernos, dar una buena impresión.

Esta dinámica es nueva para mí y me encanta.

—Creo que nada más. Hasta luego, señorita Hayworth.

—Hasta luego, señor Davenport.

Corto la comunicación. Espero… Vuelve a sonar, levanto el tubo:

—Siete días… —dice y corta. Me echo a reír, esta vez, esa no es la última llamada. Cuando vuelve a comunicarse, agrega:

—¡Estaba esperando que llegara ese día para poder decirlo!

Ya no contengo más la carcajada. Por supuesto entiendo la referencia, es a la película de terror «El aro», en que los que ven un video quedan malditos y una niña los asesina. No solo me río por el chiste, también por cómo nos delata la edad.

—¿Pretendes salir de mi televisor, Wade?

—Arruinaría tu moqueta. Mejor me presento de forma tradicional.

—Vale, mucho mejor. Hasta entonces, si no surge otro *problema*.

—Hasta entonces… Jo.

Y por hoy hemos terminado la tontera. Leo mi agenda y sí, hago una marca. Siete días, la expectativa se mezcla con el pánico.

—Esta vez saldrá bien, Jo. Esta vez podrás —me repito—. Confía en ti, confía en él… Ya lo verás.

Wade

En cuanto tengo el presupuesto final sobre mi escritorio, apenas miro el número, de todos modos, lo dejé claro en la primera reunión: mi firma fue un

cheque en blanco. No me importa, lo único que me interesa es poner fin a la espera. El pacto termina aquí, a partir de ahora nadie puede poner en duda su profesionalidad. Me ha tratado siempre como a un cliente más, ¿verdad?

No, claro que no. Eso ha cambiado. Jo ya no es distante conmigo, incluso coquetea. O acepta mis coqueteos, que es mucho decir teniendo en cuenta cómo empezamos. No obstante, eso no se refleja en el contrato; no hay ni un indicio de que pudiera valerse de nuestra relación para sacar provecho.

Firmo el contrato definitivo y se lo entrego a mi secretaria. En cuanto sale del despacho, cojo el móvil y simulo llamar a Biofuture. Jo me atiende al primer tono y me doy cuenta de que estoy nervioso.

Me río de mí mismo, de mi suerte, de lo gracioso que sería todo esto para quienes conocen la imagen pulida de Wade Davenport. Jo no necesita fingir, esperar un par de tonos para no parecer ansiosa ni pretender indiferencia para tenerme comiendo de su mano. Le basta con coger la llamada con premura y demostrarme que me desea tanto como yo a ella para tenerme hecho un borrego.

—Es hoy —dijo ante su entrecortado «Wade».

—Es hoy —repite y suelta el aire.

—A las siete te recojo, ¿te parece bien?

—Perfecto. ¿Código de vestimenta? —pregunta.

—¿Quieres la respuesta caballerosa o la verdadera? —La quiero desnuda, sin miramientos. Quiero que vista solo su piel, y ser yo su abrigo. ¡Demonios!, alguien ha subido la calefacción.

—La caballerosa —dice, su voz tiembla un poco. Me gusta cómo intenta controlarse, el manejo que tiene de sí. Hace esto más seductor, una lucha de voluntades. Porque yo también debo esforzarme para estar en control.

—Cóctel… supongo. Nunca entendí los códigos de vestimenta.

—¿Tú?, ¿el vaquero con traje de tres piezas? —se burla de mí. Me río con ella, porque tiene razón.

—Ese es mi secreto, si llevas traje de tres piezas siempre aciertas.

—Vale, doy por sentado que así irás y me vestiré acorde.

Se hace un silencio en la línea y yo, sin pensar, suelto:

—¿Realmente está pasando?, ¿al fin tenemos una cita? —Me sorprendo de mis palabras, realmente magnifican lo que siento. No sé cómo coños pasó, no entiendo siquiera por qué, pero Jo… Nunca quise nada tanto como estar con Jo.

¿Y ella? Ella no responde, el silencio se hace pesado, luego contesta apenas audible:

—Espero no decepcionarte.

—Jamás.

Espera unos segundos más antes de despedirse, y en el ambiente se mezcla el perfume de mi expectación con el de su duda. Hay algo que se me escapa, lo sé. Algo mucho más hondo, más esencial que el sabor de helado o sus gustos en películas. Jo es la persona más segura que conozco en el ámbito laboral y la más insegura en el personal, y yo solo tengo una certeza: quiero descubrir todo de ella, incluso la raíz de sus miedos.

Paso a recogerla y llego quince minutos antes. Todo un logro, puesto que estaba listo con dos horas de antelación. Aparco frente a su portal, un edificio elegante en el que cada planta es un piso independiente. Hay un hombre de seguridad tras un mostrador; dudo que su trabajo sea peligroso, en Omaha no hay grandes problemas, pero nunca se sabe. Le informo de que espero a Josephine Hayworth y él lo anuncia por el intercomunicador.

El edificio no es muy alto; la moda de los rascacielos se la dejamos a las ciudades grandes. Aquí nos enorgullecemos de tener espacio para hacer inmensas casas rodeadas de césped y con doble garaje para enormes todoterrenos. Lo cierto es que, más allá de las excusas que pongamos, la falta de rascacielos se debe a que no se llevan muy bien con los tornados, y de esos tenemos de sobra.

Las puertas del ascensor se abren y me quedo sin palabras. Ella saluda al hombre de seguridad con confianza y él le devuelve una mirada de aprobación. Antes de que me pueda enfadar y mostrarme como un animal celoso e incivilizado, su mirada de aprobación también me alcanza a mí.

—Sí, lo sé —le digo al hombre—, soy el hombre más afortunado de Nebraska.

Josephine rueda los ojos y le sonrío. Me acerco a ella para abrirle la puerta y, mientras la sostengo para que pase, le susurro:

—Ya me di cuenta de que ruedas los ojos cuando quieres disimular el sonrojo, Jo. No te gastes, porque tengo intensiones de ruborizarte toda la noche.

Ella me mira, dispuesta a volver a poner los ojos en blanco, pero se da cuenta de su hábito y se ríe. Cuando lo hace, las mejillas con hoyuelos suben un tono.

—Mucho mejor — finalizo y me apresuro a abrirle la puerta de la camioneta. Ella se sube con gracia, me regala una estampa perfecta de su atuendo. Está bellísima con un vestido de cóctel negro de manga larga que se ajusta a su figura hasta la cintura, donde un cinturón dorado marca su talle. Debajo, la falda se abre acampanada hasta unos centímetros por encima de la

rodilla. Tiene unos detalles de encaje que le dan un aspecto sugerente, como si se adivinara la ropa interior. Lleva un abrigo de paño, pesado, que la protege del frío de Nebraska, y en los pies, unos tacones con los que solo una experta como ella puede caminar.

En el trayecto, apenas hablamos. Pongo música y suena *Burnin' it down* de Jason Aldean:

You keep on flirtin', 'cause you know that it's workin'
Sigues coqueteando, porque sabes que funciona
You stuck in my head girl writing the lines
Estás atrapada en mi cabeza, chica, escribiendo las líneas
Couldn't sing this song without you if I tried
No podría cantar esta canción sin ti ni aunque lo intentara
Let's light it up like it's our last night
Encendámosla como si fuera nuestra última noche…

La tensión crece, aumenta la necesidad de pasar a lo serio. Ya hemos dilatado demasiado esto, el deseo nos domina. Hemos llegado al límite, al borde de ese acantilado desde el que solo se puede saltar o dar media vuelta. Y ninguno de los dos es de los que vuelven la vista atrás.

Llegamos al restaurante, nos abren la puerta, nos recogen los abrigos, nos conducen a la mesa...

Jo me mira. Nos traen unas copas con el vino recomendado por el sumiller. Se lo lleva a los labios, a esa boca pintada de rojo que me está conduciendo a la locura. Ya había notado que era perfecta, llena, hecha para besar. Ahora no puedo dejar de pensar en ello. Bebo de mi copa, pero lo hago sin gracia, como un sediento que no puede saciar su sed.

Porque mi sed solo la puede calmar ella.

Seguimos en silencio, joder. Quiero hablar, las palabras me esquivan. ¿Qué fue de nuestras pullas, del desafío? Sus ojos azules se fijan en mí; esta vez no esconde el rubor, no rueda los ojos ni pretende que no lo siente. Esta tensión, esta electricidad... Su rubor no es de pudor, sino de deseo.

El camarero se acerca con las cartas y yo...

Me pongo de pie, deslizo la silla y voy junto a Jo. Le tiendo la mano; ella me sonríe. Una sonrisa que estira más una comisura, que reconoce que ya no más. Posa su palma en la mía, tiro de ella y abandonamos el restaurante.

Se vuelve hacia mí un segundo mientras se abrocha el abrigo de camino a la camioneta y solo pregunta:

—¿Tu casa o la mía?

CAPÍTULO DOCE

Jo

Siento la boca seca, la piel ardiente, el corazón acelerado. La casa de Wade está más cerca del restaurante, por eso es el destino elegido. Cada semáforo en el camino es un enemigo. No puedo creer que vaya a hacerlo, que me atreva de nuevo.

No voy a mentir, tengo miedo, pero también esperanza. Me aferro a ella, por una vez me merezco pensar en positivo, confiar en que saldrá bien. Analizo la situación de la manera más racional posible: jamás un hombre me había gustado tanto como Wade.

Nunca había sentido el deseo que ahora me inunda, hasta el punto de que la sola idea de acostarme con él hace que mi centro palpite y me pregunte por el estado de mis bragas.

Es la primera vez que me siento segura; puedo temer mi respuesta, pero no le temo a él. Sé, y ese saber cala hasta mis huesos, que es incapaz de hacerme daño.

Y, por último, y no menos importante, me siento bella, deseada de verdad. No soy la cita a la que acudieron por compromiso o porque era mejor que darse placer uno mismo frente al ordenador. Wade ha demostrado que le gusto, que le atraigo y, más aún, que esa atracción se basa en los dos aspectos. Porque estoy harta de tener que «mostrar algo más de mí» para que me consideren bella: es gorda, pero simpática. Está bien para el peso que tiene. Al menos es lista.

Con Wade no. Wade me devora con la mirada, me desnuda con el pensamiento y parece bastante satisfecho con mi imagen. No sé si podré estar a la altura, pero estoy dispuesta a dar todo de mí.

Aparca de un solo movimiento y la rapidez con la que se baja del coche me hace reír. Antes incluso de que pueda coger el asidero de la puerta, esta se abre desde el otro lado y su mano se extiende para ayudarme.

—Vaya… —Miro derredor. No es un barrio privado, sino más parecido a un condominio de lujo. Cada dúplex se separa del siguiente con un amplio jardín cuidado. En el centro se encuentran los espacios comunes: gimnasio, sauna, *playroom*…

—¿Realmente hablaremos de mi piso?, ¿me preguntarás cuánto pago de gastos centrales? —bromea. Me río, mi risa se corta cuando Wade me empuja

con la medida justa de fuerza contra la camioneta y atrapa mi cuerpo contra la fría superficie.

Por fin agradezco mi altura, esa que ha intimidado a tantos hombres. Hoy me permite mirarlo a los ojos cuando se inclina sobre mi boca. Y ya no veo más, porque mis párpados se cierran para que mi cerebro se concentre en los demás sentidos.

Sus labios son firmes, no muy gruesos, suaves. Abro los míos y, sin demora, conduzco mi lengua hacia la suya. Quiero descubrir su sabor. Él piensa lo mismo, porque su lengua choca con la mía y mi gemido se mezcla con su gruñido de satisfacción. Sus manos se abren paso por debajo de mi abrigo y rodean mi cintura. Me atrae hacia él, tanto que puedo notar su figura musculosa bajo las capas de tela. El beso se intensifica; rodeo su cuello con las manos y también lo pego a mí.

Nuestros alientos forman vaho en el aire; el calor de nuestros cuerpos contrasta con el frío de Nebraska. El beso cambia de matiz; ya no es hambriento, sino sensual. Un juego de roces y pequeños mordiscos que nos vuelve locos. También esto es nuevo para mí. No soy pasiva, una simple receptora de caricias apenas tolerables. Quiero darle placer, ser la causante de que sus ojos se vuelvan negros de pasión, de que su corazón lata desbocado y de la dureza de su polla, que ya no pueden disimular las prendas que nos separan.

Enredo mis dedos en su cabello, lo insto a inclinar la cabeza para besar su mentón y bajar por su cuello.

—Si haces eso, terminaremos dando un espectáculo a los vecinos —me susurra al oído. Coge mi lóbulo entre los dientes. Se separa de mí un momento para buscar las llaves. Luego, me coge de la mano y me conduce hasta su puerta. Me gustaría poder detenerme un momento para observar la decoración, el buen gusto, pero eso quedará para más tarde. De lo que me percato es de que apenas hay separaciones. Es un loft moderno y masculino, con muebles de diseño y más acero que una fundidora. ¿Qué tendrán los hombres con el color negro y el acero?

Preguntas para la Jo del futuro, porque la del presente solo quiere responder a una incógnita: ¿cómo se verá Wade sin su maldito traje de tres piezas?

En cuanto cierra la puerta, vuelve a atrapar mi cuerpo. Una vez más, me sorprende lo segura que me siento en sus brazos y que, por fin, pueda disfrutar de la fuerza de un hombre sin temerle. Incluso me excita. Hay algo increíblemente seductor en su mano, cuando se fija en mi cuello y ejerce algo de presión, me hace elevar el rostro hacia el suyo para devorar mi boca de nuevo con hambre.

Sin separarse, solo ejerciendo presión en los lugares indicados y en los momentos exactos, me guía por el piso hasta la escalera y, peldaño a peldaño, hasta su habitación. Una vez más, soy consciente de la distribución del loft. La habitación no tiene paredes, sino que la escalera desemboca directamente en ella y, a los lados, solo una balaustrada nos separa del vacío. Solo hay una separación: la del cuarto de baño en suite. La enorme cama está cerca de la ventana, que tiene vistas a un lago artificial en medio de un campo de golf. La ciudad parece lejana desde aquí, donde la contaminación lumínica es tan baja que se aprecian las estrellas.

Un ranchero, por muy urbano que sea, siempre será un ranchero.

Caigo en la cama; el cuerpo de Wade pronto me cubre y sus manos traspasan los límites del decoro. Me quito el abrigo y él hace lo mismo; la tarea resulta dificultosa debido a nuestra ansiedad. Nos reímos, una risa ahogada por lo agitada de nuestra respiración y por la necesidad de volver a unir nuestras bocas. Abro las piernas para darle cobijo entre ellas. Mi vestido se alza y, por un instante, recuerdo cómo me veo en ropa interior.

Ese lapso de inseguridad queda en el olvido cuando su pelvis presiona mi centro y puedo percibir la dureza de su deseo. No, joder, a él no le importa mi faja modeladora ni mis pantimedias; al menos, no desde el punto de vista estético, aunque sí las considera como un obstáculo que superar. Pronto, sus manos empiezan a buscar piel arriba, hasta el límite de las prendas, para sacarlas. En lugar de sentir vergüenza, me entran las risas una vez más.

—Lo siento —digo—, tuve el mismo dilema de Bridget Jones. —Aludo a la escena en que la protagonista debe elegir entre las bragas que le permitan llegar a la noche de pasión o aquellas que serán seductoras si tiene suerte.

—La próxima, solo elije las más cómodas —responde alcanzando el borde de mis prendas. Arquea las cejas al sentir que tienen ballenas—. ¡Esto es un elemento de tortura para los dos! —Se acerca a mi oído mientras desliza las prendas hacia abajo—. Desde que te conocí, en lo único que pienso es en quitarte las bragas, lo que menos me importa es el diseño.

—Debería —mascullo ante el esfuerzo. Él se echa a reír, pero al fin consigue deslizarlas por mi cadera y las risas terminan.

Un segundo.

Porque ahora mis piernas han quedado enredadas entre pantimedias y fajas.

—Lo bueno cuesta esfuerzo —dice, cuando no le queda más remedio que ponerse de pie y quitarme la prisión de lycra de un tirón.

Queremos volver a reír, pero las risas se cortan. Su mirada se dirige a mi coño, finalmente desnudo, y contengo la respiración un segundo antes de abrir las piernas con sensualidad. Wade coge mi tobillo izquierdo, me besa la piel y

sube por mi pantorrilla. Se arrodilla al borde de la cama, me atrae hacia él con fuerza, posa su boca en mis muslos; usa sus dientes, lo que hace que sienta una corriente de fuego recorrer cada rincón de mi cuerpo.

—Wade…

Alza la mirada y la clava en la mía. Con los ojos fijos en los míos, comienza a quitarse la corbata y a desabrocharse la camisa. Yo sigo abierta ante él, expectante, deseosa de sentir su boca y aún más de verlo desnudarse. Me humedezco los labios; apoyo mi peso en los antebrazos para no perderme ni un detalle de este sensual espectáculo.

Se quita la camisa y se desabrocha la cinturilla de los pantalones. Y se detiene allí. Es el Wade empresario, el buen negociador, que da un poco para después reclamar más. No obstante, como él mismo dijo, en este trato ganamos todos.

Lo observo: su pecho es firme, con pectorales definidos y abdomen marcado. Pero son sus hombros y su espalda ancha y musculosa los que me enloquecen. Vuelve a colocar su rostro entre mis piernas y, esta vez, no se detiene en los muslos. Recorre mi piel con sus besos, postergando el arribo a mi coño.

Estoy húmeda, latiente, y el vacío empieza a ser tortuoso. Quiero sentirlo en mi interior, pero Wade tiene otros planes. Su ambicioso proyecto es hacerme correr con su boca.

Primero es la punta de su lengua, que se abre camino entre mis pliegues. El toque es suave y, aun así, me provoca una descarga eléctrica. De mis labios escapa un gemido. Enredo mis dedos en su cabello, arqueo la espalda e intento dejarme llevar por el placer.

Joder... Lo sabía, lo supuse y ahora lo confirmo. Wade Davenport es el mejor amante que una mujer puede soñar. Sabe lo que hace, sabe cómo volverme loca, cómo llevarme al orgasmo. Siento que voy a estallar, y más aún cuando su dedo se une a la expedición y abre mi canal.

Lo escucho gruñir de placer, disfruta haciéndolo tanto como yo recibiéndolo. Mueve el dedo en mi interior mientras su lengua traza círculos de fuego en mi clítoris. Mis músculos se tensan, quiero correrme... Quiero correrme tan desesperadamente que podría llorar.

Y creo que lo haré, pero el orgasmo no llega. Ni llegará. ¡Mierda! Pensé que podría, creí que con él... que Wade me curaría. Era pedirle mucho. No es él quien me ha roto, no debería ser responsable de sanarme.

Me muerdo el labio hasta hacerme sangre. Todo mi cuerpo duele por el deseo insatisfecho, por la necesidad de un orgasmo.

Él no tiene la culpa, ni yo tampoco. Quiero gozar, quiero disfrutar, quiero ser una mujer completa. Tiro de su cabello, lo alejo de mi sexo. No pienso arruinar la noche, aún queda un placer que puedo recibir: el de complacer a Wade Davenport.

Wade accede, lo empujo contra el colchón y me monto sobre él. Me quito el vestido y luego el sujetador, quedando completamente desnuda frente a él. La forma en que me mira será el ingrediente principal de todas mis fantasías. Sus manos me cogen del trasero, me acercan a su pelvis y yo me froto contra él. Mis senos se mecen, él olvida mi trasero para acunarlos entre sus palmas. Mis pezones están enhiestos, pidiendo a gritos su atención. Wade se incorpora, los lleva a la boca, los lame y los estimula hasta que grito.

Lanzo la cabeza hacia atrás, me arqueo hacia él y Wade presiona más con su pelvis. Lo empujo de nuevo desde el pecho, lo obligo a acostarse. Él me sonríe de manera seductora, sus ojos se vuelven todo pupilas; sus dientes blancos y su mandíbula tensa por el deseo.

—Mangoneadora —me reclama y pellizca mi trasero. Le sonrío. Demonios, cómo me pone este hombre. Si tan solo mi maldito cuerpo recibiera el memo, si tan solo me dejara por una vez correrme en presencia de otro…

—Pues compórtate, Wade, o tendré que ser peor —lo amenazo y es mi turno de quitarle las prendas que quedan. Pantalón, bóxer, calcetines… afuera. Repto sobre él, en cuatro patas, y me detengo justo a mitad de camino.

Wade pierde la sonrisa, se prepara para el placer. Coloca una mano en su nuca, la otra la lleva a mi cabeza y me aparta el cabello; es su turno de ser espectador.

Cojo su polla con la mano, sopeso su dureza, su longitud. Empiezo lamiendo su glande, lo humedezco con la lengua antes de meterlo por completo en mi boca. Siento cómo se estremece, intenta mantenerse quieto, no empujar, no correrse.

Puede que no sea capaz de llegar al orgasmo, pero joder, qué bien lo estoy pasando. No entra por completo en mi boca y nunca aprendí a abrir la garganta; me falta práctica. Con mi horrible vida sexual es difícil convertirse en una buena amante, pero también sé que no es necesario. Cuando hay deseo genuino, basta con dejar que él sea el guía. Hago lo que quiero y eso siempre será lo que él quiera, porque así es el buen sexo. Lo tomo en la boca y lo contengo entre la lengua y las mejillas, buscando que halle en mi interior el mayor de los estímulos. Siento cómo su agarre se hace más fuerte, desesperado, y acelero el movimiento.

—Jo, detente —ruega, y su ruego me hace palpitar. Mi centro sigue clamando por él, desconocedor de que el resto de mí no le dará el gusto de

aliviarse.

—Pensé que lo estabas disfrutando —le digo de manera juguetona—, yo sí lo hacía. —Me relamo y Wade me castiga con un beso brusco, que me deleita. Hunde su lengua en mí, mi sabor y su sabor se mezclan en los labios.

Mientras me mantiene cautiva de sus besos, extiende la mano hacia la mesilla de noche y coge el condón. Se lo coloca con una destreza encomiable; ni siquiera necesita romper el contacto de nuestros labios. Una vez que el látex lo protege, no dudo ni un segundo en mover la cadera y colocarme encima.

Me guía desde la cintura y bajo en un movimiento hasta empalarme por completo. Nuestros quejidos de placer quedan ahogados en el beso. Mi clítoris late con furia, mi coño aprieta su polla, busca más, busca la liberación tan deseada.

Nos movemos al compás, agitados, ansiosos. Mis manos acarician cada músculo, trazando un mapa de su cuerpo que imprimo en mi cerebro. Jamás olvidaré cómo se ve Wade Davenport cuando folla.

Los tendones se marcan bajo su piel, una piel de color cobrizo que se mezcla con el dorado del sol y el sonrosado de la pasión. Sus cabellos están despeinados, y desprende un aroma varonil a madera y café. El calor que emana su cuerpo es un hogar en llamas en pleno invierno. Me aferro a sus anchos y firmes hombros, clavo mis uñas en ellos y él se vale de ello para hacerme rodar. Ahora mi espalda toca el colchón y es él quien está encima de mí.

Me embiste con fuerza, con precisión. Su polla llega profundo dentro de mí, me hace gritar de deseo mientras nuestras pelvis generan el roce perfecto en mi clítoris.

Siento cómo se me saltan las lágrimas, ¡no pienso llorar! No esta noche, no en sus brazos. Lo que voy a hacer es absorber todo lo que pueda de Wade Davenport, como una vampiresa que bebe su sangre, su energía vital. Lo rodeo con las piernas, lo atraigo hacia mí. Hago lo mismo con los brazos, hasta que siento su peso sobre los senos, y me dejo llevar por el espectáculo habitual.

Cierro los ojos, me arqueo y pongo en práctica los ejercicios de Pilates. Tenso y relajo los músculos, como sé que sucede durante un orgasmo. Lo finjo, lo actúo... Ofrezco mi actuación como el único acto de amor del que soy capaz.

Suelto un gemido, no muy exagerado. Y Wade se deja llevar; sus estocadas se aceleran y acompaña mi puesta en escena con su verdad desnuda. Él sí se corre, él no está roto, y yo robo su orgasmo para disfrutarlo como si fuera de los dos.

Wade

¡Mierda! Sabía que me sucedería, casi reiría de mí mismo, si la situación no fuera tan urgente. Los brazos de Jo me rodean con fuerza, me acunan contra su pecho y sus piernas me mantienen cautivo. Mi polla está aún en su interior, siento la humedad, la presión…

Puedo percibir la humedad incluso a través del condón, la forma en que nos deslizamos casi como si no existiera la barrera de látex. Desearía no haber dejado todo en este orgasmo, no ser una bolsa laxa de músculos y tendones. De todas maneras, como que me llamo Wade Davenport que la determinación hará que me ponga en marcha.

—Lo siento, cariño —digo, abandonando su interior. Me aseguro de que el condón me acompañe, giro apenas para quitar mi peso de sobre su cuerpo—, déjame encargarme de esto, tú solo di como y yo seré tu esclavo. —Deslizo mi mano sobre su cuerpo. Joder, ¡qué hermosa es! Cada curva, cada rincón, cada lunar. Josephine es perfecta. Sé que tiene complejos con su cuerpo, de otra forma no se sometería a la tortura de esa maldita faja, pero estoy dispuesto a hacerla cambiar de parecer una… y otra… y otra vez. Bajo mi boca hacia su seno, tiene los pezones erguidos aún por la pasión, por el deseo insatisfecho.

—¿A qué te refieres? —pregunta y se aleja un poco de mí. Frunzo el ceño, confundido. También algo molesto, como un niño a quien le han quitado un dulce. Sigo con mi caricia, aunque noto que Jo ha dejado de está tan receptiva.

—A que no te has corrido, Jo. —Sonrío—. Me temo que fui demasiado rápido, tendrás que enseñarme cómo te gusta a ti. Ya verás que puedo ser un buen alumno. —Intento llegar a su boca, besarla. Ella entra en pánico, me mira con terror. Ya no hay sonrojo en sus mejillas, está pálida—. ¿Jo? —interrogo.

Se cubre de inmediato, sale de la cama como si un resorte la empujara y busca una salida. Mi piso es un loft, abierto, con pocas paredes. El único sitio donde podrá estar a solas es el cuarto de baño. Recoge sus cosas con prisa, haciendo un ovillo con la ropa, y se esconde tras la puerta.

No entiendo nada. La sigo y me detengo frente a la puerta cerrada. Escucho cómo abre el grifo y cómo corre el agua, pero detrás de ese sonido, ahogado por el ruido, se oye el inconfundible sorbido de alguien que intenta contener el llanto.

—¿Jo?

—Pídeme un taxi —pide con voz nasal.

—Te llevaré a casa, no tienes que quedart…

—Pídeme un taxi, por favor —insiste. Voy hasta la cama y recojo mi ropa interior. Me cubro y me siento al borde del colchón, con los codos apoyados

en las rodillas y la cara entre las manos, intentando asimilar lo sucedido.

Repaso lo que ha pasado: podría decir que ha sido el mejor sexo de mi vida, pero mentiría. Podría haberlo sido si Josephine lo hubiera disfrutado tanto como yo. No fue así; creí que el motivo fue mi ansiedad, mi deseo casi adolescente por ella. Pensé que había fallado al no poder contener el orgasmo un minuto más.

No es eso lo que pasó. Jo intentó fingir un orgasmo. Me encantaría alardear de que es la primera vez que me sucede, pero sería una mentira. Muchas mujeres lo han hecho: porque habían consumido drogas que les quitaban la libido, porque querían congraciarse conmigo y conseguir algo de mí... Sin embargo, lo de Jo es distinto.

Dicen que, cuando morimos, vemos la vida pasar ante nuestros ojos como una película. Algo debe de haber muerto dentro de mí, porque eso es exactamente lo que me sucede en este momento. No veo una película sobre mi existencia, sino sobre cada momento pasado junto a Josephine Hayworth:

Su miedo a que su hermana quedara a solas con un hombre y no pudiera pedir ayuda.

Su desconfianza hacia mí por el simple hecho de ser hombre.

Su reticencia a aceptar una cita.

Su insistencia en decir que me decepcionaría.

Su intento de fingir un orgasmo.

Su miedo al saberse descubierta.

La confusión da paso a un nuevo sentimiento que solo he experimentado una vez en la vida: la ira. La más profunda, devastadora e incontrolable ira. La primera vez que sentí algo así fue cuando nos enteramos de que Robert Tate había matado a mi madre y había manipulado a mi hermano durante años. Me invadió el deseo irrefrenable de matarlo, de sustituir la justicia terrenal y divina por una venganza ciega.

Esa misma sensación me invade ahora. Mis manos se convierten en puños, mi corazón late desbocado en el pecho y siento cómo un fuego ardiente me calienta la sangre y me hace latir las sienes. Veo borroso por la adrenalina, me cuesta respirar. Soy consciente de una cosa: si averiguo qué hijo de puta le hizo daño a Josephine, lo mataré. Lo mataré con mis propias manos y no me detendré hasta que su cuerpo sea un despojo de sangre y vísceras.

Se interrumpe el ruido del agua al correr. Queda el silencio, el silencio de los funerales. Algo en esta quietud me devuelve la calma; la ira y la sed de venganza siguen latentes. Pero algo más fuerte se abre paso y reclama mi atención.

—Jo, solo dime que estás bien. —Su bienestar. Primero Jo, segundo Jo, tercero Jo… Mi prioridad, mi misión actual. Como un soldado, es ella el objetivo y lo demás pasa a segundo plano.

—Solo quiero irme a casa —dice al otro lado de la puerta.

—Vale, pediré al taxi. —Cojo el móvil y noto mis dedos tensos, incapaces de dejar su posición de puño, de guerra. Consigo ordenar un coche en una compañía de confianza, en la cual puedo seguir el trayecto y asegurarme de que llegue bien.

Se abre la puerta del cuarto de baño y Jo reaparece vestida. Intenta mantenerse íntegra, como siempre. Regia, firme, con su cuerpo curvilíneo atrapado en los límites que ella misma dibuja con sus fajas, y con el rostro dibujado por el maquillaje como una máscara de entereza. Jo vuelve a estar bajo control, absoluto control... obsesivo control.

Porque, si pierde el timón de su vida, alguien volverá a hacerle daño. Si se distrae, si se confía, si deja que algo escape de su vista de águila, la herirán.

Vuelvo a ver borroso; esta vez, la ira viene acompañada de unas malditas lágrimas que un vaquero como yo no puede derramar.

—¿Quién fue? —siseo—. ¿Quién cojones fue?

Kintsugi es el arte japonés de arreglar con oro los objetos rotos, llenar esas grietas y convertir el dolor en algo hermoso. El brillo que asoma de las partes resquebrajadas de Jo me encandila, ella es arte nacida del dolor.

Va a negarlo, abre su hermosa boca para decir que nada le ha pasado. La cierra y suelta:

—No importa. No importa ya.

Soy de otra idea, pero antes de contradecirla, esa nueva sensación que empieza a hacérseme carne surge. Primero Jo, segundo Jo, tercero Jo…

Mi enojo no importa, mi parecer tampoco, ¿mi opinión?: ja-ja. Josephine es la víctima y yo… ¿qué soy yo? Lo que ella me deje ser mientras sea a su lado.

Recoge sus zapatos, lo único que no había arrastrado con ella al baño. Está tensa, me observa de reojo y aparta la mirada. Yo estoy en ropa interior, por lo demás, desnudo. Jo se muerde el labio y empieza a forcejear con los zapatos con más fuerza de la necesaria.

—¿Te ayudo?

—No —gruñe, vuelve a mirarme y emplea ahora más fuerza. Maldice cuando no consigue calzar el talón bien, se pone de pie y empuja el empeine con furia.

O frustración.

No se ha corrido, joder. Sí que eres imbécil, Wade. Han tenido un sexo casi-fantástico, en el que tú has gozado como pocas veces en tu vida y ella… ¡Ella

se ha quedado con las puñeteras ganas! Solo puedo imaginar el modo en el que el deseo insatisfecho se anuda en su centro, le clama una satisfacción. Me imagino con la polla dura todo el jodido día. Creo que moriría gente a mi paso si eso me sucediera.

Voy directo al grano.

—¿Puedes correrte cuando estás a solas? —pregunto. Sus ojos azules, todo pupilas, se fijan en mí. Hace una mueca con la boca, como si contuviera entre sus hermosos labios el total de juramentos del universo.

—Sí, mi problema sois vosotros, los hombres —responde. Busca su abrigo —. Ya quisiera yo que me gustasen las mujeres.

—¿Me dices que la orientación sexual no es una elección?, eso no le gustará a los homófobos.

Se muerde, pero la sonrisa asoma en su boca.

—Si la orientación sexual fuera una elección, vosotros perderíais.

—No me cabe la menor duda.

Al fin sonríe, su sonrisa no le alcanza la mirada. Mi móvil suena, me avisa que el taxi está aquí. Recojo los pantalones y una camiseta y me visto apresuradamente, Jo ya está en la puerta, huyendo de mí.

La retengo antes de que se suba al taxi, pero las palabras no acuden en mi ayuda. Quiero decirle que podemos volver a intentarlo, incluso mentirle: «El sexo no es importante». Claro que sí, si no lo fuera, quienquiera que le haya hecho daño a Jo no hubiese dejado una herida tan profunda en ella. Se valió del sexo para herirla, le arrebató su sexualidad y asoció el placer a la vergüenza. ¡Al demonio con las palabras bonitas y correctas que suenan bien, pero son puras patrañas! Jo necesita follar, gozar y correrse tantas veces que su cuerpo vuelva a ser un medio para el placer y no para la vergüenza.

Por eso no me sale ni media frase. En cambio, a ella sí, a ella se le escapa:

—Te dije que te decepcionaría. —Baja la mirada, se vuelve para subir al taxi.

—Jamás, Jo.

La dejo ir, retenerla un segundo más es crueldad. Es egoísmo. Me quedo de pie, helado por mis pocas ropas, hasta que pierdo de vista el taxi. Ella vuelve una vez la mirada atrás y me invade la certeza: Es Jo, es ella.

Enamorarse es jodidamente aterrador.

Jo

El trayecto en taxi se me hace eterno. La frustración física es lo único que me impide ponerme a llorar como una niña. La vergüenza se apodera de mi cuerpo. Los sonrojos, los latidos de mi corazón, el escozor en mi piel... todo es vergüenza.

Creí que podría, pensé que con él lo conseguiría. Lo deseaba tanto...

Mi centro aún lo desea, ajeno a que nunca conseguirá lo que quiere. No puedo correrme, no desde lo sucedido en la universidad. Trato de no pensar en ello, tengo el suceso sepultado en mi mente. Ni siquiera sueño con lo sucedido. Simplemente está ahí, escondido, como un monstruo de película de terror, esperando el momento de salir de las sombras y pasar su cuchillo letal por encima de la pareja que está follando.

Abro mi bolso, busco dinero.

—Ya está pago —dice el chófer. Me observa desde el espejo retrovisor, lo hace con amabilidad y con cierta reverencia. Asiento con la cabeza y bajo del coche. Mis zapatos resuenan en la acera, las puertas de acero u vidrio de mi bloque de pisos se abren para mí. El calor y la familiaridad me dan la bienvenida. Un refugio, un escape.

El deseo crece más a cada paso que doy, las imágenes de esta noche se proyectan como una película para adultos personal. Sé que será mi fantasía por meses, por años… La vergüenza asoma, pero el deseo es más fuerte.

Me repito que no necesitaré ver a Wade, al verdadero Wade, nunca más. Él tampoco querrá verme luego de lo sucedido; confirmará que soy solo problemas y ni siquiera en un envase tan bonito que valga la pena. Pondré distancia entre los dos, será mi equipo el que vaya al rancho; él no insistirá más. Ya ha probado el insulso platillo, irá a por uno más apetitoso.

¿Y yo?, yo me quedaré con este pudor que me embarga y con este deseo de él que sigue latiendo. Haré uso ilegítimo de su imagen de amante para moldear cada fantasía, hasta que pueda esconder esta noche horrible junto a las demás. Tengo una colección de ellas archivadas en el inconsciente, desde la primera vez que lo intenté luego de lo sucedido hasta… hasta esta.

—No sé por qué demonios lo intento —gruño, abriendo la puerta de mi piso. Me quito los zapatos de pie, caen sobre la moqueta. Empiezo a tirar de mi vestido y de las fajas, al tiempo que camino en dirección al baño. Llenaré la tina, cogeré mi satisfyer y mañana… mañana esperaré el apocalipsis. Hoy es mi cuerpo el que clama atención—. Joder, si al menos follaras mal, Davenport…

Sí, cierto es que no lo logré. No conseguí correrme, pero jamás estuve tan cerca. Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas de frustración. Me muerdo el

labio inferior con ira, no quiero que escapen de ellos ni un quejido, ni un gemido… ¡No lo merecen! Abro el grifo y el agua comienza a llenar la tina.

Mi móvil suena y mis intenciones se van al demonio. Se me escapa un grito. Lo cojo como si de una serpiente se tratara y por poco lo suelto como si esta me hubiera mordido cuando leo el nombre en pantalla. No atiendo la llamada y esta se pierde.

Un mensaje llega de inmediato.

«Volveré a llamarte y dejarás de esconderte, ¿vale?». Lo leo en la pantalla emergente, de inmediato vuelve a sonar.

Y le hago caso. Cojo la llamada y llevo el móvil a mi oído. Recién entonces pongo atención a mi reflejo en el espejo empañado del baño, he desarrollado la habilidad de mirarme sin ver. Ahora no hago otra cosa que ser consciente de mí misma, del engaño que soy. Me veo… ¿bien? Si aparto mi propia percepción distorsionada, si hago el juego de observarme con los ojos de los demás, lo que mi imagen proyecta es absoluto control. El maquillaje no se ha corrido, mis rizos están perfectos, mi piel sigue hidratada y en ningún aspecto se puede adivinar la humillación. El sonrojo puede adjudicarse al calor del baño; los ojos brillantes, al deseo.

Soy un engaño; el pudor que siento ante Wade no es por otra cosa que por haber sido descubierta.

—Wade, los reclamos los atiendo de lunes a viernes en horario de oficina —intento bromear. Del otro lado Wade no cae en mi farsa, ya sabe qué se esconde bajo la armadura.

—En cambio, yo atiendo los reclamos de inmediato, y quien está en deuda soy yo, ¿verdad?

Un instante, eso dura en verse la grieta en mi imagen. Ante el espejo, vuelvo a actuar, recompongo mi fachada.

—No hay cuentas pendientes entre nosotr…

—¡Venga ya, Jo! —Su enfado me toma desprevenida, oigo que suelta el aire y el tono de voz cambia—. Solo dime qué te pone y lo haré, joder. Úsame, déjame por una noche ser tu juguete sexual, ese que empleas porque todos los demás hombres te hemos fallado.

Cierro el grifo en silencio, el satisfyer está en mi habitación. No iré por él. Cierro los ojos un segundo.

—¿Jo? —escucho al otro lado y todo mi cuerpo se tensa. Su voz, eso alcanza para regresarme a la cima.

—Estoy aquí —le respondo. Dejo el móvil en el mármol del baño y termino de desvestirme—. ¿Acaso tendremos sexo telefónico?

—¿Funcionará? —pregunta Wade. Una leve inseguridad resuena en su voz. El gran Davenport es menos reacio que yo a mostrarse vulnerable.

—No lo sé, nunca he probado. —Me meto en la tina.

—No sé si estoy siendo egoísta o generoso, Jo —Oigo su voz ronca, casi susurrante—, no sé si esto te ayudará o si simplemente estoy demasiado obsesionado contigo como para no intentarlo. Quiero tu orgasmo, quiero hacer que te corras, necesito ser yo… joder…

Soy incapaz de contener el gemido, sé que están mal que esto me ponga, que debería detenerlo, advertir la bandera roja en su obsesión y decirle que me deje en paz.

No puedo. Me gustan sus palabras, me pone pensar que él me desea así. Recuerdo el modo en que me folló esta noche, en que sus manos me tocaron, sus ojos me admiraron. Por primera vez no siento que sean palabras vacías. No sé cómo, no sé por qué, tampoco quiero pensarlo esta noche… Solo quiero por unos minutos ser esa obsesión, sentirme deseada, sentirme en poder durante el sexo y no en un estado de vulnerabilidad.

—Sigue hablando, Wade —le ruego—, necesito tu voz.

Escucho su respuesta ahogada, ese suave gruñido que emite cuando disfruta. Lo recuerdo, lo percibo. Llevo mi mano a mi centro, bajo el agua, y alcanzo mi clítoris inflamado. Con el Satisfyer y a solas, esto sería un simple trámite. Un acto de desahogo, como mis atracones. Comer sin saborear, correrme sin sentir.

Con Wade al otro lado es distinto. Cumple mi petición, me habla, describe lo que hemos hecho, cómo se ha sentido al verme por fin, cuánto le gustan los lunares que ha descubierto esta noche y lo mucho que ansía volver a saborearme.

—Jo… —suelta de manera interrogante.

—Sí —es lo único que puedo responder—, solo habla, por favor, habla —reclamo.

¿Qué más puede decir?, no importa, me valdré del silencio. Que mi primera vez con sexo telefónico sea un fiasco no debería sorprenderme, casi río de mí misma, pero entonces la voz de Wade me acompaña. Ronca, sensual, con el acento de Nebraska más marcado que nunca. Recita:

—*Te deseo y no estás aquí. Me detengo / en este jardín, espirando el color que tiene el pensamiento /antes de ser lenguaje al aire quieto. Incluso tu nombre / es un fantasma pálido y, aunque lo exhalo una / y otra vez, no se queda conmigo. Esta noche / te invento, te imagino, tus movimientos más claros / que las palabras que te hago decir que dijiste antes.*

Lee un poema, ¿de dónde lo ha sacado?, ¿lo ha elegido para mí? No lo sé, solo sé que las rimas me acompañan, que las estrofas me acarician y que ahora no importa el o la poeta, solo importa el intérprete. La voz de Wade como pluma, mi piel como papel y un orgasmo como lacerante poesía.

—Donde quiera que estés ahora, en mis pensamientos capturas mi atención / con una mirada, permaneciendo aquí mientras la luz vespertina / se disuelve en la tierra. La forma de tu boca no es la correcta, / pero aun así sonríe. Te acerco a mí, a millas de distancia, / inventando el amor, hasta que el ruido de las aves nocturnas / interrumpe y convierte lo que había de venir, lo que era seguro, / en recuerdo. Las estrellas nos filman para nadie.

Me corro, culmino junto a la poesía, que luego sabré por buscar en Google que es de Carol Ann Duffy. Más tarde compraré todos sus poemarios, leeré cada palabra que esta mujer ha escrito y la voz con que lo haga tendrá la cadencia de la de Wade.

Los espasmos calman mi tensión, ya no puedo fingir que no quiero llorar.

—Buenas noches, Wade —digo en cambio. Un segundo de silencio y:

—Buenas noches, Jo.

Mi cuerpo me ha permitido tener un orgasmo con la compañía lejana del hombre que deseo, ahora me recuerda que con eso no basta. Tengo mi desahogo, pero me falta un abrazo. Lo que me han arrebatado años atrás es mucho más que la posibilidad de sentir placer, me han robado las chances de amar.

Eso pasa con el vacío, es como un pozo negro y oscuro, del que no sabes cuán profundo es hasta que algo lo alumbra. Wade ha alumbrado mi vacío, ahora me debato entre el vértigo y la esperanza.

CAPÍTULO TRECE

Jo

Espero la sensación de vergüenza, pudor. No llega. Por el contrario, me despierto relajada, como si hubiese pasado el día en un spa. Las imágenes de la noche anterior me asaltan, pero no las negativas, no mi miedo ni mis ganas de huir, sino las otras: Wade desnudo, su placer..., la voz grave al otro lado de la línea, el poema, mi orgasmo.

Hoy mi mente decide ser mi aliada y yo debo colaborar, ser una niña buena, no empujarla a analizar exhaustivamente los porqués. Si no, lo sé, seré la constructora de mi desdicha.

Llego a la oficina con energía; esta vez, el café no tiene nada que ver con eso. Louis y Sophie no notan nada extraño en mí; el buen humor suele caracterizarme, aunque muchas veces sea impostado. Hoy es real; me acompaña hasta mi despacho, donde me quito los zapatos, no con fastidio, sino con un alivio que soy capaz de disfrutar.

Es la misma vida, la misma rutina; soy yo... Lo que ha cambiado es la luz. A veces, todo se reduce a ver la existencia con otra luz. Enciendo el ordenador, consulto la agenda y comienzo la jornada.

Claro que, de vez en cuando, fugaz como un rayo, me asalta la pregunta de si, después del fiasco, volveré a ver a Wade. Si lo que hizo fue amabilidad o incluso lástima. Si pensará que estoy rota, si se le habrán ido las ganas, si habrá concluido que no valgo el esfuerzo... Pero siempre consigo acallar esa voz, espantarla como a una odiosa mosca en verano.

—No voy a permitirte arruinarme el día —suelto en voz alta mientras paso al siguiente formulario. Se trata de los resultados de un laboratorio de uno de mis clientes: resalto los valores de nitrato y algunos minerales pesados. Ingreso algunos datos más en el ordenador para poder hacer un diagrama visual que me ayude a analizar el problema, cuando Sophie entra sin llamar y con una amplia sonrisa.

—Jefa, parece que tiene un admirador. —Trae consigo un ramo inmenso de flores—. Y todos sabemos quién es. ¿Dónde lo dejo?

Mi corazón se acelera al ver el ramo, mi cabeza parece responder: «¿Has visto? Has hecho bien en no dejar que la negatividad te invada, al guapo vaquero aún le interesas».

—A estas alturas —digo mirando el ramo—, ¡donde quepa!

Las dos nos echamos a reír. Me pongo de pie y voy hasta el mueble de archivos, aparto algunos adornos que están allí por mera decoración, y dejo que pose allí el ramo.

Lo observo. Creo que es la primera vez que mi despacho tiene un toque realmente personal. Sí, los colores los elegí yo, las pocas pinturas también, pero nada es significativo. No hay fotos personales, ni recuerdos de vacaciones, ni siquiera mi diploma. Está tal cual lo diseñó el arquitecto. Ahora hay un objeto que cuenta algo de mí, relata la peripecia de mi noche anterior.

—Gracias, Sophie. Antes de que te vayas… —Voy hacia mi escritorio, escribo rápido algo en mi anotador y arranco la hoja. Regreso y se la extiendo —. Es para laboratorio.

—Entendido. —Hace un saludo militar y se marcha. Yo quedo a solas con el ramo, recién entonces noto la tarjeta.

Una vez más, hago el esfuerzo de controlar mis pensamientos. No les permito que se adelanten a los hechos con sus escenarios fatídicos, con notas que dirán «No fue un gusto, hasta nunca».

Cojo la tarjeta con mano firme, la saco del pequeño sobre y sonrío al verla.

—¿Un código QR?, ¿De verdad, Wade? ¡Te pasas! —La sonrisa se vuelve risa, y entro en el juego. Voy a por mi móvil y leo el código. Me lleva a una página web con un formulario—. «Ha sido beneficiada con una nueva cita con Wade Davenport, para aceptar el premio, complete el formulario» —leo en voz alta.

Me pican los dedos del deseo de llamarlo, me duelen las comisuras de sonreír como una tonta. Regreso a mi butaca y, con los pies descalzos sobre el escritorio, me inclino para estudiar las preguntas.

1 – ¿Sabor de helado preferido?

2 – ¿Playa o montaña?

3 – ¿Cena a la luz de las velas o actividad original en una primera cita?

Las preguntas siguen y yo las respondo todas: Helado de vainilla, combina con todo. Montaña, detesto usar traje de baño. Cena, dejemos el ridículo para cuando nos conozcamos mejor.

Le doy más información sobre mí de la que jamás compartí con nadie. Película favorita, libro favorito, colores, marcas de coches. Lo que se os ocurra está aquí.

45 – ¿Almorzarías conmigo hoy?

Esa es la última pregunta, escribo un «Sí» rotundo, sin dudar ni temblar. Bajo la lista de preguntas, las palabras de Wade.

«La gente cree que esto es conocer a alguien, yo sé que no. Me apetece ir a lo importante contigo, que lo banal sea solo un formulario».

—A mí también me apetece ir a lo importante —murmuro a la distancia. Le doy enviar al maldito formulario, y sé que en cuanto le llegue la respuesta me llamará. Por eso, dejo el miedo atrás, y ya que tengo mi móvil en la mano le marco yo—. ¿Wade?

—Josephine…

Quiero imaginar su expresión de sorpresa, o tal vez de felicidad al saber que di el primer paso esta vez. Por desgracia, no soy ni vidente ni adivina, no puedo saber cómo se ve ni qué siente. Eso, que siempre me generó una ansiedad y angustia inmanejable, hoy es una fiera enjaulada. Wade ya me ha demostrado que de él puedo esperar lo mejor.

—Estoy viendo mi agenda, podría almorzar recién a la una y media. ¿Es muy tarde para ti?, ¿podríamos dejarlo para otro día si…?

—Es la hora perfecta para mí.

—Bien, me…

—Te recojo y, ahora, con el formulario, puedo decir que conozco el sitio ideal.

—Eso es hacer trampas, tendré que obligarte a rellenar uno para igualar la situación.

—No es necesario, hoy podrás preguntarme lo que quieras… ¡Mientras hacemos senderismo! —Su risa se mezcla con la mía—. Vale, mientras almorzamos en el mejor restorán de comida italiana.

Cuando finaliza la conversación, permanezco solo unos minutos con mi expresión embobada. No hay tiempo que perder, lo de estar libre a la una y media es más una manifestación de deseo que una realidad.

—Manos a la obra —declaro, dispuesta a hacer mis tareas a velocidad récord. Motivación me sobra.

Wade

Cuando la recojo y la veo, algo en mí parece despertar. Es el efecto Jo, pienso, y empiezo a acostumbrarme a ello. Es como si llevara una vida en piloto automático y, de pronto, tomara conciencia de cada una de mis acciones.

Y todo lo que hago es por ella.

El terror de saber que me estoy enamorando —si es que no lo estoy ya— se disipa y es reemplazado por la sensación de dicha que hace de este sentimiento la raíz de toda poesía.

—Lo he conseguido —dice, al subirse a la butaca del acompañante. Se la ve agitada, con los cabellos más revueltos de lo que es habitual en ella y sin el

labial retocado. ¿Jo, espontanea?

Me coloco frente al volante y me vuelvo hacia ella.

—¿Qué has conseguido?

—Librarme a la hora acordada. —Es una forma de decir, porque de camino al restorán atiende algunos asuntos en el móvil hasta por fin apartarlo —. ¡Listo! —y ponerlo en el fondo de su bolso. En ese instante me devuelve la mirada y su sonrisa radiante me debilita las rodillas.

—¿Día duro?

—Yo lo llamo martes —bromea. Me río con ella y mi cabecita empieza a proyectar una especie de vorágine a su lado, de días llenos de actividades, de aroma a café y al almidón de mis camisas junto con el de sus trajes de ejecutiva. Tengo que mantener los pies en la tierra, me recuerdo, apenas hemos dado un pequeño paso.

Arribamos al restorán y Jo me mira satisfecha.

—Ha valido la pena el formulario —digo, sosteniendo la puerta. El interior es de madera, con mesas pequeñas cubiertas con manteles a cuadros rojos y blancos. Las paredes decoradas con fotografías de Italia. No es un sitio refinado, sino acogedor.

Nos conducen a una de las mesas y nos dan los menús en mano.

—Nada de código QR, ¿ves, Wade?, a veces lo clásico funciona.

—Soy un vaquero actualizado.

—¿De verdad? —Alza las cejas—. ¿Cuánto? —Me mira por sobre el menú —. ¿Moderno nivel «tengo agenda digital»?, ¿o moderno «pareja abierta»? —Se muerde para contener la sonrisa. Supongo que mi rostro se ve gracioso en este momento.

—Hasta la agenda digital llego. —Me inclino sobre la mesa para acercar mi rostro al de ella—. Lo otro está fuera de discusión.

Por fin se ríe.

—Qué pena, te hacía más liberal.

Sé que bromea, domo mis celos como si fueran un toro embravecido en el ruedo. Me alegro de que haga chistes al respecto. Después de lo sucedido, esperaba encontrarme con una Josephine tensa, distante, a la defensiva. Una vez más, me sorprende; ella siempre me sorprende. Es parte de lo que me fascina.

—Voy a pedir el risotto —dice y aparta el menú—. No necesito un formulario para saber que tú pedirás la lasaña.

—¡Oye! —me quejo—. Voy a pedir la lasaña, pero no porque sea predecible.

—¿Con Cabernet? —Alza las cejas.

—Vale, con Cabernet. Sí soy predecible.

—No diría que eres predecible —responde. El camarero llega y nos toma el pedido, yo espero a que se vaya para seguir.

—¿Y qué sería entonces?

—Seguro —suelta con un suspiro, no consigo leer el tono de este—. Contigo las cosas son como uno espera que sean.

—Suena aburrido.

Me sonríe, una sonrisa que alcanza a enternecerle la mirada.

—Suena a confortable, Wade. Suena a lasaña con cabernet.

Trato en entender lo que me está diciendo, porque en el mundo de un niño rico que se devora el mundo, que *toma riesgos*, que empuja los límites, que le digan *seguro* o *confortable* suena a insulto. Pero no en el universo Jo. Sus palabras atraviesan mi piel, mi carne, mis huesos hasta echar raíces. Hasta entenderlo todo.

Un hijo de puta le ha arrebatado la seguridad, la ha hecho vivir siempre al borde del abismo, con miedo a que un paso en falso derribe su existencia. Que sienta que yo soy estable, que no la cogeré por sorpresa, le trae paz. Por eso está hoy conmigo, por eso no ha vuelto a construir el muro en torno a ella…

Me ha dejado entrar, y esto me provoca una sensación de humildad y vanidad que están en puja dentro de mí. La vanidad de saberme vencedor, la humildad de desear estar a la altura de su confianza.

Nos traen la comida y conversamos de la vida, la charla fluye sin huecos ni momentos incómodos. De hecho, me hace gracia ver cómo establecemos asociaciones: de una película a un actor, del actor a otra película, de esta a un tema importante de crítica social y, después, de nuevo a algo superficial como el vestuario en los Oscar.

Jo termina el risotto y coge la copa de vino, bebe blanco seco, que según el chef iba mejor con su pedido. Juguetea con el líquido traslucido y me mira por encima del borde de cristal.

—Voy a mencionar al elefante en la habitación —dice con una tenue sonrisa—. El poema que recitaste anoche fue hermoso. Lo busqué en internet, y esta mañana he ordenado el libro en papel para tenerlo en mi biblioteca. —Sus mejillas suben un tono, se muerde el labio apenas—. No quiero sonar prejuiciosa, pero ¿cómo un vaquero tradicional, en contra de las relaciones abiertas —agrega con una risa— termina conociendo un poema como ese? No solo conociéndolo, sino teniéndolo tan presente como para recurrir a él en un momento que definiría… mmm… —Clava sus ojos en mí antes de terminar—: extremo.

—¿Era extremo?

—Bastante extremo —confirma, sonrojándose por completo. Joder, cómo quiero follarla y ver cómo se corre; intento que esa pasión abrumadora que despierta en mí no vuelva a mezclarse con la ira que me genera su anónimo agresor.

—Mi madre. —Es mi turno de apartar el plato, no es una conversación para tener entre bocados. Jo aguarda en silencio, con la paciencia de quien sabe que hemos tocado un asunto serio—. Mi madre adoraba leer, el arte, la ópera… —Se me forma una sonrisa al recordarla—. Podríamos decir que ella era una chica *dinero antiguo* mientras mi padre era un *nuevo rico*. Dos mundos en la misma América. Dos culturas. Mi madre viajó por Europa, adoraba París y Roma, los museos, los poemas… Mi padre intentó siempre proveerla de aquello que en un rancho de Nebraska falta, y si mi madre lo echó de menos nunca lo demostró. Le gustaba la vida que tenía con un Davenport, aunque no por eso iba a privarse del refinamiento con el que había crecido. Su biblioteca era un tesoro, era de las que escribían los libros y anotaban sus impresiones. Llevaba un cuaderno de piel en donde escribía y hacía unas fotografías bellísimas. Conseguía ver la belleza en todos lados; el rancho, a través de sus ojos, era un paraíso. —Bebo un sorbo para humedecerme los labios y disimular que mi garganta ha decidido anudarse un poco. La voz se vuelve más ronca—. Cuando murió, la biblioteca se volvió el sitio en que aún podía ir a buscarla. Allí ella aún me hablaba, podía abrir cualquier libro y encontrar una frase que dejó para mí. —Sonrío con pena—. Porque así quería pensarlo, que ella había escrito en esos márgenes mensajes ocultos para mí. Y amaba develarlos.

—Entre ellos estaba este poema…

—*Selling Manhattan* de Carol Ann Duffy, publicado por primera vez en 1987. *Miles away,* el poema de anoche, es el último de la antología, y por eso, el que reservaba más mensajes. Horas pasaba con ese poema en las manos, sin importar si lo entendía o no, si sabía lo que era el amor romántico o no. No leía a la poetisa, leía a Caroline Davenport. —Vuelvo a sonreír, ya sin pena, pero con nostalgia—. Tú me recordaste a ese poema, tú hiciste que cobrara sentido, Jo.

El silencio se instaura entre nosotros. Jo aparta la mirada, la posa en las fotos enmarcadas de Italia, en la lista de postres, en los cuadros del mantel. Cuando la regresa a mí, veo en ella un deje de temor, solo que distinto al que tenía la noche de la tormenta. Es un miedo similar al mío. Un miedo compartido. El de saber que yo tengo su corazón y ella tiene el mío, si no vamos con cautela, nos haremos trizas.

—¿Sabes, Wade? He tenido miedo gran parte de mi vida y he aprendido que el coraje no es la ausencia de miedo, es hacer lo que hay que hacer pese a él. —Se endereza—. Por eso iré de frente, y si esto te acobarda, lo entenderé. Hay un millar de memes en Internet de «si quieres espantar algo, solo dile que lo quieres, funcionó perfecto con mi ex». —Contiene la risa, yo no. Bebo de su ejemplo el significado oculto como si de pronto fuera Lacan. «¿Me quieres?»—. Me gustas —dice, y sé que es un eufemismo. Ahora sí me siento en las nubes—. Y parecerá cliché, pero… Jamás sentí lo que siento por ti. Anoche has visto una parte de mí, sabes que no miento; jamás sentí lo que siento porque me han arrebatado esa experiencia. Llevo años sin ese pedazo de mí, algo que todos los demás tienen y yo no; y no hay prótesis para ello. De pronto, contigo, vuelvo a sentir que estoy… no lo sé… ¿más completa? —conjetura. Suelta el aire, hace una pausa y vuelve a apartar la mirada—. Pensé que sentiría vergüenza después de lo de anoche…

—Jo… —Me detiene alzando la mano.

—Pero no la siento. Quizá para otro sería patético, pero para mí fue… —Sus ojos se fijan en los míos, las pupilas están dilatadas por la emoción y por esa palabra que sale de sus labios— fue deseo, Wade. Hace tanto que no me permito desear por miedo a la frustración, que ya no me importa ser patética.

—Joder, Jo, no eres patética.

Ella ladea la cabeza.

—¿De verdad? —Acompaña con una risa burlona. Yo me pongo serio.

—De verdad, Jo. Patetismo y tú no combinan.

—Lo que quiero decir es que… —Coje aire—, quiero intentarlo, ¿vale? Pero que no será fácil y, la verdad, estoy cansada de sentirme una mierda cuando tengo citas con tíos —suelta apresuradamente—. Estoy hasta la coronilla de complacer a otros porque la rota soy yo, de tratar contentarlos para que no sepan que me falta un fragmento, a andar con pie de plomo porque si soy yo misma saldrán corriendo y, entonces, ¿quién me querrá, así, defectuosa?

—¡Joder, Jo! —empiezo a cabrearme, como si la persona que hablara mal de Josephine y Josephine no fueran la misma.

Ella se contagia de mi cabreo.

—¡Es que no entiendo qué cojones te gusta de mí, Wade! —Cuando se da cuenta de que se ha enfadado, se calma, vuelve a la mesura—. Yo puedo poner en palabras lo que siento por ti, pero, joder… joder, joder, jode… No consigo entender qué me ves. Has salido con modelos bellísimas —remarca el adjetivo, alargando la i—, puedes tener lo que desees. Y yo solo te he dado problemas.

—Wow —es lo primero que me sale responder—. Wow, wow, wow… ¿eso piensas?

Necesito serenarme antes de responder, porque primero me dice que gracias a mí volvió a conectar con el deseo, que quiere intentarlo y, luego…

Luego necesita que yo sea su lasaña con cabernet, su comida confortable, su ir a lo seguro. El enfado se evapora por completo, su arrebato tiene tanto sentido como la lluvia después de un día agobiante.

—Jo… Vale, te mentí —comienzo, ella ni siquiera se inmuta, espera el rechazo y yo deseo abrazarla con fuerzas—, no soy un moderno. Soy tan tradicional que podría dejar como progresista a un monje medieval. —Suelta una carcajada de alivio y me río con ella—. Jo, puedo enumerar un millón de virtudes que me gustan de ti: eres hermosa, eres trabajadora, eres irónica, te tomas los dramas con humor, eres capaz de atravesar una tormenta por tu hermana, montar una escena y, encima, conquistar a quien pretendías partirle la cabeza con una llave inglesa. Podría enumerar muchas cosas más, pero ¿sabes qué?, no es necesario. No estás *aplicando a un puesto*…

—He llenado un formulario, ¿es esta la entrevista? —bromea.

—Lo has cogido. —Sonrío y niego con la cabeza—. Lo que intento decir, Jo, es que por mucha agenda digital y código QR, soy un vaquero y soy creyente. Creo en Dios, y Dios nos dice que somos cuerpo y alma. No un alma atrapada en un cuerpo, no un cuerpo vacío como un autómata. Cuerpo y alma. Por lo tanto, eres tú lo que me gusta, la unicidad en ti. No puedo diseccionarte para decir qué partes me gustan y cuáles no, no puedo pensar en lo hermosa que te encuentro físicamente sin pensar en lo lista que eres, ni contemplar tu fortaleza interna sin admirar a la vez tu aspecto. No creo en la reencarnación, no hay otra vida para para encontrarnos. Tenemos esta única chance. Y soy jodidamente afortunado por poder vivir en el mismo momento que tú para encontrarnos.

—Wade…

—Si hallar a la indicada fuese tan fácil como limitarse a un par de características, Tinder tendría cien por ciento de efectividad. —Le cojo la mano y me acerco a ella; Jo hace lo mismo, nuestros rostros se unen en el centro de la mesa—. Lo que sea que te haga ser tú, Josephine Hayworth, esa magia, ese milagro, es lo que me gusta—. Nuestras bocas se tocan, el calor nos recorre a ambos—. Y sí, yo también quiero intentarlo.

CAPÍTULO CATORCE

Wade

El motor del RAV 4 vuelve a rugir cuando giro la llave y el sonido rebota en los árboles desnudos de la llanura de Nebraska. Aunque el invierno empieza a remitir, el aire está tan frío que el aliento se convierte en una nube de vapor. La nieve que aún queda en el camino cruje bajo los neumáticos. El clima parece una metáfora de nuestra relación con Jo: comenzó en invierno, fue fría, tormentosa, complicada, pero ahora empieza a entibiarse, a derretirse con el calor de los rayos del sol.

Llego a la entrada del Fontenelle Forest. Esto comenzó como una broma. Nunca nos cansamos de vernos, aunque tener una relación célibe hace que los encuentros a solas, las cenas con velas y los lugares íntimos sean algo tensos. La energía sexual que hay entre nosotros puede provocar un incendio forestal y la incapacidad de saciarnos nos está matando a los dos, ¡debemos quemar esa energía! Y, sobre todo, necesitamos encontrarnos en lugares que no nos inviten a follar, porque aún no está lista para ello. Nunca pensé que la broma del formulario fuese tan útil. Puede que se trate de banalidades, pero me está dando mucho material.

Miro el horizonte y veo la camioneta de Jo aparcar al lado. La puerta se abre y ella sale, tan segura como siempre. Luce como esperaba: práctica. Viste unas mallas térmicas que se ajustan a unas piernas que empiezan a ser mi obsesión, unas botas de trekking y uno de esos abrigos de montaña que se pueden convertir en chaleco o del que se pueden ir quitando piezas para hacerlo menos caluroso a medida que avanza la actividad. La diadema de lana le cubre las orejas y, en su coronilla, una coleta alta, espesa y rubia cae con gracia.

Me quedo mirando un momento, absorbiendo la imagen. Jo siempre ha sido la que parece haber encontrado la fórmula perfecta entre la ciencia y la vida cotidiana. Allí, en medio del bosque, su presencia es tan natural como el pino que se erige a su derecha y yo vuelvo a agradecer mi idea de desafiarla a esto, porque si estuviéramos a solas…

—Para ser alguien a quien no le gustan estas cosas, se te da muy bien —comento, trato de sonar casual mientras me acerco a ella.

—Nunca dije que no me gustaran —responde con una sonrisa. Al demonio, planto mi boca sobre la de ella y devoro esa sonrisa. Nuestros alientos dibujan vahos duraderos en el aire. Me aparto y ella agrega,

hermosamente agitada—: Simplemente no las prefiero como primeras citas. Es mejor conocer a las personas antes de correr el riesgo de perderse con ellas en el bosque. ¿No has visto películas de terror?

Su respuesta me saca una carcajada involuntaria.

—Estoy seguro de que yo sería el chico guapo que muere a la primera.

—Por estar follando con la de grandes pechos.

Mis ojos instintivamente van a los suyos, ella me golpea en el brazo con suavidad a modo de reprimenda.

—No sería por lo guapo, sería por lo capullo —ríe.

—Oye, que este capullo te gusta —le recuerdo y vuelvo a besarla. Ella rodea mi nuca con sus manos, profundiza el beso y si no fuese por la ropa térmica, todo nuestro cuerpo emanaría vapor.

—Sí, tal vez yo sea la chica de pechos grandes después de todo. —Se separa, la veo sonrojada—. Pero como tanto tú como yo superamos los treinta años, el hombre de la motosierra tendrá que ir a por alguien más.

—¿Trajiste un grupo de adolescentes cachondos por si acaso?

—Claro, en mi mochila de acampe.

Va a por ella. No es de acampe, sino las livianas de senderismo. Al fin de cuentas, no pensamos hacer el camino más extenso, sino el que puede recorrerse en un par de horas. Yo, por mi parte, vengo preparado. Tampoco traigo adolescentes cachondos, pero dentro del maletero, entre una cuerda de paracaídas que compré en una tienda de deportes de aventura y una chaqueta negra de senderismo con múltiples bolsillos, guardo una linterna de mano, una navaja multi-herramienta y una pequeña botella de güisqui de 40 ml; nunca se sabe cuándo tendremos que engañar al frío.

—¿Lista para perderte en el bosque con un Davenport? —le lanzo, cruzando los brazos sobre el pecho como si fuera un desafío de caballeros medievales.

—Con un Davenport no, contigo —replica Jo, sin perder el ritmo de su broma—. Eres el único tío al que preferiría antes de un oso en el bosque.

Hace referencia a esa frase viral, aquella en que las mujeres nos demostraron que, aunque no todos los hombres somos violadores, entre nosotros existen los suficientes como para temernos a todos.

Y Jo se cruzó con un hijo de puta de esos.

Hay un instante en que su frase se queda colgando en el aire, como una hoja que no logra desprenderse del árbol. Parece que su boca se abre para decir algo más, pero la palabra se escapa, se desvía, y en su lugar surge una frase que no había planeado.

—Jo… —Intento acercarla a mí, ella finge que no ha sido un acto fallido.

—Déjalo estar, Wade —me sonríe, una sonrisa algo más triste que las anteriores—. Es mi tendencia natural a meter la pata. «Arruinando la tarde con Josephine Hayworth» —anuncia como si fuera un talkshow.

—Mira, mientras no metas la pata en algún agujero que nos haga llamar un helicóptero, por mí puedes seguir así toda la tarde —le doy el pie para salir airosa. Lo coge sin dudar.

—¿Yo?, ¿yo quedaré atrapada en las raíces? Ja, vaquero. Eso está por verse.

—Vamos a recoger nuestras cosas —digo—, que esto es mucha charla y poca acción. En el campo se ven los soldados.

Mientras nos equipamos, la brisa del bosque se vuelve más fuerte, levantando pequeñas ráfagas de nieve que chisporrotean contra nuestras chaquetas. El sol, bajo y pálido, se filtra entre los árboles como una lámpara tenue en una galería de arte.

—¿Te parece bien si empezamos por la pista de la colina de los robles? —propongo, señalando el sendero que se adentra entre troncos gruesos y arbustos bajos.

—Vale —accede con una sonrisa—, me parece bien que, si no estás listo, vayamos a por el camino de principiantes.

Me río y la acerco desde la cintura.

—Bien, tú lo has querido así —le susurro en el oído y le planto un beso en la poca piel que queda al descubierto—, iremos hasta el mirador.

Ella me coje el rostro con sus manos enguantadas.

—¿Nunca dirás que no a un desafío?

Su pregunta es un desafío por sí mismo. Aunque sonríe con picardía, aunque me bese en los labios y su lengua busque el roce con la mía, no está hablando de senderismo.

—No cuando seas tú quien lo lance, Jo.

Tras el beso, nos ponemos en marcha, y los primeros pasos son fáciles. El sendero está cubierto de una capa ligera de nieve compacta que cruje bajo nuestras botas. La conversación fluye naturalmente, alternando entre bromas sobre la ropa de senderismo y comentarios más serios sobre los proyectos de Biofuture, los cuales, aunque importantes, parecen desvanecerse en la inmensidad del bosque. Jo sabe muchísimo sobre la flora local, y a cada instante se detiene a tomar una fotografía de cosas que yo hubiera pasado por alto. ¡Tiene una fascinación por los hongos!

Jo se adentra entre los árboles, busca hacer una fotografía de una especie de la cual no entendí ni el nombre. Tropieza ligeramente con una raíz oculta bajo la nieve. Extiendo mi mano y la agarro por el brazo, evitando que caiga.

—¡Ven aquí, ninfa del bosque! —La atraigo contra mi pecho.

—Gracias, vaquero —responde, se endereza y suelta una risa de alivio—. Si la naturaleza quiere que me caiga, ten por seguro que te arrastraré conmigo —me dice.

—Encantado, nada como caer al abismo con una rubia despampanante.

Continuamos ascendiendo, y cada paso se vuelve un pequeño desafío: la subida se hace más empinada, el aire más frío y nuestras respiraciones más entrecortadas. En un punto, la cuerda que he llevado para emergencias se convierte en un juego improvisado.

—Si sigues apurando el paso te ataré al árbol —la amenazo. Si bien no la subestimé, jamás haría eso con Jo, su estado físico consigue sorprenderme. Algunos deportistas profesionales podrían envidiarla.

—Solo si me dejas aquí, para no escuchar tus quejas, vaqueros. —Se vuelve hacia mí con una sonrisa—. No te hacía tan enclenque. Tanto músculo y tan poco estado…

Flexiono mi bíceps, apenas marca la tela de mi grueso abrigo.

—Eres la primera que quiere poner a prueba la resistencia de mi musculatura, Jo —bromeo, acelero el paso y la rebaso en la pendiente. Es mi turno de volver la mirada atrás—, las demás se conforman con mi figura de gimnasta.

Jo se apresura.

—Las mujeres te lo han puesto demasiado fácil en la vida, ¿verdad? Mi tarea es educadora.

—Sin duda —La miro de soslayo—, ya era hora de sacarme el máster. Solo me estaba preparando para cuando llegase la mejor.

Jo rueda los ojos por mi coqueteo, pero igual se sonroja.

Al llegar a la primera señal del sendero nos detenemos para recuperar el aliento. Jo saca su botella y toma un trago largo, mientras yo me inclino contra el poste y miro el horizonte. La vista se extiende sobre un valle cubierto de nieve, con el sol reflejándose en la superficie helada como un espejo gigante.

—¿Te gusta este tipo de cosas? —pregunto, sin saber si me refiero al paisaje o a la idea de estar aquí con ella.

—Sí. Yo… —Se posa contra el poste junto a mí—. Me gustan, pero me dan miedo. —Me echa una mirada fugaz—. Me *daban* miedo.

Permanezco en silencio, permito que el paisaje calmo y la compañía de Jo serenen mi temperamento. Le han arrebatado tanto… Muchas veces se piensa que un abuso es solo un momento, un instante. Pero las secuelas son tantas, se ramifican, contaminan cada aspecto de tu vida.

A Jo le robaron experiencias, sonrisas, momentos de dicha.

En ese instante, la broma que habíamos lanzado al principio del día toma un nuevo matiz. No es solo una competición de resistencia; es una prueba de confianza.

—Entonces, ¿estás dispuesta a perderte en el bosque con un Davenport? —repito la broma, con una sonrisa que intento ocultar la seriedad que siento bajo la superficie.

—¿Perderme? —Extiende su mano enguantada y cubre la mía—. Contigo no me pierdo, Wade, contigo me encuentro.

Jo

Wade no me ha presionado ni una vez. Nuestra relación es más parecida a la de una amistad que a la de una pareja, los dos sabemos que nos falta algo, pero nos aterra que sacar el tema a colación pueda derrumbar, como el lobo feroz del cuento de los tres cerditos, lo que hemos construido hasta el momento.

Nuestra casa aún no es de ladrillos.

Y hoy cometimos un error terrible.

—Siri, dime un año entre 1910 y el presente —ordeno al asistente digital.

—¿De verdad, Jo? Solo elige una película. —Wade me rodea por detrás y besa mi cuello. Yo me inclino y por poco empiezo a ronronear. El deseo entre nosotros es más espeso que el cielo antes de uno de los famosos tornados de Nebraska.

—Eso hice y tú desechaste todas. —Lo empujo con el trasero, él se aparta más por mi seguridad que porque mi trasero haya conseguido su cometido. Llevo la fuente al horno, he optado por hacer patatas con crema para acompañar el steak, una de mis recetas francesas preferidas.

Ahora resta esperar, la carne lleva apenas unos minutos de lado para estar en el punto justo que le gusta a mi vaquero.

—¿El diario de Bridget Jones, el diablo viste de Prada? Venga, te estabas mofando de mí. —Vuelve a acercarme a él, y lo rodeó con mis brazos por la nuca. Nuestras bocas se tocan, nuestras lenguas se enredan, nuestros alientos se agitan.

Siento que voy a morir de esta fiebre, derretida en sus brazos, consumida por sus caricias. Quiero seguir, quiero ir más lejos. Joder, estoy tan cansada de esto. El deseo se vuelve doloroso y… una lágrima puja en la comisura de mis ojos.

Todo termina, Wade lo percibe. Ha desarrollado un sexto sentido para notar cuándo el placer se evapora, no puedo mentirle ni siquiera para

complacerlo y eso… eso hace esto aún más duro.

—Lo siento —le digo.

—Yo también, cariño. —Me seca la lágrima que quedó atrapada en el borde de mis pestañas. Nada escapa de mí; todo permanece en mi interior, incluso esa puñetera lágrima. Bajo la mirada y busco algo con lo que ocuparme en la cocina.

—¿Puedes descorchar el vino? —le pido. Wade lo hace, no duda, no permanece con miradas condescendientes ni me empuja a hablar del asunto. Es tan malditamente perfecto. También me gusta cuando dice que él también lo siente, detestaría que pretendiera que no es así, que todo va de maravilla entre nosotros—. ¿Has escuchado qué año dijo Siri?

Suelta una risita.

—Pues no, estaba ocupado. —Me mira con picardía.

—Siri, di otro año.

—1974 —responde la asistente.

—Ahí tienes, Wade, una película de ese año y no habrá discusión.

—Llegó la tiranía de las máquinas —se queja con humor—, eso nos dice que la película que debemos ver es Terminator.

Ladeo la cabeza.

—¿Es de 1974? —Niega—, pues entonces, vaquero, será para la próxima.

—Cuánta crueldad.

Mientras termino de sazonar la carne, Wade elige nuestra película de 1974. La ganadora es «La Conversación», de Francis Ford Coppola.

Charlamos mientras se cocinan las patatas. Los temas fluyen, con él puedo hablar de Biofuture sin que me observe como si fuera chino mandarín, y él puede conversar del rancho del mismo modo. Habla de sus tierras con adoración y sé que detesta tener que encargarse tanto de los negocios.

—Antes no era así —dice. Yo me encargo de terminar de cocer la carne—. Era el terreno de Roman, mi hermano mayor. A él se le daban bien las finanzas, la política… Lástima que fuera un capullo.

—Ese es el punto, Wade, las finanzas y la política son para capullos.

Suelta una carcajada.

—¡No te hacía anarquista!

Es mi turno de reír.

—Dudo que se me considere anarquista, siendo yo una CEO. Pero, Wade, seamos honestos, esa parte del negocio es una putada. Tienes que ir con un discurso de *cómo se ahorrarán unos duros* si hacen las cosas bien, o cómo ganarán fortuna con tal innovación. Cuando solo planteas un cambio porque es lo

correcto, te juzgan como si fueses la persona más ingenua, idealista, soñadora de la tierra.

—Lo sé. A veces me entran ganas de dejarlo todo y regresar con las vacas; pero el mundo ha cambiado —suelta con un deje de aceptación y nostalgia que digiere con un sorbo de vino—. Al menos yo soy de los afortunados, quizá por eso sigo haciéndolo, porque una vez que tienes un rancho del tamaño del Davenport la gente te escucha. Puedes cambiar algunas cosas.

—Eso se llama lobby y es terreno gris —bromeo. Wade rueda los ojos.

—¿Lo ves?, sí eres una anarquista.

—Y por eso, porque romper las normas está en mis venas, comeremos estos steaks en la mesa de café, así podemos ver la película mientras cenamos.

—Tú sí que vives al límite.

Nos llevamos la comida a la mesa, sin dudas no es un menú para esto. No nos importa, lo disfrutamos de otra manera: estando cerca, sintiendo nuestros cuerpos rozarse cada vez que nos acercamos para no hacer desastres en la moqueta.

La película es excelente y se agradece; terminamos de verla ya recostados en el sillón, con nuestras copas de vino y la atención fija en la pantalla. Somos incapaces de ignorar la presencia del otro, pero conseguimos mantener a raya el deseo latente.

Cuando finaliza, el silencio calmo se llena de expectación. Me giro en el estrecho sillón y Wade queda medio encima de mí. Nuestras miradas se tocan.

—Ha sido increíble —comento—, temo sonar como una vieja. ¡Pero ya no hacen películas así!

Me aparta el cabello, sus ojos van a mi boca.

—He leído un artículo que habla de las películas se enfrentan al desafío de captar la atención, de ganarle al móvil. Eso a moldeado el nuevo cine.

Suspiro. Me retuerzo bajo él.

—Pues nosotros hemos olvidado nuestros móviles, y eso, señor Davenport, es muchísimo.

—No creo que eso haya sido mérito de Francis Ford Coppola… —Se acerca más, una de sus piernas termina entre las mías, de ese modo no ruedo al suelo, pero abrir los muslos no ha ayudado a mi situación.

—Permíteme dudar —bromeo.

—Te lo permito, todos tenemos derecho a estar equivocados —dice son fingida soberbia.

Esa media sonrisa tan cerca de mí, esos ojos güisqui brillantes, dilatados por el deseo. Su aroma, mezcla de perfume amaderado y su esencia. El calor de su cuerpo… siempre parece llevar consigo un pequeño hogar encendido.

Mis labios se abren, sueltan el desafío que tienen prohibidos.

—Si no ha sido la película, Wade, ¿qué ha capturado tu atención?

Él no responde con palabras, sino con actos. Su boca en la mía, sus manos en mi cintura, subiendo por mis cotillas. Su pierna se abre camino entre las mías, hasta que su muslo toca mi centro.

Siento la humedad, el palpitar furioso de mi clítoris. Me invade el deseo de volver a sentirlo dentro de mí, ¡al demonio los orgasmos!, en este instante no me importan. Solo quiero volver a estar con Wade, contemplar su cuerpo desnudo, saborearlo, darle placer… quiero sentirme mujer. Su mujer.

Y cuando creo que esta vez el deseo vencerá al miedo, cuando pienso que al fin lo conseguiré, que si finjo lo suficiente podré hacerlo realidad… El frío regresa. Intento disimularlo, anclo la boca de Wade sobre la mía, rodeó su pierna entre mis muslos para mantenerlo allí.

Algo en mi desesperación me delata, le advierte a Wade que mi deseo no es físico, que ese se ha ido a volar, que lo que ansío es emocional. Solo quiero follar con él para sentir que entrego una parte de mí, que no soy un jodido agujero negro que absorbe y absorbe sin dar.

Wade posa su frente en la mía, cierra los ojos con fuerza y respira hondo. Siento su polla dura contra mí, la tensión de cada uno de sus músculos.

—Wade… —comienzo.

Él me detiene.

—O los dos o ninguno, Jo. Las parejas son de a dos, y eso somos nosotros.

—¿Lo somos? —pregunto y me raspa la garganta.

—¿Acaso no lo son esos matrimonios de cuarenta años que follan una vez cada seis meses?

—Pero follaron a los veinte —remarco. Nos separamos porque la cercanía es dolorosa. Wade permanece pensativo, en silencio. No puedo adivinar qué piensa; yo, por supuesto, lo peor.

—Tienes razón —dice y me mira de soslayo. Desearía que la mente no fuera tan veloz, porque en menos de un segundo interpreto ese «Tienes razón» como un fin. Entonces, Wade me sonríe y repite—: Tienes razón, Jo, eres brillante.

—Dime algo que no sepa —bromeo, finjo una seguridad que claramente no tengo en estos momentos.

—Eso necesitamos, hacer el camino inverso.

—No entiendo a qué te refieres, pero como dices que tengo razón, te seguiré la corriente.

Wade sonríe.

—La confianza de esos matrimonios, eso debemos lograr. Has perdido el miedo a estar conmigo a solas en un bosque, me eliges sobre el oso, ¿recuerdas? —Asiento—. Ahora debes perder el miedo de estar conmigo a solas en una cama.

—No te temo, Wade. —Me acerco a él, lo abrazo con todas mis fuerzas—. Joder, no pienses eso.

—Sí me temes, cariño. No es mi culpa, no es tu culpa, es culpa de ese hijo de puta… —Siempre lo nombra así, y aguarda en silencio a que yo suelte un nombre. No lo hago, no es por falta de confianza, es que jamás he podido llamarlo por su nombre. Suspira—. Ese miedo está en el inconsciente, saquémoslo de allí.

—¿Cómo?

—Durmiendo juntos. —Tardo en comprender que habla de manera literal —. Durmiendo juntos como lo hacen esos matrimonios, con absoluta confianza y sin una pisca de sexo.

Dudo. Lo analizo y vuelvo a dudar.

—¿Alguna vez has dormido con alguien? —pregunta, sabe la respuesta, así que ruedo los ojos—. Has follado con otros hombres, Jo, y nunca te dio resultado, ¿verdad?, pero con ninguno de ellos has pasado la noche. ¿Me equivoco?

—No, salvo que cuente la noche que pasé en el rancho. Me quedé dormida en el sillón, ¿recuerdas?

—No cuenta, aunque suma, ¿no lo crees? Ya sabes que puedes confiar, pero llevaremos esto a otro nivel. Déjame ser el primero en entrar en tu mundo.

—¿Crees que funcionará? —Por supuesto que accederé, haría cualquier cosa porque lo que tenemos con Wade funcione.

—Sí lo hacemos bien…

—¿Y cómo es eso, señor experto? —Le sonrío, él a mí. Ya tenemos un acuerdo.

—Sin fingimientos en la cama, claro.

—Si no tendremos sex…

—No se finge solo un orgasmo, Jo. Todos llevamos máscaras y más cuando queremos impresionar a alguien. Nos tendremos que quitar las máscaras, cada una de ellas. Ser honestos, ser tal cual somos, sin secretos. ¿Te atreves?

—Me atrevo. —Extiendo la mano, él la coge y firmamos nuestro trato. Mi corazón se acelera por la expectación y la esperanza.

CAPÍTULO QUINCE

Jo

El plan de Wade es tan absurdo que empiezo a creer que funcionará. Ha insistido tanto en «no hacer trampas» que ya me entran risas de pensarlo. Lo cual es genial, ¿verdad? No pienso en que dejaré que un hombre duerma a mi lado, que estaré indefensa ni que bajaré las defensas.

Decidimos que lo mejor era mi apartamento y que, por supuesto, podía echarlo en cualquier momento. Es lo mejor si quiero vencer por fin esa barrera de desconfianza que aún se mantiene infranqueable en mi inconsciente. Wade tiene razón, mi miedo está tan arraigado y lo he ignorado tanto tiempo que ya ni siquiera soy consciente de ello. Carl Jung es famoso por una de sus frases: «Hasta que no hagas consciente lo inconsciente, este dirigirá tu vida y tú lo llamarás destino». En mi caso, lo llamo «decisiones racionales».

Fui racional al ir a por mi hermana en la tormenta.

Fui racional al alejar a Wade de mí al principio.

Fui racional al decirle que no daríamos un paso hasta que el contrato de Biofuture estuviera en marcha.

Podría seguir justificando cada una de mis acciones, pero no fui yo quien decidió, sino el miedo que llevaba dentro. Del mismo modo que decide lo que como, cómo visto o la forma en que me presento al mundo. No es que sea feminista —aunque sí creo en la igualdad de derechos— ni empoderada; es que tengo terror a que me vean débil y... que vuelva a sucederme.

—No te presiones —me repito en voz alta. Voy camino del supermercado; esta noche necesito provisiones para dos. Uno de los cuales es un vaquero insaciable—. No pretendas que tu cabecita esté calma, sería pedir un milagro.

Y mi fe en los milagros está puesta en el resultado de esta noche. En por fin arrancar el miedo de lo más profundo de mí.

Compro algunas chucherías por si acaso, helado de vainilla y galletas con chips de chocolate, que le encantan con el café. Cuando regreso a mi camioneta, las cosquillas en mi vientre se convierten en un compañero de viaje.

Al llegar a mi piso, Wade me espera en las escaleras del vestíbulo. Aprovecho que está distraído para comerlo con la mirada. El sombrero está a un lado; en su frente, un mechón castaño cae formando una medialuna. Su barba crece durante el día, da igual lo bien que le rasure por las mañanas, por la

noche asoma una sombra rojiza en su mentón. Tiene hoyuelos cuando sonríe y se le forman arruguitas en la comisura de los ojos. Las pecas apenas se ven desde lejos; desde aquí parece bronceado. Si te acercas, descubres que ese tono dorado no es uniforme, sino que, como una obra de Monet, son pinceladas de sol.

Es tan guapo. Es tan mío.

—Hola, vaquero. —Sus ojos se clavan en mí, su sonrisa se amplía al verme.

—Hola, bioingeniera.

—¿Qué? —río al tiempo que abro la puerta de mi piso.

—Pensé que nos saludábamos por el trabajo.

—El mío es mucho menos glamoroso, no suena bien.

Entramos y dejo las bolsas en la cocina. Wade carga consigo un bolso bastante grande, no pregunto qué lleva, es parte del trato de «sin trampas».

—El mío está romantizado —bromea y viene junto a mí—, créeme, nadie quiere oler a estiércol todo el día.

—Es parte del encanto. —Me vuelvo y Wade me besa—. Se trata de la prueba final —dijo, con mis labios sobre los suyos—. Si tu chico se ve bien incluso sudado, sucio y con olor a vaca… Entonces, tu chico es verdaderamente guapo. Es el equivalente a vernos a nosotras por la mañana, tal cual somos.

—Justo lo que pienso descubrir. —Alza las cejas.

—Ay, ay… —Escapo de él, su cercanía me hace papilla el cerebro—. No me lo recuerdes. ¿De verdad piensas que matar la pasión servirá para avivarla?

Wade suelta una carcajada.

—¡Josephine Wayworth! —me reprende—, verte por las mañanas no matará ninguna pasión. Créeme, estoy cerca de necesitar un equipo de bomberos de élite, mi *pasión* puede sobrevivir a ¿qué?, ¿calcetines sobre el pantalón pijama?

—Te acercas demasiado a la verdad. ¡Y tú no puedes manejar la verdad! —clamo, imitando a Jack Nicholson en la película «*A Few Good Men*».

Wade vuelve a reír. Cada vez que ríe de ese modo, con la boca bien abierta y de manera sonora, sus ojos brillan más y, al final, me mira con algo parecido a la adoración. Hacerlo reír de ese modo franco, con la boca superabierta y la risa ronca y estruendosa, se siente como una victoria. No ríe como en los vídeos de Internet, con la risa de millonario; ríe con energía y me encanta.

—Venga, cenemos y a por el lío, ¿vale?

—¿Ansioso? —Yo sí lo estoy, me cosquillea la piel y se me acelera el corazón.

—Claro, Jo. Verás algo que nadie conoce de mí tampoco. —Me vuelvo hacia él, sin entender. Mi entrecejo se frunce; Wade me sonríe tranquilo y agrega—: Nunca conviví con una mujer, Jo. Soy bastante esquivo. Esto es tan nuevo para mí como para ti.

—Si no quieres…

—Si no quisiera, no te lo hubiera propuesto. —Se acerca, me abraza—. Deja de pensar que algo de lo que pasa aquí, entre nosotros, es una obligación o tortura para mí. Cada decisión que he tomado desde que te conocí la hice por deseo. Quiero estar contigo, ¿vale?

—Vale —respondo, mi voz tiembla un poco. Es horrible, mezquino, espantoso… y a la vez tan reconfortante saber que será nuevo para los dos. Cuando él afloja el abrazo, soy yo quien lo retiene un segundo más. Mi oreja en su pecho, escucho su latir. Wade se relaja en mis brazos, posa su mentón en mi coronilla—. Cenemos y a por ello —propongo.

Me eleva el mentón para darme un beso.

—A por ello. —Sonríe—. Que se nos puede acusar de testarudos, malhumorados, ambiciosos… pero jamás de cobardes.

La cena termina siendo frugal, ambos estamos ansiosos. Recogemos los platos y, en una dinámica que es antelación de esta noche, coordinamos perfectos a la hora de poner el lavavajillas y ordenar los restos de comida en la nevera.

Wade va a por su bolso y se encamina al toillete. Se detiene antes de entrar, se vuelve, me sonríe y suelta:

—Error número uno.

—El baño principal está al final del corredor. —Arquea las cejas y suelto una risa nerviosa—. Y mi habitación tiene baño en suite.

—Vale.

Lo veo perderse tras la puerta de mi alcoba y las mariposas en el estómago se transforman en un panal de avispas furiosas. Lo admito, estoy acojonada. Jamás un hombre ha estado en mi habitación y, cuando digo jamás, lo digo literalmente. Ni siquiera antes de lo ocurrido. Mi alcoba es mi santuario, el único lugar en el que me siento completamente segura.

Mis piernas tiemblan cuando avanzo por el pasillo; la puerta de mi habitación está entreabierta. La del baño, cerrada. Lo demás permanece intacto. Suelto el aire despacio y me concentro en mi reacción física. El miedo empieza a remitir poco a poco, al ritmo de sonidos que deberían resultar familiares para cualquiera: el agua corriendo, el cepillo de dientes eléctrico o tal vez la afeitadora. No lo sé; de pronto, se me forma una sonrisa al pensar en un

acto tan cotidiano. Me pregunto cuál será su ritual nocturno. Quiero conocerlo y empiezo a comprender de qué va todo esto.

—¿Te has puesto en acción, Jo? No pretendo ser el único —me dice al otro lado de la puerta.

—Necesito el baño para ello —miento a medias. Y como deseo con todo mi corazón que esto funcione, dejo mi aprensión y me pongo en marcha. Cojo mi pijama y maldigo—. Y tú crees que esto no matará la pasión —murmuro.

Me empiezo a quitar la ropa. Por último, la faja, y mi estómago, libre, parece saltar. Me apresuro a cubrirlo con mis pijamas de corazoncitos púrpuras.

La puerta del baño se abre y mi corazón da un brinco.

—El baño es todo tuyo. —Su mirada no parece apagarse ante la imagen de mi persona enfundada en un pijama tan infantil. La mía tampoco al verlo en camiseta blanca, no muy ajustada pero tampoco holgada y calzoncillos slips.

Me apresuro a esconderme, apoyo la espalda contra la puerta cerrada y acompaso mi respiración. Se me forma una sonrisa tan amplia que me duelen las mejillas. ¡Wade de estar por casa es mil veces más guapo que el ejecutivo! ¿Puedo decir lo mismo de mí?

Prometí no mentir, aunque ganas no me faltan. Quiero ser de esas mujeres que se acuestan despampanantes y se levantan mucho mejor. No es mi caso, soy del lema de mientras más fea te acuestas, más hermosa te despiertas.

—Vale, yo puedo con esto —me animo, mientras me coloco la diadema de cuidado facial, las muñequeras, y empiezo el proceso:

Doble limpieza.

Esencia.

Sérum con retinal.

Contorno de ojos.

Crema de noche.

Dientes limpios.

Bálsamo labial.

—Puedes saltarte este paso —me digo, se ve que más fuerte de lo que pretendía, porque Wade responde al otro lado.

—Nada de saltar pasos. —Su voz se oye extraña, quiero averiguar por qué.

—Vale… —contesto alargando la E. Empiezo con mi *churro*, como le digo a un tubo de satén que empleo para enroscar mi cabello en él y levantarme con los risos armados. Gracias a que lo hago cada noche, consigo mi cometido en tiempo récord. Pero… el asunto no termina allí, porque si no quiero encrespamiento, necesito meter todo esto en un gorro también de satén—. Ya casi —anunció. Recojo mi crema para pies y salgo del baño.

Me paralizo al ver a Wade en mi cama; no es miedo, y eso me inunda de una dicha inexplicable, es… es el deseo más carnal y a la vez tierno y a la vez desesperante y a la vez dulce que he sentido jamás.

—¿Creías que los hombres no mentíamos? —bromea de manera casi inentendible. Lo que le impide hablar es la férula de su blanqueador de dientes. La luz azul resalta en su sonrisa y le hace ver los hoyuelos de las mejillas más marcados. También tiene una cinta en la nariz, de lado a lado, de esas que ayudan a respirar mejor.

—Es un intento deplorable de congeniar con los mortales, Wade. Sigues de infarto.

—Tú también. —Ruedo los ojos—. Te sientan los corazones púrpuras. —Extiende la mano hacia mí y se la aparto de manera juguetona.

—Y a ti los slips. Pensé que usabas bóxer —dijo, en alusión a nuestro primer, único y fallido intento de sexo.

—Tengo un par para cuando quedo con mujeres, sé que los prefieren.

Me echo a reír.

—Empiezo a cambiar de parecer. —Mis mejillas se colorean, pienso echarle la culpa al retinal de mi sérum. Es que mi mirada se dirige sin piedad a lo que *oculta* su ropa interior, o, mejor dicho, a lo que realza.

—Jo… —suelta mi nombre amenazante—. No soy de hierro.

—Eso habría que comprobarlo. —Su anatomía comienza a despertar. Él no se cubre, tampoco avanza. Se pone de pie, me obsequia una imagen perfecta de su trasero. Va al baño a quitarse la férula.

—Eres tan hermosamente cruel.

Regresa y coje un libro que trajo consigo antes de volver a recostarse, yo me enfoco en terminar con mi acto llamado: arruinando cualquier posibilidad de follar. Me quito los calcetines, pongo una cantidad bastante excesiva de crema para pies y finalizo con mis *calcetines de dormir*. Como llamo a estos de algodón, estirados, que dejo que se pringuen con crema por las noches y que subo hasta capturar la botamanga de mi pijama en el elástico raído.

—Listo, ya puedes decirle adiós a la libido —anuncio.

—¿Realmente crees que eso dará resultado? Jo… —Tira de mí hasta que termino acostada a su lado—, eres tan inocente.

La inocencia me fue arrancada años atrás, sin embargo, con él parezco una absoluta inexperta. Pero algo sé muy bien, en algo tengo un máster; las palabras mienten, los cuerpos no. Mi cuerpo siempre dice la verdad, así fue como Wade supo que le temía, así es como sé que él es sincero. Aún me desea; su calor, los latidos pesados de su corazón, la media erección mal disimulada en esta prenda que empiezo a amar.

—¿No te quitas los calcetines?, ¿o como yo llevas una mascarilla para los talones secos?

—Me da grima cuando las sábanas me rozan los pies. Me sucede desde niño, siempre con calcetines, hasta en verano.

—Yo en verano duermo con un cojín entre los muslos —reconozco.

Me hace girar, me abraza desde atrás un segundo y coloca su pierna entre las mías.

—¿Así?

—Así pasaría mucho calor, Wade —bromeo, la voz me sale entrecortada.

Me da un beso en el hombro, sobre la tela de mis pijamas y se regresa a su lado de la cama.

—Aún falta un detalle más —anuncia. Lleva entonces su índice al ojo con una precisión que solo da la práctica y se quita una lentilla. La coloca en el portalentes con líquido. Repite el proceso con el otro ojo. Parpadea unos segundos, hasta que las lágrimas lubrican sus globos oculares. Rebusca entre las cosas que ha dejado sobre la mesilla de noche, en un neceser negro, y se pone las gotas. Después, coge otra caja y descubre sus gafas de pasta negra.

—Ya me parecía que no podías ver bien —me mofo a costa mía.

—Siempre te vi con mis lentes puestos, Jo. Y mi oculista es muy precisa. —Baja las gafas hasta el borde de la nariz—. Ahora que sabes todos mis secretos, duerme. —Vuelve a coger su libro, se recoloca las gafas y se dispone a leer.

—Tecnofeudalismo —leo el título—, suena interesante.

—Suena aterrador.

Yo cojo mi Kindle, me recuesto en mi lado de la cama, con tres almohadas para mantenerme erguido y lo imito.

—¿Algún tratado científico? —pregunta.

—Claro. —Sonrío—. Un tratado científico sobre como el jefe de la mafia italiana es obligado a casarse con una princesa de la bratva para terminar con una guerra de mafias en la ciudad de Chicago.

Me quita el Kindle, incrédulo, hasta que lee un fragmento y confirma que no miento.

—¡Eres una caja de sorpresas!

Suelto una carcajada.

—¡Leo ciencia todo el día! Merezco mis minutos de evasión, Wade, y de un poquito de fantasía. En estas historias, si alguien se mete con ellas, ellos hacen el mundo arder —reconozco. Lo digo con una sonrisa, pero los ojos güisqui de Wade no se lo han tomado a broma.

—Yo haría el mundo arder por ti, Jo.

El silencio se hace pesado, denso. Habla en serio. Tal vez por eso callo el nombre de mi agresor, porque Wade es capaz de meterse en problemas.

—Buenas noches —respondo en cambio.

—Buenas noches.

Wade lee apenas unas páginas más, hasta terminar un capítulo, y apaga su luz de noche, se vuelve hacia el lado opuesto al mío y se duerme.

Yo, en cambio, tardo. Leo muchos capítulos, agradezco que la novela sea ligera, que me deje viajar lejos. El cansancio hace mella y bajo las defensas. Poco a poco los párpados me pesan, el sueño gana la batalla y…

Despierto con el sonido extraño de una alarma que no es la mía. De todas maneras, busco apagarla, dando manotazos al aire, hasta que mi muñeca es capturada antes de dar de lleno con el rostro de Wade.

—Buenos días, bella durmiente.

Su voz ronca, su aroma en mi cama, las seis de la mañana latiendo en rojo en mi reloj de noche. Mi corazón da un salto mortal, y no es de pánico. Sonrío y mis ojos se inundan:

—¡Lo logré! —exclamo platónica—. ¡Lo logramos!

Dormí con un hombre, dormí segura junto a Wade.

—Lo lograste.

Me besa, me besa con nuestros alientos de mañana, los cabellos enmarañados y el aspecto desalineado de dos treintañeros al despertar.

Y, aun así, ni todos los bomberos del mundo podrían apagar el fuego que arde entre los dos. No ha matado la pasión, ha revivido en mí la confianza. Wade es mi nuevo lugar seguro.

Wade

Miro el reloj por enésima vez. La reunión se extiende en asuntos innecesarios. ¿Por qué será que a la gente le gusta tanto escucharse a sí mismos?

—Mi esposa quiere un destino exótico, decidimos que sería Taiwán —dice Mark el gerente de ventas de la empresa logística.

—Es un sitio muy interesante —coincido sin prestar mucha atención. No acoto más, detesto que se llame exótico a cualquier cosa que no sea comer hamburguesas en el coche. Pero no tengo ánimos de discutir, mucho menos de extender esta reunión.

Kimberley toma el relevo. Es nuestra nueva asesora de Wall Street; pura ambición y anfetaminas.

—Necesito que me digáis el porcentaje de riesgo, vale, tiempo es dinero. Tic-tac, tic-tac.

—Riesgo bajo —confirmo. Mark abre la boca, por supuesto Kimberley se apresura.

—Riesgos bajos, ganancias bajas.

—Lo entiendo, aun así…

La mujer rueda los ojos, Mark no se preocupa. A él le pagamos por tonelada y milla náutica, no por riesgo. Kimberley no acepta mi respuesta.

—Sabes qué, Davenport —dice con esa sonrisa tensa—, te enviaré un informe con los datos en detalle. Sé que te gusta tener todo bajo control, luego tomas la decisión.

—No quería hacerte perder el tiempo, dado que es dinero… —La pulla sale antes de pensarla. La mujer es de amianto, nada la atraviesa.

—Por eso, el informe nos ahorrará tiempo.

—Sabes que mi decisión está tomada, tan tomada como la de la esposa de Mark. Mark… —digo, mis ojos se fijan en la imagen que se proyecta en mi pantalla—, asegúrate de reservar en los spas pijos, nunca tienen sitio. ¿Algo más?

—No —responde Kimberley, sabe que soldado que huye sirve para otra batalla. Me enviará el informe de riesgos, esperará convencerme de hacer una inversión más atrevida, perderá la batalla y se reunirá con sus colegas a quejarse de que extrañan a Roman.

Mark, en cambio, me conoce mejor.

—Me gustaría preguntarte desde cuándo las diecinueve horas es tarde para ti, pero algo me dice que me mandarás a tomar por culo.

—Escucha la voz de tu conciencia, Mark, suele tener más razón que tu bocaza. —Sin embargo, sonrío.

—¿Cuándo la conoceremos?

—Adiós. —Corto la comunicación y me dispongo a recoger mis cosas con urgencia. Tengo que pasar por mi piso si quiero tener al menos ropa interior limpia en casa de Jo. Llevamos tres días de convivencia; anoche Jo se durmió primera. Fue maravilloso contemplar su rostro sin tensiones, sin miedos. Su boca de labios llenos, su nariz respingada, la piel más perfecta que jamás haya visto. Juro por Dios que las empresas de cosmética deberían contratarla como estrategia de marketing.

No extraño mi piso, ni mi espacio; de hecho, nunca lo fue del todo. Me mudé allí por una necesidad, el rancho queda demasiado lejos de los negocios, las reuniones y los aviones que demoran solo un par de horas en llevarte a

Nueva York o Seattle o donde demonios sea que me necesiten firmando un condenado papel.

Odio vivir solo. Me recuerda al silencio cuando Blaze estaba en el hospital y mamá muerta, a esa ausencia pesada que te abruma cuando llegas a casa y nadie aguarda por ti.

Podría haberlo llenado de nada, de compañías tan vacías como las despensas de mi piso. Decidí esperar, y hoy siento que esa espera valió la pena.

Salgo pitando de aquí, la tensión del día de trabajo se diluye cuando escribo un simple mensaje:

«En camino. ¿Tengo que pasar por el mercado?».

Una vez en mi camioneta, la música me envuelve. El clima ha mejorado mucho, en días dará inicio la primavera. El momento de mayor actividad del rancho y mi época preferida, es cuando más me necesitan allí y puedo volver a sentirme un vaquero.

Al llegar al piso de Jo, lo primero que me sorprende es no haber recibido respuesta a mi mensaje; lo segundo, que la puerta esté sin llave y pueda entrar sin más; lo tercero: ¡el aspecto de Jo y el panorama de su cocina!

—¡Qué clase de tragedia ha sucedido aquí! —exclamo con humor al verla. Me quito los zapatos en la entrada, es la costumbre del rancho. ¡Nada de botas embarradas en casa!

Los rizos de Jo, que con tanto esmero forma cada noche, están enmarañados en un moño en lo alto de su cabeza. Lleva una mancha de grasa sospechosa en la mejilla y un corte superficial en el dorso de la mano.

En la encimera, junto al fregadero, veo el primer indicio del crimen: una llave inglesa oxidada del tamaño de un bate de béisbol, un trapo empapado y medio rollo de papel de cocina deshecho. El salpicadero de la cocina está rayado a la altura de la trituradora.

Se vuelve hacia mí y me alza la mano para que aguarde.

—¡Necesito un fontanero con urgencia! —Busca en su móvil, con el ceño fruncido, supongo que información de compañías que den servicio de emergencia.

Me acerco con cautela, conozco esa versión de Josephine. Es la primera que conocí de ella.

—¿Qué ha pasado, Jo? ¿Y por qué hay una herramienta que solo usaría un minero en tu cocina? —pregunto mientras ella escucha al técnico al otro lado.

—Pues que se me ha caído una cuchara dentro del drenaje y está en el triturador de comida —explica, frustrada—. Y ya llamé a un técnico, ¡y piensa que esto no es una urgencia!

Ella me mira y sus ojos deambulan entre mi rostro y la llave gigante.

—Intenté sacarla yo misma. No tenía nada más a mano para alcanzarla, así que usé eso... —señala la herramienta con la cabeza—. El problema es que la cuchara ya no es lo único que está atascado. Creo que esa cosa se quedó de costado al fondo.

Voy a reír, la mirada de Jo me disuade.

—A ver —digo, me aseguro de que el interruptor de la trituradora esté apagado y alargo mi mano para introducirla en el desagüe.

—¡¿Qué haces?! —me aparta con desesperación, casi empujándome contra la encimera.

—Sacar la cuchara... y lo que sea que haya metido tu... ¿herramienta?

—¿Y perder la mano? Y la llave. ¡La llave no es tuya!

—No perderé la mano —intento calmarla.

—Deja que consiga un técnico, ¡alguien con un seguro de riesgos de trabajo introduzca su condenada mano ahí dentro y saque la condenada cuchara y mi llave del drenaje! ¡Deja eso ahí! —me reprende cuando estoy por alcanzar justo el utensilio.

—Jo, diría que te calmes, pero eso ha calmado a cero personas en el mundo. Así que optaré por otras palabras: Déjame intentarlo.

—Puedes perder la mano —insiste.

—Mi mano estará bien.

—¡No te rías! —me recrimina. Suelta por fin el móvil—. ¿No has visto las estadísticas? La mayoría de los accidentes son domésticos, empeorados por intentos de reparación no profesionales. ¡Mira mis rasguños!

—Estaré bien, te lo prometo. —Alargo mi mano hacia el drenaje.

—¡Y las películas de terror! Siempre se enciende el triturador cuando alguien busca algo allí.

—¿Has experimentado Poltergeist últimamente? —Hace un mohín—. Presencias demoníacas, algo que pueda encender adminículos domésticos de la nada.

—Basta una simple descarga eléctrica, Wade.

—Por eso está apagado. Es más, si quieres… —Me agacho bajo la encimera y busco el enchufe. No estoy seguro de cuál es de la trituradora y cuál del lavavajillas, de modo que remuevo los dos—. Listo. Ahora…

—¡Espera!

Va hacia el panel de la casa y… corta la energía de todo el piso.

Quedamos a oscuras. Ella busca la linterna de emergencia, me la tiende y suspira.

—Ahora. —Se tapa el rostro con las manos, pero abre los dedos para ver entre ellos. Yo por fin paso la mano por el desagüe y cojo primero la cuchara y

luego la llave. Alzo ambos victorioso.

—¿Lo ves? Soy un vaquero completamente capaz de salvar a mi chica de las garras de una trituradora de basura y de los estragos causados por herramientas de construcción.

—Ja-ja —ironiza, al tiempo que vuelve a subir las perillas de la energía—. Sabes, una nunca está lo suficientemente preparada para trituradoras de basura y arenas movedizas.

Intenta reír de su miedo irracional. Esa es Josephine, una persona que se disputa siempre entre la razón y los miedos soterrados.

—Las películas de los noventa han dejado un trauma imborrable en nosotros. —Vuelvo a conectar lo que sea que desconecté y me apoyo en la encimera. Jo se mantiene lejos, como si el triturador pudiera encenderse solo en cualquier momento y devorarnos a los dos. Extiendo la mano y alcanzo la de ella, tiro hasta que cae en mi pecho.

—Lo siento. A veces…

A veces la inundan miedos irracionales. Lo sé. Mi hermano Blaze también sufrió estrés postraumático, sé que en ocasiones se manifiestan los temores sin ninguna relación con el trauma original. El organismo se pone en modo defensa, lanza todo su arsenal: adrenalina, cortisol y cuanta hormona más. No tiene sentido, como tampoco lo tiene la maldad en el mundo, ¿verdad?

La beso con suavidad.

—Está todo bien, ¿vale?

Ella me responde con otro beso y otro, y otro. Yo la tengo cogida de la cintura, pero eso no le basta, me toma las manos y me insta a rodearla por completo, a pegarla a mí hasta que no quede parte de ella que no se halle bajo la protección de mi cuerpo.

Joder. Me enternece y excita en partes iguales. Deseo follar con ella y deseo protegerla de un modo absolutamente primitivo.

El beso se intensifica, nuestras lenguas se enredan, nuestros alientos se hacen uno. Intento controlar mi respuesta, sé que será doloroso cuando me aparte, pero de momento puedo ofrecerle este consuelo, el contacto con otro cuerpo.

Jo separa su boca de la mía, alza sus ojos azules y los clava en los míos.

—Gracias por estar —me dice—. Gracias por hacerme sentir segura. Y también un poquito menos tonta —agrega.

Y en lugar de apartarse, vuelve a besarme.

Jo

El ardor no se apaga, la ola de miedo no arremete contra mí. Solo queda la pasión, el deseo y los brazos de Wade a mi lado. Me río, mis labios se extienden y mi sonrisa se hace espejo en la de él.

—No llevo faja —reconozco— y mis cabellos son un desastre. Mis bragas son de algodón y mi sostén, de deporte.

Wade vuelve a besarme.

—Yo no me he puesto mis bóxeres de ligar y no me he vuelto a rasurar. —Pasa su mentón áspero por mi piel y yo me derrito con su contacto.

Nuestras bocas vuelven a unirse. Me dejo arrastrar por la situación, segura de que, si mi cuerpo decide responder en alerta, Wade escuchará las señales. Si yo debo estar atenta a cada reacción física, solo conseguiré ser mi propia enemiga; necesito sentir sin pensar.

Wade parece entenderlo, porque toma las riendas de la situación. No deja de besarme, ni de acariciarme, ni de buscar cada zona de mi cuerpo que me hace estremecer. Nos conduce por el corredor hasta la habitación, me percato del cambio recién cuando mi trasero toca el colchón.

—Puedes detenerme cuando quieras, Jo —me dice, apenas un segundo para recordarme que con él estoy segura.

—Lo sé. Pero no quiero. —Paso mis dedos por la cinturilla de su pantalón y tiro de allí para acercarlo. Wade suelta el aire. Desabrocho sus pantalones sin sentir otra cosa que no sea deseo. Él me recuesta sobre el colchón y ocupa el espacio entre mis piernas.

Un instante, un reflejo, mi corazón se acelera más de lo debido. Otro instante, otro reflejo, me hace rodar hasta quedar encima de él.

Está pendiente de mí, de mis necesidades. Me quito la camiseta y él se endereza para sentir mis senos atrapados en el sujetador contra su pecho. Al hacerlo, su polla presiona en el sitio exacto y un gemido escapa de mis labios. Wade lo nota, se mueve debajo de mí, generando ese roce infernal que me hace perder la cabeza.

—Wade… —ruego. Clavo mis uñas en sus hombros anchos, musculosos.

—Sí, cariño, yo también —responde a una conversación que nadie más podría entender. Yo también ¿qué? Yo también me estoy volviendo loco, yo también estoy al límite, yo también muero de deseo y no puedo más—. Solo un segundo —advierte. Me hace rodar y quedo debajo. El miedo no regresa, no con Wade. Me quita los vaqueros, las bragas se deslizan con el mismo roce.

—Tu turno —pido, al tiempo que me encargo yo de mi sujetador. Es tan prieto que se necesita un máster para quitarlo. Él acata mi orden con premura.

De la camisa desabrocha un par de botones para poder deslizarla por la cabeza, lo hace tirando desde la espalda en ese modo tan propio de los hombres. Baja sus pantalones y slip al mismo tiempo, adiós imagen de modelo de ropa interior, hola estampa de fantasía femenina. Regresa a mi lado, su piel se pega a la mía y me asalta una necesidad imperiosa de sentirlo en todos lados.

Pero Wade no cubre mi cuerpo con el suyo, sino que me insta a montarlo a horcajadas. Me cede el control.

El miedo está latente, acallado bajo el deseo. No toma el control, y este es mi triunfo hoy.

—Valor no significa no tener miedo… —susurro. Le tomo los antebrazos, los subo por encima de su cabeza y lo cojo de las muñecas. Sé que puede librarse de mí, que podría hacerme daño con una facilidad pasmosa. También sé que no lo hará.

Permanece quieto, contiene la respiración. No hace ni un intento de librarse de mi agarre, su corazón late furioso y esa es la prueba de que la situación le agrada.

—Pero conmigo no necesitas ser valiente, Jo. —Me inclino para besarlo, siento el pulso de sus venas de la muñeca bajo las palmas de mis manos. Su quietud, su tranquilidad. Mi pelvis busca el roce y él suelta una risa ronca, que me eriza la piel y despierta cada terminal nerviosa en mí—. Lo que necesitas es un condón —agrega.

Es mi turno de reír.

—No te muevas.

—A sus órdenes, ma'am.

Trato de alcanzar el condón en mi mesa de noche sin abandonar mi posición a horcajadas de él. Genero un roce desesperante en los dos, Wade suelta el aliento y aprieta los dientes. Es la estampa más erótica que he contemplado jamás.

Consigo mi cometido y me encargo del asunto. Una vez más suspira cuando enfundo su polla en el condón, lo hago con suavidad, acariciando y apreciando su largo, su dureza.

Llevo el glande a mi entrada, regreso a mi posición, cogiendo en vano las muñecas por encima de su cabeza. Al hacerlo, mis senos caen pesados, mi imagen se vuelve un obsequio para sus ojos.

Me siento bella, atractiva, deseada… Y, por una vez, en eso no hay terror ni culpa. Hay solo placer.

Bajo la pelvis milímetro a milímetro, tomo a Wade dentro de mí hasta sentirlo tan profundo que quiero gritar. Los movimientos son lentos, ansío

experimentar este placer novedoso para mí. Pero no estoy lista para la dimensión desconocida del placer, el orgasmo se forma demasiado rápido.

—No… —maldigo. Aprieto los muslos, como si pudiera contener este placer, detener la avalancha. Es como intentar detener el Niágara con una pared.

—Sí, cariño, libérate —me pide Wade—. Hazlo. Bríndame ese honor.

Wade me acompaña con sus estocadas, al tiempo que yo busco mi orgasmo. Aferro sus muñecas con fuerza, siento que me voy a romper en mil pedazos. El orgasmo parece quedar pendido del borde de un abismo, sin animarse a saltar.

Tengo que saltar yo, tengo que confiar yo.

Le suelto las muñecas a Wade, me dejo caer sobre su pecho y hundo mi cabeza en el hueco que forma su cuello con sus hombros. Las palabras sobran. Toma el relevo, se mueve en mi interior y…

Primero es un suave espasmo, como uno de esos orgasmos que se quedan a la mitad. Me digo que con esto basta, es una batalla a la vez. Pero Wade continúa en mi interior, sigue estimulándome y a ese pequeño espasmo le sigue otro y otro y otro…

Un hondo gemido escapa de mi garganta, se ahoga contra la piel de Wade, y me doy cuenta de que cualquier miedo se ha evaporado. Una única urgencia late dentro de mí.

—Tú también, Wade —le pido.

Solo entonces se deja llevar. Siempre estuvo en control, mi seguridad estaba en sus manos y no falló. Es mi roca, es mi lugar feliz.

Me coge el trasero con las manos, embiste con estocadas precisas y en el instante en que su cuerpo se tensa, el mío lo hace a la par. Juntos saltamos el abismo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Jo

—¿Te paso la llamada? —bromea Sophie al otro lado de la línea.

—Oh, sí, por favor. Mi sueño es dar una entrevista a un programa del corazón.

Escucho la risa de Sophie antes de que terminemos la conversación. Ha salido a la luz nuestra relación con Wade; tampoco es que la mantuviéramos en secreto. Pensábamos que a nadie le interesaría. Ja, ja. En tiempos de redes sociales, la necesidad de contenido es bestial; todo es material para hacer un reel, un tiktok o un vídeo de YouTube.

De pronto soy popular. Mi móvil no para de sonar con los mensajes de mis amigos y de mi hermana. Fred y Ginny asumieron el papel de community managers y se encargan de filtrar el contenido por mí. Lo hacen por amistad y, aunque no es necesario, se los agradezco. Intentan que no me lleguen los comentarios malintencionados y el odio. Wade ha bloqueado la posibilidad de contestar a sus publicaciones; yo ni siquiera tengo redes sociales más allá de las de Biofuture. Allí también llegan comentarios.

No me hacen daño; casi me darían risa si me importaran lo más mínimo. Nadie puede herirte cuando tu peor enemiga es tu propia mente. ¿Qué dirán? ¿Que estoy gorda? Pues tengo espejo en casa. ¿Que las novias anteriores de Wade eran más bellas? Ya lo he notado, cariño.

Incluso los comentarios que intentan ser positivos tienen un trasfondo agresivo: «Seguro que es inteligente», como si necesitara compensar el tamaño de mi trasero con mis sesos. «El amor es ciego», gracias, Rita1991, te confirmo que Wade es miope. «Las bonitas creen que no tienen que hacer más, en cambio, las que no lo son tanto se esmeran». ¡Guau! ¡Nadie me había defendido así!

Las opiniones de Internet me importan un pimiento, porque soy feliz por primera vez en mucho tiempo. Las personas infelices hacen comentarios despectivos en las redes sociales; las demás estamos demasiado inmersas en nuestra vida como para interesarnos por la de los demás.

¡Y mi vida es maravillosa!

Disfruto del sexo ya sin complicaciones. Rara vez se me pasa por la cabeza algo negativo, y cuando sucede, basta un beso de Wade para que el día vuelva a brillar. Pasamos la mayor parte del tiempo juntos, casi siempre en mi piso, pese

a que es más pequeño que el suyo. Es más acogedor porque lo diseñé como un refugio y ahora lo compartimos. El suyo es frío, un lugar de paso, un pobre reemplazo en la ciudad para su hogar, el rancho.

Consigo concentrarme en el trabajo a base de recompensarme: cuanto antes termine, antes podré volver a ver a Wade. Sonrío al pensarlo. Así fue como salió a la luz lo nuestro: alguien se preguntó por qué Davenport hacía menos horas extras. Tan sencillo y delator como eso.

Por mí.

Así que, odiadores de internet, a tomar por culo. Ese vaquero es mío.

—Sophie, ¿puedes enviarme los informes al mail cuando lleguen? Así los leo por la noche —pido por el intercomunicador.

—Claro.

—Yo iré al laboratorio a hacer unos análisis y luego me marcho, ¿vale? Si no llegan antes de que termine tu hora, los vemos mañana.

—Ya eras la mejor jefa —bromea Sophie—, pero ahora te superas.

—Sigue mofándote y dejaré de serlo —amenazo. Sophie sabe que no lo digo en serio. Recojo mis cosas y voy al laboratorio. Cualquier problema mundano queda al otro lado de la puerta de seguridad. Bata, guantes, gafas, barbijo y adentro.

Las horas pasan volando. Algunas de las muestras son del rancho Davenport, la temporada de pastaje natural dio inicio, aunque aún caen algunas heladas. Tenemos que hacer los primeros análisis de sangre y heces de los animales de prueba y de los de control. El trabajo demanda mi completa atención, cualquier error en el proceso puede liarla a lo grande. Nick trabaja a la par, hacemos lo que se denomina revisión de pares, él sigue una lista de control que sería la envidia de los aviadores y solo cuando confirma que está en orden, yo hago lo mismo con su parte.

—¿Terminamos por hoy? —propongo, al notar que hemos dudado en un ítem. Es el cansancio el que nos conduce al fallo y es mejor seguir después que tener que rehacer por un error.

—Terminamos —asiente—. Mañana treinta y cinco muestras más aguardarán por nosotros.

—Al menos… —agrego, rodando los ojos. Es probable que se sumen más.

—Trabajo no nos faltará.

No, no lo hará. Biofuture ya se ha abierto camino en su mercado, se afirma como una empresa de biotecnología agraria importante y mi nombre con ella.

El proceso de salir del laboratorio es tan engorroso como el de entrar. Batas afuera, al cesto de limpieza. Los descartables al cesto de posible contaminación. Un aerosol desinfectante nos rocía por completo, lo que me

hace salir de aquí siempre con el cabello encrespado. Pero ¡qué más da! Me lo recojo en un moño de camino a mi despacho para dar el día por finalizado.

«Voy demorado», es el mensaje de Wade en cuanto mi móvil tiene señal.

«No hay problema, me encargo de la cena».

Sonrío como una boba mientras recojo mis cosas. Tal vez para muchos esto sean nimiedades, tener alguien a quien escribirle al salir del trabajo, alguien con quien contar en una comida, alguien que disipa la soledad por completo.

Una soledad que forjé para protegerme del mundo, pero que se me hizo demasiado pesada con los años. Saludo a mis colegas, a Donald al salir y me monto en mi camioneta. Mi lista de reproducción ahora suma varias canciones Country, comienza a sonar «My Best Friend» de Tim McGraw y la canto a viva voz:

It was a feelin' I'd never known,
Fue un sentimiento que nunca había conocido,
And for the first time, I didn't feel alone,
Y por primera vez, no me sentí sola.
You're more than a lover,
Eres más que una amante,
There could never be another,
Nunca podría haber otra
To make me feel the way you do,
Que me haga sentir como tú lo haces.
Oh, we just get closer,
Oh, simplemente nos acercamos,
I fall in love all over,
Me vuelvo a enamorar
Every time I look at you.
Cada vez que te miro.
I don't know where I'd be,
No sé dónde estaría
Without you here with me,
Sin ti aquí conmigo,
Life with you makes perfect sense,
La vida contigo tiene perfecto sentido,
You're my best friend,
Eres mi mejor amigo,
You're my best friend, oh yeah.
Eres mi mejor amigo, oh sí.
You stand by me,

Me apoyas,
And you believe in me,
Y crees en mí,
Like nobody ever has.
Como nadie lo ha hecho jamás.
When my world goes crazy,
Cuando mi mundo se vuelve loco,
You're right there to save me,
Estás justo ahí para salvarme,
You make me see how much I have.
Me haces ver lo mucho que tengo.
And I still tremble when we touch,
Y todavía tiemblo cuando nos tocamos,
And oh the look in your eyes,
Y oh, la mirada en tus ojos,
When we make love.
Cuando hacemos el amor.

Con la canción aún resonando en mi cabeza llego a casa, empiezo a rebuscar en la nevera hasta decidir qué cocinaré hoy.

—¿Pasta o pescado? Hmmm… —Cierro la nevera con un golpe de trasero —. Pasta con pescado, por supuesto. —Sigo tarareando mientras busco una receta de salsa mediterránea. Me fijo de tener cada ingrediente—. Sí, así será.

Bailoteo al tiempo que marino el salmón. El móvil suena y doy por hecho que es Wade, atiendo sin leer el detector de llamadas.

—No preguntes, será sorpresa —digo sin poner atención—, pero irá bien con un vino blanco.

—Vaya… se te oye feliz. No sabía que me esperabas para la cena.

La voz de mi padre me paraliza. Noto que mi puño se ha cerrado con fuerza en torno al mango del cuchillo.

—George, ¿alguna urgencia? —pregunto con frialdad. Es la única razón por la que hablaría con él, la última vez fue cuando Cathy estaba en aprietos.

—¿Acaso no puedo felicitar a mi hija por haber hecho una cosa bien en la vida? Aunque, claro, ha sido a costa de la felicidad de su hermana.

Cierro los ojos con furia.

—Si eso es todo, voy a colgar, George.

—Tu hermana merece esa relación más que tú, Jo —dice mi padre antes de que pueda finalizar la comunicación—. Ella ha hecho las cosas bien. ¿Tú, qué harás? —Su risotada es cruel—. Yo te diré qué harás, Josephine: Cuando Davenport quiera dejar la vida de ciudad, esa en la que tú puedes jugar a ser

profesional, y desee regresar al rancho, lo dejarás. Dirás que te priorizas —agrega en tono de mofa—, que eres una mujer moderna y no estás para ser una esposa tradicional y te cargarás a un buen hombre como hizo tu madre.

—Adiós, George —respondo y toco el botón rojo en la pantalla. El pulso me tiembla un poco. El silencio de la cocina me invade; no he vivido ningún Poltergeist , y sin embargo, los demonios parecen danzar en este sitio como una presencia aterradora.

Cojo el teléfono una vez más, esta vez para llamar a mi hermana.

—Cathy… —digo ni bien responde.

—Joder, Jo, ¿te ha llamado a ti también? —La voz de mi hermana me tranquiliza.

—¿Estás bien?

—De puta madre. —El tono es cabreado, en lugar de triste. Por fin suelto el aire.

—Me ha llamado para recriminarme que te arrebaté tu posibilidad de ser una esposa tradicional con un vaquero de Nebraska.

—Me ha llamado para decirme que mientras tú triunfas yo soy un fracaso que se folla a un fotógrafo de mala muerte —confirma mi hermana.

Las dos suspiramos.

—No le creas —ruego.

—Tú tampoco. —El silencio se suma como un integrante más de la conversación. Es Cathy quien lo rompe—: Nuestro padre nos odia, Jo. Tenemos que impedir que nos siga arruinando la vida.

—Lo sé.

—Odia a nuestra madre y, por transitiva, a nosotras. Y detesta haber tenido que ser nuestro padre, toda esa chorrada de esposa tradicional no es más que su enojo por haber ejercido el rol mínimo de padre, Jo. Él quería follar y que nuestra madre hiciera el resto, se quedara en casa, cocinara, fuera a nuestros espectáculos escolares y nos guiara en arduo mundo de las mujeres del club de campo.

—Reemplazó a nuestra madre por niñeras —le recuerdo—, nunca fue un padre para nosotras.

—Exacto, hermana. Exacto. Y mientras antes admitamos que somos dos huérfanas con padres vivos, antes nos sacaremos esta cruz de encima. ¿Sabes? Cada vez que padre me llama para criticar a Hunter, su profesión, su forma libre de ser… más lo amo. Más comprendo que es lo que necesito. Hunter es quien está para mí cuando nuestro padre me apuñala, cuando sus palabras se vuelven el veneno que me empuja a una dieta extrema o a consumir algo que

me adormezca. Es Hunter quien me abraza y contiene mis pedazos, y eso lo hace valioso, no su puñetera cuenta bancaria.

—Me alegro, Cathy, me alegro tanto por ti.

—¿Y yo puedo hacerlo por ti, Jo? ¿Es Wade el que te mantiene entera cuando nuestro padre te despedaza? —No respondo enseguida, Cathy reformula la pregunta—. ¿Le permites ser ese alguien?

—Quiero que sea ese alguien —reconozco—, y él parece quererlo también.

—¿Y se lo permites? —repite—. Sé que alejas a las personas, Jo. Me has alejado a mí. No sé qué coño te ha pasado, nunca me lo has dicho. Nuestra relación se debilitó después de eso, yo quería que me dejaras entrar y tú empujabas y empujabas.

—Cathy…

—No importa, Jo. Te quiero, y sé que tú a mí. Y como te quiero, no pretendo ser egoísta, no me importa si no soy yo quien abra esa puerta, mientras alguien lo haga. Y si Wade Davenport es quien lo consiga, yo lo llamaré hermano.

—Si Hunter es quien te sostiene cuando el mundo se sacude bajo tus pies, él también es mi hermano, Cathy.

—Te quiero —dice, cambiando el tono serio de la conversación—. Terminaré esta llamada ahora mismo y, cuando vuelvas a marcar, hazlo para contarme que te has comprado al fin los zapatos verde lima que no combinan con tu armario, ¿vale? Que nuestro padre no nos robe ni el tiempo de una charla.

—Vale —Sonrió—, te llamaré cuando los compre.

—Yo te ayudaré a vestirlos. ¡Ya verás! Es el color de la temporada.

—¡Eso dices de todos los colores!

La charla se termina con una promesa. Pienso que estoy segura, que he sobrevivido al embiste de mi padre: estoy entera.

Pues no. Empiezo sin darme cuenta, salteo el pescado y, a medida que se cuece, me lo llevo a la boca. Recién entonces caigo en que estoy teniendo un atracón, aun así, no lo puedo controlar. La culpa arrecia, ¡me he cargado la cena! Ya empiezo a cargarme lo bueno con Wade, y a cada pensamiento negativo le sigue un bocado. Pan, natilla, queso, fruta, los restos de mi almuerzo, la ensalada de mi menú de mañana, una lata de atún a la que le agrego mayonesa en el mismo recipiente antes de hincar el tenedor con furia.

El monstruo ha despertado, llevaba demasiado tiempo adormecido. Pero no le puedo pedir a Wade que dome mis fantasmas, es demasiada responsabilidad, soy yo quien tiene que combatir. Hoy no puedo, esta batalla la gana él y cuando mis tripas duelen de tanto comer, me ovillo patéticamente en

el suelo de la cocina, viendo los cadáveres de envoltorios vacíos y me cubro el rostro con frustración.

Quiero llorar, las lágrimas no acuden. Solo un hambre insaciable y un deseo irrefrenable de clavar las uñas en mi piel y castigarme por la debilidad.

Así me encuentra Wade, en su mirada se lee el desconcierto.

—Te he mentido —reconozco alzando mis ojos. Las puñeteras lágrimas deciden brotar—. No fui sincera, no solo duermo con pijama de corazones púrpuras, también soy esto.

Wade se acuclilla a mi lado, me aparta el cabello y me alza el mentón.

—Todo lo que te hace a ti ser tú es lo que me hace a mí quererte, Josephine Hayworth.

Wade

Mis palabras nos toman a los dos por sorpresa. Yo lo sé hace tiempo, sé que la quiero, como también sabía que Josephine no había terminado de abrirse conmigo. Se reservaba algo, y, tal vez por eso, por la cobardía de ser el primero en dar todo, me reservaba mi confesión.

Ya no. No en este momento, no cuando es evidente que necesita saberlo. Me siento a su lado, en el suelo, con la espalda apoyada en los muebles de cocina. Jo esconde su rostro entre las rodillas, sus rizos la cubren por completo. Soy incapaz de determinar si llora o si simplemente está así, pendida en el tiempo.

—Es injusto —Su voz me llega ahogada—. Es muy injusto para ti.

—¿Para mí? —La imito en posición, solo que en lugar de esconder mi rostro lo apoyo de lado, para observarla.

—Siempre supe que debería dar más en una relación si quería que funcionara, para compensar todo lo que me falta.

—Jo… —la detengo, pero ella no me escucha.

—En cambio a ti no te he dado más que problemas. Has tenido que insistir para que aceptara una cita, luego la cita fue un fiasco, has tenido que pasar meses sin sexo y ahora… ¡ahora esto! —gruñe con frustración—. ¿Y yo?, ¿qué coño te he dado yo?

Poso mi cabeza contra el mueble.

—A ti, Jo. Me has dado más de ti de lo que le has entregado a cualquiera y eso es un tesoro.

—Sabes que…

—Lo que sé, Josephine, es que crees que no eres suficiente, ¿vale? —la interrumpo—, pero ¿sabes?, algunas veces no eres la más lista de la sala. En ocasiones, el más listo soy yo. Y en este asunto, quien tiene razón soy yo. Punto. No solo *vales la pena* —le digo, al tiempo que le aparto un par de rizos —. Vales la alegría, vales la felicidad, vales las tristezas, los momentos buenos, los malos, los más o menos. Vales las películas en el sofá y las salidas a restoranes pijos, los pijamas de corazones y los de seda. Vales el sexo y las noches de solo abrazos, joder. Vales la vida y la mereces. Así que déjate de gilipolleces, Jo, porque esto no es un contrato comercial. No es una prestación de servicios. Es una relación y ¿qué es lo justo en una relación?

Por fin se vuelve hacia mí, puedo ver sus ojos brillantes con las lágrimas aún atrapadas en ellos. No llora. No. Josephine Hayworth no llora, ha aprendido a los golpes que debe mostrarse fuerte; tiene pasta de vaquera. Ahora le falta aprender que los vaqueros también lloramos.

—Es aterrador —reconoce ante la pregunta suspendida en el aire.

—Sí, es aterrador saber que no se puede medir —completo—. Nunca sabrás si yo te quiero tanto como tú a mí. Querer siempre es un salto al vacío, Jo. Por eso es tan importante la confianza, ¿con quién darías ese salto? Porque yo sí lo daría contigo. —Le sonrío a medias—. Ya lo he hecho, ¿verdad?

—Sí, ya lo has hecho. Y puedes quedarte tranquilo, he empacado paracaídas para los dos y hasta un par de refuerzos —dice, siguiendo la metáfora.

—Dilo —demando.

—Todo lo que te hace a ti Wade Davenport me hace a mí quererte.

Me acerco a ella para besarla, Jo se aleja un poco y la sostengo desde la nuca. La miro a los ojos, dejándole entrever que no me molesta su boca, esa que minutos atrás fue el arma de su destrucción. Puedo quererla igual, porque es parte de ella. Jo recupera la distancia perdida y nuestras bocas se tocan en un beso.

La ayudo a ponerse de pie. Permanecemos enfrentados unos segundos, antes de que se disponga a recoger los empaques vacíos. Yo intento ayudarla, pero me vuelve a apartar.

—Por favor, necesito hacer esto yo. Es la forma de tomar conciencia de lo que he comido, porque mi cabeza no lo registra —confiesa.

—Vale…

Le cuesta mirarme, pero cada tanto junta valor y lo hace. Recoge, limpia y su actitud va cambiando, reconstruye su escudo, la armadura con la que sale al mundo. Los atracones son algo que queda en la intimidad, que no comparte con nadie y que, por eso mismo, la hacen sentir tan sola.

—Tengo una combinación de dos trastornos —me explica—. Trastorno por atracón y bulimia nerviosa o compensatoria. Las dos comienzan igual, con una ingesta descontrolada de comida, seguida a veces por solo vergüenza y otras, de conductas purgatorias: ejercicio extremo, ayuno, licuados détox…

—¿Desde cuándo? —pregunto, aunque adivino la respuesta.

—Desde entonces. —Se pone los guantes de fregar, coge aire y por primera vez deja los eufemismos y las evasivas—: Desde que me violaron.

Mis puños se cierran a los lados del cuerpo, el corazón se me agita y siento que la ira y la impotencia forman unas lágrimas molestas que pujan por salir. También yo las reprimo, como ella. Porque a mí también me enseñaron a no mostrar debilidad, a tener que ser fuerte por los demás. Las lágrimas no me devolvieron a mi madre ni borrarán la agresión sufrida por Jo. Sé que lo único que calmará esa desazón es la justicia.

—¿Recibes ayuda? —consigo articular.

—¿Terapia? —Asiento con la cabeza—. Fui un par de veces, entiendo lo que me sucede, pero… —Coge el aerosol desinfectante y rocía la encimera—. Pero cuando llegamos al momento de hablar lo que sucedió, abandono. No me gusta hablar de eso. —No puedo evitar sonreír, una sonrisa que engloba un «¿Qué esperabas, Wade?, así es tu Jo»—. Ya… ya… —se adelanta—, que ya sé que de eso va la terapia. Solo… No estoy lista.

—No necesito decirlo, sé que lo entiendes. Únicamente diré que cuando estés lista, me tienes a tu lado, ¿vale?

Permanece en silencio un poco más, mira la bolsa de basura con desagrado.

—Hice las sesiones suficientes para saber que este problema tiene dos aspectos. —Cierra el precinto con fuerza, como si pudiera así dejar su atracón atrapado allí—. Por un lado, está el castigo a mi cuerpo, la idea soterrada de que lo que me pasó fue por ser…

—Hermosa —completo yo.

—¿Bonita? —refuta ella, sin aceptar un cumplido tan grandilocuente.

—Eres hermosa, Jo.

Se vuelve y se apoya en la encimera. No importa cuánto lo niegue, es dueña de una belleza despampanante. Sus ojos azules son de un color único, sus labios perfectos, su nariz respingada y un cuerpo reloj de arena que me enloquece. Y pensar que alguien lo ha profanado, convierte mi deseo en furia.

—Empecé por cubrirlo, usar prendas anchas, tapar cada curva. Dejé de cuidar mi aspecto, incluso de bañarme. —Suelta una risa crítica—. El problema de estar así era que los demás lo veían, y preguntaban, y yo no podía hablar del asunto. Así que mi misma cabeza decidió otra forma de castigarme,

una que pudiéramos mantener en las sombras y en el mismo sitio en donde habitan todas mis vergüenzas.

—Joder, Jo. Me gustaría poder decir algo más que un puñetero «lo siento».

—Lo segundo que empuja este trastorno, según la terapeuta de la Uni…

—¿Pasó en la Universidad?

Jo vacila al darse cuenta de que ha revelado más de lo que esperaba. Asiente lentamente, retoma el relato y, con eso, el control de lo que dice y calla.

—Según la terapeuta, además del cortisol elevado, que es una respuesta hormonal natural por sentirse en peligro y que nos hace engordar, lo que busco es ocupar espacio. Hacerme enorme. Me sentí tan pequeña que… —Se detiene, no está lista para revivir ese momento—. Ya no soy pequeña, ya no soy invisible. Soy jodidamente enorme. Nadie volverá a hacerme daño.

La acerco a mí, la abrazo con fuerza contra mi pecho y lo prometo yo también.

—No, Jo. Nadie volverá jamás a hacerte daño.

Jo

¿Es Wade el que te mantiene entera cuando nuestro padre te despedaza? Sí, lo es. Sus brazos mantienen cada fragmento de mí en su sitio. No puede rearmarme, eso me corresponde a mí, pero puede sostenerme mientras enmiendo mis partes.

—Tendrás que pedir la cena —digo compungida.

—Mi estómago puede esperar.

—Qué suerte la tuya —bromeo.

—El humor de Jo saliendo al rescate —dice, como un relator deportivo. Me río.

—Lo sé, me escudo detrás de él así parece que todo duele menos.

—Es que todo duele menos con una sonrisa, ¿verdad? —Asiento—. Pues déjame ser el que ponga una sonrisa en tus labios.

Me besa suave, sus labios se posan en los míos de manera fugaz. Una vez, otra, hasta que olvido mis pintas, mis lágrimas contenidas y exijo un poco más.

Solo un poco más.

Su boca se apodera de la mía y yo empiezo a olvidar. Olvido el pasado, la conversación con mi padre, el dolor de sentir que hago todo mal. Vivo el presente. Con Wade es fácil hacerlo, porque el presente junto a él es maravilloso.

George lanzó un miedo sobre el futuro. No sé cómo lo hacen, pero los psicópatas siempre lo consiguen. Logran leerte como nadie, y mi progenitor

supo que no había nubes en mi presente, que si quería herirme debía acudir a dos posibles tiempos: el pasado y el futuro.

Pero Wade es un rival invencible, sus besos, sus caricias, su compañía no solo me anclan al presente, me hacen sentir tan viva que no hay terapia mindfulness que le venza, sino que construye promesas a futuro. Promete que el próximo beso será más hondo, la próxima caricia más sentida, el próximo orgasmo más intenso. Junto a él siempre iremos a más.

Me quita la camiseta por encima de la cabeza, yo desabrocho su camisa. Dejamos un reguero de ropas de camino a la habitación. La cama, escenario de tantos encuentros, queda para después.

—Tengo que bañarme —digo. Lamento tener que romper el momento, pero este es mi límite. Tal vez no huela a comida como creo, tal vez esté todo en mi cabeza, sin embargo, no puedo evitar la sensación de estar sucia como me sucede siempre después de un episodio.

—Pero no tienes por qué hacerlo sola.

Vamos juntos al baño. Nos quitamos la ropa interior y optamos por la ducha en lugar de la tina. El agua cae sobre nosotros y el agua se cuela por entre nuestras bocas pegadas.

—Tendremos que acordar un punto medio —digo y manipulo los grifos—, entre el mismísimo infierno que es la temperatura de mis baños y lo mismo daría el ártico que es como te bañas tú.

Wade se ríe.

—Todo sea por tenerte así —accede. Aunque ese *término medio* es para él demasiado caliente. Soy yo quien recibe mayor cantidad de agua y de caricias. Wade coge mi jabón de ducha y, en lugar de emplear la esponja, lo echa en sus manos. Hace espuma antes de pasarlo por mi cuerpo—. Date la vuelta —pide. Su voz suena más ronca ahora.

Acato su orden, poso las manos en los azulejos y él se empeña en enjabonar mi espalda. Hace un poco de presión, lo que convierte la caricia en un masaje relajante. Suelto el aire y me dejo caer sobre su pecho, pegando mi espalda a él. Siento sus manos viajar ahora hacia delante de mi cuerpo, acuna mis senos y, con la espuma, traza círculos de fuego en mis pezones.

Su polla presiona, dura, más caliente que el agua, por encima de mis nalgas. Desearía que ponerme de puntitas de pie bastara para poder acunarla entre ellas, sentir el roce ardiente, pero Wade es demasiado alto, incluso para mí que supero la media.

Tan solo resta disfrutar. ¡Qué pena!, ¿verdad? Gozar de estas caricias, de estos estímulos que ya no me aterran. El agua se lleva el jabón, y recién entonces la mano de Wade se dirige a mi coño. Me abre los labios, busca el

clítoris que late con furia, ansioso por estas atenciones. El calor del agua se suma como un aliciente, los gemidos quedan ahogados por el ruido de la ducha.

Sus dedos trazan círculos en ese punto, primero lentos, tortuosos, hasta que la humedad entre mis labios es resbaladiza, producto puramente de mi placer. Recién en ese momento, sabedor de que la lubricación ayudará, intensifica la presión y velocidad hasta conducirme a la locura.

Extiendo mis brazos hacia atrás, me aferro a su nuca, mi espalda se arquea por completo y me debato entre cerrar los muslos para atrapar su mano por siempre entre ellos o abrirme más, y más, hasta darle acceso completo a mi coño.

Wade elige por mí. Su otra mano se cuela por detrás, introduce un dedo en mí. Luego otro. Me abre por completo, sin dejar de castigar mi clítoris.

—Wade —suelto su nombre en una súplica—. Wade…

—Sí, Jo. Soy yo —me susurra al oído y me corro. Un orgasmo devastador atraviesa mi cuerpo y siento que su mano en mi coño es lo único que me mantiene erguida. Sí, él. Solo él. Es el único con quien me siento segura, es el dueño de mis orgasmos, es a quien puedo entregarme sin miedo.

Saca los dedos de dentro de mí unos segundos después del último espasmo. Me vuelvo hacia él, sus pupilas dilatadas por el deseo. Su polla dura, brillante. Cada músculo de su cuerpo tenso me obsequia esa imagen de estatua que ni Leonardo Da Vinci podría haber esculpido mejor. Bajo la temperatura del agua y lo insto a ocupar el espacio que hasta recién ocupé yo. Disfruto de cada instante de tocar su cuerpo con mis manos, de ver su piel resplandecer por la humedad.

Me arrodillo frente a él, alzo mi mirada, quiero que nuestros ojos hagan contacto cuanto me lleve su polla a la boca. Abro mis labios, saco la lengua y trazo círculos sobre su glande. Me lo meto hondo en la boca, tanto como me cabe. Sus dedos se enredan en mis cabellos, su mandíbula se tensa.

—Quiero follarte —ruega.

—¿De verdad?, ¿quieres que me detenga ahora? —le pregunto y vuelvo a llevarlo profundo. No se decide, pero ¿por qué hacerlo?—. Esto es lo bueno entre nosotros —le digo, y empuño su polla con mi mano. Lo acaricio todo a lo largo, lento, antes de depositar otro beso en la punta—, tenemos futuro. Tenemos después, Wade. No hay que elegir cuando podemos tenerlo todo.

Lo vuelvo a introducir en mi boca, pero esta vez sin apartar mi mano. Mi lengua estimula su glande y mi mano le otorga la fricción necesaria. Siento su tensión, su trasero prieto, sus abdominales marcados. Empujo su polla hasta el límite de mi garganta y recibo su tibio placer.

El ronco sonido que emite es mi gloria. Me incorporo lentamente, y su mirada ardiente me hace sonreír. Me besa una vez más antes de soltar:

—Has hecho una promesa, Jo…

—Y yo soy una mujer de palabra. Podemos tenerlo todo.

Y con ese juramento, nos secamos antes de ir a la cama.

No volvemos a hacer el amor. Mi cuerpo ha decidido que fueron demasiadas emociones por hoy. Wade se acurruca a mi lado, me abraza mientras el sueño se abre camino y adormece mi mente.

—¿Pasó algo hoy o esto te sucede sin previo aviso? —me pregunta. Su voz me llega desde detrás, estamos en posición de cuchara.

—Me llamó mi padre. —El silencio me invita a seguir, empiezo por lo evidente—: No nos llevamos bien.

—Lo siento.

—También la llamó a Cathy.

—¿Ella está bien?

—Me dijo que sí, y así sonaba. Estaba cabreada, es mucho mejor que triste. —Lo escucho reír detrás de mí.

—¿Y tú, estás cabreada o triste?

—Triste, pero empiezo a cabrearme y eso es bueno.

—Está mucho mejor —coincide.

—Mi madre nos abandonó —susurro, hablo bajo, el sueño me está venciendo—. Cuando éramos pequeñas con Cathy mi madre decidió que tenía suficiente con esa vida de mujer tradicional, que ella quería ser profesional, recogió sus cosas y se fue a Europa. —Me ovillo un poco más, mi pijama de algodón se siente suave y confortable—. Sé que nunca es tarde para descubrir qué quieres, pero no puedes hacer como si no tuvieras un pasado. No puedes olvidarte de que tienes dos hijas. Además, con el dinero que teníamos… ¡que tenemos! —gruño—, ni siquiera debía elegir entre su carrera o nosotras. Igual nos educó un batallón de nanas y criadas en Carolina del Norte.

—Joder, Jo.

—Podría sentir empatía por mi padre, si no fuese porque tampoco nos quería. Nos tuvo porque éramos el ingrediente de su vida de postal americana, pero cuando mi madre nos dejó, pasamos a ser el recuerdo constante de su fracaso. No podía *empezar* con otra mujer, siempre sobraríamos nosotras, las hijas de la mujer que lo abandonó. Nos odia —reconozco—. A mi madre no le importamos y mi padre nos detesta. Perfecto. —Wade me acaricia el cabello, guarda silencio y se lo agradezco. Además, ¿qué puede decir? ¿al menos tienes madre? La vida es una putada a veces; otras, en cambio, es una pasada. El

abrazo de Wade es una pasada, poder hablarlo con él es una pasada—. Eso nos marcó a las dos. Cathy intentó complacerlo, convertirse en esa mujer objeto que no fue nuestra madre, pensando que así se ganaría su afecto. Nunca es suficiente con George. Yo, por mi parte, quise ser profesional. Jamás me lo perdonó, para él esto es *justificar* a mi madre, ser como ella. Me castiga en cada conversación por eso. Hoy… —Suspiro—, hoy me dijo que qué haré cuando tú quieras volver al rancho y yo pretenda seguir siendo una profesional. Dio por hecho que te dejaré, que haré lo mismo que hizo nuestra madre.

—No tienes que elegir entre tu profesión o yo, Jo. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento con la cabeza.

—Por eso —sonrío—, podemos tenerlo todo. A veces no todo a la vez, pero, si nos lo proponemos, una cosa a la vez, conquistaremos el mundo.

—Ahora tú conquista el descanso, y mañana seguimos nuestra avanzada. ¿Vale?

—Y tú ve a comer, ¿vale?

Lo siento deslizarse fuera de la cama, no hay desarraigo, porque con Wade siempre hay mañana.

CAPÍTULO DIECISIETE

Jo

—Perdón el atrevimiento —dice la voz al otro lado del teléfono—, pero te necesitamos.

—Claro —respondo con una sonrisa—, voy en camino. Y no es atrevimiento, le recuerdo que estoy en deuda, señor Davenport.

Ryan Davenport no deja pasar la ocasión.

—Esperaba otra respuesta.

—¿Sí, cuál? —pregunto dudosa.

—Que no es atrevimiento porque somos familia. —Me quedo sin palabras —. Ay, estos jóvenes de hoy… —se queja—, el tiempo que pierden por no coger el toro por las astas. —Sin dejarme objetar, finaliza la llamada—: Te esperamos en Fort Creek.

—Allí estaré.

No lo dudo un segundo. Llamo a Sophie y cancelo mis actividades del día, algunas ventajas tienen que existir de ser tu propia jefa, ¿verdad?, y recojo mis cosas para pasar una breve temporada en el rancho Davenport. Ya sin nieve de por medio, ya sin incomodidad ni pullas. Solo unos días de vorágine vaquera.

«¿Te ha llamado mi padre, verdad?» es el mensaje de Wade.

«Y estoy en camino».

«No es necesario, no es la primera vez que me encargo de esto».

«Pero ahora no tienes que hacerlo solo», es mi penúltimo mensaje, porque antes de que Wade siga discutiendo, lo amenazo: «Y si escucho una queja más, apagaré el móvil, ¿vale?».

Puedo imaginarlo poniendo los ojos en blanco y bufando. También puedo figurármelo estresado, dando todo de sí para que el evento salga perfecto. Es importante para todos los Davenport, pero más para él. Antes era su madre quien se encargaba de ello.

Pijamas, ropa interior, prendas prácticas para las jornadas de trabajo, un par de atuendos más elegantes —aunque no demasiado— para las noches de eventos y lista. ¡A recorrer las millas que separan Omaha del rancho Davenport!

Es un viaje de poco más de una hora si hay buen tiempo. Pienso en que, en las grandes ciudades, con los atascos, a veces se demora más y evaporo así el miedo irracional que ha instaurado George en mi cabeza. ¿Qué tal si Wade

decide dejar Omaha e instalarse en el rancho?, pues no pasará nada, pues cogeré mi camioneta los días que me necesiten en el laboratorio y haré remoto los trabajos de documentación y santo remedio.

Tan sencillo como eso. Tan simple como querer que las cosas funcionen. Algo que mi madre no quiso cuando cogió sus cosas y se marchó. No nos abandonó por su carrera, nos abandonó porque no nos quería. Cathy tiene razón, debemos asumir que somos huérfanas con padres vivos, nos ahorraremos muchos malos tragos.

El paisaje hacia el rancho es hermoso. Campos labrados a los lados, animales pastando libres, construcciones de madera pintadas de rojo y blanco y una carretera con poco tránsito que te hace pensar en esas novelas *road trip* tan características de América.

Por supuesto, la hora la hago escuchando música country. La lista de reproducción de Wade ha invadido por completo mi Spotify. Suena «On My Way to You» de Cody Johnson, que canto desentonando cada nota.

Según las instrucciones de Ryan Davenport, no debo ir al rancho, sino al pueblo que está a un par de millas de distancia. Un letrero en la carretera me indica que he llegado y, luego, otro mucho más grande señala el pueblo.

Reduzco la velocidad. Las calles son anchas, diseñadas para las grandes camionetas. El centro urbano es pequeño: la iglesia, la oficina de correos, el ayuntamiento y una plaza con un monumento a algún fundador. Los comercios son acogedores, mantienen las fachadas de madera, que se confunden con las casas.

Un nuevo letrero, esta vez temporal, me señala el camino: «Feria de primavera Fort Creek». Se celebra en el recinto junto a la escuela, donde suelen organizarse casi todos los eventos de la zona. Un viejo granero mantenido por los lugareños ofrece refugio en caso de lluvia, pero, por fortuna, el pronóstico no anuncia mal tiempo.

Enseguida diviso la camioneta de Wade y los camiones, caravanas y demás vehículos de los trabajadores. Aparco junto a los demás, recojo mi sombrero y bajo de un salto hasta que mis botas camperas tocan el suelo. Estoy hecha toda una cowgirl. En el fondo, siempre lo he sido. Carolina del Norte también tiene su historia con la tierra, aunque algunas personas, como mi padre, parecen haberla olvidado.

Avanzo hacia el epicentro y todas las miradas se posan en mí. El silencio se va abriendo paso a cada paso que doy; los presentes me observan y supongo que esa tensión alerta a Wade. Se vuelve hacia mí, me sonríe, deja lo que está haciendo y viene a mi encuentro.

Cuando su boca toca la mía, los trabajadores irrumpen en vitoreas y aplausos que me hacen poner roja como un tomate maduro.

—Hace mucho que esperan que alguien pesque a este Davenport —me susurra al bajar su boca hasta mi oído.

—Creo que hoy esperan alguien que te dome, vaquero —bromeo. Le cojo la mano y lo regreso a su lugar. Allí dos capataces aguardan por más instrucciones.

Enseguida comprendo el asunto. Con la temporada de ranchos en auge, faltan manos para montar los puestos de la feria de primavera. Le brindan dos opciones, montar las más importantes en madera y las demás, en carpas o reducir la exposición.

—Ninguna opción es válida —reniega Wade—. En Fort Creek no hacemos diferencias, no hay puestos *de primera* y puestos *de segunda*. Es el sentido de esta feria, que productores locales puedan recibir la misma atención que los grandes.

—Lo sabemos, señor Davenport, pero…

—¿Cuántos puestos son? —intervengo.

—Ochenta y tres, si no contamos los de comida que estarán en el interior del granero.

—¿Y cuánto lleva montar cada uno?

—Depende de las manos.

—Pues aquí tienen dos más, ¿verdad? —insisto. Wade me mira de lado.

—¿No pensarás montar tú misma los puestos?

—Claro, ¿por qué no? Además, seguro pensaste en hacerlo tú.

—Ya, pero yo soy… —Me río antes de que termine la frase, suelta la última palabra a sabiendas de que se ha metido en un berenjenal— hombre.

—¿Y las chicas no podemos usar taladros? Venga ya, en marcha… —Le palmeo la espalda—. Además, te vendrá bien un poco de trabajo duro —lo pincho. Luego me vuelvo hacia el capataz—. Y acatar un par de órdenes, para variar. Suelte la primera.

El capataz duda en poner a trabajar a la *chica Davenport*, y también de darle órdenes a Wade. Es Wade quien, con un bufido, da el visto bueno.

—¿Con dos manos más alcanzan?

—No —se suma una nueva voz—, por eso estoy yo aquí. —Una muchacha pelirroja se suma, haciendo girar un destornillador eléctrico como si fuera una pistola en el lejano oeste.

—Maddie, ¿mi hermano? Ni lo digas —Rueda los ojos—, con mi sobrina.

—Qué comes que adivinas. —La mujer se ríe—. Dice que le está enseñando a Michelle el trabajo del rancho y nada mejor que hacerlo con la

temporada a tope.

—¡Tiene menos de un año!

—Lo séééé —se mofa la mujer. Luego se encoje de hombros—. Pero es tan mono verlo con la mochila portabebés… Y, no lo niego, un poco de vacaciones de la maternidad me sienta de maravillas.

—¿A esto llamas vacaciones? —Otra voz femenina se suma a la función. Detrás de la mujer, un adolescente de actitud superada mira a Wade con arrogancia—. Me ha llegado la señal de auxilio.

—Mi padre llamó a la caballeriza, supongo que pensó que no podía con el asunto.

—Me dijo el abuelo que por aquí necesitan un hombre que resuelva —se mofa el jovencito. Wade suelta una carcajada, lo captura en un abrazo tosco, de esos que se dan los hombres y le golpea el sombrero blanco hasta hacerlo volar por los aires. Con el puño lo despeina.

—Tú has venido a conocer a Jo, hombrecito, porque en el fondo eres un cotilla.

—A eso hemos venido todas —dice la mujer, quien evidentemente es la madre del adolescente. Se acerca a mí, me extiende la mano—. Eliza Pearsoll. Y, para tu información, Wade, no hemos venido a salvarte a ti, sino a ellos —Señala a los trabajadores—, que ya sabemos cómo te pones cuando las cosas no marchan de maravillas.

Le estrecho la mano.

—Josephine Hayworth.

—A mí me conoces, aunque me has visto solo de lejos —dice la pelirroja.

—Sí, Maddie Davenport. —La esposa de Blaze, quien le prestó ropa a mi hermana la noche de la tormenta—. Ahora sí tenemos manos suficientes.

Los hombres dudan, no pueden con su machismo. Wade ya ha metido la pata, se asegura de mantener su bocaza cerrada conmigo.

—Veremos, mientras antes empecemos, antes sabremos si llegamos.

—El único que siempre pierde es el que no lo intenta —dice Eliza.

—Maaaa —se queja Ryan y pone los ojos en blanco—. Ya empezaste con tus frases de taza.

—Te encantan mis frases de taza —replica la mujer—. ¡Manos a la obra!

La desconfianza sobre que seamos tres mujeres trabajando se evapora al instante. Demostramos ser más que capaces de vérnoslas con taladros y destornilladores eléctricos. Incluso de hacer fuerza, aunque la mayoría de ellos no nos permiten siquiera probarlo.

A medida que trabajamos, conversamos con las mujeres. La historia de Maddie es, por desgracia, conocida. Ha sido un escándalo a todo lo alto en

Nebraska, debido a que fue escort antes de conocer a Blaze. La de Eliza me cabrea por completo, es la exesposa de Roman, el mayor de los hermanos Davenport y oveja negra de la familia. Lo que le ha hecho a ella y al pequeño Ryan —que comparte nombre con su abuelo— es imperdonable. Lo cual se comprueba porque, de hecho, los Davenport no se lo han perdonado. El vínculo está roto con Roman, no así con Ryan. El viejo Davenport hace lo posible para que su nieto forme parte de la familia sin importar las acciones de su padre.

Eliza, por su parte, ha desterrado cualquier rencor. Casada con un vaquero a toda regla, ha rehecho su vida y es feliz.

Feliz y muy apta para los trabajos pesados. De nosotras, es quien mejor maneja las herramientas.

—¿Y tú?, ¿cuál es tu historia? —pregunta con genuino interés.

—Una niña pija de Carolina del Norte —reconozco. Siento algo de pudor por mi vida de privilegios al lado de ellas y supongo que se me nota.

—Mmm, niña pija no es lo mismo que niña mimada —interviene Maddie. Sostiene con su rodilla una tabla y empuja con su destornillador hasta afianzarla con la base—. Una niña mimada no aguantaría ni cinco minutos a mi cuñado.

Eliza sonríe.

—O Wade no la aguantaría ni cinco minutos. Aunque esté bufando en estos momentos —dice y lanza una mirada hacia Wade—, adora que te hayas puesto manos a la obra.

—Es la dicotomía de los Davenport… —agrega Maddie—, quieren a alguien que se coma el mundo con su actitud, para ser ellos luego los que ponen el mundo a tus pies.

—No fue el Davenport que me tocó —bromea Eliza.

—Supongo que no es una característica propiamente de ellos, sino de los vaqueros —reconozco—. Y según escuché, Roman no tiene pasta de vaquero.

—Tú sí sabes. —Maddie choca su mano enguantada con la mía.

Eliza corta la conversación unos minutos para ir a por la bebida con electrolitos para Ryan. Su hijo se queja de lo *sobreprotectora* de su madre, pero acata la orden. Supongo que Eliza Pearsoll también tiene pasta de vaquera, ¿verdad?, brinda todo sin dejar de exigir que lo merezcas. Ryan tiene un problema congénito en el corazón, lo que ha hecho su madre para protegerlo merece que montemos un monumento en su nombre en el medio de la feria.

La tarde da paso a la noche, y nos valemos de luces de obra para terminar con los puestos.

—¡Lo logramos! —clama Ryan, al poner el último tornillo. Hace un par de pasos de baile y suena los tacones de sus botas levantando el polvo a su alrededor—. ¡La feria de primavera dará inicio!

—Como cada año, será un éxito —completa Eliza. El silencio nos acuna, estamos tan cansados que se nos han terminado las ganas de hacer bromas y conversar.

Recogemos las cosas, nos montamos a las camionetas y nos marchamos. Eliza y Ryan se despiden en la intersección, el camino a su rancho es hacia el otro lado. Yo sigo las dos camionetas Davenport, nuestras luces son las únicas que rompen la noche.

Jo

La feria es fantástica. Aunque ha estado activa todo el día, es por la tarde cuando la actividad alcanza su punto álgido. La mayoría de los ranchos de la zona están en temporada alta y trabajan hasta el anochecer. Después, sin dudarlo, cogen sus camionetas y se acercan al lugar.

Los Davenport son las estrellas; me hace cierta gracia que los vean como los Kardashian de Nebraska, con la salvedad de que en ellos nada es ostentoso. Por eso sus vecinos los quieren y respetan; en ellos no hay esa desmesura que se ve en la televisión ni esos escándalos de drogas y prostitución que suelen manchar la imagen de los niños ricos. Son la imagen viva del sueño americano: el trabajo duro y la visión de futuro dan sus frutos. Representan la esperanza, cada vez más menguada, en un mundo de dinero fácil, exceso y postureo.

Ahora que el sol ha bajado, las luces de los puestos brillan, los aromas se mezclan y la música queda ahogada por el ruido de las animadas conversaciones.

—¿Te dije que te ves asombrosa hoy? —me dice Wade.

—Unas dieciocho veces.

—Tengo que mejorar mi marca. ¡Te ves asombrosa hoy!

—Tú también. —Y vaya si se ve guapo con su sombrero negro, su camisa blanca arremetida en los vaqueros, el cinturón de hebilla de plata y sus botas camperas. Ha reemplazado el bléiser por una chaqueta de cuero que completa el atuendo a la perfección. Yo, en cambio, no puedo quitarme el estilo de Carolina del Norte; esa apariencia de dinero antiguo, de estirpe fundadora, con pantalones de gabardina, camisa impoluta y pocas joyas discretas. Eso sí, he sumado el sombrero para no desentonar.

Las miradas curiosas se posan en nosotros, soy una atracción más en la feria. La novia del más esquivo de los Davenport.

—¡Vaya! —me acerco a un puesto—. Buenas noches —saludo al rudo hombre al otro lado. El vaquero de pura cepa parece sonrojarse como un niño y perder toda la rudeza. Cojo uno de los folletos, pero enseguida voy al punto de mi atención—. Este pienso es excelente.

—McCombell —saluda Wade.

—Señor Davenport. —La voz le tiembla un poco. Yo ruedo los ojos ante esas reacciones desmedidas—. Gracias, señorita Hayworth. Verá, ahora trabajo con este pienso por pedido de Pearsoll, pero ha funcionado tan bien en su rancho que ahora es la estrella de mi local.

—No me sorprende. —Conversamos sobre el modo en que los probióticos ayudan a disminuir el uso de antibióticos en los animales—. El balance entre bacterias *buenas* y *malas* es el secreto…

Al vernos aquí, muchas otras personas se acercan. Tras saludar a McCombell, el puesto está repleto de gente que quiere saber qué ha llamado nuestra atención.

—McCombell hará un buen año —dice Wade, realmente feliz por eso.

—Lo merece, es muy difícil cambiar la forma en que se hacen las cosas en los ranchos. No culpo a los vaqueros por ser conservadores, cuando es tan evidente que el mundo de las finanzas arrasa con el trabajo real, pero a veces todo se reduce a adaptarse o morir.

—Tienes razón, aunque reconozco que, a veces, hasta a mí me cuesta. Dean Pearsoll fue quien le pidió a McCombell ese pienso, pasó una temporada en California cuando era marine y regresó con la mente más abierta a otras formas de trabajar.

Dean Pearsoll es el actual marido de Eliza y padrastro de Ryan. El costo de su paso por California y los marines fue alto, pero también en él el trabajo duro, tanto de la tierra como en él mismo, tuvo su recompensa.

—Ahora tú estás probando una nueva forma de alimentar al ganado, ¿recuerdas? —bromeo.

—Con la mejor especialista. —Avanzamos hasta un puesto de algodón de azúcar. Si no comes uno, ¿has estado en una feria en realidad? Ordena uno para compartir, lo cual es un error, pues los dos somos golosos y terminamos peleando por el palillo como dos niños.

—La feria es un éxito.

—Siempre lo es —coincide Wade—. Fue idea de mi madre, siempre sabía lo que Fort Creek necesitaba.

Cada vez que habla de Caroline Davenport, su voz se tiñe de orgullo y nostalgia. Hago silencio, sé que espera a ordenar las emociones antes de hablar.

—Es cierto que los Davenport nos hemos currado nuestro lugar, pero también es cierto que hubo un par de momentos de suerte. Si fuera por trabajo duro, todos aquí serían millonarios —dice—. Por eso, para mi madre era importante retribuir, ser quizá ese *golpe de suerte* para alguien más. De eso se trata esta feria, de que McCombell pueda tener un puesto junto a Cargill, que los locales accedan a esos mercados que parecen solo posibles para los grandes. Muchos empresarios, políticos y personas de influencia vendrán para congraciarse con nosotros, pues bien, que de paso aprendan un poco sobre el trabajo real y vean el mundo de posibilidades que está oculto porque queda demasiado lejos de las grandes ciudades.

No puedo hacer más que asentir. Yo misma he empezado una empresa de cero, sin valerme de los contactos de mi padre. He cambiado de estado por eso, porque no quería saber nada con las influencias. Me ha costado mucho abrirme camino, con la ventaja de tener a mi favor estudios y contactos forjados en una de las universidades más prestigiosas del país. Incluso cuando creemos que empezamos de cero, lo hacemos sobre bases desiguales. Lo que hacen los Davenport en esta feria es tratar de igualar las bases, para que luego dependa más del esfuerzo que de la suerte dar el batacazo.

Llegamos al granero rojo, que es el centro de diversión. Allí están los puestos de comida, una pista de baile y…

Un chillido nos hace acercarnos. Lo hacemos entre espantados y sonrientes.

—¡Por Dios!, ser madre es tratar de mantener con vida a un ser que atenta contra la suya todo el tiempo —se queja Eliza. A su lado, Dean arenga al muchacho que está sobre el toro mecánico.

—¡Ryan, joder! —lo reprende Wade, pero en el fondo reluce de orgullo.

—Esto es para principiantes, tío. —Dean se ríe, Ryan no lo duda, y se incorpora sobre el toro mecánico. Los aplausos y silbidos lo acompañan. Yo enmudezco, jamás vi a alguien tan habilidoso en mi vida.

El muchacho se pone de pie sobre el toro mecánico, no se aferra a nada, simplemente sigue el movimiento del juego y, por las leyes físicas de acción y reacción, consigue siempre mantenerse sobre el lomo pulido.

—Hey, hey, hey… —clama el público; Ryan se debe a él, danza sobre la máquina y se quita el sombrero con increíble gracia. Sus botas vaqueras no necesitan siquiera aferrarse a la montura, pareciera que él mueve el toro y no el toro a él.

Al finalizar el tiempo del juego, da un salto y cae sobre la colchoneta de seguridad. Hace una reverencia a los presentes que irrumpen en aplausos. Yo

entre ellos, mis palmas arden por mi euforia. Ryan se acerca a nosotros, Dean y él chocan puños. Con Wade se saludan como una pulseada. Su madre, en cambio, le da un sonoro beso en la frente sudada, que él acepta con absoluta sumisión.

Un vaquero puede enfrentarse a un toro furioso, pero jamás a una madre protectora. Es mi turno de felicitarlo.

—Eso ha sido increíble… —La mirada de Eliza me quema—, temerario… —me corrijo, y agrego entre dientes—, pero increíble. —Le guiño el ojo.

Ryan carcajea, se posa sobre la valla del juego con actitud relajada y algo engreída. Wade describe a su sobrino como el más Davenport de los Davenport, y yo no puedo más que coincidir. Es quien tiene los ojos más parecidos al color del güisqui, las pecas más marcadas, el cabello con más destellos rojizos y la sonrisa más encantadora. Será la pesadilla de las mujeres en unos años, de momento, es el sueño de las adolescentes. Todas ellas se aseguran de tener *algo que hacer* en las inmediaciones de Ryan.

—Eso no es nada —dice, no de manera soberbia, sino con un verdadero intento de humildad—. Las máquinas se mueven siempre igual. Los toros de verdad son más peligrosos, ¿verdad, Dean?

—No te conviene ir por ahí —reprende su padrastro. Como no sé la historia, me la cuentan y vuelvo a coincidid: ¡Es un Davenport puro!

—¿De verdad has domado un toro con tan solo trece años? —Me quedo de piedra. Eliza parece no querer recordar el evento, así que miro a Wade para que me prometa que me contará el asunto cuando estemos a solas. Wade se encoje de hombros, parece decir: así es Ryan.

De momento, dejamos el asunto, porque algo más importante nos convoca. Una banda de música country local va a empezar su espectáculo. ¡Es hora de bailar! La pista se llena, nosotros nos sumamos y al son de algunas melodías clásicas pasamos una noche increíble.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Wade

Estos tres días junto a Jo han sido maravillosos. Agotadores, sí, pero maravillosos. Regresar al rancho tras estar en la feria, hacer el amor con las últimas energías de un día agotador y caer rendidos en los brazos del otro. Nos hemos probado que esto puede funcionar en todos los escenarios: en la ciudad y en el rancho, con mucho trabajo o con poco, codo a codo o cada cual en lo suyo, en momentos de agobio o en momentos de festejo. El miedo a enamorarse se ha evaporado, la vulnerabilidad pasa a segundo lugar cuando sabes que has hallado a tu compañera.

—Último día —murmuro aún somnoliento. Jo se despereza sobre mí, el roce de su pijama de algodón y de su gorrito de satén me hacen cosquillas. Me río cuando la hago rodar y ocupar el espacio debajo de mí.

—Deja que me quite esto… —pide. Tira del gorro de satén.

—¿Y permitir que mi chica tenga el cabello encrespado esta noche?, ¿qué clase de caballero crees que soy?

Jo carcajea, mientras esquiva sin real gana mis besos. Forcejea debajo de mí quitándose su churro para los rizos, como lo llama. Sus piernas me hacen una llave de lo más deliciosa, nuestras pelvis se tocan y ya no tengo humor de jugar. Al menos no ese juego, uno nuevo da comienzo cuando sus rizos caen como una cascada rubia por su espalda y sus senos quedan al descubierto por la abertura de su pijama.

—El cojín —me dice y volvemos a reír. La cama de mi habitación tiene un enorme respaldar de madera que insiste en golpear la pared y delatar nuestras actividades matutinas… y nocturnas… y si no fuese por la maldita feria…

Las risas mutan a gemidos, las respiraciones se agitan, los cuerpos se acompasan. Las palabras ya no son necesarias, aprendimos a leernos, a adivinar y adelantarnos a nuestras necesidades. Jo sabe que siempre la espero para el orgasmo, me gusta verla alcanzar la cima, solo entonces me dejo caer yo también. Se tensa en mis brazos y suelta un suspiro con el primer espasmo, ese suspiro que es música para mis oídos y el desencadenante de mi placer.

—Aún no —pide cuando me dispongo a rodar para quitarle mi peso de encima. Me contiene sobre ella, entre sus piernas y brazos. Yo intento hacerme más liviano, no dejar caer noventa kilos de huesos y músculos sobre ella, pero Jo es de otra opinión. Lo recibe dichosa, como si yo estuviera relleno de pluma

—. Vale, ahora sí —dice cuando la alarma de su móvil le recuerda las tareas del día. Yo acato y ella me obsequia un adorable berrinche—. No quiero que se termine…

—No necesitamos una feria para venir aquí —le recuerdo.

—Lo sé, pero la feria me da la excusa para no sentirme culpable con Sophie. ¡La he dejado sola con todo el trabajo!

—Delegar es parte de ser jefa, Jo.

—Odio ser jefa, Wade. Por eso contraté a Louis, para que haga ese trabajo.

Me hecho a reír, voy al baño en suite y dejo la puerta arrimada mientras me meto a la ducha.

—Sabes que eso implica que eres la jefa de Louis también, ¿no?

—Pues le pago para fingir que no; tendré que reprenderlo y exigirle que la próxima vez que me tome tres días libres me reprenda. —Su voz me llega más cerca, está detrás de mí. Siento sus manos enjabonadas en mi espalda.

—Tus rizos… —es lo único que puedo decir.

—Me los recogeré. Tengo prioridades.

—Me gustan tus prioridades —respondo y me vuelvo hacia ella. Mi deseo regresa intacto, el de ella también, y el baño se convierte en un nuevo escenario sexual.

El último día de la feria es el más concurrido. Un espectáculo de fuegos artificiales dará por cerrado el evento, antes de estos, personalidades importantes de Nebraska hablarán en el escenario. Empresarios, políticos, figuras que han triunfado fuera y dentro del Estado. Una vez más, la idea es que esos hombres que parecen inalcanzables para muchos se relacionen con los locales, se puedan tejer vínculos comerciales que hagan a todos crecer.

Tanto así que hasta Blaze asistirá. Claro que no dará un discurso, moriría ante la idea, pero aceptará un par de apretones de mano y palmadas en la espalda antes de huir a refugiarse.

—Ven, antes de que tenga que ir a adular políticos —pido—, vamos a bailar. —Le hago una seña a la banda, y ellos se encargan del resto.

—Ahora tocaremos algo más lento a pedido de Wade Davenport —dice el cantante—. Para ti, Josephine. —El público aplaude y Jo se sonroja. Yo la hago girar en la pista y comienza a sonar «Cowboys and Angels» de Dustin Lynch.

And she's the girl of my dreams,
Y ella es la chica de mis sueños,
And I'm the guy from hers, it seems.

Y yo soy el chico de los suyos, al parecer.
I'm a little bit of Nebraska,
Yo soy un poco de Nebraska,
A little bit of "hell, I don't know,"
Un poco de "qué diablos, no lo sé",
And a whole lot of "ready to go."
Y un montón de "estoy listo para irme".
There's a reason why God made,
Hay una razón por la que Dios hizo
Cowboys and angels.
A los vaqueros y a los ángeles.
They're a match made in heaven,
Son una pareja hecha en el cielo,
Between the dust and the clouds.
Entre el polvo y las nubes.

Cuando la beso el estruendo ahoga la voz del cantante. Jo ríe nerviosa y feliz, y yo estoy en el cielo por ser quien despierta eso en ella.

—Ahora sí, tendrás que perdonarme, el deber me llama.

Dean se acerca y le pide un baile, le doy una palmada en la espalda mientras suelto un:

—Gracias, Pearsoll. Te encargo a mi chica, que aquí más de uno le ha echado el ojo.

Dean ríe, haciendo a Jo girar.

—Lo entiendo, pero ese es el secreto de la correcta, Davenport, nunca temer porque son ellas quienes nos elijen.

Miro a Jo y lo entiendo. Joder, ¡qué humilde se siente uno cuando lo aman! Me marcho, pero a mis espaldas escucho el retazo de conversación.

—Lo has dejado sin palabras —dice Jo.

—No fui yo, ma'am. No fui yo…

Llego a la parte trasera del escenario con ganas de cerrar el asunto para poder regresar junto a Jo. Allí se encuentra MaryAnn, la secretaria de Blaze, quien en estos asuntos se desempeña mejor que Alice, mi secretaria de la ciudad. Además, está radiante, porque conocía a mi madre y fueron grandes amigas. Ama esta feria tanto como yo.

—Lo has hecho bien, Wade —me felicita.

—Sí, lo he hecho —acepto el cumplido con engreimiento—. He elegido a la mejor.

MaryAnn sonríe.

—Terminemos con esto, así puedes bailar una más con ella, ¿vale?

—Me has leído la mente.

Me alcanza una carpeta con el cronograma de la noche. Por supuesto será mi padre quien cierre el evento con unas pocas palabras, pero antes hablarán un par de expositores.

—Mira, Wade, tenemos un tema —me dice la mujer—, y es que Aaron Lauder quiere hablar último. Último antes del señor Davenport, claro.

—Claro —Sonrío—, así puede estrecharle la mano cuando sube mi padre y baja él.

—Y sobre todo porque no quiere que su discurso quede empañado por el del oficial Barton.

—¿Me dices que la gente prefiere el heroísmo de un excombatiente americano que el de un jugador de fútbol? ¡No me lo puedo creer! —ironizo. MaryAnn ríe conmigo.

—Oh, Wade. Sé que no debería, pero…

—Venga, MaryAnn, puedes ser honesta conmigo —la animo.

—Es que hay algo en Lauder que no me agrada.

Pongo los ojos en blanco.

—Lo sé, pero ¿no son así todos los políticos? No he conocido a uno que no me dé mala espina —reconozco—. Y por eso, dejaremos a los expositores en este orden. Primero el oficial Barton, pues Estados Unidos y, principalmente, Nebraska le agradece su valor en el frente. Luego Lauder, tras él Nichols que fue nombrado *empresario del futuro* por Forbes y cierra mi padre. Fin, no se discute.

—¡Davenport! —la voz de Lauder me hace volverme hacia él—. Justo hablaba con tu secretaria sobre la presentación.

—Sí, me ha dicho. Ya está solucionado —le digo. Estrecho su mano.

—Entonces, voy antes del gran Davenport…

—No, tras Barton. —Sonrío con mi mejor expresión de tema zanjado, y la mirada que me echa Aaron es asesina. Yo solo ladeo la cabeza. ¿De verdad crees que puedes venir a mi territorio con las presiones de chico poderoso? Ja,Ja.

—Valeee —acepta, estirando las e como una amenaza a futuro. Me brinda otra sonrisa, en su caso la de dientes blancos de político. En serio, deberían plantearse el tema de las carillas, pienso.

—Wade —Josephine se asoma tras el escenario. Se acerca a mí—, tenemos un asunto que te demanda. —Por su expresión, no es grave, solo sonríe—. Alguien ha asaltado a Blaze por sorpresa, Maddie está a cinco segundos de fingir que Michelle está enferma para salvarlo.

MaryAnn suelta una risa.

—Ya me encargo yo —dice—, enseguida regreso.

—Perfecto, así nuestro invitado puede conocer a mi chica —agrego en dirección a Lauder. Acerco a Jo junto a mí, la rodeo con el brazo—. Lauder, ella es Josephine Hayworth, CEO y fundadora de Biofuture, Jo, él es Aaron Lauder, seguro lo conoces…

Lauder extiende la mano para coger la de Jo. Me parece notar la expresión de la mayoría de los hombres al ver la belleza de mi chica, pero antes de que pueda sentir celos o un deseo irrefrenable de marcar territorio como un alfa en una manada, percibo la tensión de Jo.

—Un gusto, señor Lauder —responde Jo, pero el pánico se apodera de su cuerpo. Lo sé, porque lo sentí cuando nos conocimos. Solo que ahora es mil veces peor, no es el miedo de una mujer sola con un hombre desconocido…

—¿Os conocéis? —pregunto, con mis ojos fijos en Jo.

—No lo creo, me acordaría —suelta el capullo de Lauder.

El tiempo se ralentiza, el mundo se abre bajo mis pies y solo una cosa me impide asesinar a Aaron Lauder con todo el Estado de Nebraska como testigo: la mano de Jo en mi vientre, su otra mano en mi antebrazo, sus uñas atravesando la tela de mi chaqueta y clavándose en mi piel. El miedo, el terror, el saber que el mundo de ella se ha desmoronado antes que el mío, y que este temblor que me parte hasta los cimientos es solo el eco del terremoto que destruyó a Jo.

Sin dar explicaciones, ni necesidades de fingir, abrazo con más fuerza a Josephine y la saco de allí. Mientras me alejo, sin detenerme ni un segundo, ni intensiones de quedarme, le ordeno a MaryAnn:

—Lauder no hablará, se cancela su presentación. Aseguraos de que deje la feria, ¿vale?

Blaze me escucha, Maddie intenta preguntar qué sucede, pero es mi hermano quien lo entiende todo sin necesidad de explicaciones. En la mirada de Jo habita un miedo que solo él puede comprender, un terror que atraviesa el tiempo, que es pasado, presente y futuro, y que es en vano combatir solo hay que sobrevivir.

—Ve, yo me en-encargo —sentencia y, afrontando sus propios fantasmas, toma las riendas de la feria.

Wade

Primero Jo, segundo Jo, tercero Jo…

Mi prioridad es que ella esté bien, alejarla de aquello que la daña, aún si debo sosegar mi ira, mi deseo de sangre, el impulso de regresar y moler a golpes al hijo de puta de Aaron Lauder. Porque Josephine no necesita hablar, confesar, confirmar… En el miedo que trasmite su mirada veo reflejado el rostro de ese malnacido.

Conduzco en silencio mientras veo cómo Jo parece hacerse pequeña. Cada fragmento de nuestra historia, cada charla cobra un nuevo sentido.

Jo yendo a *rescatar* a su hermana de alguien que consideró amigo de Lauder.

Jo enfrentando el pavor de quedar a solas con un tío.

Jo y su miedo a las relaciones.

Jo y sus heridas.

Y ahora, al verla hacerse pequeña, recuerdo lo que me explicó sobre su trastorno: «Lo que busco es ocupar espacio. Hacerme enorme. Me sentí tan pequeña…».

Un cruce con ese hijo de puta volvió a hacerla sentir así, y yo solo soy capaz de pensar ¿por qué cojones ese hombre habita el mismo mundo que mi Jo?, si lo mato, haré un favor a la humanidad.

Mis nudillos se ponen blancos en torno al volante, conduzco rápido, casi al límite de lo ilegal. Cuando el ordenador de a bordo chilla, quito apenas la bota del acelerador. Y entonces, Jo habla y me rompe el corazón:

—No sabía que estaría, lo siento.

Lo siento. Se disculpa ella. Pide perdón, como si fuera la culpable.

—Más lo siento yo, cariño. Jamás tendrás que volver a verlo —prometo.

—Lo dudo. Va para senador, ¿verdad?, seguro está en la cima de las encuestas.

Sí, lo está. Joder, un puñetero abusador será senador de los Estados Unidos, el maldito que destruyó la vida de Josephine será uno de los hombres más poderosos del país. ¿Cómo cojones haré para decirle a mi chica que no se sienta pequeña cuando su agresor ostentará semejante poder?

Se coge las rodillas, esconde el mentón entre ellas y mira al horizonte. Llegamos al rancho, que está casi vacío. La mayoría se encuentra en la feria, disfrutando. La culpa me asalta, no lo sabía, claro que no, pero he sido yo quien aceptó que Aaron Lauder viniera a dar su discurso; esas malditas relaciones de poder que se tejen cuando eres uno de los rancheros más ricos del Estado. Necesitas ser amigo de políticos, de empresarios, de personas influyentes, ¿y qué conoces de ellos en realidad? Solo lo que pueden darte: baja de impuestos, una ley más flexible en algún aspecto, una prioridad a la hora de exportar.

Me apresuro a abrir la puerta de la camioneta, Jo baja por sus propios medios. La veo enderezarse, ganar unos dos centímetros de altura de pura rigidez. Cuadra los hombros, conforma su imagen de fortaleza con la que la conocí. Esconde el miedo, la vulnerabilidad.

—No estás sola, Jo. Ya no —le prometo, y mis palabras parecen clavarse como dardos. Eleva sus ojos azules y los clava en los míos, veo en ellos el mar de lágrimas detenido con la fuerza de un dique. Jo no volverá a romperse, no le dará ese poder a su abusador—. Ven, vamos adentro.

—Preferiría quedarme fuera —pide—, necesito aire.

—Vale. —La conduzco a la parte trasera de la casa, allí se encuentra un porche con vistas a las parcelas de plantación. En general somos un rancho ganadero, es nuestra principal actividad, pero a medida que crecemos, ampliamos nuestros negocios. En ocasiones, como el tema de las plantaciones, es una decisión estratégica más que económica: impedir que la tierra se agote y que los animales deban ser alimentados por siempre con pienso.

Jo se sienta en una de las bancas y yo voy a por unas mantas y café. Perderla de vista me genera una sensación de vacío indescriptible. Cuando regreso, está más compuesta. Se ha apoyado en la barandilla y mira la extensión de tierra ante ella. Se vuelve hacia mí y me sonríe. Un gesto suave, apenas alcanza su mirada, pero está allí.

Es tan jodidamente fuerte que solo puedo abrazarla y decirle:

—Te quiero.

—Yo a ti.

Le paso la taza de café y ella la coje entre las dos manos. La brisa nocturna es fresca, pero no helada. El invierno ya dio paso a la primavera, que, aunque en Nebraska tarda en asomar, da sus primeros avances.

—Voy a matarlo —articulo con una tranquilidad que demuestra que no son meras amenazas—, no va a ser senador porque voy a matarlo.

—No lo harás.

—Claro que lo haré.

—Para tu desgracia, Wade, eres buena persona. Y ya lo has dicho, creyente —Me sonríe—, no podrías dañar ni a una mosca. —Compongo un gesto de no estar tan seguro—. Y por eso te quiero.

—Eso es chantaje.

—Vale, entonces te chantajearé para que te comportes.

— Quizá no lo mate porque me lo pides, pero no te prometo que no le haga daño, Jo. He estado con ese hijo de puta en mil ocasiones, en mil reuniones... ¡Él quería...! —Mis manos se cierran con fuerza en torno a la

barandilla—. Él quería retener a tu hermana en esa fiesta, Jo. Joder. Cathy estaba drogada y él…

Sé que debo cerrar el pico. Josephine se tensa tanto que parece a punto de romperse. Una lágrima traspasa el dique y cae por su mejilla. Me acerco, paso mi pulgar y la recojo como un tesoro.

— Al principio te juzgué como él, Wade. Pensé que, si estabas en su fiesta, debías ser como él. Luego entendí que salvaste a mi hermana de un destino similar al mío y... —Cierra los ojos, esta vez la lágrima queda pendida de sus largas pestañas— y desde entonces tienes mi corazón. Si tan solo supieras lo mucho que te quise, cuánto deseé alejarte para que pudieras hallar al alguien menos rota, menos problemática…

—No quiero a otra, Jo. Siempre te quise a ti. —La beso en los labios, la lágrima que pendía de sus pestañas resbala por su rostro y se cuela entre nuestras bocas unidas.

Regresamos a la banca. Nos cubrimos con la manta y mantenemos el calor con la cercanía de nuestros cuerpos. Josephine se relaja, pero su mente ha viajado al pasado.

—Nadie de mi entorno lo sabe, Wade. No tengo amigos de la época de la Universidad, los he alejado a todos, porque ellos conocían lo que había pasado. Necesitaba empezar de cero, fingir que era una puerta que podía cerrarse. Y como Aaron Lauder era una estrella de Seattle en ese entonces, cogí el mapa y me fijé dónde podían necesitar una Ingeniera en biotecnología que estuviera bien lejos de él. Jamás imaginé que se compraría una propiedad aquí, que jugaría al hombre conservador que «quiere lo mejor para su comunidad». —Dibuja comillas en el aire.

—Y que buscaría el apoyo de los Davenport —mascullo. Me siento un imbécil por no haber investigado más al capullo de Lauder. Llevo tanto tiempo actuando como el niño rico de Nebraska para los negocios, que en algún momento olvidé lo que eso significa. Ese mundo te destruye, como lo hizo con Roman, quien se convirtió en un imbécil como sus amigos; como lo hizo con Robert Tate, que fue capaz de matar por dinero.

—Fui una mala víctima —confiesa. Niega con la cabeza—. Las víctimas de violación debemos ser perfecta para que nos crean, y yo no lo fui.

—Joder, Jo. —Vuelvo a cabrearme.

—Estaba borracha —dice, su voz toma un matiz casi irónico—, como mi hermana, pero yo no tuve tanta suerte. —Me acaricia el rostro.

—Quisiera viajar en el tiempo, Josephine, cómo me gustaría haber estado allí para ti.

—Pero estuviste para Cathy, y con eso a mí me basta. —Hace silencio, bebe el café que ya debe estar frío—. Estaba borracha y… —Resalta alzando un dedo— había coqueteado con él antes. De modo que, ¿cómo que no quería sexo si lo estaba buscando?, ¿cómo iba a saber el bueno y guapo Lauder que no me apetecía si no pude decir «No» con firmeza? Solo lo balbuceé; sí, le aparté el rostro, sí, le dije que parara, pero… ¿lo dije con firmeza?, ¿podía ser que él no me hubiera oído? Además, ¿por qué no grité? No estábamos solos en el medio del bosque, sino en una habitación en una fiesta de la Hermandad. Así que, tal vez, si gritaba más fuerte, me hubieran escuchado a través de la música, lo que implica que quizá no quería detenerlo en realidad…

Sí, voy a matarlo. Que Jo me perdone y Dios también, pero voy a matarlo.

—¿Y sabes qué otra gilipollez hice?, pues me fui corriendo de allí. Hubo testigos de eso, lo único a mi favor. Pero como me sentía sucia y aún estaba bajo los efectos del alcohol, no pensé bien y me bañé. Le hice el puñetero favor de limpiar la evidencia.

Me cojo la cabeza porque me laten las sienes de la ira. Contengo mi respuesta, necesito que Jo se sienta segura en estos momentos y no cerca de otro animal, de uno peor, de uno capaz de destrozar al monstruo que la ha herido.

—Fue una amiga, Lucy, quien me dijo que denunciara al menos en el campus. Me veía mal, no conseguía concentrarme en los estudios, veía a Lauder siendo el chico popular, estrella de fútbol, y se me revolvía el estómago. Además, el muy hijo de puta no se mostraba ni esquivo ni burlón, simplemente me trataba como si hubiéramos follado de mutuo acuerdo. Una noche de diversión y ya. Así que le hice caso a mi amiga, lo denuncié en el campus.

—¿Cómo cojones se salió con la suya? —siseo.

—Mi padre.

Creo haber oído mal.

—¿Cómo dices?

—Mi padre. Por supuesto, nos comunicamos con él. Yo estaba muy vulnerable, apenas podía pensar. Seguía afectada por lo ocurrido, ni siquiera estaba segura de por qué había denunciado, de verdad. Y empezaron a juzgarme a mí, que si había bebido, que si había dicho que Lauder era guapo, que si había coqueteado con él esa noche… Nadie parecía juzgar a Lauder, las miradas estaban en mí, y yo estaba tan cansada que apenas podía pensar. Solo quería que se terminara. Y creí que mi padre me ayudaría, ¿sabes?, que él sería quien cogiera las riendas y luchara por mí, ya que yo estaba rendida…

La lista de mis futuros asesinatos acaba de sumar uno.

—¿Qué hizo tu padre?

—Firmar un acuerdo de confidencialidad. Trajo su bufete de abogados solo para presionar por ese puñetero acuerdo, jamás le interesó ir a juicio. Me dijo que, si *esto salía a la luz*, así lo llamaba, no violación, no agresión… «esto». Si esto salía a la luz, la única afectada sería yo y, por supuesto, nadie querría a una mujer mancillada. Me quedaría sola.

—¡Joder, Jo! Joder… cuán sola estuviste. —La acerco más a mí, necesito que comprenda que ese es el pasado. Ya no, ahora me tiene a mí—. Te han enseñado que tienes que valerte sola, que, si confías, te traicionan. Y no cualquiera, tu padre.

—Aceptó dinero, Wade. Mi padre aceptó dinero, fue como ser violada una segunda vez. Que Lauder, o en ese entonces su padre, pagara, era confirmar que yo decía la verdad. ¿Si no, por qué hacerlo? Y mi padre, en lugar de luchar o de sostenerme mientras yo luchaba, aceptó el puñetero dinero. Yo quería luchar, pero no tenía fuerzas, y la traición de mi padre me dolió tanto que me dejó fuera de juego. Fue como si me patearan en el suelo, era ya no solo pelear contra el agresor, sino también contra mi padre. Y yo estaba tan agotada… —Una vez más, la imagen que proyecto de Jo es la que ella me describió al hablar de su trastorno de la conducta alimenticia: «me sentí tan pequeña…»—. Y una vez que firmas… una vez que firmas ya no puedes volver a denunciar. Se considera el hecho solucionado entre partes privadas. Fin. ¿Y luego?, pues luego ves cómo te arreglas sola, con terapia y esas cosas, sabes…

—Lo siento tanto, cariño.

—Desde entonces no es mi padre, es solo George. Desde entonces intento dejar esto atrás, porque no hay justicia para mí, porque en ese momento en lugar de luchar, confié en que mi padre me defendería. Lauder ha ganado, como ganará su cargo en el senado. Sus errores se limpiarán con dinero, porque siempre habrá un hijo de puta que acepte el cheque, y los que quedemos en el camino… pues a sobrevivir…

—No se saldrá con la suya, Jo. No estás sola.

—Ya lo ha hecho, Wade. Créeme, regodearte en la injusticia y el deseo de venganza solo te llevará a la sección de muffins. Como me pasó a mí.

Quiero responder que por eso el asesinato es una respuesta válida, pero me lo reservo… de momento. Sí, el maldito de George Hayworth ha cerrado cualquier posibilidad de justicia al aceptar dinero de Lauder, ha vendido a su hija, su sufrimiento, ¿y para qué?, ¿para que el día de mañana pueda ser una esposa tradicional como no lo fue la suya? ¡Ese hombre es un enfermo! Y bien hará en mantenerse lejos de mi Jo.

—Tengo frío —dice Jo unos minutos después. Se pone de pie y recogemos las mantas y tazas—, entremos.

Aún estamos a solas en la enorme casa. Ella me abraza, clama mis besos.

—Jo… —dudo, ¿estará lista?

—Bórralo, Wade, bórralo de mis recuerdos. No dejes que rompa lo que estamos construyendo.

Le devuelvo el beso, la insto a rodearme con las piernas la cintura y, así, sostenida contra mí, la llevo a nuestra habitación. Hacemos el amor lento, suave. La conduzco al orgasmo una, dos, tres veces antes de desahogarme.

Primero Jo, segundo Jo, tercero Jo… Mi prioridad, mi mundo. Ella se acurruca a mi lado, satisfecha, pero lo sucedido vuelve a asaltarla en la duermevela, en ese momento en que conciencia e inconciencia se tocan.

—No me ha reconocido —murmura. Le aparto los cabellos, tiene los ojos cerrados—. ¿Cómo puedes olvidar a una mujer de la que has abusado?, ¿a quien le has pagado por su silencio?

Suelta el aire y el cansancio la vence. A mí me abruma la respuesta a esa pregunta:

—Porque no has sido la única. Porque es un modus operandi. Porque allí fuera hay demasiadas Josephine víctimas de este hijo de puta.

No puedo pegar un ojo en toda la noche, un pensamiento ocupa mi cabeza y me impide dormir: Hay que detener a este hijo de puta.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Jo

Wade salió pitando camino a una reunión esta mañana. Yo puedo tomármelo con más calma, por lo que abro mi ordenador y decido empezar mi día laborar en la cocina, con una taza de café en las manos y unos documentos en la pantalla.

El sonido del intercomunicador me hace pegar un chillido de sorpresa, no espero a nadie. El encargado del bloque de pisos me informa al otro lado:

—Un hombre busca al señor Davenport.

—Wade no está, ¿es urgente? Puede hablar con Alice o…

—Dice que deja unos papeles y se marcha, pero que necesita que usted los reciba.

—Vale, enseguida.

Sin mucho esmero, me calzo las tenis y bajo a recibir los documentos. La situación empieza a darme mala espina ni bien veo al hombre, no tiene las pintas de un repartidor. Recojo una carpeta de papel marrón y pregunto confiada:

—Dónde firmo.

—No es necesario —me dice el hombre—, le diré que lo recibió usted.

Entorno los ojos con suspicacia.

—¿Por qué yo y no él? —señalo al encargado. Si la entrega no necesita firma, lo mismo daba, ¿verdad? Al parecer no, porque el hombre responde.

—Porque sé que usted se lo hará llegar. Siento la molestia, tengo una reunión en quince minutos y con este tránsito no llegaré. —Se toca el ala del sombrero a modo de respuesta y me deja de pie, con mis pintas mañaneras y una expresión de confusión en el rostro. El encargado de seguridad se ve igual que yo. Cruzamos miradas, nos encojemos de hombros a la par y regreso a mi piso.

Ahogo la curiosidad por una cuestión de respeto a la privacidad ajena. Dejo la carpeta en la barra de la cocina y vuelvo a calentar el café que ya está frío. Le envío un mensaje a Wade para decirle que un hombre extraño ha dejado una carpeta para él. No recibo respuesta, debe estar ya en la reunión. Yo hago lo propio, me acomodo los rizos con las manos, cambio mi camiseta por una camisa —dejo los leggins en la parte inferior— y me conecto en conferencia para una reunión.

—Vale, nos reunimos en cuanto tengamos el resultado del laboratorio y estudiamos qué sucede, ¿sí? —pido—. Sophie, estima que será la semana que viene, reserva el horario si puedes. En este caso, preferible cancelar que quedarnos sin tiempo.

—Vale, jefa.

Me río de su respuesta. El boli se me resbala cuando anoto las actividades en mi agenda, me agacho a recogerlo y, al incorporarme, me doy la cabeza con el borde de la barra.

—Auch.

—¿Estás bien? —se escucha la pregunta preocupada al otro lado.

—Sí, sí. Torpeza es mi segundo nombre —vuelvo a reír. Busco el paño de cocina para envolver una botella helada en él y llevarlo al golpe, está debajo de la carpeta de Wade, al sacarlo de allí, sin darme cuenta, hago volar los papeles por los aires.

—¡Jo! —me reprende Sophie—, ¿tengo que llamar a emergencias?

—No, con que terminemos la conferencia y no quede evidencia de mi torpeza me vale —bromeo.

—Nos vemos en la próxima reunión, ¿vienes a la oficina?

—Mmm, me lo pensaré —respondo.

—Vale, entonces, si no contestas a mi próximo correo asumiré que has resbalado y muerto en la sala. Enviaré paramédicos.

—Ja, ja.

Con humor distendido por mi accidente, la llamada finaliza. Yo sigo presionando una botella fría, cubierta de un paño, en mi frente para disminuir la inflamación. Me dispongo a recoger lo que he liado, y, sin proponerlo, leo apenas unas palabras de los papeles de Wade.

Me bastan. Porque dos de ellas son: Aaron Lauder.

Tardo en decidirme qué hacer, decido cerrar la carpeta e ignorarla. Se siente cómo tener una serpiente venenosa en la encimera dispuesta a morderme en cualquier momento. Como no soporto más la tensión y mi cabecita ha decido jugarme una mala pasada —proyecta mil escenarios uno peor que el otro— le escribo un nuevo mensaje a Wade.

«Cuando te liberes, ¿puedes venir?», me tienta agregar un *tenemos que hablar*, porque, joder, la de pasarla mal yo solita no me sienta muy bien. Me aguanto las ganas, hasta me felicito por ello.

—Vaya, estás hecha toda una mujer madura y no tóxica —me animo. No sirve de mucho, al menos no para quitarme la tensión y regresar al trabajo. ¿Qué demonios contiene esa carpeta?

Wade llega en el momento exacto en que mi tensión estaba por ganarle a mi voluntad. Lo veo abrir la puerta, quitarse las botas y el sombrero y andar seguro por mi piso; la tensión se disipa de inmediato.

—Lo que sea, seguro tiene una explicación que me convenza —susurro, segura, y me pongo de pie. Él me oye y frunce el ceño.

—¿Debo asustarme?

—Eso iba a preguntar yo. —Lo saludo con un beso ligero y elijo preparar té en hebras para esta conversación. El café es demasiado estimulante.

—¿Jo?

—Ha llegado esta carpeta —la señalo desde lejos, no me atrevo ni a echarle un nuevo vistazo—. Se me ha caído sin querer y leí un nombre. —El rostro de Wade se transmuta y los nervios regresan a mí—. No leí más, porque respeto tu privacidad, pero no puedo evitar preguntar, ¿qué cojones, Wade?

—Creo que aceptaré el té —dice, evadiendo el asunto unos segundos.

—Wade… ¿Quién era el hombre que trajo esto?, ¿por qué aparece el nombre de Aaron Lauder en esos papeles? Y, en especial, ¿por qué demonios no lo compartes conmigo, sabiendo que tiene que ver con lo que me ha sucedido?

—Exactamente por eso, Jo —responde en un suspiro rendido. Sirve el té y sigo sus manos grandes, de trabajador, manipular la porcelana del juego de tazas. En estos momentos me gustaría ser más fuerte cuando se trata de Wade —. Exactamente por eso —repite.

—No estás siendo claro, y empiezo a pensar que esa es tu intensión.

—¡Porque no quiero que sufras, Jo! —exclama—, porque no pude estar para ti en ese momento y la impotencia me está matando. ¡Porque no es justo que ese hijo de puta pueda tener una banca en el senado, joder! Y tú tengas que soportar que sea, ¿qué?, ¿tu representante democrático? ¿Es que el mundo se ha vuelto loco?

—¿Qué has hecho, Wade? —pregunto más tranquila. Cojo la taza y soplo el vapor humeante.

—Lo he investigado.

—¿Ese hombre que vino es un detective privado?

—Sí, en general contrato sus servicios para estafas financieras, pero se le da bien seguir amantes y, por lo visto, capullos violadores —gruñe cogiendo la carpeta. Pasa las hojas sin ver, sin leer.

—Joder, Wade —suspiro. Le tomo la mano y él clava en mí sus ojos güisqui. Leo en ellos una mezcla de culpa y determinación que me enternece. Sabe que se ha pasado al no decirme que iba a investigar a mi abusador, es mi historia y me corresponde estar al tanto. Decidir sobre ella.

—No merece que pienses ni un segundo en él —dice, cerrando la carpeta y poniendo la mano, firme, sobre ella, como si pudiera aplastarlo bajo su palma, controlar el universo con su voluntad.

—¿Y tú sí?

—Sí.

Sonrío, ruedo los ojos. Me cabrea, lo reconozco, pero también me entibia el corazón. Tras lo que hizo mi padre, acepté que jamás sería protegida por nadie. Que confiar era abrirse a la traición. Pero una parte de mí seguía esperando a ese alguien que me prometiera ser escudo, hogar, guarida y fuerte. Que estuviera dispuesto a ir a la batalla por mí, aunque ahora entiende que no debe hacerlo *en mi lugar*, sino como mi compañero.

Agradezco a Dios por haber hecho a Wade Davenport mi compañero.

—Wade —suelto más tranquila—, ya estuve allí, ¿recuerdas?, ya viví esa frustración, esos deseos de venganza, esas ganas de cobrármelas. El capullo de Lauder no merece tampoco que tú pienses en él, ¿vale?, no le des entidad en tu vida. En nuestra vida.

Baja la mirada y mi mundo se sacude. No me permite sondear sus ojos, supongo que ha descubierto que tengo el poder de leerlo, de que a mí no puede esconderme nada.

—Wade… —repito su nombre, mi tono encierra amenaza. Estoy dispuesta a ponerme firme, por él, por mí, incluso si esto nos lleva a la primera pelea de pareja desde que estamos juntos. Lauder es, ante todo, mi problema, mi historia, y por muy vaquero de valores cristianos que sea, no dejaré que sus ansias protectoras me conviertan en actriz secundaria de mi vida.

—Tras verlo, antes de dormirte, en ese estado de seminconsciencia, dijiste algo —confiesa—, dijiste que él no te reconoció, que cómo era posible.

—Pasaron muchos años y ahora estoy gorda —respondo, segura, y sí, con un tono despectivo hacia mí.

—No, Jo. No pasaron muchos años y nada tiene que ver con tu físico —remarca, cabreado—. Lo que pasaron fueron muchas víctimas.

El silencio que hay en la cocina es ensordecedor. Dicen que hay una habitación tan silenciosa que nadie puede estar más de un minuto dentro sin volverse loco. Os invito a mi piso en estos momentos y luego decidís qué es peor.

—¿De qué cojones hablas? —consigo articular. El corazón me late desbocado, las sienes me palpitan y pienso que voy a desmayarme. Él rodea la barra, me atrae sobre su pecho y recién entonces recuerdo cómo respirar.

—Es un depredador sexual, Jo. Aaron Lauder es un depredador sexual.

Dos emociones chocan en mi interior. He visto una vez un documental sobre marineros que viajaban al estrecho de Magallanes, el lugar más peligroso para navegar. Allí, los dos océanos, el pacífico y el atlántico chocan. La diferencia entre la salinidad, la temperatura, las corrientes, hace de ese impacto algo magnífico, aterrador y fascinante. Esos dos océanos golpean en mi interior. Uno:

—Entonces… entonces, no hice nada para provocarlo… —Me falta la voz, sé que no hice nada, mi parte racional me lo repite a diario. En mi inconsciente, la historia es otra: tú coqueteaste con él, era la estrella de fútbol que todas deseaban, tú bebiste, tú eras guapa, tú… tú… tú… Pero ahora sé que no, ahora sé que soy solo una más en un mar de víctimas. Y el otro océano —: Si hubiera seguido con la denuncia, si no me hubiera rendido a mi padre, ¿podría haber salvado a otras mujeres?

La culpa, el horror, las terribles ganas de llorar.

—Joder, Jo, no tenías que ver esto. No te pude proteger en el pasado, pero te puedo cuidar ahora. Déjame cuidarte, déjame encargarme de esto —pide Wade y yo tengo tantas ganas de decirle que sí.

—Quiero ver el informe —digo con determinación.

—Jo, por favor.

—Déjame ver el informe, joder —me cabreo—. El dolor me hizo ser ciega, jamás pensé que podía haberle pasado a alguien más. ¡Mierda! —Escondo el rostro entre mis manos, Wade me estrecha con más fuerza.

—No fue tu culpa y lo sabes.

—Tendría que…

—¡Nada! —eleva la voz y me aparto de él, sorprendida mas no aterrada—. Nada, Jo. Tu padre tendría que haberte defendido, sabía que estabas débil, sabía que estabas agotada, y el capullo de Lauder también. Es lo que lo ha mantenido impune hasta ahora, entiende que la denuncia es muy dura, que os juzgan a vosotras y, solo si son inmaculadas, puede que alguien acepte que él hizo algo malo. ¡Y aun así!, siempre la duda: ¿Por qué una estrella de fútbol necesitaría abusar cuando las mujeres se les lanzan a los brazos?, ¿por qué, si es guapo, buscaría a las que le dicen que no? ¡Como si no supiéramos lo suficiente sobre las mentes de estos psicópatas! Él lo sabe, es un maldito hijo de puta, y tu padre era quien tenía que luchar. Por su niña, por su hija que no tenía una pizca más de fuerzas. Y ahora me toca a mí, y yo no me rendiré, ¿vale? Yo no me rendiré.

—Lo sé, Wade. Tú no me soltarás —Me encojo de hombros—, pero eso no hace esta guerra tu cruzada.

Entiende que tengo razón y yo comprendo cuán duro es para él. Ha sido el pegamento de su familia, el que siempre se mantuvo firme cuando los demás se derrumbaban: su madre muerta, su hermano menor en el hospital, su padre destrozado por la pérdida y el miedo, su hermano mayor confundiendo el camino… Wade siempre cuidó a los Davenport y yo, para él, soy una más de su manada. Soy su chica, una nueva Davenport. Pero valor es también saber cuál es nuestro lugar en la batalla.

—Quiero ver el informe.

Le toma unos segundos acceder. Lo extiende lentamente hacia mí. Yo tardo más en juntar el valor de abrirlo, una vez que lo hago, el horror y la necesidad de justicia se apoderan de mí. Desde el centro de mi ser se me escapa:

—Me cago en la leche.

El número de víctimas es altísimo y siempre se ha salido con la suya. Ha habido otras chicas a las que han presionado para que aceptaran dinero, como a mí, en pactos privados que cierran la opción de cualquier vía legal. Otras, con muchos menos recursos y sin abogados que presionen, han tenido que retirar las denuncias. El investigador no ha conseguido contactar con todas; muchas están en Seattle, donde Lauder fue estrella del fútbol. Quienes sí declararon dijeron que habían recibido amenazas contra ellas, sus familias, novios y amigos. Que prefirieron *pasar página*. Sé muy bien que con las violaciones no se puede *pasar página*. Wade expresa con palabras mis pensamientos.

—Salvo las denuncias proscriptas y los acuerdos entre privados, que son inválidos ante un juez, las demás denuncias retiradas pueden volver a ponerse. Más si hay pruebas.

—Ningún fiscal prosiguió de oficio… —leo.

—También han recibido amenazas.

Nos miramos fijamente, magnificamos la situación en la que nos estamos metiendo. Aaron Lauder es peligroso, no solo porque es un depredador sexual, sino porque es poderoso. Lo suficiente para amedrentar testigos, fiscales, policías…

La última página del informe del detective me da un vuelco en el corazón. O tal vez en el estómago. Quizás en ambas.

—Hay una víctima en proceso —leo en voz alta. Wade me quita los papeles a una velocidad que, si la situación no fuese tan grave, me reiría.

—¡Era lo que buscaba, joder!

Por eso contrató a un investigador, necesitaba información que no fuera pública.

—¿Wade? —Tiemblo. El pánico y la esperanza tejen un jersey con mi sistema nervioso central.

—Es nuestra posibilidad de hacer justicia. —Me coje las manos y, aunque no dice más, yo puedo completar el resto—. Podemos darle a ella lo que tu padre te arrebató a ti, Jo, la fuerza para seguir si así lo desea.

—Solo si así lo desea —repito como un juramento. Nadie merece ser presionada, yo más que cualquiera entiendo el impulso de rendirse.

—Solo si así lo desea —promete. Juntos leemos el nombre de la última víctima: Natalie Ferguson.

Jo

Natalie Ferguson vive en Lincoln. Wade y yo nos tomamos el día para viajar y hablar con ella. Fue difícil contactarla, al principio no cogía el teléfono ni contestaba los correos electrónicos. Hasta que por fin cogió una llamada para maldecirnos; pensaba que éramos los matones de Aaron Lauder. Conseguir convencerla de lo contrario fue complicado, accedió a escucharnos cuando dije:

—Me sucedió lo mismo. Aaron Lauder me violó a mí también.

Creí que la llamada había finalizado, el silencio fue largo, hasta que la voz al otro lado me pidió que repitiera lo que había dicho. «A mí me sucedió lo mismo, Natalie».

—Vale, hablemos —fue su respuesta la semana pasada. El encuentro se dilató, la muchacha siempre ponía excusas. Pude adivinarlas todas, estuve en su lugar. Le pregunté si tenía agorafobia tras el ataque y se echó a llorar. Le prometimos que iríamos a su casa si a ella le parecía bien, no necesitaba salir. Y al fin llegó el día.

El piso de Natalie Ferguson es sencillo, el típico lugar de alguien de clase trabajadora que con esmero ha conseguido abrirse camino. Jardín a los lados, porche pequeño y acogedor, un barrio tranquilo. Llamamos a la puerta y aguardamos pacientes. Al otro lado se oyen los pasos, la mirilla, la comprobación reiterada de que somos nosotros.

Abre quedando al resguardo detrás de la puerta, mira a Wade con cierto pavor.

—Si quieres, puedo esperar fuera —sugiere él.

Natalie se lo piensa, nos mira con aprensión y niega con la cabeza.

—No, está bien. Pasad.

Ingresamos a la casa y nos recibe una sala acogedora. Un perro raza Golden pone su atención en nosotros, se acerca a olfatear. Natalie observa el intercambio y recién entonces sonríe apenas.

—Es buen juez de carácter —dice, su sonrisa se desvanece—, mejor que yo —agrega—. Pasad. Espero que no os moleste, hay pelos de Cookie por todos lados.

—No nos molesta —responde Wade—. Mi hermano tiene tres border colies, esto no es nada en comparación a nuestros sofás.

Natalie se sienta y se pone de pie de inmediato.

—No os he ofrecido nada. ¿Té, café?

—Estamos bien —respondemos. Ella igual va a la cocina, que está separada de este espacio por un encimero pasaplatos, y trae té helado. Sirve en unos vasos muy chulos, que parecen de los años setenta, y los deja en la mesa de café.

Yo la observo con disimulo, noto en ella el reflejo de quien fui tras el ataque. La ropa amplia, el aspecto desaliñado, los gestos nerviosos… La idea de que si se vuelve invisible y poco atractiva no volverá a sucederle lo que le pasó.

—¿Por qué queréis hablar conmigo?, ¿sois del partido opositor al de Lauder?, ¿queréis hacerle campaña sucia?

—No sería sucia, sería cierta —masculla Wade.

—Entonces, es eso…

—No. Wade está un poco… cómo decirlo… —intento yo.

—Cabreado. Así es cómo estoy, cabreado de cojones —reconoce. Le doy un fuerte apretón en la rodilla, pero es innecesario, porque la sinceridad de Wade toca una fibra sensible en Natalie.

—Al menos alguien lo está, empiezo a pensar que a nadie le importa que ese cabrón sea un violador.

—No estamos aquí por política, ¿vale?, aunque creemos que sería peligroso para muchas mujeres que Lauder llegara a senador. Estamos aquí por ti —expongo. Y como no soy una carmelita descalza, agrego la segunda parte de verdad— y por mí. Cuando a mí me sucedió, confié en mi padre, él vino con abogados, teníamos los recursos para vencer, pero decidió que era mejor aceptar un acuerdo antes que *exponer mis vergüenzas*.

—Vaya… qué putada. Yo no tengo ni los abogados —reconoce—, si llegamos a un acuerdo, será insignificante para él.

—Aquí es donde entramos nosotros —habla Wade—, mi equipo completo de abogados está a tu disposición. No tendrás que pagar un duro. —Me mira y agrega—. Si así lo deseas, claro.

Natalie nos mira con desconfianza. No puedo culparla.

—Hay más víctimas además de nosotras dos. Hasta ahora, siempre creí que fui la única, que pasó en la Uni por un exceso de alcohol y malas decisiones.

Pero resulta que hay más, muchas más…

—Yo también creí que fue por mi culpa —dice Natalie. Flexiona las rodillas, se encoge y siento cómo sube la temperatura de Wade por el cabreo. Ve lo mismo que yo: Natalie es un reflejo mío. No en cuanto al aspecto físico; en su caso, tiene el cabello castaño y los ojos chocolate, es delgada y luce un estilo bohemio que ahora disimula con ropa ancha. Nos parecemos en su postura, que es una mezcla de desafío, valentía y vulnerabilidad; nos movemos como dos figuras separadas por un cristal—. Trabajaba para su campaña. Estudio ciencias políticas, y cuando me ofrecieron una pasantía en su campaña electoral sentí que ganaba el gordo de navidad. Y luego, él… —Su rostro se transfigura por el dolor y el odio—, era amable conmigo, me hacía sentir especial. ¿Sabéis qué es lo peor? —suelta con ira—, que hubiera follado con él —reconoce—, si me hubiera seducido como a cualquiera, incluso a sabiendas de que hubiera sido cosa de una noche. ¿Por qué no? ¡Es Aaron Lauder, exfutbolista, actual candidato a senador! Guapo, rico… Hasta hubiera alardeado de ello. ¿Por qué me violó? —pregunta. A nosotros, al universo, a Dios. La pregunta resuena en la sala sin otra respuesta más que la que suelta Wade:

—Porque es un depredador sexual, señorita Ferguson. Porque no busca placer, sino poder. —Sus manos forman un puño.

—No sé si podré ayudaros —dice ella, cambiando el tono. Se reviste de eficiencia, practicidad… Esa máscara también la conozco—. Cualquier miembro de la campaña os dirá que coqueteaba con él, porque lo hice. Que lo encontraba guapo, porque lo hacía. Que permanecí hasta tarde en el bunker del partido, solo porque esperaba que él me invitara a salir… lo cual es cierto. ¿Cómo puedo explicar entonces que cuando me cogió con fuerza en su oficina me tomó por sorpresa?, ¿que le dije aquí no y se rio?, ¿que ese *aquí no* ni implica que hay un «aquí» en que aquello hubiera estado bien?, ¿que le supliqué que me dejara ir?, ¿que cuando me golpeó tuve miedo y me paralicé, pensé que me mataría, así que no luche más, solo lloré?, ¿que cuando grité, él me dijo «bien, así me gusta, que todos sepan cuánto te gusta que te folle» y me callé, como una imbécil me callé? No, es mi palabra contra la suya, no podré ayudaros.

Natalie no llora, yo lo hago. Yo, que no puedo derramar lágrimas por mí, las suelto por ella. Su sequía también es reflejo de la mía, nace de la certeza de que llorar no sirve de nada, no hace justicia.

—No tienes que ayudarnos, Natalie —le digo—, no tienes que hacerlo. Solo saber que estamos contigo, ¿vale?, que, si decides seguir, tendrás nuestro apoyo, y si no lo haces, también.

—Os agradezco —Se pone de pie, la imitamos—, lo pensaré.

—Claro.

Nos despedimos, Wade le deja por escrito el contacto de los abogados y le asegura de que están al tanto y la recibirán. Que, si así lo quiere, pida asesoría, que se despreocupe por eso. Natalie acepta la información, pero aún duda. Es su batalla, en esta ocasión, mi lugar es tan impotente como el de Wade. Puedo ser su amiga, su aliada, su sostén, pero la guerra es de ella y solo ella puede decidir.

Al regresar, decidimos que Omaha no nos ofrece el refugio que necesitamos. Conducimos hasta el rancho, será allí donde recuperemos nuestras fuerzas.

CAPÍTULO VEINTE

Wade

—Señor Davenport —Alice entra a mi despacho. Me encuentro cubierto de documentos impositivos. Detesto con todo mi ser el mes de abril—, el señor Lauder al teléfono.

Al parecer, consigo componer mi gesto, pues Alice no sospecha del impacto. Permanece de pie en la puerta, con una carpeta en mano, un casco en el oído y ese aire tan suyo de estar siempre pensando en mil cosas.

—Ponlo —respondo. Ella asiente, sin soltar nada de las mil cosas que lleva en las manos toca algo en su IPad y el teléfono que reposa en mi escritorio comienza a sonar—. Gracias —dejo que suene—, ¿algo más?

—El señor Davenport —sonrío, ella también—, el señor Blaze Davenport ha enviado ya el informe que le solicitó del departamento de compras. En unas horas me reuniré en videoconferencia con MaryAnn, por si prefiere asistir, y nos ha llamado el contador, pero dijo que volvería a comunicarse porque esperaba hablar con usted.

El teléfono sigue sonando.

—Vale, Alice. Quizá me sume a la reunión con MaryAnn.

—Perfecto. —Aguarda apenas un segundo y luego se marcha, cierra la puerta tras ella y, aquí, solo quedo yo y el sonar insistente del teléfono. Un último ring y lo cojo.

—Davenport —me anuncio como si no supiera quién cojones está del otro lado. Sé que eso cabrea a Lauder, no sé muy bien por qué hago esto, qué pasa por mi cabeza para responder la llamada y fingir que no quiero asesinarlo.

—¡Por fin! —dice Aaron al otro lado.

—¿Gallagham? —finjo no saber quién habla.

—¡Lauder!

—Oh, Lauder, sí, disculpa. —Muevo un par de papeles en mi escritorio de manera estrepitosa, para que lo oiga y asuma que no le estoy poniendo mucha atención.

Lauder pica el anzuelo, un anzuelo que no sé por qué he lanzado ni qué pretendo pescar con él. Me digo que no quiero alertarlo sobre lo que estamos haciendo con Jo, que necesito distraerlo, pero lo cierto es que lo que busco es manipularlo psicológicamente, cobrarme una por lo menos del hijo de puta. Tal vez no sea tan buena persona después de todo.

—¿Qué cojones, Davenport? —exclama del otro lado. Bien, ha dejado el jueguito de querer congraciarse.

—¿Perdona?

—Me han echado de la feria, tu hermano vino, con sus balbuceos…

—¿Cómo dices? —suelto amenazante. Consigo que quien balbucee sea Lauder.

—Me refiero, tu hermano menor simplemente me soltó un tú no hablas y se fue. Y cuando quise preguntarle por qué, solo arqueó las cejas, ladeó la cabeza y puso su expresión de «porque te lo dice un jodido Davenport».

Sonrío. Por suerte las sonrisas no se ven al teléfono. Blaze se ha convertido en un maestro de usar su silencio como un arma y no como una debilidad. Balbucea porque tiene ansiedad social, le cuesta hablar y, si le dais a elegir entre un evento en París con la crema y nata de la sociedad o una tarde con sus vacas, elige las vacas.

—Ya sabes cómo es mi hermano… —respondo, restando importancia al asunto.

—¡Pero teníamos un acuerdo! —demanda.

—¿Lo teníamos? —Finjo no recordar, me trago las palabras. ¡Lo teníamos antes de que supieras que violaste a mi chica, hijo de puta! Siento cómo las palpitaciones se elevan.

—Te hacía un hombre de palabra.

—Te hacía un hombre más listo, Aaron… ¿de verdad cuestionas la palabra Davenport? Pensé que querías ser senador por nuestro estado, pero tal vez interpreté mal.

Desearía poder ver su rostro, el modo en que palidece. Sin embargo, conseguí el resultado necesario, tal parece que se me da bien el rol de psicópata.

—Y pensé que tú querrías estar del lado ganador, Davenport, ser amigo del próximo senador de Nebraska.

—Soy amigo del actual —reconozco. Descanso mi espalda sobre el respaldar de mi silla, es reclinable, casi parezco relajado. Sé que Lauder capta el verdadero sentido de mi respuesta: yo no soy *amigo* del senador, él es senador porque es mi amigo. Su tono cambia por completo.

—No es necesario que nos enemistemos por un malentendido, ¿verdad?

—¿Cuál malentendido? —lo acorralo. Escucho el carraspeo, si da a entender que Blaze se equivocó o fue un tonto, esta conversación se termina, si reconoce que no fue un malentendido sino una ofensa, también.

—Bueno… el de no saber qué ha pasado, seguro hubo razones por las cuales tu hermano tomó esa decisión. Además, tú te habías ido de urgencia,

debe haber sido eso.

—En efecto, Lauder. Fue exactamente eso. Hay una razón y está ligada a mi marcha apresurada de la feria.

Estoy casi seguro de que ha soltado el aire al otro lado de la línea.

—En tal caso, aclarado el asunto, ¿te apetece venir al club de golf esta tarde? Asistirán peces gordos…

—Yo soy un pez gordo —le recuerdo. Lauder ríe, la risa no es relajada.

—Tienes razón, *otros peces gordos* —corrige.

Sé que debo ir, quiero saber quiénes le dan apoyo a Lauder y de qué lado estarán si me enemisto con él. Natalie Ferguson aún no se decidió a seguir la denuncia, pero ha hablado con el bufete y eso me anima. Al igual que Jo, Natalie no es una *buena víctima*: el coqueteo previo, el haberse quedado hasta tarde en la oficina con intensiones de tener una cita con él pueden ser vistos como atenuantes en el juicio. Sé que ese es el modus operandi de este miserable, no en vano se ha salido con la suya tantos años. Mis abogados son buenos. Creen que igual pueden ganar, y si lo piensan así, es porque lo harán. Pero no podemos presionar a Natalie, ha pasado mucho, ha pasado demasiado… ha vivido lo que Jo.

—Claro, iré —mi propia respuesta resuena lejana. Lauder dice algo más, supongo que la hora o alguno de los demás asistentes, y yo ya no estoy aquí y ahora. Estoy en el futuro, en el instante preciso en que me vuelvo a encontrar con el maldito que se atrevió a dañar a mi Jo.

Wade

Lauder no exageraba. En el campo de golf estaban los peces gordos de Nebraska. Yo tampoco lo hacía: cada uno de ellos me conoce y se apresura a estrecharme la mano y a hacerme preguntas de cortesía: ¿Cómo está tu padre?, ¿qué tal tu hermano?, tu sobrino, tu nueva sobrina... Tienen muy presente a cada Davenport, obvian al único que ya no pertenece al rebaño —Roman— y se aseguran la simpatía de la próxima generación. También preguntaron por Jo.

La mención de su nombre cerca de Lauder me empuja al borde de la locura y la determinación. Si estos peces gordos le dan su apoyo a Lauder, será imbatible. Se sumarán las víctimas, al igual que las injusticias. Ese maldito llevará su polla a Washington y solo el FBI podrá cruzar datos interestatales y detectar el patrón. Hasta ahora ha violado, que nosotros sepamos, en Massachusetts, donde atacó a Josephine; en Seattle, donde jugaba al fútbol; en Iowa, de donde es originario, y el detective sospecha que ha dejado víctimas en

otros sitios que ha visitado por su trabajo. La falta de intercambio de información, al igual que su dinero, le ha permitido salirse con la suya.

—¡Davenport! —Lauder se acerca con su sonrisa de político. Sus carillas son nuevas, los dientes brillan tanto que delatan la mentira.

—Lauder —su nombre sale entre mis dientes apretados.

—He seguido tu consejo —dice, y sin necesidad de señales ni líderes, los presentes nos ponemos en marcha camino al campo de golf. Yo no he traído mis palos, solicito con una señal que me renten los del club y un muchacho se acerca presuroso con el portapalos y bolas.

—¿Cuál de ellos? —Por desgracia, a lo largo de estos últimos años le he brindado un par. El remordimiento de haber mantenido una relación con él alimenta el fuego de mi ira. En estos siete años que ha vivido en el Estado hemos cruzado más que un par de palabras. Cojo uno de los palos de la bolsa cuando llegamos al primer hoyo.

—Que busque un sitio acorde a las conversaciones serias, nada de piscinas con modelos semidesnudas, eso distrae a los inversores.

Los hombres se echan a reír. Analizo cada una de las risas, Fitzwilliam es el único que no suelta ni una sonrisa, de ahora en más ocupará el primer lugar a la hora de hacer negocios con los Davenport. Ashbourne y Kensington sonríen por incomodidad, mantendré el beneficio de la duda con ellos. Langley ríe de veras, lo evalúo con desconfianza.

—Una de esas modelos semidesnudas, Lauder… —digo y blando el palo de golf, golpeo la bola con fuerza y veo cuánto se acerca al hoyo—, es mi actual cuñada. —Hago visera con la mano. Los presentes se ponen tensos. Lauder mantiene su sonrisa de carillas, tiene en bien no abrir la boca.

Algunos se suben a los carritos, yo decido seguir a pie hasta el hoyo. Mi bola ha quedado bastante cerca, con dos golpes precisos podré meterla. Se me da bastante bien el golf, aunque no le encuentre la gracia.

Ellos llegan primero, esperan por mí. Tal como dije, dos golpes y adentro. En el siguiente hoyo, Ashbourne decide ir a pie conmigo.

—Davenport —dice con su voz ronca de Marlboro. Es bastante mayor que yo, ha hecho negocios con mi padre antes de que se retirara—, ¿tengo que quitarle el apoyo a Lauder? —pregunta sin rodeos. Así me gusta.

—Sí —respondo con la misma sinceridad.

—¿Puedo preguntar por qué o debo aceptarlo como un amigable consejo?

—De momento, como un amigable consejo. Aunque espero que pronto sepa los motivos —reconozco. Existe la posibilidad de que Natalie Ferguson retire los cargo y jamás la expondría al escrutinio público.

—Con eso me basta.

Arribamos al siguiente hoyo y Ashbourne no tarda en acercarse a Fitzwilliam, lo advierte del cambio de bando de los Davenport. Lauder percibe la tensión, entiende que he venido a arruinarle los vínculos y entorna los ojos al observarme.

—Davenport —se dirige a mí—, ven. Cojamos el carrito, que, si no estaremos aquí todo el día, y lo reconozco —ríe—, lo mío es el fútbol, el golf se me da fatal.

—Claro. —Me montó y aguardo por él. Ni bien nos alejamos, Lauder abre la boca y me increpa.

—¿Qué cojones, Wade?

Freno el trasportín antes de llegar al hoyo. A lo lejos los demás hombres nos observan. Bajo con lentitud, su cercanía me violenta, su pregunta consigue cabrearme como nunca antes.

—Que no lo sepas es lo peor, Lauder —siseo—, que no la hayas reconocido, joder.

—¿A quién?

—Josephine. —Mis manos forman dos puños, mi respiración es trabajosa, suelto el aire como un toro embravecido. Y entonces Aaron Lauder firma su sentencia de muerte.

—¡No me digas que me la he tirado! No seas celoso, hombre, todos tenemos un pasado.

Detengo un momento, solo un instante, el puñetazo que estaba en camino. Al oírlo, la ira deja de ser ardiente y pasa a ser fría, tan fría que quema igual que el fuego.

Lo cojo de su camiseta polo, él forcejea y yo acerco sus ojos a los míos. Soy más alto, de modo que sus pies quedan de puntitas sobre el césped.

—¿Qué cojones haces, Davenport? —gruñe.

—Lo que estás pidiendo, Lauder. —Lo empujo contra el carrito y le doy un buen puñetazo en la mandíbula.

—¿Qué…?

—Joder, hombre. Has venido a solas conmigo hasta aquí, ¿cómo quieres que interprete esto si no es de este modo? ¡Es evidente que pides que te muela los huesos a golpes! —Le propino otro puñetazo, esta vez en el estómago. Aaron se retuerce, pero ahora que ha salido del estado de estupor, busca defenderse.

Cojo su muñeca en el aire, le retuerzo el brazo y vuelvo a empujar su cuerpo contra el transportín.

—Además, ¿has dicho «no, Davenport, no quiero que me golpees»?, porque yo no lo he escuchado. Un hombre tiene sus instintos, ¿sabes?, no deberías ir

por ahí provocando.

Intenta darme un cabezazo, yo le devuelvo el movimiento empujando de su nunca contra el trasportín. Su frente da de lleno contra el metal y empieza a sangrar.

—¡Davenport, por mil demonios!

—Tú no te has tirado a Jo, tú la has violado. Ella te dijo que no, y tú seguiste. —Vuelvo a golpearlo, ya sin control. Cae sobre el suelo, cualquier rasgo de caballerosidad se diluye y le doy un puntapié.

—Es mentira —dice.

—No, Lauder, no lo es, y no solo eso, no fue la única. No fue una excepción, eres un maldito violador. —Cojo uno de los palos de golf y veo el pánico en su mirada. Cree que lo voy a matar y yo no puedo negar el deseo que me recorre.

—No me mates —ruega—, no sabía que era tu chica.

Ni siquiera sabe cuándo la ha atacado, ni eso recuerda. Cuántas víctimas es la pregunta que me invade. Cuántas para olvidarlas.

—Lo siento, Lauder, ya es tarde para decir no. —Bajo el palo de gol e impacta en su espalda—. Hasta has sido tú el que propuso que viniéramos a solas, juntos, dejando a los demás atrás. ¿Cómo podría saber que no quieres esto?

—¡Porque te lo estoy diciendo, hijo de puta!, ¡porque te estoy diciendo que no!

Mi sonrisa no tiene carillas, pero estoy seguro de que en estos momentos brilla.

—Exacto, Lauder, porque estás diciendo que no. ¿Tan difícil era entender un «no», parar cuando te lo pidieron? ¿Tan jodidamente difícil era?

Un último golpe con el palo de golf, lo veo ovillarse como un niño y suelto mi arma. Los demás corren hacia nosotros, incluso personal del club. Pero nuestros compañeros de juego son mayores, apenas les da el aliento, y los demás estaban muy lejos. Para cuando llegan, yo ya hice mi trabajo.

Lauder se siente más seguro ahora, adolorido, socorrido por el personal, se pone de pie.

—¡Te vas a arrepentir, Davenport! —amenaza—. Ya tendrás una visita de mis abogados.

—Si es que no están demasiado ocupados con otros asuntos.

Me marcho a pie, sé que me pondrán una denuncia, como también sé que la retirará. El poderoso en esta ecuación soy yo, a él le tocó una cucharada de su propia medicina. Es su turno de sentirse pequeño, joder. Es su turno de vivir una porción del infierno que le hizo vivir a mi Jo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Wade

—Una señorita quiere hablar con usted, señor Davenport —anuncia Alice.

—¿Sí?

—Natalie Ferguson.

—Dile que pase —pido. Intento disimular la ansiedad, ordeno los papeles a mi alrededor sin esmero, para mantener la mente ocupada. Sé que mi imagen transmite seguridad, que nadie notará mi nerviosismo. He aprendido el fino arte de ser un hombre de negocios, sin embargo, por dentro soy tan humano como el que más.

La muchacha sigue los pasos de Alice. La veo bastante más compuesta que la última vez.

—Señorita Ferguson. —Me acerco a estrecharle la mano.

—Señor Davenport. —Vacila apenas, coge mi mano en la suya y aprieta con fuerza. Empieza a recomponerse como lo hizo Jo, a componer la fachada inquebrantable, el escudo que la proteja del mundo.

—Pase.

—¿Café, té, refresco? —pregunta Alice.

—Un té me sentará bien —accede Natalie.

—Que sean dos.

Alice asiente y se marcha, antes de abandonar el despacho le pido:

—Deja la puerta abierta, gracias.

Natalie suelta un suspiro aliviado que disimula con una tos. Yo voy directo a mi sitio tras el escritorio, la muchacha me sonríe con bastante sinceridad.

—Olvidé que Josephine pasó por lo mismo, que usted sabe lo que es el miedo en la mirada de una mujer.

—Por desgracia —confirmo—, pero ¿sabe qué veo en usted y qué vi en Jo la vez que la conocí? No fue miedo, fue valor. Unas agallas que envidiaría un soldado, señorita Ferguson.

—Preferiría no tener que ser valiente.

—El mundo sería mejor si en lugar de estar lleno de héroes, estos no fueran necesarios.

Alice regresa con la bandeja y las tazas de té. Yo le digo que me encargo, se marcha dejando la puerta abierta.

—¿Es cierto que ha golpeado a Lauder? —pregunta sin rodeos.

—Sí, eso hice. No fue mi momento más civilizado, pero que le den. En ocasiones uno se tiene que valer de su porte de vaquero rudo de Nebraska.

Natalie sonríe una vez más.

—Quiero denunciarlo —dice—, seguir con la denuncia —rectifica. Es mi turno de soltar el aire, la venganza está muy bien, la paliza también, y saber que puedo hacerle la vida imposible en Nebraska es un consuelo. Pero lo único que trae paz es la justicia. Lo sé, porque así fue en el caso de mi madre. Solo cuando Robert Tate estuvo tras las rejas pude volver a respirar, fui capaz de dejar la furia que impulsaba cada paso.

—Pensé que sabría qué decir —me burlo de mi silencio—, alguna chorrada motivacional. Pero me nace un «gracias». Aunque sé que no lo hace por mí, señorita Ferguson, ni por Jo; saber que por su valor se hará justicia me hace sentir solo gratitud.

—Pero no sería posible sin vosotros, ¿verdad? —duda y comprendo entonces por qué está aquí.

—¿Se refiere a los abogados? Pues claro, siguen a tu disposición. Una paliza no es reemplazo de una condena.

Hiperventila unos segundos. Me pongo de pie para socorrerla, y ella alza la mano, me detiene lejos.

—Ya… se… me… pasará… —Cierra los ojos y cuenta diez respiraciones —. Vale… —Una última exhalación—, temía que, como no firmamos nada, como fue solo hablado, vosotros pudierais cambiar de parecer.

—No, Natalie. No cambiamos ni cambiaremos, pero tú sí puedes hacerlo. En cualquier momento puedes cambiar de parecer, retractarte, incluso acordar por una indemnización, ¿vale?, no nos debes nada, ya nos has dado mucho.

Me mira con duda.

—¿Qué os he dado? —pregunta casi sardónica. Piensa en el dinero, en los abogados y en el mal trago que será el juicio y no puede pensar en qué ha aportado ella que vale más que el dinero.

—Esperanza, señorita Ferguson.

Wade

La oficina de paredes de vidrio transmite una sensación de limpieza que no se condice con los negocios que aquí se tratan. La acústica está pensada ver y no oír, u oír a medias e imaginar el resto. Para jugar con el secreto confidencial y la sensación de que se puede delinquir a plena luz del día sin que nada suceda. Pese a los cristales por doquier, consigo un punto ciego, Desde aquí puedo ver

lo que me interesa sin ser visto por mi objetivo: Aaron Lauder. Ocupa un sitio privilegiado en la punta más lejana de una mesa ovalada como si fuera el dueño del mundo: espalda recta, sonrisa ensayada, traje caro que no consigue ocultar del todo el temblor de su mandíbula cuando se mueve. Las heridas aún no sanaron. El pómulo presenta un tono amarillento que delata la contusión; el labio inferior, partido, luce una cicatriz reciente. Me digo que debería sentirme satisfecho. No lo estoy. Me digo que sería un error querer darle un par más. Lo sería. Y, aun así, el impulso me recorre.

Jo y Natalie no están conmigo. La señorita Ferguson sintió deseos de vomitar ni bien puso un pie en este lugar. Ya estuvo antes, cuando su abogado provisto por el Estado se sentó con los buitres pagos por Lauder y disfrutaron de recordarle cuán endeble era su caso. Que si coqueteaste, que si querías tener una cita, que si le dijiste a tal o cual que lo hallabas guapo…

Por eso, ahora están las dos en los tocadores del piso. Natalie se siente segura con Jo, y Jo quiso acompañarla a su vez. La señorita Ferguson encuentra en Josephine lo mismo que nosotros en ella: esperanza. La ve tan íntegra, tan entera, valiente, exitosa, que sabe que podrá lograrlo ella también. Que no siempre se sentirá así, vulnerable y pequeña.

Pero Jo es más que ese coraje, que su fortaleza. Jo es también la mujer que, entre ver a los ojos a su agresor antes del golpe final y ayudar a alguien que la necesita, elije la segunda opción. No está pensando la victoria, en el rostro de Lauder cuando caiga el telón. Está pensando en Natalie. Siempre lo hace así. Es la víctima la que importa. Es a ella a quien ayuda de verdad. Y por eso la amo con una claridad que me asusta y me tranquiliza a la vez.

Apoyo el hombro en el marco de una columna y me ajusto el sombrero apenas, por costumbre. Desde aquí veo el reflejo de mi propia figura superpuesta al despacho de Lauder: el vaquero de Nebraska convertido en empresario.

Lauder habla con alguien por teléfono. Sonríe, hace un comentario condescendiente, ríe un poco más alto de lo necesario. Está confiado. Cree que esto es una reunión más. Cree que viene a cerrar algo. Cree que el mundo sigue funcionando como siempre ha funcionado para él: un lugar que se abre con dinero, miedo y silencio. No ha entendido nada. No ha entendido que el silencio se terminó.

Veo cómo revisa unos papeles, los ordena con un golpecito seco contra la mesa, se sirve agua. Se mira en el reflejo del vidrio y se acomoda la corbata. El gesto me provoca una oleada de náusea y de recuerdos que no son míos pero me pertenecen por elección. Pienso en Jo, en su relato. Pienso en Natalie, en su respiración entrecortada en mi despacho, en la manera en que decidió ser

valiente sin quererlo. Pienso en cuántas veces más habría ocurrido si nadie hubiera dicho basta.

Me llegan ecos amortiguados del pasillo. Miro el reloj. Faltan dos minutos. Dos minutos en los que Lauder seguirá creyendo que controla la sala.

El impulso de hacer algo estúpido me pica en los nudillos. Me digo que no. Me digo que hoy no soy yo el protagonista. Me digo que la justicia no se parece a un puñetazo, aunque a veces se sienta igual de necesaria. Respiro. Me quedo quieto.

La puerta del tocador se abre al fondo del pasillo. Las veo aparecer reflejadas en el vidrio: Jo primero, luego Natalie. Jo le habla en voz baja, inclina un poco la cabeza para estar a su altura, le acomoda un mechón rebelde detrás de la oreja. Natalie asiente, traga saliva, endereza los hombros. El gesto es mínimo y enorme a la vez. Reconozco ese movimiento. Es el mismo que vi en Jo cuando sin miedo a la tormenta, al rancho, a un vaquero extraño, fue a por su hermana creyéndola en peligro. No es ausencia de miedo. Es decisión.

Natalie avanza. Camina con paso firme. Entra en la sala de reuniones como si fuera suya. Lauder alza la vista y su sonrisa se ensancha con soberbia; de ella sí se acuerda, porque es la última. Necesita cerrar este trato para diluir el rostro de la señorita Ferguson junto a los demás. Se pone de pie, le extiende la mano. Natalie no se la toma de inmediato. Lo observa apenas un segundo de más, el tiempo justo para que él se incomode sin entender por qué.

—Señorita Ferguson —dice él, con esa voz melosa que huele a mentira—. Qué puntualidad.

—Señor Lauder —responde ella, correcta.

Se sientan. Lauder cruza las piernas, apoya un antebrazo en la mesa. Juega a ser el hombre razonable. Yo veo la tensión en su cuello, la forma en que aprieta la mandíbula cuando Natalie no baja la mirada. Me alegra. Me alegra más de lo que debería.

—Podemos empezar —dice él, y hace un gesto amplio, magnánimo. Mira a su abogado, este empieza a sacar papeles de un maletín. Ambos están seguros de que Natalie firmará, y que lo hará por poco dinero, además. Al fin de cuentas, proviene de una familia trabajadora. Para ella un par de miles de dólares serán más que suficientes.

Natalie apoya las manos sobre la mesa. No tiemblan. Si tiemblan, no lo veo. Su voz llega hasta mí, clara.

—Un segundo —dice—. Faltan mis abogados.

El mundo se detiene lo suficiente como para que yo saboree el silencio. Lauder parpadea. Una vez. Dos. Su sonrisa se quiebra apenas, como una porcelana fina que anuncia la grieta.

—¿Abogados? —pregunta, y el tono ya no es tan seguro.

La puerta se abre.

No entra uno. Entra un equipo. Trajes sobrios, miradas afiladas, carpetas bajo el brazo. Conozco esos rostros, he trabajado con los malditos en el caso de Tate. Conozco esa manera de caminar que no pide permiso. Es un bufete que no pierde. Un bufete que no negocia desde la debilidad. Un bufete que gana todos los casos.

El color abandona el rostro de Lauder. La sangre se le escurre de las mejillas y deja un rastro pálido que hace juego con la cicatriz del labio. Se pone de pie de golpe, la silla chirría.

—¿Qué es esto? —exclama.

El abogado que encabeza el grupo se presenta con una voz que no admite interrupciones. Nombres, cargos, formalidades. Natalie escucha, asiente. Se sienta de nuevo. Es su mesa ahora.

Yo doy un paso adelante. El movimiento delata mi posición, llama la atención de Lauder. Me dejo ver. Me quito el sombrero apenas, lo suficiente para que me reconozca. Rodeo con un brazo los hombros de Jo, que se ha acercado sin que yo lo note. La siento sólida, presente. Ella no mira a Lauder. Mira a Natalie. Siempre mira a Natalie.

—Te advertí —digo antes de que cierren la puerta—. Tus abogados estarán muy ocupados.

No alzo la voz. No hace falta. Lauder me mira como si hubiera visto un demonio. Un adelanto del infierno.

Me toco el ala del sombrero a modo de saludo. Es un gesto antiguo, casi cortés. Me vuelvo hacia Natalie.

—Estamos aquí —le digo, y no necesito decir más.

Ella asiente. Sus ojos brillan, pero no de miedo. De algo más fuerte.

Me alejo llevando a Jo conmigo. La puerta se cierra. El vidrio vuelve a ser vidrio. Desde afuera, la escena parece una reunión más. Desde adentro, el mundo acaba de cambiar.

Caminamos por el pasillo en silencio. Jo aprieta mi mano. Yo la aprieto de vuelta. No necesito mirar atrás para saber que Lauder está cayendo. No necesito escuchar los detalles. La justicia no siempre suena como un trueno. A veces suena como un clic seco de una puerta que se cierra.

Pienso en Natalie. Pienso en todas. Pienso en Jo, en todo lo que ha tenido que pasar. En cómo le han fallado a ella y cómo ella eligió no fallar a Natalie. Y entiendo, con una calma que no conocía, que este es el verdadero batacazo. No el miedo de un hombre poderoso, de un maldito violador. Es la firmeza de una mujer que dice basta, nunca más… Nadie más.

Jo

Como la denuncia prosiguió por los caminos normales, no tardó en salir en la prensa. En el departamento de policía no falta el chivatazo, y una noticia de esta magnitud se vende por un buen precio. Por supuesto, los medios de comunicación y las redes sociales no son sinónimo de juicio y jurado, no les importa *el caso en curso* ni *los testigos válidos* ni mucho menos la *evidencia comprobable*. Necesitan llenar horas y horas de transmisión y de videos para Instagram y TikTok. Mi nombre no tardó en salir a la luz, ni el motivo por el que junto a Wade financiamos los abogados de Natalie Ferguson.

Al principio me negaba a hablar, a dar notas, a confirmar lo sucedido. Pero a medida que los días avanzaban, y siempre con asesoría legal, decidimos que lo mejor para el caso era dar voz.

Y como yo, muchas más.

El caso tomó relevancia nacional, hay víctimas en casi todos los estados de Estados Unidos. Algunas de ellas, con abogados que deseaban dar el gran salto, volvieron al ruedo. Otros casos, como el mío, no podían pasar por tribunales y solo se tomaba como evidencia el hecho de que existiera un contrato de confidencialidad. Por eso, aunque podía hablar sobre *haber sufrido lo mismo* o el trastorno postraumático, tenía prohibido decir su nombre.

No importa. Cuando tienes el noventa por ciento de las piezas del puzle en su sitio, basta para ver la imagen completa. Mi presencia reforzaba el caso: la compañía de Wade recordaba a los demás hombres que debían elegir una facción y solo una ganaría.

—El silencio de las víctimas se debe, Laura —digo a la conductora—, a que somos juzgadas. Mi propio padre se atrevió a decir «nadie te querrá si se sabe lo que sucedió».

—Debe haber sido muy duro.

—Lo fue. Y no es que pretenda blandir un positivismo tóxico o una felicidad de taza de café, pero si he de sacar algo positivo de la situación es que uno aprende en quién confiar. Muchas veces, ese alguien no es familiar. Muchas veces, son los amigos, son la pareja, son un completo extraño que te tiende la mano…

—¿A ti te juzgaron?

—Sí. Al igual que en el caso de Natalie, yo había coqueteado con mi agresor previamente, y eso parece ser asumido como un sí irrevocable.

—Como la explicación con la taza de té —dice Laura. Me río al recordarla, es un video en que explican el abuso con ofrecer una taza de té. «Si está dormido, no le abres la boca y le vuelcas el té, ¿verdad?».

—Exacto. En aquel entonces no tuve las fuerzas para luchar, para enfrentar este escrutinio. Fue hace quince años, y aunque ya hablábamos de estos temas, mucho ha avanzado desde entonces. Hoy debo dar gracias a Natalie por su coraje, por hablar para detener esto.

—¿Crees que ganará el caso?

—Sí, así lo creo. Se hará justicia, pero, sobre todo, el coraje de Natalie suma a un mundo que, lucha a lucha, se convierte en un lugar mejor. Yo callé en el pasado, no fui tan valiente, puedo hablar ahora gracias a tantas mujeres que lo hicieron posible. Como dijo Gisèle Pelicot, esta gran mujer francesa que ha padecido el horror, «la vergüenza debe cambiar de bando».

Con esa frase, que no es mía, pero se me hace carne, Laura cierra la nota. Se escucha el «corte» detrás de cámara y nos podemos mover. Mi móvil suena incansable, busco en mi bolso al tiempo que saludo a la conductora.

—Gracias por la nota, ha sido muy respetuosa.

—No niego que me moría de ganas de sacarte a mentira verdad el nombre de Lauder.

Frunzo la boca, un gesto que dice más de lo que calla.

—Lo siento, debo atender.

—Claro. Es probable que la producción te contacte nuevamente —me advierte Laura—, la señorita Ferguson no puede hablar hasta terminar el juicio, pero ¡nosotros tenemos que llenar horas de esto!

Ruedo los ojos con exageración. No lo hago por los rankings ni las vistas, lo hago porque ya no soy una *mala víctima*. Mi título universitario, mi dinero y sí, mi pareja, hacen de mí la *víctima perfecta.* Ya no se me puede acusar de querer el dinero de Lauder, pues gano fortuna en Biofuture. Ni se me puede presentar como una resentida, pues he tenido éxito. Mucho menos como una despechada, cuando mi pareja es el soltero más codiciado de Nebraska. Mi imagen consigue el apoyo popular, y este, mal nos pese, es el segundo jurado en un juicio. Es lo que puedo hacer por conseguir justicia, y no me temblará el pulso.

—Hola —digo al aparato. No reconocí el número al atender. La voz de Catherine me toma por sorpresa.

—¡Josephine, joder!

—¿Cathy?

—¡Me he enterado por los medios, coño!

—Pues te intenté llamar, ¿sabes?

—Oh… —El tono cambia por completo—. Vale, es que cambié el móvil.

—Veo, ¿este es tu nuevo número?

—Es de Hunter, perdí mi móvil en un desfile y estoy luchando con la compañía para que me mantengan el número. ¿Sabes la cantidad de contactos que he perdido? ¡Mi vida profesional estaba allí!

—Lo siento, Cathy, espero que se solucione.

—¿Lo siento, Cathy? ¡¿Lo siento, Cathy?! ¿Eso dirás? —me espeta.

—Vale, que sé que es tu carrera y…

—¡Jo! Que mi móvil no es nada, que eso se recupera, joder. ¡Que tú te estás preocupando por mi móvil cuando ha estallado por los aires tu historia de abuso! ¡Que has intentado llamarme y yo no estaba para ti! ¡Que tienes que soltarme una hostia cuando me veas no disculparte!

—Okeey —digo. Eso enfada más a mi hermana, pero su enfado no es conmigo, ni tampoco con ella, es con todo lo que ha salido a la luz.

—¿Ha sido Lauder? —pregunta.

—No puedo decirlo, ¿vale?

—¡Soy tu hermana, joder!

—Sí, ha sido él.

—Mierda, mierda, ¡mierda! Yo estaba en su fiesta, esa noche, la de la tormenta… —suelta—. ¡Coño!, y tú… y el susto… ¡Jooooo! Y me he comportado como una chiquilla.

—No tenías por qué saberlo.

—No, porque no me lo dijiste. Empujaste a todos lejos, te cerraste. —Su tono no es de reproche, es de tristeza.

—Cuando supe que no podía hacer justicia, pensé que lo único que restaba era olvidar, pretender que no había pasado.

El silencio se extiende en la línea. Yo me alejo del plató, van a estar en vivo en breve y el silencio es mandatorio. Avanzo por los pasillos del estudio hasta el elevador.

—Padre te hizo firmar un acuerdo de confidencialidad. —Suspira.

—Podría haber batallado, era mayor de edad, pero…

—No, Jo. No podías. Estabas sola, peor que sola, estabas con él. George nos traicionó.

Usa su nombre, como hago yo. Nada de padre o papá. George, de ahora en más, un simple extraño para nosotras.

—Estaba sola también porque sentí vergüenza, Cathy. Podría habértelo dicho, sé que tú no me hubieras dejado…

—Como tú no me dejaste en la tormenta. Jamás.

—Pero sentí vergüenza. Pensé que lo había provocado, pensé que era una cualquiera que se emborrachaba en fiestas y ligaba con chicos, y que eso me pasaba por no ser una mujer tradicional, como quería George.

—Nos ha quemado la cabeza. Ese gilipollas y su resentimiento nos ha quemado la cabeza.

Por suerte, en el elevador viajo sola y puedo seguir hablando sin tapujos.

—Mamá tampoco estuvo, Cathy. Ni siquiera sabía dónde vivía en esos momentos, ¿París, Roma, Taiwán?

— Lo siento, hermana. Lo siento. Y siento que esta mierda de padres y de vida que nos ha tocado nos haya alejado tanto. Yo no te llamé cuando tuve problemas con las drogas, ni tú cuando abusaron de ti. Nos hicieron creer que estábamos mejor solas, que si contábamos con alguien, esa persona nos traicionaría... Destrozaron nuestra familia sin importarles qué sería de los pedazos.

—Sí, pero ¿sabes qué he descubierto este último tiempo? —le digo.

—¿Qué?

—Que la familia sí se elige, Cathy. Son los amigos, son los que nos quieren, son los lazos sanos que nos sostienen, la comunidad que nos rodea… La familia sí se elige, y si puedo optar, entre mil hermanas, te sigo eligiendo a ti, Cathy.

—¿Loca y todo? —pregunta, con voz nasal.

—Loca y todo.

—Y yo te elijo a ti, Jo. No me vuelvas a alejar, por favor —ruega.

—No vuelvas a perder tu móvil —bromeo.

—¡Jo!

—Vale, vale… lo prometo. Promesa de meñiques a distancia.

—Promesas de hermanas que se eligen.

La conversación se corta sin despedidas, he llegado al aparcamiento del estudio y no hay ni una línea de señal. Mi todoterreno me espera, tengo un par de millas por recorrer. Como descubrí cuando conocí a Wade, cuando se desata una tormenta, nada mejor que estar en el rancho. Ya sea un tornado, una tormenta de nieve o el estallido de una sociedad que le dice a los abusones ¡suficiente!

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Jo

Es una mañana fantástica. El cielo está despejado, no abrasa el calor del verano y, aunque el sol brilla con fuerza, la brisa lo compensa y hace que el momento sea agradable. Tras las vallas del rancho, el mundo es un caos. El escándalo del caso Lauder continúa y su carrera se va a pique. Incluso antiguos compañeros de fútbol de Seattle han decidido hablar y contar lo que sabían: los alardes que había hecho de sus supuestas *conquistas*, que en realidad fueron violaciones. Uno de esos casos conmocionó al país, pues la chica se suicidó tras el acoso recibido por denunciar.

Ahora, un fiscal ha decidido actuar de oficio y, en cuanto termine el caso de Nebraska, tendrá que presentarse en Seattle. Es posible que sea condenado en más de un estado.

Wade tenía razón: la justicia otorga una paz que no otorgan ni la venganza ni el olvido. La justicia es lo que nos hace humanos en su mejor expresión.

—¿Café? —ofrece Ryan al verme con la mirada perdida en las praderas Davenport.

—Siempre.

Se ríe y me alcanza una taza, sonrío al ver la suya. Es de esas impresas, que cambian de color con la bebida caliente. Ahora muestra una imagen de él junto a Ryan Jr., su nieto, con una exagerada cara de fastidio. A medida que el café desaparece, la foto cambia a una en la misma posición pero sonrientes. Es una chulada que adora.

—Tengo que trabajar, pero no quería perderme las vistas —reconozco, poso los brazos en la barandilla del porche. La casa principal mezcla el estilo local, de madera, porche y techos abuhardillados con modernidad. Ventanales amplios, cemento, metal y piedra. Es una verdadera belleza y, lo reconozco, es demasiado grande para quienes lo habitan.

Fue pensada para una familia numerosa que se truncó con la muerte de Caroline. Para una familia que recién ahora empieza a recomponerse con Ryan Jr. y la pequeña Michelle.

—No hablas de las tierras, ¿verdad?

Le sonrío con picardía y lo reconozco.

—A veces los trajes de tres piezas me hacen olvidar que Wade fue, es y siempre será un vaquero de Nebraska.

La figura de los hermanos Davenport se recorta contra el sol de la mañana. Van a caballo, con sus sombreros y sus lazos al hombro. Tres perros border colie los siguen y, en esa sincronía, arrean las vacas hasta el siguiente lote.

—¿Es un problema para ti, Jo? —pregunta Ryan, quien no tiene pelos en la lengua.

—No. Ya lo tengo todo pensado —le digo con una sonrisa—, si quiere vivir en el rancho, solo necesitaré algunas facilidades para trabajar desde aquí y podré viajar a Omaha solo unas veces a la semana. No es tan lejos.

—¿Y él lo sabe? —Alza las cejas, me sonrojo—. Ya me lo imaginaba. En la era de la comunicación, lo que más falla es… ¡La comunicación!

—¿Crees que deba enviarle un correo electrónico? —bromeo—, o coordinar una cita con Alice.

—Ja, ja. Lo que creo es que la vida nos ha golpeado a todos, chica —me dice en un tono más cariñoso, como jamás me habló mi padre—, que, si los dramas vienen de golpe, sin preguntar si hemos vivido lo suficiente o si estamos listos o si ya hemos conseguido casa, coche y viajes… ¿Por qué esperamos a tener todo eso para darle espacio a la felicidad? —A falta de palabras sabias, permanezco en silencio con la vista en Wade, en su porte de vaquero que me fascina—. Pensáis que lo vuestro fue rápido, que os conocisteis y a las pocas semanas vivíais juntos. Que así no funcionan las relaciones modernas y bla, bla, bla… Pero cuando conocí a Caroline, lo supe, y al mes estábamos casados. ¿Y sabes qué?

—Sí, lo sé —le digo con una sonrisa emocionada—, no te arrepientes ni un ápice.

—De solo pensar que podría haber sacrificado un día a su lado por cobarde o ¡peor!, por lo que pensaran los demás, se me retuercen las tripas. Vuestras vidas serán largas, prósperas, eternas… Vosotros no tendréis que preocuparos por cuántos días juntos pasareis. Pero el consejo para los longevos es el mismo que para los efímeros, ¡vivid como si la vida fuese a terminarse mañana y vivid como si cada día fuese a repetirse eternamente! Porque así es la vida, un suspiro en el cuerpo y una eternidad en la memoria.

No estoy llorando. Por supuesto que no. Es el sol el que me hace ver borroso, el que me impide dibujar los límites del cuerpo de Wade a la distancia.

—Se lo diré —prometo. Ryan bebe el último sorbo, la imagen de él junto a su nieto, sonrientes, me devuelve la mirada.

—Apresúrate, o él te ganará de mano y ya os conozco a los dos, ¡os gusta competir!

Me echo a reír, y lo acepto. Nos gusta competir, porque cuando lo hacemos, sea quien sea el primero en llegar a la meta, siempre ganamos los dos.

Jo

—No es necesario, Sophie, de verdad. Iré mañana a Omaha, no tienes por qué venir hasta aquí.

Las vacas que arriaron Blaze y Wade son las nuestras, las del proyecto de Biofuture. Ya que estoy en el rancho, por escapar de tanta atención que ha cobrado el juicio de Natalie, nada mejor que aprovechar el tiempo. Los animales mugen y no oigo lo que Sophie dice al otro lado.

—Wade, ¿qué sucede? —pregunto al verlo forcejear. Se ríe mientras enlaza un animal y lo aparta un poco.

—Sucede que este pequeñín será un excelente toro.

—No me cuesta nada —insiste Sophie. Esto de tener dos conversaciones a la vez me está volviendo loca.

—Pues no es por lo que cueste…

Wade se ríe mientras tira del animal, me entran unas risas que apenas puedo hablar. Es pequeño, pero bravo. Opone resistencia y comprendo por qué es que será un excelente toro de cruza. ¡Vaya animal! Y vaya su madre. La vaca muge con más fuerza, protesta por su ternero. Yo me acerco y la acaricio, la vaca parece quejarse conmigo, como si me pusiera al tanto de la ofensa recibida por ese vaquero terco.

—No le hará nada a tu niño —digo al animal. Lo que está haciendo Wade es algo que desconocía del trabajo de rancho y, al parecer, es una de sus mejores dotes de vaquero. Por eso, pese a que Blaze es quien mejor se lleva con los animales, es Wade quien se encarga de esta labor en particular: socializar a los toros.

Los toros por naturaleza son fieros y, si no los castras, al llegar a la edad adulta se vuelven muy peligrosos. En muchas culturas, enfrentar a los toros adultos sin socializar ni castrar es considerado un acto de hombría, de valor, porque pueden matarte de una simple cornada. Por eso, si quieres mantener a uno sin castrar para convertirlo en un semental, debes asegurarte de que se acostumbren a la presencia humana y a ser enlazados desde muy pequeños.

A Wade este proceso se le da muy bien. Consigue enlazarlo y calmar al animal que, por instinto, forcejea.

—Venga… calma… Que tú conservarás los cojones, ¿no eres un privilegiado? —bromea y el torito suelta un bufido.

—No digas eso en voz alta, los otros te oirán. —En la vacada hay otros machos que no tendrán tanta suerte.

—Quien tiene que oír eres tú, Jo, has dejado a Sophie con la palabra en la boca.

—Oh, joder. ¡Sophie, disculpa!

Su risa resuena al otro lado.

—No puedo competir por tu atención cuando hay un vaquero sexi delante de ti.

—Te reprendería pro hablarme así —miento—, pero tienes razón, nada compite con Wade.

Él se ríe y me guiña el ojo, un gesto lleno de promesas.

—Decía que cogeré el coche y llevaré los contratos que debes firmar y…

—Sophie… —No quiero molestarla, soy yo quien debe adaptarse a esta modalidad mixta, es mi decisión, detesto arrastrar gente conmigo.

—Jo —dice Wade, quien ha conseguido calmar al animal y, por consiguiente, a la vaca madre—, Sophie no quiere venir por ti, quiere venir por Kevin.

—¿Qué?

—¡Oye! —la queja de mi secretaria me hace reír, lo ha oído.

—¿Sophie, es cierto lo que dice el señor Davenport? —bromeo—, ¿quieres venir solo por el guapo rubio con aire rural pero listo joven de sistema del rancho?

Wade carcajea ante mi descripción. Kevin es el chico guapo del rancho, que tiene a todas loquillas. Excepto, claro, a las chicas Davenport. Nuestra debilidad no son los rubios con facciones de Brad Pitt, sino los castaños con destellos rojizos y ojos güisqui que te conquistan con una dosis perfecta de insistencia y paciencia.

—Puede que sea un gran incentivo…

—Vale, en tal caso… —accedo con humor—, te haré venir más seguido aún.

—¡Oh, no! ¡Qué jefa explotadora has resultado! —Una última risa y agrega —: Preparo los contratos y parto para allí.

Termino la llamada y pido permiso para acercarme al ternero. Wade asiente y me coje la mano. La lleva con suavidad al morro del animal, y de a poco, vamos generando confianza.

—¿Quién hubiera dicho que domar un toro y conquistar una mujer requiriese la misma técnica? —le digo a Wade. Él me mira—. Paciencia, una dosis justa de insistencia y construir la confianza un día a la vez.

Wade

Culpable. El jurado declara a Aaron Lauder culpable del cargo de abuso sexual. El Estado de Nebraska condena al acusado a cinco años de prisión efectiva y una indemnización a la víctima de dos millones de dólares americanos por daños y perjuicios ocasionados.

Sin embargo, Lauder debe enfrentar un nuevo juicio en Seattle; dado que la víctima se suicidó, si se comprueba que el motivo fue el daño psicológico provocado por su agresor, la condena será aún mayor.

Justicia.

Siento cómo mi corazón se vuelve liviano. Josephine se mantiene regia a mi lado. Ya nada la afecta, y lo entiendo. Natalie es presa del alivio, ella sí llora, pero las lágrimas son de la dicha de terminar con el asunto. Poder poner un punto final.

Nos abraza y nosotros a ella. Tras nosotros, se acercan sus familiares, amigos, colegas. La red que se forma entre las manos que se sostienen las unas a las otras.

—Vamos —dice Jo—, esta no es nuestra historia. Aquí, por suerte, somos solo actores secundarios.

—Esta es también tu historia, Jo.

—Lo fue, sí. Ya no. Tú me sanaste, Wade, tú fuiste mi justicia.

Soy incapaz de magnificar el impacto que tienen sus palabras en mí. Me siento honrado, humilde, pero, sobre todo, enamorado.

No hay espacio en mí para el rencor a Lauder, con la sentencia, la ira se evaporó de mi organismo junto con el deseo de volver a golpearlo, de destrozarlo, hacerlo añicos… Solo queda un pequeño vacío, una sensación de que ahora que he hecho espacio en mi pecho, sacándome el rencor, necesito llenarlo de algo bueno. De Josephine.

—¿A tu piso o al rancho?

—Al rancho —dice—, si tu padre no nos echa.

—¿Echarnos? Está más cerca de secuestrarnos —bromeo a medias. Sé que le encantaría tenernos allí, cerca, en esas tierras que tanto esfuerzo puso en hacer prosperar.

Al llegar, es de noche. Marie nos ha dejado la cena lista para recalentar y estamos tan cansados que no se nos ocurre hacer otra cosa que comer con los platos posados en la encimera. Apenas hablamos, las emociones del día nos abruman, nos cuesta ordenar en palabras los hechos.

Hablamos de otro modo. Con nuestros cuerpos. Con nuestras caricias y besos. Con nuestro placer que es una tierra conquistada juntos. Estamos

rendidos, pero el sueño no acude.

—Nop —se queja Jo, tras dar una vuelta más—, no podré dormir. —Se incorpora, coje su salto de cama y se cubre con él—. Te dejaré para que al menos uno de los dos descanse.

—Nop. Yo tampoco puedo dormir —coincido. En mi caso no tengo salto de cama, por lo que cojo una sudadera vieja y unos pantalones de chándal y sigo los pasos de Jo.

Evitamos el café o no podremos pegar un ojo en toda la noche. Josephine suelta unas hierbas en la tetera, camomila, lavanda, manzanilla, y echa el agua hirviendo.

—Ven —digo. Cogemos las tazas y caminamos sin hacer ruido por la gran casa. Me causa gracia nuestra actitud furtiva, como si no fuéramos dos treintañeros, o peor aún, como si alguien pudiera despertar a estas horas—. Este sitio es el más calmo y mi preferido. Ya lo adivinas, ¿verdad?

Abro una puerta y el aroma de la cera y la miel nos da la bienvenida.

—La biblioteca.

No es un santuario ni tiene un estilo cargado, como el que se ve en las grandes mansiones antiguas; es más bien un espacio relajado con una colección aceptable de libros y una disposición agradable de sofás diseñados para perder la noción del tiempo. Jo busca dónde sentarse, la observo, y no me sorprende que elija el sitio preferido de mi padre. Junto a ese lugar, se encuentra el que solía ser el preferido de mi madre y ahora mío. Una butaca de piel, con respaldo ancho y posa brazos dispuesto a la izquierda de la mesa de café. Jo se arrellana en su lugar y me observa. Sopla su té y dibuja virutas de vapor en el aire.

Yo recorro los estantes con familiaridad, conozco cada libro que está aquí, aunque no los haya leído todos. Cada uno de ellos es especial a su manera, ha sido un consuelo, un abrazo, que mi madre dejó en estos estantes para que pudiéramos recurrir a ellos cuando necesitáramos su calor.

Hoy es uno el que me llama, que es el consejo de mi madre atravesando el tiempo, diciéndome que allí están las palabras precisas como lo estuvieron años atrás.

Lo cojo de los estantes, solo mi conocimiento del contenido me conduce, porque es tan antiguo que las palabras no se leen en el lomo de piel. En la tapa solo se ve un grabado, hay que abrirlo para descubrir qué contiene. Al hacerlo, el inconfundible aroma del papel y la tinta viejos se mezcla con el té de hierbas. Voy junto a Jo y ella trata de adivinar qué tengo en las manos. Cuando consigue leer un par de palabras, pregunta sorprendida:

—¿Lees en latín?

Me echo a reír.

—¡No! Ni de coña. Está en los dos idiomas —reconozco—, pero mi madre sí leía en latín. O, si me guío por sus anotaciones, conseguía traducir algunas oraciones.

—Que ya es mucho más de lo que hacemos la mayoría.

—*De gratia et libero arbitrio* —leo con una pronunciación malísima del idioma, en la que se entreven los modos de mi inglés de vaquero—. «De la gracia y el libre albedrío» de San Agustín.

Jo me mira con una admiración que no merezco, por lo que me veo en la obligación de regresarle los pies a la tierra:

—No, no lo entendí.

Suelta una suave risa, carente de burla.

—No parece una lectura para la playa —dice. Le sonrío y bebo un sorbo de la infusión. El sueño sigue sin acudir, pero sí la paz y ella lo nota—. ¿Por qué pensaste en él en estos momentos?

—Porque es un libro que aborda un tema universal y en su momento me dio respuestas. Espero que también te las dé a ti. —Se lo tiendo—. Es un obsequio.

—Que no voy a aceptar. No puedo quedarme con algo con tanto valor emocional para ti.

—¿Por qué no? Sé que lo cuidarás, confío en ti, Jo. Si te he entregado mi corazón, ¿cómo no podré entregarte un libro?

—Pero… —Lo recibe con solemnidad. Teme incluso abrirlo. Al hacerlo, ve la letra de mi madre y el impacto la lleva a cerrarlo de nuevo.

—En ese libro en latín, de hace más de mil quinientos años, un hombre que había pecado se preguntaba algo que la humanidad seguirá indagando por siempre: ¿por qué Dios permite la maldad? —Sus ojos se fijan en mí, no en las palabras escritas—. ¿Por qué si Dios es Amor, te tuvo que pasar aquello, Jo?, ¿por qué mi madre fue asesinada?, ¿por qué mis hermanos quedamos huérfanos de madre y mi padre viudo?, ¿por qué, por qué, por qué? ¿Te lo has preguntado?

—Sí —reconoce. No dice más, pero también sé que a esa pregunta le siguió el silencio, el vacío… yo sentí lo mismo, hasta que encontré este libro con las notas de mi madre. En esta ocasión, por la antigüedad de la edición, mi madre tomó sus notas en hojas aparte, que permanecen en el interior y ya están amarillas por el paso del tiempo.

—Cuando mi madre murió, antes de saber que fue asesinada, cuando pensaba que fue un simple accidente, me invadió la ira. La sensación de una injusticia cósmica, de total falta de sentido. Pero mi madre había dejado allí sus

palabras para ayudarme cuando la verdad saliera a la luz. No es Dios quien permite la maldad, son los hombres los que obran mal en su libertad. Pero si somos libres, también podemos elegir el bien, ¿verdad? Creer en el destino fijo, en que las cosas pasan por algo o en esas frases de taza de té, nos conduce a un sinsentido, al azar, a que todo es caos y en vano es hacer las cosas bien. O, por el contrario, a pensar que no importa, que Él tiene un plan, y que entonces la maldad es *bondad malinterpretada*. ¿Existe un escenario en el que la agresión que sufriste o la muerte de mi madre pueda entenderse como un *mal necesario?*

—No, sin dudas no.

—Allí está la respuesta. Si somos libres para obrar mal, somos libres para obrar bien, y la Providencia no es un destino zanjado, no es Dios haciendo que lo malo cuente o cobre sentido, sino haciendo justicia. La justicia que hoy vivimos, la justicia de que nos amemos, Jo, de que nos hayamos encontrado… La justicia de que estuve en esa fiesta para sacar a Cathy de allí, ¿lo ves?, podría haber obrado mal, podría haberme ido y jamás conocerte. Y no fue un mal para que un bien suceda, sino la oportunidad de hacer las cosas bien para que más cosas buenas sucedan. —Jo presiona el libro contra su pecho. Yo me sentí igual, la sensación de que no somos hojas en el viento, que tenemos el control de nuestras vidas, y, sobre todo, que el bien florece y el mal se pudre. Si no es hoy, será mañana, pero siempre, siempre, gracias a quienes actúan de la manera correcta en cada ocasión que se le presenta.

—Gracias —dice, conmovida—, juro que lo cuidaré. Hasta creo que me inscribiré en un curso de latín. —Ríe y yo con ella.

—Jo, iba a esperar a que estuviéramos menos movilizados por lo sucedido, pero… —Me deslizo por el sofá hasta clavar la rodilla en el suelo. Extiendo una cajita de joyería imaginaria, la verdadera está en Omaha—. Con la libertad que poseo y con la certeza de que estoy haciendo lo correcto, te pregunto: ¿Josephine Hayworth, te casarías conmigo?

Jo acerca su rostro al mío, pone su mano en mi palma, aceptando el anillo imaginario.

—Con mi libertad, te elijo, Wade Davenport. Sí, sí me casaré contigo.

Planto mi boca en la suya, sus brazos me rodean y permanecemos abrazados unos segundos. Jo ríe junto a mi oído, aún aferrada a mí.

—Algo me dice que será una boda por iglesia, ¿verdad?

Suelto una carcajada. La cojo en brazos y ella se queja entre risas, convencida de que no podré con su peso.

—Ahora, encontremos una mejor forma de pasar las horas de insomnio… —La llevo en brazos hasta la escalera, y completo la frase—: mi Jo, mi futura esposa.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Jo

Dos meses después…

—¡Oh, no! Yo sé muy bien cuánto se sufre por vestir algo que no sienta. Os dejo la elección a ustedes —digo a mis amigos y mi hermana, que aguardan en la tienda de novias en Omaha.

—Somos tus damas de honor —se queja Sophie.

—Y tu damo —bromea Fred.

—Y yo no soy vuestro dictador, ¿vale?, vestid como queráis.

—Al menos elijamos un color —insiste Cathy. Ellos debaten en la sala de vestidos de damas de compañía y Morgan, la encargada de la tienda, me conduce a la sección de novias. Un mundo blanco y crema se abre ante mis ojos, la lámpara colgante con luces cálidas genera una atmósfera cálida, romántica, al igual que los empapelados con detalles dorados. Hay una tarima en el centro, como en esos realities shows de novias que pasan en la televisión.

—La protagonista será usted —me dice Morgan.

—Oh, no, nada de usted —me quejo—, que me hace sentir vieja. Aquí solo seré Jo.

—Bien, Jo, permíteme hacerte brillar. ¿Qué tienes en mente?

Mis amigos entran como un vendaval al notar que los he dejado a solas, están ansiosos por saber qué vestido elegiré. No sospechan que los dejaré con la duda, ¡no pienso delatar la sorpresa! Sin embargo, como confío en ellos, sí aceptaré sus consejos amorosos.

—Pues… no lo sé, algo que disimule mis medidas.

—¡De eso nada! —se queja Cathy—. Menos mal que estamos aquí, ¿verdad, chicos?

—¡Sí! —responden a coro.

—No hay nada de malo con tu figura —dice mi hermana.

—Por el contrario —coincide Morgan—, tienes figura reloj de arena.

—¿De cuánta arena? —digo mordaz.

—¡Josephine Hayworth! —me reprende Genny. Le saco la lengua como una chiquilla.

—Vale… vale… os traje para que seáis la voz de mi conciencia.

—Y porque no está aquí tu vaquero, él sí te recordaría lo bien que te ves y cuánto aprecia esas curvas —interviene Fred con picardía.

—¿Celoso? —se mofa Cathy.

—¡Mucho!

Las risas mantienen el ánimo, tanto así que no me quejo cuando paso al cambiador y empieza la tortura. ¡Vaya!, si yo creía que mis trajes sastre y mis fajas eran difíciles de calzar, hay que ver lo que cuestan estos vestidos.

—¡Nop! —digo al salir con el primero, no llego a la tarima que ya me estoy dando la vuelta—. No y no.

—Definitivamente no —coinciden mis amigos. Era un vestido acampanado de princesa que pesaba una tonelada y me molestaba al andar.

—Bien —asiente Morgan y se lleva los otros dos que compartían diseño. Por supuesto, regresa con dos de reemplazo. Yo me abanico, estoy sonrojada por el esfuerzo.

Pruebo un segundo. Este me gusta, es estilo renacentista. Salgo más segura y mis amigos coinciden. Esta vez, llego a la tarima.

—Me siento en Bridgerton —aludo a la serie de Netflix basada en los libros de Julia Quinn.

—En lugar de un duque, te casas con un vaquero.

Regreso al cambiador y pruebo otro del mismo estilo. Este me sienta mejor en el busto, pero no me gusta mucho la figura que me hace. Le muestro a mis amigos, hacen comentarios bienintencionados, sugieren posibles cambios.

—Creo que por hoy es suficiente —suelto, sudada de tanto ir y venir.

—De eso nada —insiste Sophie—, que he librado tu agenda por todo el día, ¿recuerdas?

—Puedes tomarte el día libre —sugiero.

—Prefiero pasarlo aquí, Jo. ¿Cuántas veces podremos ayudarte a elegir el vestido?

—Una —asegura Cathy—, sin dudas, una. Davenport no te dejará ir, ese tío sí que entiende el concepto de amor para siempre. —Suspira con exageración. Yo me sonrojo más aún.

—Vale, un par más. Pero luego decidís vosotros vuestros trajes de damas… ¡y damos! de honor.

—Ya lo hemos hecho.

—¿Cómo? —pregunto desde el otro lado de las puertas del cambiador—, ¿cuándo?

—Pues recién, mientras esperábamos por ti. Iremos todos de morado —explica Fred.

—Es el color que mejor nos sienta a todos —agrega Genny.

—Vale, de morado, me gusta —coincido—. Si vosotros os sentís a gusto con él, para mí será el mejor color.

—Es tu turno de sentirte bien, Jo.

—Y no será con este vestido —sentencio al salir del cambiador—. No os riais.

—¡Nooo!, te sienta de maravilla —dice Sophie.

—De verdad —coincide Fred.

—Pero yo sé por qué no te gusta —suma Cathy.

—¿A ver, listilla, por qué? —indago.

—Porque te recuerda a tus trajes de a diario.

No lo había pensado, pero ahora que miro mi reflejo, comprendo que da en el clavo. Es un vestido muy estructurado, de líneas firmes de sastre.

—Eres una listilla —le gruño, porque ha dado en el clavo.

Morgan me observa, escuchó lo que dijo mi hermana y, con la sabiduría que le han dado miles de novias, sentencia:

—Creo que sé qué buscas.

—¿Sí?

—Acompáñame.

Regresamos al cambiador y trae consigo un vestido que en mi vida hubiera cogido.

—No —río—, definitivamente no.

—Pruébatelo —insiste. Desconfío, me encojo de hombros y pienso «qué más da, ya estoy aquí». El vestido sube con más facilidad de lo esperado y… cierra sin casi esfuerzo. Doy la vuelta, segura de que no me gustará lo que veo.

—Oh, Dios mío. ¿Quién es esa mujer?

—Tú, Jo. Eres tú.

Me miro sin poder creerlo, ¡he hallado el vestido!, y no es por su belleza —que vaya si es bello—, sino porque siento que así me ve Wade. Esa que está en el espejo, esa cuyas curvas no son un defecto, sino una tentación, esa que brilla, segura y femenina, esa es la Josephine de Wade.

—Voy a llorar —reconozco—, ¡y yo no lloro, joder!

Morgan está acostumbrada a las emociones, sonríe con entendimiento.

—¿Quieres salir a que lo vean tus amigos?

—No. —Carcajeo y Morgan se ríe a la par—. Será sorpresa.

Lo quitamos con reverencia, hay que hacerle pequeños ajustes para que sienta perfecto y estoy segura de que lo amaré más y más en cada prueba. Cuando salgo vistiendo mis prendas de siempre, mis amigos abuchean.

—¡Eres cruel! —me demandan en broma.

—Pero justa —agrega una voz masculina. Wade se quita el sombrero a modo de saludo—, si yo no puedo ver a la novia antes de la boda, vosotros tampoco.

—¿Y qué haces aquí? —se queja mi hermana. Yo voy a su encuentro, lo saludo y sigo los pasos de Morgan que recogerá la información para la próxima cita.

—¿Acaso un hombre no puede pasar a recoger a su chica? —dice.

Es Sophie quien me delata.

—¡La muy taimada te ha dicho a qué hora venir por si no la dejábamos libre!

Wade se ríe.

—Claro que no, Jo sería incapaz, si os adora…

—Sí, os adoro —digo en mi defensa—. Tanto que ahora iremos todos a por unas copas. Hay que festejar que tenemos vestido.

Salimos de allí con el mismo ímpetu con el que entramos, hechos un tumulto de cuerpos y voces entusiasmadas que quieren hablar las unas sobre las otras. Como saben que no delataré el vestido, debaten sobre el que usarán ellos en morado. Fred se hará un esmoquin completo en ese color.

Vamos a pie hasta el aparcamiento. Cathy es el primero en verlo, se queda tiesa. Yo me vuelvo hacia ella, para preguntar por su reacción.

—George —articula.

—Josephine —dice mi padre y la alegría se disipa de inmediato.

Me faltan las palabras, no le he cogido el teléfono en estos meses, he decidido cerrar la puerta del pasado para abrir la del futuro. Pero, joder, cómo duele el pasado. Abro la boca y no sale sonido. Otra voz habla por mí.

—Señor Hayworth… —lo saluda Wade, su tono es frío, deja en claro que no le dará la bienvenida.

—Josephine, solo quiero felicitarte por tu inminente boda, ¿acaso un padre no puede hacer eso?

—Vienes a arruinarla —sisea Cathy. Yo sigo paralizada—. ¿Cómo has sabido dónde estábamos?

—La secretaria de Biofuture. —Se refiere a la recepcionista, es quien coge las llamadas cuando Sophie no está. Sophie sabe muy bien que no debe dar información, mucho menos a mi padre.

—Señor Hayworth —esta vez el tono de Wade pasa de frío a helado, cortante como el viento invernal en Nebraska—, con boda o sin boda, Josephine ya es mi familia. Josephine es una Davenport y nadie molesta a un Davenport en estas tierras.

—Veo que has hallado a un hom…

Wade vuelve a interrumpirlo.

—¿Jo, quieres hablar con tu padre?

—No —consigo articular. Ya sé lo que viene a decir, el motivo de su visita. Desea atribuirse el mérito de mi matrimonio con Wade, o, para él, simplemente «con un Davenport». Al fin he hecho algo que, ante sus ojos, es considerado un éxito. No mi carrera, no sobrevivir a un abuso… Casarme con un hombre de buena posición. Lo que no cuenta es con que este hombre no es como él, Wade Davenport no pondrá las apariencias por sobre mi bienestar, y si tiene que mandarlo a tomar por culo por mi felicidad, hasta le dará un mapa con indicaciones para que no se pierda por el camino.

—Todo fue dicho.

Si George tiene intenciones de insistir, una mirada de Wade basta para disuadirlo. A medida que me alejo, las palabras regresan a mí, encuentro en mi pecho antes que en mi cabeza lo que quiero decir, y por fin consigo articular:

—George, te perdono. —Mi padre, progenitor le sienta mejor, pues padre es un título demasiado grande, no entiende qué coño es lo que le perdono, cuál ha sido su ofensa. Está muy convencido de que ha hecho las cosas muy bien, ¡si hasta pesqué un gran partido! Ya no importa, porque no va de culpas o rencores, el asunto va de libertad—. Te perdono por ser un mal padre, por abandonarme cuando más te necesitaba y por estar aquí, arruinando el momento. Te perdono, de corazón, pero perdonar no es lo mismo que darte espacio en mi vida. No lo tienes, George, no tienes espacio en mi vida. Que disfrutes tu estadía en Nebraska.

—Eso, George, que disfrutes tu estadía en Nebraska —repite Cathy. Wade me abraza desde el franco derecho, Cathy del izquierdo y mis amigos me secundan como un ejército.

No. No un ejército. Una familia. Mi nueva familia.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Wade

—Ahora serás oficialmente un cuñado —murmura Cathy a mi lado, supongo que ha notado mis nervios y busca hacerme reír.

—¿Tendré que hacer comentarios desafortunados en las cenas familiares?

—Solo en las que oficias de cuñado, claro. Y chistes malos. Tendrás que aprenderte un millar de chistes malos.

Me río, pienso en si conozco alguno de esos. Cathy ha logrado su cometido, que yo deje de repiquetear con los pies y suspirar nervioso cada vez que alguien se cuela por la gran puerta de madera de la iglesia.

—¿Habrá elegido Jo el vestido que parecía de la regencia? —pregunta Sophie. Está junto a Cathy, las dos vestidas de morado, pero con estilos distintos. Jo insistió en que no quería que nadie se sintiera incómodo en su boda. Cathy lleva un vestido lencero, delicado y romántico, mientras Sophie optó por uno estructurado de cuello bote.

—Eso espero. —Cathy clava los ojos en mí, se mofa a mi costa—. Puede parecer un vaquero, pero ya me he dado cuenta de que es todo un feudal de la regencia.

—¡Oye! —me defiendo.

—¡Los Davenport han montado una fiesta para todo Fort Creek con motivo de esta boda! Si eso no es lo que hacían los feudales, ya no sé —expone mi futura cuñada y yo ruedo los ojos.

Puede que tenga un punto. La fiesta será pequeña, solo con los allegados, pero hemos decidido que en lugar de casarnos en Omaha lo haríamos aquí, en Fort Creek, eso implica que medio pueblo esté en las puertas de la iglesia; y claro, nadie le puede negar la entrada a la Casa del Señor. Y ya que están aquí, no los dejaríamos así, nos aseguramos de que puedan brindar. Y nadie va a brindar sin llevarse nada más a la boca, hace mal al estómago, así que sumamos unos canapés. Para cuando caímos en cuenta, habíamos montado otra fiesta en las inmediaciones de la Iglesia.

El murmullo del exterior se cuela en el interior de la iglesia.

—Jo está aquí —anuncia Ginny, me contagia la ansiedad.

Yo me vuelvo hacia la puerta. Mi corazón se acelera. Mi familia está a la derecha, la de Jo, a la izquierda. En ambos lados faltan personas, ambas

familias han sido amputadas. En la de Josephine faltan su madre y su padre. En la mía, mi madre y Roman.

El órgano suena con la música nupcial. El perfume de las flores parece intensificarse, como si abrieran sus pétalos para recibirla. Yo me abro para recibirla, con la sencillez de un hombre que es amado.

El encuentro con George Hayworth me probó una vez más la fortaleza y entereza de la mujer que amo. Jo pudo perdonar, algo que yo, comprendí, no había logrado. Gracias a ella lo conseguí. Perdonar no es volver a recibir al otro en tu vida, Roman no puede ser bienvenido, no después de lo que le hizo a Eliza y a su propio hijo, Ryan. Pero sí puede ser perdonado. Hoy no está aquí, tampoco el rencor. Cuando uno se llena el corazón de odio, de rencor, no tiene espacio para el amor. Y yo pretendo que el amor ocupe mi pecho.

¡Y vaya si lo hace!

La gente contiene el aliento. ¿Yo? Yo simplemente dejo de respirar. Jo está despampanante con su vestido corte sirena que resalta su hermoso cuerpo reloj de arena. Le sonrío, ella me devuelve la sonrisa. No lleva velo, sino el cabello medio recogido que cae ondulado sobre un hombro.

Llega a mi lado y el sacerdote debe carraspear para que no la bese antes de tiempo. Los presentes sueltan algunas risitas.

—Estamos aquí reunidos… —comienza el cura la ceremonia. Al ser religiosa, sigue los preceptos a rajatabla. No hay votos por separado, solo los bíblicos, ni momentos en que los amigos digan algunas palabras. Eso quedará para el festejo posterior.

Nos cogemos de las manos mientras escuchamos las palabras del sermón. Las sentimos cercanas, propias, un alimento para el alma:

—Vivimos en tiempos en los que todo es efímero, todo es ya, rápido y desechable... Pedimos por Amazon y nos llega el pedido el mismo día, y al mes nos aburrimos y lo descartamos. Pedimos ropa por internet porque, si no nos sienta bien, no pasa nada: la devolvemos o, si no nos ha costado mucho, incluso la tiramos. En estos tiempos de comida rápida y obsolescencia programada, ¿quién se compromete para toda la vida? ¿Quién elige a su pareja convencido de que no la devolverá a los almacenes de Amazon? —Las risas ante esa metáfora son porque ha dado en el clavo—. Aquí, la mayoría de los presentes sois vaqueros, hombres y mujeres de la tierra, de raíces. Decidme, ¿acaso construiríais vuestras casas sobre cimientos de arena, con vigas pedidas por internet sin saber de qué están hechas? ¿Descartaríais vuestras casas a la primera grieta? No, yo sé que no. Amarse y comprometerse es un acto de valor. Y tened por seguro que Dios acompaña a los valientes. No os dejará solos si elegís amaros, no os dejará sin herramientas para afrontar la

adversidad, os acompañará... Solo deberéis confiar. Wade y Jo, confiad el uno en el otro y confiad en Él. —El silencio es solemne. El sacerdote permite ese momento de meditación—. Ahora sí, continuemos, que nuestra pareja está deseando empezar a construir esos cimientos.

El ritual queda grabado en nosotros, los nervios de equivocarnos desaparecen. El juramento sale claro y firme, los anillos nos unen y el «puede besar a la novia» es el principio de esta vida juntos.

—Los declaro, marido y mujer.

Jo

A la salida de la iglesia nos espera un centenar de personas, a muchas las conocí en la feria, otras es la primera vez que las veo. Todas me reciben con amor, están felices por la felicidad de Wade y eso, para mí, es suficiente para quererlos.

Hunter oficia de fotógrafo. Le pedí que no lo hiciera, así podía disfrutar de la celebración, pero para él captar los momentos en la lente es su forma de vivirlos. Es un gran compañero para Cathy, artista, algo loco y, en especial, de fiar.

—Ven, tómanos una foto —pide Cathy—. Estás hermosa, hermana. ¡Hiciste bien en ocultar el vestido!, joder, te sienta de maravilla.

—Gracias. Me siento de maravilla —reconozco, y no lo puedo creer. ¿Un vestido corte sirena para alguien con un TCA?, pero ni un pensamiento negativo me invade, me siento bella, me siento por fin como me ve Wade.

—Me alegro. Lo mereces, Jo. —Me coge el rostro y me presiona las mejillas rellenas como si fueran las de una niña—. Y juntas, no dejaremos que nadie te agüe la fiesta, ¿vale?

—No será necesario. —Posamos para la foto, pero no es necesario, Hunter captura los momentos sin poses, ya ha tomado la fotografía, la descubriré en unas semanas—. George no se ha atrevido a regresar, su deseo de que me case con *un hombre como los de antes* —exagero mi voz— no ha sido muy pensado, no ha considerado que ese hombre podría mandarlo a tomar por culo. —Nos echamos a reír—. Y Dorothy, esa mujer que nos tuvo en el útero, ni siquiera me ha escrito. —Cathy hace un gesto extraño—. ¿A ti sí?

—Oh, sí. —Caminamos juntas, vamos a reunirnos con los demás—. Me ha escrito para decirme «ni se te ocurra seguir los pasos de tu hermana y arruinar así tu carrera» —modula con voz nasal. Pongo los ojos en blanco, miro a mi

hermana y evalúo si las palabras de nuestra ¿madre? han hecho mella. Sonrío al notar que solo la han cabreado.

—Eso ha sonado a desafío —le susurro.

—Eso ha sonado a que nos fugaremos a las Vegas tras la boda —responde. Y yo dejo de ser la hermana mayor, la elegante dama en un vestido de sirena, la nueva esposa del adinerado vaquero de Nebraska… Chillo como una niña ante un regalo de navidad.

—¿De verdad? —Sigo chillando—. ¿Lo dices en serio?

Cathy se ríe.

—¡Jo! —me reprende—, que la idea de Las Vegas es justamente para que nadie se entere.

Finjo coserme los labios.

—¡Nadie incluye a Wade!

Hago como que me los descoso. Entre risas llegamos a la foto grupal. Una vez lista, quedamos a solas con Wade ante la iglesia. El arroz vuela por los aires y él me coje en brazos, me lanza hacia atrás como si danzáramos y besa mis labios. Esta será mi foto preferida de todos los tiempos.

Una noche Wade decidió salvar a una chica en lugar de apartar la mirada, una noche yo decidí conducir en la tormenta para ayudar a mi hermana, aunque estábamos distanciada. Una noche, dos personas, decidieron hacer el bien y hoy, esas personas son recompensadas con la dicha de amarse. Tal vez el mundo allá afuera siga igual, nada haya cambiado, pero en el mundo aquí dentro, en mi corazón y en el de Wade, brilla de nuevo el sol.

EPÍLOGO

Jo

Tres años después…

—Jo, cariño, ¿estás bien? —La voz de Wade atraviesa la madera de la puerta—, si no abres la derribaré —amenaza.

Yo no contesto. Estamos en nuestra casa, en nuestro *pequeño rancho Davenport* como la llamamos. Hemos decidido comprar la vieja casa de Howard, el vecino de los Davenport, que estaba a la venta. Fue una buena adquisición, se encuentra a mitad de camino entre el rancho y Omaha, a media hora de carretera de ambos puntos. Si así lo quiero o lo necesito, puedo ir a diario a mi oficina. Siempre que me lo pregunta, respondo lo mismo: en las grandes ciudades, con los embotellamientos, trasladarse lleva más tiempo y nadie parece encontrar eso problemático, ¿verdad?

Lo cierto es que encuentro la vida en el rancho agradable y muy instructiva. Uso las tierras que acompañan la propiedad para mis propios experimentos, he plantado semillas, he estudiado los suelos, nutrido con bacterias, puesto en práctica pequeños ecosistemas autosustentables.

Pero hay una razón de mayor peso por la que esta casa, con sus enormes praderas, me entusiasma, y es que aquí, en un lugar así, es donde quiero criar a mis hijos. Imagino sus infancias felices, como lo es la de Michelle y ahora Gabriel, el nuevo hijo de Blaze y Maddie, o como lo fue la de Ryan, que ¿podéis creerlo?, ya se ha ido a la Universidad.

Son fuertes, son felices, son Davenport, y eso ansío para mis niños.

Mis niños fantasmas.

Mis niños que no vienen.

La mirada se me empaña.

—Josephine Davenport —amenaza Wade—, si a la cuenta de tres no sales…

Llevamos años buscando, pero mi sobrepeso me ha traído algunas consecuencias en la ovulación. Las dietas han despertado el trastorno de la conducta alimenticia, el trastorno me ha hecho subir de peso, el aumento alimenta mis problemas hormonales y así, como una enorme bola de nieve, se ha hecho inmensa hasta devorar mi deseo de ser madre.

—Uno… dos…

Muevo el pomo de la puerta, abro solo una hendija. Estoy llorando, sentada en el váter, con la prueba de embarazo en mis manos.

Wade no la mira, él tiene ojos para mí.

—Jo, cariño… —Se arrodilla a mi lado. Yo todavía no puedo hablar.

Cuando estaba desesperada, cuando había probado todo, recordé las palabras de mi boda. Dios acompaña a los valientes, a los que se mantienen en pie. Fui a la iglesia, hablé con el sacerdote que nos casó, y sus palabras fueron sanadoras:

«Morirías por un hijo, ¿verdad?», me preguntó y yo asentí. «Pero la pregunta que te hace Dios es, ¿vivirías por él?». Lo que envolvían esas palabras era que no estaba lista, no todavía, ser madre es un compromiso para toda la vida, un niño tampoco es algo que uno pide por Amazon. Así como tuve que sanar para poder construir un matrimonio con Wade, necesito sanar para poder construir esta familia de a tres, cuatro o diez.

No necesitaba hacer dieta, sino sanar mi relación con la comida. No tenía que *bajar de peso* para embarazarme, sino estar saludable para ser madre.

Nutrición, terapia y trabajo en mí misma. Tratarme con amor, hablarme con amor. Ser esa mujer que Wade siempre vio en mí, «todo lo que te hace a ti Josephine es lo que me hace a mí amarte».

—Te amo, Wade —le digo, abrazándome a él.

—Yo también, Jo. Lo volveremos a intentar, ¿vale?, si así lo quieres o si prefieres, podemos pensar en alternativas y…

Vuelvo a llorar. Sin la puerta de por medio, mirándonos a los ojos, Wade detecta la diferencia en mi llanto. No es el mismo de los treinta meses anteriores, las lágrimas no son amargas, el pecho no se me encoje.

—¿Jo? —pregunta y en sus ojos brilla la emoción—. ¿Jo, por qué lloras, Jo?

Me tiembla la mano cuando extiendo la prueba. Él sigue mirándome a mí, espera mis palabras que soy incapaz de articular.

—¿Son dos líneas, verdad? —pregunto con voz temblorosa—. Temo mirarlo de nuevo y que la vista me haya engañado. ¿Son dos líneas, verdad?

Wade baja la mirada, su estado pasa a ser una réplica del mío.

—¿Son dos líneas? —pregunta igual de incrédulo.

Como unos tontos, repetimos esa pregunta, hasta arrebatarle primero un signo de interrogación, luego el otro… le ponemos puntos suspensivos «son dos líneas…», tras eso, un punto final. «Son dos líneas». Y al fin… Al fin nos ponemos de pie, nos abrazamos y coronamos la sentencia con los signos correctos:

—¡Son dos líneas!

Porque el milagro de la vida siempre amerita admiración.

Wade y Jo ya no serán solo dos. El amor se multiplica, ahora seremos tres.

NOTA DE LA AUTORA

Queridos lectores,

Gracias por acompañarme una vez más. En esta ocasión, en el viaje de Wade y Jo.

Este mundo de vaqueros y mujeres fuertes no existiría sin vosotros, al otro lado de la pantalla o del papel, dándole vida a cada página con vuestra lectura.

Wade, el hermano esquivo, ha encontrado por fin la horma de su zapato.

Josephine, una mujer herida, ha hallado a un compañero junto al cual puede ser vulnerable sin miedo.

Juntos, han construido su propio final feliz.

He disfrutado enormemente escribiendo desde ambos puntos de vista. Como habréis notado, la forma en que Jo se ve a sí misma no siempre coincide con la manera en que Wade la contempla. Y es que, muchas veces, nos hablamos con una dureza que no reservaríamos ni para nuestros enemigos. A veces basta una sola cuota de amor para cambiar la óptica y volver a encaminarnos.

Todos podemos ser esa cuota de amor. Todos tenemos el poder de mejorar nuestras vidas y, en el proceso, también las de los demás. ¿No es eso maravilloso?

Si sufrís o habéis sufrido un trastorno de la conducta alimentaria, un trauma o una injusticia, espero que esta historia pueda extender sus alas y llegaros como un abrazo al corazón.

Os quiero,

Sheryl Thomas.

PD: Os recuerdo que vuestras opiniones en Amazon siempre son bienvenidas y ayudan a la historia a llegar a más lectores. Podéis encontrarme también en redes sociales:

Instagram: @SherylThomasautor
Tiktok: @SherylThomasautor